ALBERTO GUTIERREZ

HOMBRES REPRESENTATIVOS

LA PAZ - BOLIVIA
1926

UNIVERSITY OF
ILLINOIS LIBRARY
AT URBANA-CHAMPAIGN
BOOKSTACKS

HOMBRES REPRESENTATIVOS

ALBERTO GUTIERREZ

HOMBRES REPRESENTATIVOS

LA PAZ - BOLIVIA
1926.

Imp. "Renacimiento" — La Paz.

920.02
G985h
Mod. Larq
(cha.rqc)

PROLOGO

No tema el lector encontrar aquí un prólogo a la moderna usanza nacional, es decir, una serie de alabanzas y encomios al autor y a la obra, con la firma de un amigo complaciente. Este prólogo, de la propia procedencia que el opúsculo entero, se limita a explicar la materia y los alcances del libro, o el estado de ánimo del autor al componerlo, o los motivos y propósitos que lo hubiesen inspirado.

Acaso alguna o algunas de las personalidades que figuran en el presente estudio no lleguen a trasponer los dinteles de la inmortalidad, ni a penetrar en el recinto privilegiado de la Historia; pero no por eso dejan de ser hombres que representan un país, una época o un órden determinado de sentimientos o ideas.

Como ocurrió en ocasión anterior, (1) no existe

(1). A. Gutiérrez. Hombres y cosas de Ayer. *La Paz, 1918.*

entre las personas elegidas para este bosquejo, ninguna relación cronológica, geográfica o política, pero todas ellas pueden ser calificadas de fotogénicas,--como dicen los modernistas--, es decir, adecuadas para la fotografía, o facilmente fotografiables: en términos menos metafóricos, poseyendo ciertas condiciones personales o representativas que las hacen dignas de ser estudiadas en su propia individualidad, en sus acciones o en sus obras.

Tiempo hacía que no reanudábamos esta plática con el lector benévolo; más no por razones de pereza o negligencia, sino por una índole diversa de trabajos y de preocupaciones, relacionados con el servicio público, en tierra extranjera.

Vulgarmente se cree que los cargos que la República mantiene en el exterior son posiciones de pasatiempo y de holgura, que pueden dedicarse al automovilismo o a la disipación. No se piensa de la misma manera cuando se tiene conciencia plena de los deberes públicos, pues donde quiera que se desempeña una misión oficial, se impone, o debe imponerse, una labor continuada, en razón de una ardua responsabilidad. En grandes centros, en que es considerable la actividad intelectual y política, esos deberes son todavía más imperiosos, máxime cuando se encuentran combinados con otros, no menos inflexibles, en homenaje a las instituciones sociales, a las personalidades ilustres o a las corporaciones representativas del centro en que se vive.

La preocupación general de que la vida

europeas adecuada tan sólo para la frivolidad y para los fútiles, entretenimientos es una concepción inexacta delas realidades. La verdadera y positiva satisfacción de aquella existencia es el trabajo, obligado e incesante, que exigen esas actividades vertiginosas y al que sería imposible sustraerse, ni siquiera poseyendo un temperamento frívolo e insustancial. No parece posible, en vista de estos antecedentes, dedicarse al cultivo de las letras en una forma eficaz y productiva, mientras pesan sobre el espíritu esos deberes y esas responsabilidades.

Tiempo y ocasiones hay, entretanto, para acumular tesoros de cultura y de experiencia por el contacto frecuente con ilustraciones descollantes o por la observación de hombres y cosas que se apartan de nuestro comentario cotidiano y de nuestra deficiente versación literaria. Todos esos recuerdos y esos estudios pueden dar materia para comentarios de cierta utilidad sobre sucesos extraños o domésticos, pero vistos y juzgados como si fueran todos nacionales.

En todo tiempo, en efecto, y desde que pudimos formular conceptos destinados a la divulgación pública, nos ocuparon y nos preocuparon los hombres y los acontecimientos bolivianos y aunque en el presente estudio figuran hechos y personalidades de otros países, nos hemos empeñado en contemplarlos y juzgarlos con criterio boliviano. Homo sum, et nihil humani a me alienun puto.

Grandes o pequeñas. las figuras que forman parte del presente relato, han sido conocidas y tratadas más

o menos próximamente por el autor, quien puede juzgarlas y apreciarlas, no solo por su figuración pública o por sus obras literarias, sino con ese criterio personal que no puede ser reemplazado por ningún otro medio de investigación o de observación objetiva.

Conocimos, en efecto, y escuchamos a esos hombres, cuyas palabras y cuyos actos apreciamos con criterio de observadores; todos y cada uno en su esfera y en el radio social en que desenvolvió su actividad, son representativos de países, de épocas, de circunstancias determinadas.

Muchas otras figuras más, brillantes y simbólicas, habríamos podido agregar a este cuadro de proporciones intrínsecamente modestas; pero hemos preferido reducirnos a una norma invariable de conducta; limitar nuestro juicio literario, político o histórico, a personas que han dejado de vivir y de pertenecer a la actividad contemporánea. Como dijo el poeta Arroyal:

"Los anales e historias que se escriben
"Cuando los héroes y monarcas viven,
"Por la razón de estado
"Ocultan muchas cosas que han pasado,
"O las visten de telas tan preciosas
"Que ni aún ellos conocen tales cosas".

El dominio de la crítica, literaria o histórica, no tiene fronteras geográficas o políticas, ni puede limitarse

a una sola o a reducido número de nacionalidades. Circunstancias especiales y generalmente notorias, nos han permitido vivir en diferentes zonas del planeta y aproximarnos a hombres representativos de diferentes países. De ese contacto, más o menos superficial, surgen observaciones que hemos considerado útil recoger en el presente volúmen. Quiera la suerte que sea para provecho o esparcimiento del lector, confidente benévolo de nuestros estudios y de nuestras deducciones, en la esfera de la política o de las letras.

La Paz, junio de 1926.

René-Moreno

La Historia de Bolivia es una fuente inagotable de lecciones morales y de enseñanzas públicas. No bastaría el espacio de una existencia humana para agotar los preceptos que se desprenden de su dilucidación filosófica. Por otra parte, existe una tendencia innata a profundizar los hechos que engendraron situaciones actuales, visibles y palpitantes. Cualquiera que sea el grado de aptitud y preparación literaria, el estudio de la historia patria se impone por encima de toda otra preocupación humana. Ejemplos hay, en la carrera de las letras, de la persistencia de ese afán de investigación, a despecho de todas las decepciones. El caso más típico es quizá el de Gabriel René-Moreno, escritor muy citado por nuestros historiógrafos, pero no suficientemente conocido y apreciado en Bolivia. Y sin embargo, jamás existió un temperamento más intensa y ge-

nuinamente boliviano, a pesar de que vivió casi toda su larga existencia en Chile y estuvo estipendiado por el Gobierno de ese país para trabajar por la educación, por la cultura y por el prestigio de esa su patria de adopción. Pero en medio de su labor celosa y cotidiana, se deslizaban las espontaneidades de su alma nativa y en ocasiones brotaban frases de rebeldía y de protesta...

Quien quiera que pretenda escribir sobre Historia Boliviana, tendrá que conocer o siquiera citar las obras de Gabriel René - Moreno, no por lo mucho que ellas contienen de sustancia informativa, sino por su singular criterio filosófico. El sabe hacer crítica de la Historia a su manera, saliendo de todos los moldes tradicionales, escapándose por el camino del medio de todos los convencionalismos. Solo él, con su incuestionable autoridad histórica, puede permitirse llamar *Don Simón* a Bolívar y tratar con familiaridades olímpicas a los más preclaros próceres de la independencia.

¡Ingrato oficio el de escribir Historia, en nuestra tierra y en los tiempos que alcanzamos! Ya escuchamos la queja decepcionada de Alcides Arguedas que, en vista del pobre éxito de sus ensayos históricos, decidió abandonar la tarea y así lo habría hecho a no mediar la intervención amis-

tosa de Don Arturo Loaiza que, según el mismo Arguedas lo cuenta en uno de sus libros recientes, (1) ayudó la edición de sus obras con el peculio del señor Patiño. Gracias a ese concurso pecuniario, el señor Arguedas continuará editando sus lucubraciones históricas, valiosas e interesantes unas, discutibles otras, como toda obra humana.

Decíamos, pues, que no puede escribirse Historia Boliviana sin conocer o siquiera citar a René-Moreno, porque nadie hay que haya profundizado los hechos con un ahinco más concentrado, ni nadie que les haya arrancado mejor que él la revelación de sus secretos, de sus causas determinantes y de sus misterios. Estábamos habituados, en las reseñas de Cortés, de Urcullu y de Sánchez de Velasco, a una relación anecdótica de sucesos pasados, ocurridos en nuestro escenario nacional, pero cubiertos ya con el polvo de

---

(1). Una "Dedicatoria" que precede al tomo titulado *La Plebe en acción,* dice así:—"Dedico este volúmen al eminente jurisconsulto boliviano don Arturo Loaiza, iniciador de la idea de poner la *Historia General de Bolivia* bajo los auspicios de don Simón I. Patiño, señalado ya en otro lugar como prototipo del hombre de esfuerzo fecundo y feliz para la realización de empresas gigantescas, tenaz en sus resoluciones, firme e inexorable para perseguirlas".

los tiempos. Un cuarto de siglo hace que recordamos su centenario conmemorativo. Pero René-Moreno desentraña de los hechos mismos sus causas originales y sus explicaciones filosóficas De la anécdota, adquirida muchas veces por testimonios verbales, deduce revelaciones de trascendencia, y al amparo de esa luz resplandeciente, se arroga el derecho de hacer justicia póstuma, muchas veces con una severidad draconiana, pero siempre con copia suficiente de alegatos y de piezas justificativas.

Así como muchos pretenden haber leído a René-Moreno, y lo citan con profusión, otros aparentan desdeñosamente ignorarlo y prescinden de su legítima autoridad moral.

La personalidad de René-Moreno debe ser estudiada bajo un triple punto de vista: el hombre de letras, el historiador y el político. Estos tres aspectos de su fisonomía espiritual, resultan en cierto modo incoherentes y contradictorios, como es contradictoria la carrera misma de este personaje que habría merecido ocupar los puestos más brillantes y representativos en su patria propia y en su patria de adopción, Pero su índole huraña y su temperamento esquivo le apartaron de relaciones sociales que se le brindabanafectuosas y sinceras, tanto en Chile como en Bolivia.

De nosotros mismos, con quienes tenía motivos tradicionales de amistad y de afecto, vivió sistemáticamente alejado mientras residimos en Valparaiso o en Santiago y sin más contacto social que el envío de los libros que publicaba frecuentemente, ya sea en los *Anales de la Universidad,* ya en los talleres editoriales de la librería «Cervantes». Le habíamos conocido, niños aún y escolares imbuidos recien en las ideas y en los ensayos literarios, cuando hacía, durante la tregua de sus estudios en Chile, visitas frecuentes a Bolivia, especialmente a Sucre, donde tenía una extensa parentela y vastas relaciones en los círculos sociales. Estaba emparentado con don Ovidio Suárez, con los Urioste, con los Harriague, que ocupaban posiciones culminantes en la sociedad chuquisaqueña. Su bella apostura caballeresca y su trato cultísimo le habrían asegurado mayores éxitos sociales si no hubieran sido tan fugaces sus apariciones en la capital. Estrechamente vinculado con los intelectuales de aquél tiempo, don Daniel y don José María Calvo, don Ernesto Rück, don Pablo Rosquellas, don Mariano Ramallo, explotaba de consuno con ellos ese filón inagotable de los archivos y de las bibliotecas privadas, y durante esas rápidas visitas obtuvo lo que llamó después *Informaciones verbales* sobre los sucesos ocurridos en Chuquisaca el 25 de Ma-

yo de 1809, mediante conversaciones prolongadísimas con el Canónigo Juan Crisóstomo Flores y con su hermana doña Martina Lazcano. Era René-Moreno todavía un adoscelente cuando esas informaciones vieron la luz en la *Revista Chilena* y provocaron comentarios animados en los círculos en que brillaban en Buenos Aires ingenios como Mitre, Pelliza, Carranza, Estrada y otros más, devotos de la historia americana e investigadores prolijos de los sucesos que determinaron y originaron la independencia de las colonias españolas de este continente.

En 1875 había estado René-Moreno en Sucre y en 1879 estallaba la guerra del Pacífico.

Era jóven todavía cuando se produjo ese conflicto memorable, pero poseía ya una personalidad propia, notoria en los círculos intelectuales. Había publicado en 1868 un libro de crítica titulado *Poetas Bolivianos, Biografía de Néstor Galindo*, en el que flotaba no solo el aprecio por el lirismo del poeta, sino la simpatía por el sacrificio del héroe inmolado por el despotismo de Melgarejo en la Cantería de Potosí. Todas esas circunstancias juntas contribuyeron a hacer de Galindo un personaje novelesco. Otros poetas coetáneos como Calvo, Cortés y Ramallo cantaron las glorias de Galindo, inmortalizado por la fama.

En 1870 publicaba don Daniel Calvo un tomo de sus poesías con el título de *Rimas*, al cual dedicó René-Moreno un prólogo que él mismo llamó *Biografía* y que era más bien un ensayo de crítica literaria sobre la obra del ilustre poeta chuquisaqueño. Ese juicio crítico es acaso una de las producciones más acabadas de René-Moreno y forma, junto con su posterior ensayo erudito sobre Rioja, lo mejor de su cosecha literaria. Las tres obras que acabamos de citar, y que apartan a René-Moreno del terreno del bibliógrafo y del historiador a que debía dedicar la madurez de su vida intelectual, debían estar coronadas por un libro que puede calificarse de clásico entre los que han dedicado nuestros pedagogos a la enseñanza de la literatura en América. Llámase *Literatura Preceptiva* y fué dedicado a los alumnos del ramo en el Instituto Nacional de Santiago de Chile. (1891).

Poseía estos títulos y estos merecimientos René-Moreno cuando se produjo la guerra llamada del Pacífico. Parece conveniente recordar las condiciones en que se había producido hasta entonces la polémica territorial entre Chile y Bolivia y el rol que desempeñaba la inmigración chilena en la educación pública y en las mejoras materiales de Bolivia. El comercio y por lo tan-

to el contacto social con Europa era por entonces incipiente y la educación juvenil y el mejoramiento agrícola se terminaban en las comarcas más cercanas de la República de Chile. Gran número de jóvenes de buenas familias y herederos de holgadas fortunas iban a educarse en los colegios ingleses de Valparaíso o en el naciente Instituto Nacional de Santiago de Chile. Ese contacto y el que originaba la adquisición de procedimientos y de maquinarias para unas u otras industrias, había creado una corriente de atracción entre ambos países, que no vino a quebrantar totalmente el estallido de la guerra. Esta no fué, a la verdad, popular ni en Chile ni en Bolivia. Parecía una cosa anacrónica e injustificada, que no todas las gentes podían explicarse de modo satisfactorio y que la prensa de Chile, encargada oficiosamente de inflamar la opinión, contribuyó a preparar por medio de aquella especie del tratado de alianza secreta con el Perú, firmado según sus singulares versiones, para despojar a Chile de sus territorios y de su supremacia coetánea. Esta era una mera argucia para excitar lo que se llama entre nosotros la opinión pública, y presto llegó esta a exaltarse hasta el extremo de enviar expediciones militares con destino a Antofagasta primero, a Tarapacá después, a Lima, finalmente. Toda

esa vocinglería callejera que es necesaria para levantar masas combatientes y para arrastrarlas a la guerra, se fundaba principalmente en la sorda rivalidad que realmente existía desde atrás entre Chile y el Perú. Pero Bolivia no venía a ser en todo esto sino un incidente, determinante es verdad, pero que las circunstancias habían colocado en la categoría de secundario.

No es, pues, maravilla que en medio del incendio bélico se publicaran a guisa de propaganda semi-oficial ciertas cartas de don Justiniano Sotomayor, gerente de las minas de cobre de Corocoro, iniciando una forma insólita de arreglar el conflicto, dando a Bolivia los territorios de Tacna y Arica y dejando para Chile los de Antofagasta y Caracoles que había disputado durante un cuarto de siglo. Es verdad que esta combinación era a pura pérdida para el Perú, pero en esta clase de reyertas alguno debe ser el perdidoso.

Estas iniciativas, tímidamente formuladas, fueron tomando cuerpo al favor de aquellas circunstancias sociales que hemos recordado y que más que otros factores históricos suelen explicar determinados sucesos políticos. Dos estudiantes de sobresaliente índole intelectual salían ya para las luchas de la vida de los claustros universitarios

de Santiago: René-Moreno y Luis Salinas Vega. Estaban en la edad y poseían el temperamento de tomar las armas, pero se sentían al frente de un conflicto moral que hacía vacilar su conciencia. Formados y educados en un centro que había cultivado siempre amistades duraderas en su patria nativa, ¿cómo podían romper esa vinculación intelectual y moral con sus educadores para ir a guerrear bajo la sombra de sus propias banderas? Este último era su deber cívico, semejante a tantos otros que en tales oportunidades se han producido para otras conciencias ciudadanas. Se les brindó la oportunidad de servir a las dos patrias en una armonía aparente de intereses y de ideas. En este punto, la biografía de René-Moreno se confunde con un episodio valioso de la historia boliviana o, más bien, de la historia de la Guerra del Pacífico.

Antes de llegar a ese período trascendental de vulgarización histórica, si así fuera lícito expresarse, conviene, por interés cronólogico, detenerse un momento más en la primera juventud de nuestro héroe. Tres juventudes tuvo René - Moreno. Una juventud, la primera, la nativa, en Santa Cruz, donde había nacido, de donde conservaba recuerdos de una ternura filial y de donde originaba toda su

parentela ilustre. La segunda fué su juventud de estudiante, juventud en Santiago de Chile, centro que hubo de calificar en ocasiones con severidad, pero que siempre supo amarle y comprenderle. Juventud, la tercera, acaso la genuina, juventud chuquisaqueña. En ese centro que amó y que formó su carácter, obtuvo figuración en círculos de superior inteligencia, donde descollaban hombres de intrínseca valía como Daniel Calvo, Manuel Ignacio Salvatierra, Mariano Ramallo, Ernesto Rück, Pablo Rosquellas. Para darse cuenta del concepto que le merecía ese centro o esa metrópoli alto-peruana por excelencia, no hay sino que leer su obra magistral *Ultimos Días Coloniales en el Alto-Perú*. Esa no es una reseña documentaria: es un poema en que vibra un sentimiento razonado de orgullo patrio y de amor al pasado.

Así como tuvo René-Moreno en su mocedad estudiosa y fecunda, tres juventudes pobladas de recuerdos e impregnadas del sentimiento de lo grande y de lo bello, tuvo también tres aptitudes literarias. Lo hemos dicho ya: crítico, historiógrafo y político.

René-Moreno increpa a sus compatriotas de ser genuinamente alto-peruanos, es decir, mestizos, pues él no lo era en absoluto. Era, como

muchos en Santa Cruz, de estirpe andaluza, y su figura revelaba una pureza de raza y de líneas que excluía toda idea de bastardía. Hablando de Buenos Aires, a cuya ciudad había ido en 1879 en compañía de don Aniceto Arce, cuando sobre ambos pesaba la condenación boliviana de traidores, citaba una Revista de literatura Boliviana, en que figuraban los lugares comunes de aquella época de postración y de decadencia. Encontró figurando en aquél repertorio de odas heroicas y sentimentales, la persona de Nicomedes Antelo. Persona sagrada, pues evocaba recuerdos de su infancia en la tierra natal de Santa Cruz. Esa página es pintoresca.

"Antes de topar tarde con él por los caminos del mundo, decía, en Buenos Aires, lejísimos de la tierra natal, Antelo había vivido treinta años en lo más caro y ameno de mis recuerdos infantiles. Puedo decir que su imágen reinaba en mi memoria con todos los prestigios de una fantasmagoría. Veíale raudo perderse valsando entre bullicioso torbellino de damas y caballeros en los salones de mi abuela materna en Santa Cruz. Dos estrados había: uno para los de mayor consideración y otro para los jóvenes. El estaba, como el coloso de Rodas, con un pié en el primero y con el otro en el segundo. Era el héroe incom-

parable del clave, del violín, de la quena, de la guitarra, del canto, de la danza, de los chistes y del donaire juvenil. Luego, también, y esto es lo más importante, Nicomedes remedaba a maravilla con la voz o con la mímica a cada pájaro y a todos cuadrúpedos de aquella zona intertropical; presentaba a sus amigas ramilletes de disecadas mariposas relucientes con los más peregrinos matices; echaba a cantar y danzar al son de su violín una compañía de seis tordos, dos maticos y un cardenal; hacía fumar cigarrillos a los murciélagos y caminar en procesión legiones de cucarachas con candelillas clavadas en la parte posterior; traía los bolsillos llenos de culebritas multicolores y asomaban algunas por la pechera y se deslizaban otras por el cuello de la camisa; una noche, cantando, al volcar la foja musical de una canción de Rosquellas, pobló la sala de picaflores, luciérnagas y moscardones. En una palabra, Nicomedes Antelo era entonces para mí el hombre más extraordinario de la tierra. ¡Qué no hubiera dado yo por obrar uno solo de sus prodigios! Con cuántas veras envidiaba sus habilidades egregias! ¡Cómo la admiración de su persona me hacía pensar en la gloria de igualarle algún día! Salir de esta niñez torpe en sus remedos del genio para ser cuanto antes un joven tan original y bri-

llante y aplaudido como Nicomedes, era la más vehemente aspiración de mi alma a la edad de trece años". (1).

¿No están vibrando gracia y juventud estos renglones? Así son todas las páginas que en sus memorias numerosas dedicó a su mocedad genuinamente literaria. Lamartine dice en alguno de sus estudios que era Virgilio el hombre más literario de todos los tiempos. Otro tanto podríamos decir de René-Moreno. Tenía la cadencia literaria hasta en sus escritos más familiares e íntimos, parecía que versificaba con la propia lista de lavandería. Tenía el númen literario por excelencia.

Merece párrafo aparte su intervención política en lo que él llamó las bases chilenas de 1879. Ese episodio de su carrera pública imprimió una marca indeleble en su carácter y en su actividad intelectual. No pudiendo soportar que se dudara de su honradez y de la legitimidad de sus ideales cívicos, dirigióse a Sucre en el año 1880 con el propósito de someterse a un jurado que apreciara sus actos y procedimientos en aquella notable emergencia internacional. Hasta entonces y siempre había conservado en Santiago

---

(1). *Bolivia y Argentina. Notas Biográficas y Bibliográficas.* Santiago de Chile, 1901. Pág. 121.

su condición legal y social de boliviano, no solo porque ello cuadraba con sus afectos y con sus convicciones, sino porque convenía a su prestigio personal. En toda sociedad celosa de sus fueros y de su civismo, se mira con desprecio a los renegados, a los que renuncian a su patria propia por adquirir la ciudadanía de sus conveniencias. René-Moreno comprendía que por mucho que se le pidiera dar una prueba de aprecio al suelo en que había vivido su juventud universitaria, tomando lugar en los registros cívicos de Chile, ello habría quebrantado moralmente su reputación de gentilhombre. Entretanto, la decepción que recogía del Parlamento de su patria con el mote de traidor, que atribuyó a él y a otros que incurrieron en la falta de buscar acomodos con Chile para abreviar los rigores de la guerra, hirió profundamente su espíritu, llegando a exclamar en un panfleto vibrante e irreflexivo que publicó en Sucre en ese propio año de 1880: "Ello significa que no tendré más, ni en Chile ni en Bolivia, una patria a quien servir".

Cuando René-Moreno llegó a Arica, en desempeño de su misión confidencial, entregó a Daza, a guisa de credencial, la siguiente comunicación que, como verá el lector, tiene un considerable valor histórico:

"*República de Chile. Ministerio de Relaciones Exteriores.* Santiago, Mayo 29 de 1879.— Interesado el Gobierno de Chile en poner término a la guerra que sostiene contra Bolivia, mira con placer la buena disposición de usted para coadyuvar a la consecusión de ese deseo. En consecuencia, el Gobierno de Chile vería con satisfacción que usted se acercase al excelentísimo Presidente de Bolivia y le signifique nuestros sentimientos a ese respecto. Mi gobierno espera que el de Bolivia escuchará con benevolencia cuanto usted le exponga en este sentido y conformidad a lo que usted ha representado en nuestras conferencias verbales. La palabra de usted contará en su abono sus antecedentes personales y la presente nota. Dando a usted desde luego mis agradecimientos por el noble espíritu que lo anima, me ofrezco de usted atento servidor, (firmado) *Domingo Santa María*".

Conviene escuchar al propio René-Moreno en lo relativo a esa cuestión de Tacna y Arica que ha durado lo que tiene de vida la República y que ha tenido recrudescencias frecuentes en la política continental.

"Hubo proposiciones de arreglo aparte de Chile a Bolivia, dice en una interesante anotación

bibliógrafica (1), hechas no solo en los días nefastos del Perú, que son los del último período de la guerra. En el *Mensaje Especial* de Campero se ve que también las había habido antes, esto es, al comienzo de las hostilidades, cuando era cosa más expedita a Bolivia el apartarse de una alianza que iba a causar su ruina segura. Hubo, en efecto, proposiciones en tiempo de Daza, tan pronto como hubo estallado la guerra, esto es, antes de Pisagua, San Francisco, Alto de la Alianza. Salinas Vega trata este punto extensamente en el actual folleto. Contiene revelaciones su relato, pues la ingerencia del autor en las proposiciones chilenas de Mayo de 1879 fué tan secreta como principal. Como es obvio, a ninguno de los indivíduos o grupos de indivíduos partidarios del abandono del Perú en los momentos del infortunio, a ninguno se le ha seguido perjuicio en Bolivia por haber propendido de esa manera—errónea si se quiere, pero no antipatriótica—a la

---

(1). Biblioteca Peruana del Instituto Nacional. Catálogo de libros y folletos. No. 1768, referente al folleto de Luis Salinas Vega, titulado *Mi Defensa*, impreso en Tacna, 1881. Santiago de Chile, 1896.

Esta obra, aunque en apariencia un mero catálogo de libros y folletos, contiene anotaciones bibliográficas en extremo interesantes para la historia y la literatura del continente americano.

salvación de su país. Antes al contrario, hase visto a no pocos de ellos seguidamente o más después, subir allá a los más altos puestos. Ni mucho menos podía causarles daño su tentativa a los promotores de la idea en tiempo de Daza. Salinas Vega, verbi-gracia, vive allá inmune, ha sido diputado, brega altivo en el torbellino de las pasiones alto-peruanas. Mas tarde irá muy alto. Tiene talento, luces, condiciones de carácter para salir airoso entre sus iguales. Quiero con esto último decir que es alto-peruano de sangre y región. ¡Qué terribles adentro unos con otros los alto-peruanos! Pero entre los que tuvieron ingerencia en las proposiciones chilenas de 1879, hay uno a quien no perdonan. Lo detestan. Hanle agraviado hondamente. Su ingerencia aquella en 1879 fué involuntaria. No tuvo resultados perjudiciales trascendentes sino para él solo. Ha pasado la mayor parte de su vida en el exterior. Ni siquiera mínima ha sido su intervención en las discordias intestinas. Pero no es altoperuano, casta semi incásica, excluyente, cada vez más predominante en Bolivia. Se atrevió un día oportunamente a aplicar el cauterio en la llaga. Para él no habrá olvido de parte de la generación actual que produjo a Daza, oprobio de Bolivia. A la vuelta de quince años ha sido acusado en el Con-

greso con formas legales por traidor a la patria El nombre de ese oscuro indivíduo está ligado, a título de autor, a un folleto de aquellos días que muy de cerca interesa a la bibliografía peruana (1).

Aparte de estas quejas, que revelan cierta amargura en el espíritu de René-Moreno, y que se han repetido en muchos de sus escritos, vale la pena de tomar nota de las que estampó en su famoso folleto impreso en Sucre en 1880 con el título de *Daza y las bases chilenas de 1879*.

Sin ser ni con mucho bibliómanos o coleccionistas, hemos tenido en la mano ese folleto, impreso en 4º. mayor, a doble columna, en la Imprenta del Progreso que gerentaba el viejo prensista Atanasio Loredo, y en cuyo taller han visto la luz gran parte de las producciones literarias de aquella época. Produjo el mentado folleto el resque-

---

(1). En la *Bibl1oteca Peruana* tomo II, se encuentra el siguiente fragmento ilustrativo de una nota bibliográfica:

"Como es notorio en América, después de la victoria espléndida de Ingavi y a la vuelta de pocos meses, Ballivián abandonó la guerra ofensiva en el Perú, devolvió las provincias ocupadas del Litoral que tanto necesita Bolivia para existir, tornó esta última a su encierro con la conyunda aduanera de Arica en la garganta, y se ajustaba el tratado preliminar de Puno con que Ballivián volvió ansioso a Bolivia a mandar discrecionalmente conforme a sus instintos".

mor de un cauterio, para usar de la misma imágen empleada por el autor. Parece que éste buscó aquellas expresiones que pudieran lastimar más hondamente el amor propio nacional en una hora en que ese sentimiento comenzaba a hacerse más intenso o en que había adquirido una susceptibilidad más manifiesta. El folleto se ha vuelto raro, pero ha obtenido los honores de la notoriedad y más aún, de la inmortalidad, por haber sido incluído *in extenso* en la Colección de *Documentos para la Historia de la Guerra del Pacífico* por Pascual Ahumada Moreno.

En esa publicación se incluye el texto del alegato que René-Moreno presentó a la Corte Suprema de Justicia de Bolivia, constituída a petición suya en tribunal especial para escucharle y para juzgarle. A esa corporación ilustre se adscribió la persona respetada por su rectitud y por su sabiduría de don Pedro de Puch y Solona, Arzobispo de la Plata.

Figuraban en la Corte Suprema personajes como don Basilio de Cuéllar, don Pantaleón Dalence, don José Manuel del Carpio y don Manuel Buitrago.

El autor incluye, no solo el texto del alegato, sino el auto absolutorio de aquel tribunal en que se había asociado adrede la justicia hu-

mana a la justicia eclesiásica, vale decir, a la justicia divina.

Esta deferencia mostrada por René-Moreno hacia las entidades representativas de la intelectualidad altoperuana en la ciudad tradicional de Chuquisaca está de acuerdo con el concepto que sus congéneres le merecían en los tiempos de la revolución de mayo, y que siguieron después rodeando de aureola luminosa las sabias instituciones que arrancaron su orígen en la fundación de la República.

Es de justicia estricta a la vez que de ineludible probidad literaria, reproducir aquí el fallo que la Corte Suprema de Sucre dictó, a solicitud de René-Moreno en 1880, ya que publicamos, como muestra del temperamento peculiar de nuestro autor algunos pasajes del escrito vibrante que le valió persecuciones y diatribas. Con el ánimo de explicar y sincerar su conducta de boliviano y de hombre de bien, René-Moreno viajó a Sucre, donde provocó la organización de esa especie de jurado a que antes nos hemos referido. En vista del extenso alegato que le fué presentado, el referido tribunal falló en los términos siguientes:

"En la capital Sucre, a los 8 días de agosto de 1880, los infrascritos, reunidos privadamente en la Sala de la Corte Suprema al objeto so-

licitado por el Señor René-Moreno en la exposición que antecede, procedimos a la lectura de varias cartas y atestaciones originales y en copia que nos fueron presentados como comprobantes. Después de un atento exámen de su contenido, no podemos dejar de reconocer, como reconocemos, que ellas demuestran suficientemente que el señor Moreno se prestó a ser el portador de las proposiciones del Ministro de Relaciones Exteriores de Chile al Presidente de Bolivia, entonces en campaña, general Hilarión Daza, solo en obedecimiento del mandato confidencial de éste, que le fué trasmitido en Santiago por un ayudante secreto, el señor Luis Salinas Vega. Reconocemos igualmente que el señor Moreno, con el propio carácter de mandatario del presidente Daza, aceptó el cargo de llevar al Gobierno de Chile, en nombre de Bolivia, el rechazo verbal de las proposiciones.

"En consecuencia, juzgamos unanimemente que la conducta del señor Moreno en ese negocio, en el que por las circunstancias del país fué ineludible su intervención, no puede ser razonablemente censurada como desleal e infidente.

"Si el Supremo Gobierno, apreciando los justificativos producidos por el señor Moreno, accediese a la medida reparadora a que alude al final

de su petición, ejercería a nuestro juicio un acto de estricta justicia. *Basilio Cuéllar.—Pedro, Arzobispo de la Plata.—Pantaleón Dalence.—Manuel Buitrago.—José M. del Carpio.—Juan F. de Córdova.—Luis Guerra*". (1)

En vista de este fallo absolutorio, el Gobierno dictó la siguiente resolución:

"*Bolivia. Ministerio de Relaciones Exteriores.* La Paz, diciembre 17 de 1880. Visto el atestado expedido en 8 de agosto último por la junta de notables reunida en Sucre, bajo la presidencia del Reverendo Arzobispo de la Plata; oída la exposición hecha por el señor Luis Salinas Vega ante el Consejo de Ministros, y apreciando el contenido de los documentos presentados en testimonio, el Gobierno declara: Que no es justo atribuir infidencia ni deslealtad para con Bolivia al señor G. René-Moreno, en la intervención que se vió obligado a tomar con motivo de las proposiciones hechas por el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile al Presidente de la República en campaña, don Hilarión Daza. La presente declaración, que se trasmitirá a las Legaciones de la República en Lima y Buenos Aires, servirá de

(1). Los detalles completos de este proceso se encuentran en *A. Gutiérrez, La Guerra de 1879*, pág. 158. a 171. París, 1912.

resguardo a la honorabilidad del señor Moreno, en tanto que, terminada la guerra, pueda hacerse el amplio esclarecimiento de este asunto.—*Campero.—Carrillo*".

Aquí nos interesa más la parte literaria que la esencia jurídica de aquellos documentos y nos detendremos a examinar mayormente su aspecto que podríamos llamar psicológico, ya que tal es la tendencia de este estudio y sus concomitancias históricas.

Con la ayuda, pues, de la Colección de Ahumada Moreno, vamos a copiar algunos fragmentos de la parte perorativa de aquél sonadísimo panfleto.

"¡Ah! El que era calificado de boliviano al servicio de Chile contra el aliado de Bolivia, viene y ¿qué encuentra? A los bolivianos todos, pueblo y gobierno, constituídos en estado de imperturbable poltronería espectante en favor de Chile contra el Perú. En vano busqué mis jueces. No he encontrado sino cómplices, traidores como yó . . .

"Me acusaron de traidor. Ya está visto a qué ha quedado reducida tan temeraria ligereza. Ahora me toca a mi decirles con vista de lo que pasa. Si yo fuí traidor, a lo menos mi traición fué traición a secas; mi perfidia se encaminaba,

conforme a las instrucciones, a una política franca de la Nación. Pero mis execradores de ayer, semejantes a los hipócritas de la Escritura, dicen y no hacen la lealtad; engañan hoy con música y clarines al aliado en su abandono, y añaden de esta suerte a la traición la falsía...

"Señores Lemoine, Vaca Guzmán y Caballero. ¡Qué! ¿Todavía no lo saben ustedes? Aquí no quieren pelear. Es inútil cansar la pluma patriótica en el Río de la Plata. ¿A donde irán ustedes a parar con esas enérgicas instigaciones belicosas? Deténganse un momento y reflexionen por Bolivia. ¿No temen para su ya tan escarnecido país, no temen en la vía de esa propaganda de las almas fuertes, no temen cosechar otros y mayores sonrojos que hasta aquí?.... ¿No acaba esa prensa (la de Buenos Aires) de recordarles con sorna los heroísmos de antaño, a los cochabambinos armados de garrotes, a los chuquisaqueños con cuchillos de mesa, a los paceños meneando la honda zumbadora, pero dejándose todos matar por Goyeneche en aras de la patria naciente? He visto que la sangre les subía en oleadas al corazón, al recordar ustedes al chileno instalado quietísimamente en el Litoral boliviano. He visto que se sentían ustedes capaces de pactar con el sarraceno y de llamar en auxilio de la

patria si cuando más no fuera una legión de demonios. Pero ¿qué piensan replicar ustedes, si la punzante ironía del ingenio argentino torna a responder a los bolivianos instigadores: "Estamos listos a pelear por ustedes con tal que nos den el ejemplo? . . .

"Un año va corrido que ni siquiera una paja se mueve del lado del Litoral boliviano en hostilidad a Chile. Quieren aquí que al derecho de la fuerza añada este la fuerza del derecho, fundado en la tolerancia del dueño, como dicen los tratadistas, y en su sosegadísima aquiescencia, como dirán los chilenos. Me han calificado de bastardo chileno y boliviano fementido. Lo concedo. Estoy en servicio de Chile contra el Perú. Eso no empeora aquí mi condición. No soy ni más ni menos que nadie . . .

Rodean al gobierno cuatro mil soldados y ni no sólo en campaña al sur, al centro o al norte. (1) Ningún oficial boliviano en Lima, ni uno solo. Y el presidente de Bolivia proclama

---

(1). Es verdad que, como lo hace notar René-Moreno con tamaña acritud, que después de la batalla de Tacna, librada el 26 de mayo de 1880, el ejército boliviano quedó inactivo y no intentó siquiera cooperar a la defensa de Lima. Cabe, sin embargo hacer advertir cuales eran las condiciones geográficas en que la guerra se desenvolvía. El gobierno de Chile tenía tropas en la fronte-

el día de difuntos; ¡Guerra, sangre a torrentes!... Todo está muy bien; pero levantarse mientras tanto, ceñirse la toga, empuñar la vara y sentarse en el tribunal de la moral política a juzgar delitos contra el patriotismo y la lealtad, es un espectáculo de irrisión como el de esas mascaradas y *ruedas* del carnaval que llenaron estas calles mientras hermanos peleaban en Tacna y mientras en mima se apercibía el aliado para su último y solitario esfuerzo".

La lectura de estas páginas, a la distancia de cuarenta y seis años, demuestra que René-Moreno, en esa incidencia trascendental de su carre-

---

ra de Antofagasta, de modo que una invasión al sur de Bolivia habría sido evidentemente realizada, en caso de que se hubieran desguarnecido las plazas del centro. La actitud espectante se imponía a mérito de estas razones, aparte de la evidente decepción que se había apoderado de los ánimos después y a consecuencia de los repetidos desastres de la guerra. En esta exposición se nota, a la distancia de cuarenta años, cual era el temperamento que dominaba en Bolivia en los tiempos en que gobernaba el general Campero. Entonces mismo se iban formando dos corrientes opuestas de opinión, en lo que atañe a las relaciones internacionales y el folleto de René-Moreno que estamos copiando a trechos y comentando imparcialmente, demuestra que antes mismo, en los tiempos de Achá y de Bustillo, existían ya temperamentos contradictorios para apreciar las conveniencias nacionales en sus relaciones con Chile.

ra pública, perdió la serenidad y el dominio de sí mismo. ¡Cuánto debió lamentar años después esa explosión de su amor propio herido! Lo dicen sus trabajos infatigablemente bolivianos, aún en pleno desempeño de funciones bibliógraficas en servicio de Chile. En el propio tiempo de aquellas concomitancias, el señor Luis Salinas Vega, implicado como René-Moreno en las negociaciones de Santa María con Daza, decía a aquél en carta de octubre de 1880.

"Levante Ud. un tanto su ánimo abatido; y resguardado en la tranquilidad de su conciencia, espere Ud. la hora de la calma, la justicia y la luz". (1).

Esa hora ha llegado, aunque tardiamente. Pocas gentes hay, sin embargo, que estén enteradas del verdadero significado de la misión Salinas Vega y René-Moreno con motivo de las proposiciones de arreglo sometidas por el ministro Santa María al presidente Daza. Este deseaba tener en la mano un documento que hacer valer para mostrar al Perú la firmeza de su lealtad política y comisionó imperativamente, en nombre de las necesidades del servicio nacional, al señor Salinas

(1). Una exposición extensa sobre estas negociaciones se encuentra en la obra titulada *La guerra de 1879* por A. Gutiérrez. París, 1812, página 273 y siguientes.

Vega que se pusiera en contacto con René-Moreno para trasmitir esas bases desde Santiago hasta Tacna, donde el generalísimo boliviano se encontraba.

Es seguro que ambos personajes simpatizaban con la esencia de esas proposiciones, pero eso no estaba en tela dé juicio. Ambos recibieron instrucciones imperativas de su propio gobierno o de quien hacía las veces de tal y procedieron en la forma que esa autoridad les había prescrito. Esta es la esencia de esa larguísima polémica, en que hubieron de naufragar a la vez la cordura de la opinión pública y la serenidad de los personajes inculpados.

No quedaba a René-Moreno, después de aquella virulenta catilinaria, sino salir del país y a pesar de que ello era difícil en esos tiempos en la estación de verano, así lo hizo, no antes de haber exclamado:

"Lluvias torrenciales del verano, enemigas de mis sandalias, ¡quién tuviera potestad para secaros!".

Don Joaquín Caso, persona que llegó, viviendo en París, a la extrema ancianidad y que falleció en 1922, nos refirió la historia de ese viaje de escapada verificado en el mentado año 1880 en compañía de René-Moreno. Don Joaquín Caso

ha tenido siempre la reputación muy merecida de conocer las prácticas y costumbres de su país y de saber amoldarse a las unas y a las otras. Se proveyó convenientemente de un arriero y de un número adecuado de mulas y de caballerizos para hacer el viaje en plena guerra del Pacífico desde Sucre hasta Buenos Aires. Formaban parte de esa caravana René-Moreno, don Justo Sánchez y don José León Montero. Estos dos últimos caballeros, aunque no habían hecho personalmente la guerra a Chile, eran feroces en su antichilenismo y a los pocos días de la marcha hicieron presente a Caso que no podían seguir viajando en compañía de un traidor. La sagacidad de Caso fué puesta a prueba y no encontró nada más conveniente que dar noticia a René-Moreno de esas disposiciones poco amistosas de sus compañeros de viaje. René Moreno tuvo que segregar sus elementos de locomoción de los que dirigía con superior competencia don Joaquín Caso, y así pudo llegar a Buenos Aires, donde daría pábulo a sus aficiones y a sus preferencias historiográficas, mediante trato asíduo con los hombres de letras que frecuentaban la casa editorial de don Carlos Casavalle.

Aquí comienza la labor fecunda y trascendente de René-Moreno, labor eminentemente bo-

liviana, porque no podía, aunque quisiese, prescindir de la influencia que ejercían en su ánimo los hombres del pasado en la tierra que con fingido desdén llamaba Altoperuana.

En 1894 publicó en los *Anales de la Universidad* y reprodujo después en edición separada su estudio sobre *El General Ballivián*, juicio crítico o comentario sobre la obra biográfica de José María Santiváñez. (Nueva York, 1891. Un vol. 4. con XV 367 y cuatro páginas).

La edición de este estudio fué presto agotada, pues no había sido hecho un tiraje sino de treinta ejemplares (1) Alguno preguntó al autor por qué esa parsimonia tipográfica, a lo cual contestó que él no hacía ediciones para el público, sino para sus amigos y para sí mismo.

-Gitano, decía, digo yo como la gitana, *Io canto per me sola*.

Esta alusión a la conocida canción de *Carmen*, pinta a lo vivo su verdadero diletantismo

---

(1). En el tomo II, de la *Biblioteca Peruana* publicado en 1896, página 392 encontramos la siguiente anotación bibliográfica:

"*El General Ballivián* por G. René-Moreno, Publicado en los *Anales de la Universidad*. Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, Bandera 73, 1895, Es un cuarto mayor de 176 89 con 29 páginas. Tirada aparte de unos treinta ejemplares.

literario. René-Moreno trabajó toda su vida sin preocuparse del público y gracias a que tuvo facilidades materiales para imprimir a poco costo sus libros y folletos, pudo dar salida a su inmensa producción intelectual, sin que hubiera pasado por su mente la idea del lucro legítimo con el trabajo del espíritu.

Su pasmosa erudición literaria e histórica se ocultaba y se disimulaba detrás del humilde seudónimo de catalogador de archivos y bibliotecas, y en ese afán ingrato da compaginar papeles viejos y de arrancar en Chuquisaca a la industria de los *ancucus* los preciosos expedientes de la Real Audiencia, ha compuesto las obras más valiosas de su carrera literaria.

Aquel estudio bibliográfico del libro de Santiváñez sobre la persona y sobre el gobierno del General Ballivián contiene cargos vehementísimos contra el vencedor de Ingavi. No nos toca investigar aquí si se encuentran suficientemente documentados, pero nos corresponde recoger algunas reflexiones de crítica histórica que se fundan en la clara percepción de los acontecimientos.

"Dos presidentes, dice René-Moreno, que no conspiraron por serlo, fueron blandos con ellas: Sucre y Córdova. Los conspiradores. más obs-

tinados, Ballivián y Linares, subidos al mando, fueron verdaderos tigres contra las conspiraciones. Esta inconsecuencia perversa al ejercer el poder justiciero, esta severidad sanguinaria destituída de autoridad moral, no la perdonan jamás pueblos de índole compasiva como el boliviano. En cuanto al otro resentimiento, diré, que los ultrajes a personas y los escándalos domésticos de Ballivián, fueron los primeros y más denigrantes que observaba el pueblo en aquel alto sitio y en una colmada personalidad nacional. El pintor del personaje, el artista que hoy nos presenta en marco de oro este espejo de la gloria boliviana, sepulta con su silencio a los ministros del gobierno. El colosal olvido de estos por el país entero acompaña a Santiváñez en este acto de justicia. Los Méndez, los Gutiérrez, los Guerra, los Medina, los Buitrago, los Sagárnaga, los Urdininea, los Silva.... ¡Qué estadistas aquellos! !Si hubiéramos de cotejar la suya con la trivialidad decretante de los improvisadores de otras administraciones de Bolivia, no la sacarían bien en punto de mecánica cotidiana los repentistas del despacho de Ballivián. Ya se ha visto que la obra trascendente de los unos y de los otros está reducida a cero. Esto basta para que nadie intente hoy turbar la sempiterna insignificancia de todos esos próceres de

ocasión. No supieron hacer patria ni en la medida que sirviera hoy de consuelo. Válganles por el intento los sueldos y honores que disfrutaron. Eso sí, a condición de que no se escriba la historia enseñando al pueblo que esos hombres vacíos significan padres de la patria... Acabamos de ver que por amor a su héroe ha abdicado (Santiváñez) la autoridad que allá tiene con justicia su palabra. No compulsó el proceso de una época entera dejando sentir por sus resultas el demérito del afán perdido. Hizo venir a su presencia los hombres y las cosas de un protagonista, sin ajustar a este su cuenta ni calcular por el grado de su ambición implacable el de su responsabilidad histórica. He ahí que ahora, a fuerza de buen patriota, cae un momento en ese delirio de las grandezas idas que acometer suele a los caballeros nobles y desbaratados. Como el cantor célebre de las ruinas, columbra allí errando en lontananza oscuras sombras de alto ejemplo..."

"Extraña manía la de los que persisten en mantener su mente en perpétua infancia. No hay ni quien a la larga les quite la idea, de que esos que consideran arsenales y constructores de obras contra las tempestades del tiempo, no son sino talleres y carpinteritos de blanco cuyos escaparates duraron tanto como los carpinteritos mismos.

No digo que la pluma escarnezca o increpe o abata mayormente en su miseria a una generación culpable. No es este el ministerio de la historia. Pero, ciertamente, vale más arrojar lejos la antorcha de esta eminente maestra, vale más sellar con el dedo los labios indignados como la estátua de la Noche de Miguel Angel, si valor no ha haber para afrontar con la experiencia de los hechos el engaño público en estas que son horas decisivas de prueba".

En muchas páginas de su obra histórica ha demostrado René-Moreno la misma severidad respecto de determinados personajes. Ella demuestra que le animaba la pasión política, rasgo distintivo de la afección patriótica.

En una advertencia preliminar que corre impresa en su *Biblioteca Peruana*, se lee lo siguiente:

"Por modesto que sea su cargo, por triste su afán de estar contando con los dedos y midiendo con varilla métrica las páginas que otros escribieron, es la verdad que el catalogador bordea los umbrales de la vejez con más desencantos que encantos, que algo ha visto ya en esta América en materia de papel impreso caduco y de funcionarios revocablemente honorificados, y hay por lo mismo que aguantarle y no más el desen-

fado con que juzga y opina sobre los hombres, hechos, letras y cosas del Perú".

No solo ese desenfado había que aguantarle y se le aguantó. A sueldo y con liberales concesiones del Gobierno de Chile, catalogaba la Biblioteca del Instituto y desempeñaba con sobrada competencia una cátedra de literatura en ese establecimiento de enseñanza. No era esta una razón psra moderar su severidad respecto de la política internacional de dicho país, estallando en increpaciones que parecían salir del alma de un alto peruano de raza genuina.

Al revísar el mentado catálogo de la Biblioteca Peruana, sería muy largo citar los innumerables comentarios que sugiere a René-Moreno la historia de las relaciones políticas entre el Perú y Bolivia, especialmente durante el período dramático de las intervenciones de Gamarra. Pero no solo le hieren en el alma nacional, sino que le arrancan protestas viriles y airadas, los procedimientos aduaneros de Chile para ahogar en Bolivia toda libertad comercial. Estos comentarios se refieren a la época inmediatamente anterior al tratado de 1904. Vale la pena de citar algunas notas bibliográficas:

"422. *Cuestión Aduanera. Correspondencia cambiada entre la Legación de Bolivia y el*

Ministro de Relaciones Exteriores del Perú. Lima, Imp. de "La Patria". Calle Junín (Zárate). N. 175, 1878. El sempiterno manoteo y pataleo de Bolivia estrechada por la coyunda aduanera del Perú. No creo que haya otro modo de decirlo en bibliografía, Ciñéndole el Perú en uso de su soberanía el vientre a Bolivia, quería en ocasiones llevar los cabos de la soga hasta la garganta en amago de estrangulación. Y junto con esto hablaban entonces y hablan ahora de alianza perpetua, mancomunidad política, confederación y otras partes platónicas con Bolivia. Las hablan, eso si, en días de angustia para el Perú. Diráseme que eso y peor hace Chile hoy suprimiéndole toda garganta a Bolivia. Diráseme que hay no obstante quien promueva la unión política y comercial de estas dos naciones. No parece que la crítica bibliográfica impida que responda; hubo quien, hubo, cuando la tal tortura no existía aún, y previéndola, por evitarla, creyendo que Bolivia tendría estadistas que quisiesen y sostuvieran dicha unión. Pero ahora, con el uso que sigue persistentemente haciendo Chile de la victoria ¿qué unión ni qué trabajo por la unión caben ya en favor de los intereses combinados de Bolivia y Chile?" (1).

---

(1). G. René Moreno *Catálogo de la Biblioteca Peruana.* Santiago, 1896.

Alguna gaceta de la época llamó la atención del público hacia este severo comentario (creemos que *La Nueva República* de Santiago) maravillándose de que con tamaño desenfado se juzguen los procedimientos trascendentales de la política de Chile. Pero el público estaba habituado a *aguantar y no más* esos estallidos del patriotismo nativo en una persona que, por otra parte, era poco menos que irreemplazable en las funciones que desempeñaba.

Otra interesante citación bibliográfica:

"140. *Manuel Pardo, ex-Presidente del Perú. Breves apuntes y revelaciones de su vida por B. Vicuña Mackenna.* (Homenaje de un chileno a su memoria). Santiago de Chile, Imprenta de la Librería del Mercurio, 1878. Esta improvisación en tono heróico costó muy presto a su autor algunos sonrojos. Benjamín Vicuña Mackenna pintaba aquí eu 18 de Noviembre a Manuel Pardo hasta como amigo íntimo de Chile y los chilenos y cuatro meses más tarde aparecía el tratado secreto con Bolivia y estallaba la guerra. Los gritos feroces de combate de Vicuña Mackenna no cesaron durante cuatro años después de la presente aleluya con requiem. Justiniano de Zubiría, que como escritor tenía cuenta de agravios con Vicuña Mackenna, no dejó pasar la co-

yuntura sin enrostrar su ligereza y versatilidad impresionista al historiador, hoy por hoy de Manuel Pardo, ex-presidente, al siguiente día historiador de la *Guerra del Pacífico*, cuatro volúmenes de orgullo infinito y de saña enceguecida contra el Perú y Bolivia. Creo haber tratado con cierto linaje de intimidad a Vicuña Mackenna antes y después de dicha guerra, que durante anduve ausente de Chile. Venía a mi quieto y apartado gabinete de la Biblioteca como a territorio neutral, a desahogarse de no pocas amarguras de político o de publicista, o de escritor empresario, etc. Era el más patriota de los chilenos. "El patriotismo es un amor que odia" dice un escritor francés, y nada por eso comparable con el odio de Vicuña Mackenna al Perú y a Bolivia durante la guerra. Cuatro años vibró su alma con todas las energías del ensañamiento y de la ira. Pasada la contienda, todo volvía a su quicio natural en el interior del hombre. El fondo de su alma pertenecía por completo a la unión y confraternidad hispano-americanas" (1).

La persona de Vicuña Mackenna ha ocupado numerosas páginas en los escritos de René-Moreno. Podría decirse que miraba en él un ri-

(1) Obra citada página 37.

val, si no en erudición histórica y literaria, a lo menos en verbosidad grandilocuente. "Como muchos en poesía, dice en uno de sus comentarios bibliográficos, Vicuña Mackenna era repentista en historia". Otras veces, lo encontraba poseido de una elocuencia formidable y avasalladora. Gigante él mismo, escribía y pintaba imágenes de gigantes. "La obra de Vicuña Mackenna, decía en un estudio necrológico dedicado a su memoria (1886), no solamente es la que vemos impresa en los libros que llevan su nombre: está contenida también en las ideas y en los pensamientos que estos libros han suscitado en la presente generación chilena".

A no ser esa tolerancia del público chileno con las opiniones de René-Moreno éste no habría podido conseguir la notoriedad que sus libros obtuvieron. Acá en Bolivia, después de la muerte de nuestro autor, acaecida en Santiago en 1908, un comerciante librero (casa González y Medina) conocedor de nuestra vinculación más o menos estrecha con los herederos de René-Moreno (nominalmente don Arístides Moreno) y de la intervención que tuvimos en la relativa circulación de las obras de dicho autor en La Paz, nos propuso conseguir la autorización necesaria para una nueva edición de los dichos escritos y especialmente de la obra

monumental que se llama *Ultimos Dias Coloniales en el Alto Perú.*

Pudimos declarar al osado traficante con el ingenio de los otros, que era un detestable negocio el que había concebido. No hay que sepamos más de una centena de personas en Bolivia que se interesen en estudios de esa índole literaria e histórica y que puedan digerir divagaciones de una erudición indiscutible, pero de una amenidad muy relativa. El noventa por ciento de los lectores, aquí en Bolivia como en otras partes, se interesa por la literatura amena, sin excluir la literatura pornográfica. Alcides Arguedas, en alguno de sus libros recientes, se queja de esta preferencia del público boliviano por la literatura insustancial, pero se queja sin razón, porque idéntico achaque se observa en los públicos lectores de París, de Madrid y de otros centros letrados de este planeta.

Quedó, pues, sin efecto, el proyecto de González y Medina de editar lujosamente algunas obras de René-Moreno y nadie ha olvidado que un incendio devoró las existencias de la librería que esa casa tenía instalada en el edificio que ocupa hoy día la oficina de correos de La Paz. Allí perecieron probablemente los pocos ejemplares de René-Moreno que habrían servido para la edición

proyectada y acaso la edición completa de una obra de Arguedas sobre la Historia de Bolivia, ayudándole así a liquidar el mal negocio de la impresión de ese trabajo. Algunos volúmenes perecieron también pertenecientes al que esto escribe, que formaban el total de la edición de *La Guerra de 1879, Nuevos esclarecimientos.* Esa obra, que consignaba algunos datos y apreciaciones acaso oportunas sobre el pleito del Pacífico, ha quedado por tal accidente poco menos que inédita, sin daño apreciable para las letras nacionales.

Reanudando, empero, el relato interrumpido, recordaremos dos obras de René-Moreno, a las que podemos hacer una referencia personal. Una de ellas es *Mojos y Chiquitos*, que contiene un relato de interés sobre las misiones de los Jesuitas en aquella región y su influencia sobre la civilización y cultura del oriente de Bolivia.

Recordamos haber visto ese archivo de *Mojos y Chiquitos*, acompañado de un volúmen impreso de comentario erudito, en Santiago de Chile, donde fué entregado a la Legación como obsequio de René-Moreno a su país y a su Gobierno. A su cargo habían corrido los gastos de encuadernación y de impresión de los volúmenes arreglados con todo el esmero profesional y no solicitaba sino que se cubrieran las expensas de

transporte de Santiago a La Paz, en donde era a la sazón Presidente don Aniceto Arce. Es así como pudimos ver y hojear esos volúmenes, que eran varios, aunque su número cabal ha desaparecido de nuestra memoria, y así mismo leimos a trechos el tomo de comentario en que figuraba una pintura incomparable de la vivacidad, a la vez que de la versatilidad de carácter de aquellos chiquitanos, súbditos de Carlos IV, cuando la expulsión memorable de los jesuitas de estas tierras americanas. (1767).

Por su tema, por su índole, puede decirse lugareña, ese libro sobre Mojos y Chiquitos es el más raro y menos celebrado de René-Moreno. Ni siquiera figura en el catálogo de la antigua Librería Miranda, de Santiago, donde solían venderse las obras de este autor, antes de 1909. (1).

Tuvimos también en nuestro poder las *Rimas* de don Daniel Calvo, un tomo de 300 páginas impreso en Santiago en 1870, en cuyo comienzo figura con el título de *Biografía* un juicio crítico de René-Moreno, sobre la persona y

---

(1). *Biblioteca Boliviana. Catálogo del archivo de Mojos y Chiquitos.* Santiago de Chile, Imprenta Gutenberg. 627 páginas.

Rimas de don Daniel Calvo. Santiago, Imprenta del Independiente. 1870.

sobre la obra literaria de dicho poeta, que era a la vez un educador ilustre, un escritor castizo y un hombre de estado de reconocido mérito, que acompañó a Adolfo Ballivián y a Frias en sus azarosas gobernaciones, soportando el bombardeo del Palacio de La Paz el 20 de Marzo de 1875. Hemos dicho ya que esta biografía, a la vez que la de Néstor Galindo, figuran entre las mejores obras literarias de nuestro autor. Todo lo demás es historia pura, historia americana.

El silencio de René-Moreno durante el tiempo que duró la guerra del Pacífico, en que anduvo, como él dice, ausente de Chile, fué interrumpido por la aparición en 1886 de un libro que revelaba mejor que ningún otro su versación, no solo en los acontecimientos de la revolución y de la independencia, sino en las vicisitudes de la República. Se trataba en esos momentos de historia reciente, de historia contemporánea. Ese libro, formado con el estracto de gacetas coetáneas, se llama *Matanzas de Yáñez*.

Ningún episodio, en la historia accidentada de la República, fué más intensamente novelesco que el de la rivalidad tradicional entre rojos o setembristas y belcistas, en que algunos creen descubrir los orígenes mismos de los partidos actuales de Bolivia. No han pasado más de dos gene-

raciones desde que aquellos sucesos ocurrieron y muchas personas que no han llegado a la ancianidad recuerdan todavía en su niñez el eco de las querellas que provocó la abominable dominación de Belzu en Bolivia.

La reacción de aquellos sucesos se produjo aciaga y turbulenta y el libro sobre las *Matanzas de Yáñez* refiere los más menudos incidentes de aquella noche espantosa del Loreto y su sombrío epílogo del 23 de Noviembre de 1861. Todo ese drama está descrito por René-Moreno con una pincelada magistral:

"El 23 de octubre de 1861, dice, el comandante general de armas de La Paz, coronel Plácido Yáñez, en alta noche mandó asesinar con la fuerza pública a un medio centenar de ciudadanos, que arbitrariamente había hecho encarcelar días antes a título de belcistas conspiradores. Un mes cabal después de este suceso, el populacho de La Paz, cansado de ver impune y siempre revestido de autoridad al perpetrador de esa carnicería, tomó por asalto el palacio donde estaba encastillado con su gente, y ajustició al criminal con dos de sus cómplices. Se retiraron las turbas en seguida a sus casas".

"Se retiró el populacho justiciero sin querer plegarse a la rebelión militar de tres cuerpos

veteranos, rebelión que esa mañana sirviera al pueblo de preludio y base para la ejecución. Triunfante y aterrada a la vez, no se atrevió entonces esa rebelión a vitorear a su caudillo. El caudillo era el Ministro del Interior, Ruperto Fernández. (1)

El tono de este comentario está revelando a las claras que René-Moreno no era un espectador frio e imparcial de los sucesos. Sus opiniones se encontraban fuertemente inclinadas, no solo al temperamento de la justicia, sino a favor del grupo político que entonces representaba esa justicia. Como atavismo, como tradición de familia, Moreno pudo ser considerado belcista, pero como conciencia cívica, como inclinación sentimental y política, simpatizaba con los setembristas o rojos, a lo menos aquellos que poseían en su concepto el valimiento del civismo y de la cultura intelectual. El crímen de Yáñez fué un oprobio para la Nación y para la humanidad. Pero ese oprobio tenía una explicación humana, ya que no política. Parece que Yáñez fué perseguido por los agentes de Belzu, durante muchos años, por todos los medios de la hostilidad policial, con toda la

---

(1). Anales de la prensa Boliviana. Matanzas de Yáñez. 1861-1862 por G. René-Moreno. Santiago de Chile. Imp. Cervantes. 1886.

crueldad de los procedimientos inquisitoriales de esa época y, duro es confesarlo, de nuestros días también.

Largas y nutridas páginas tenemos escritas sobre esa enfermedad social del esbirrismo. Enfermedad tenebrosa y repugnante, que solo se manifiesta en los organismos descompuestos.

Lo que queremos acentuar sobre todo es la parcialidad de René-Moreno en los asuntos de la política doméstica de Bolivia. Ese apasionamiento por una u otra causa, es cualidad inherente al patriotismo de verdad. Solo es indiferente a sucesos de esta naturaleza el extranjero, el renegado o el que carece de moral política o de sindéresis.

En René-Moreno observamos, lo mismo que en Cortés, en Urcullu y en cuantos han escrito sobre historia boliviana, esa pasión que es humana, que es instintiva, que es involuntaria e irresistible, que arrastra la simpatía o el intelecto por una u otra corriente de los sucesos. El mismo Sotomayor Valdez, aunque chileno de nacimiento y de función diplomática, no puede prescindir de esa inclinación irreflexiva, no solo en favor de lo justo, sino en favor de lo que atrae sus simpatías recónditas. No se puede ser historiador sin un amor o un odio, sin una inclinación vigo-

rosa hacia aquello que se considera razonable y justo.

Acaso escapará a esta regla sociológica nuestro amigo Alcides Arguedas, que, para desgracia suya, no sabe amar en historia, lo que equivale a no tener sensibilidad en poesía o sindéresis en el raciocinio. Anotamos con pena este defecto de su índole, pues no muestra amor a su patria, ni la hace amar de los extraños, lo cual constituye el atributo más noble y excelso del que escribe la historia.

René-Moreno poseía, pues, mas que la imparcialidad del historiador, los amores y los odios del boliviano. Pocos estarán excentos de esa cualidad cuando se trata de historia nacional, con sus vigorosos rencores y sus pasiones desencadenadas. Los espectadores mismos tienen que sentirse forzosamente contaminados con esa enfermedad social.

Esa pasión del terruño era más fuerte que la voluntad misma de René-Moreno. Sentía los resentimientos de la propaganda que se desencadenó en contra suya y de la condenación que sufrió de sus conciudadanos; pero no podía despojarse de esa condición de la nacionalidad, que es inherente al individuo, de que no podría despojarse un ser civilizado sin incurrir en los califica-

tivos severos que el vulgo mismo otorga a los que no son fieles a su condición nativa. En los últimos tiempos se han exhibido casos memorables de deslealtad a la nacionalidad, muchos de los cuales han terminado en la deportación o en el cadalso.

René-Moreno era demasiado culto para resistir esas imposiciones del deber cívico y las personalidades dominantes en la sociedad en que vivía, le reconocían esa cualidad como un título más a su consideración y a su simpatía.

La obra capital de René-Moreno: *Los Ultimos Días Coloniales en el Alto Perú*, dejan brotar ese sentimiento nacionalista en todas sus páginas con una elocuencia irresistible. En otro tiempo había recogido las impresiones personales del Canónigo Flores y de doña Martina Lazcano sobre los sucesos de Chuquisaca en 1809. Ahora se presenta munido de una documentación formidable sobre esos mismos acontecimientos, que forma la materia del segundo volúmen de la obra. Ha recogido más que referencias verbales: ha coleccionado cartas, papeles privados y documentos públicos, que reflejan la índole de ciertos personajes representativos. La llegada del Arzobispo Mojó a Chuquisaca, su influencia en la literatura coetánea, las condiciones del ambiente y

el grado de cultura social de la metrópoli del Alto Perú, se encuentran pintadas con pinceladas magistrales y con esa pasión del que siente, no solo las palpitaciones de la tierra nativa, sino la repercusión de un pasado glorioso.

No podemos resistir a la tentación de copiar aquí una página de ese libro, que es la crónica más colorida y pintoresca de la revolución de 1809 en el Alto Perú. Está vibrando en sus frases el amor a esas tierras y a esos hombres, a la vez que el entusiasmo con que contempla desde lejos acontecimientos trascendentales de la historia humana.

"Desde principios del siglo, dice, la idea redentora hervía como en un caldero en los cerebros juveniles de la academia carolina, al fuego de las disputas, con el pábulo de libros revolucionarios. De ese foco partieron como centellas a las eminentes extremidades del norte y del sur, Monteagudo llevando a la metrópoli del Perú los planes del nuevo pensamiento; y a la capital de Buenos Aires, corazón del virreinato, Moreno, Castelli y López, llevando la consigna, la espada y el clarín de la revolución".

"Durante los quince años mortales de la guerra magna, los españoles defendieron los muros de Chuquisaca con una pertinacia y arrojo

dignos tan solo de una plaza fuerte de primer orden. No era tanto lo que la temían como lo que la amaban, a pesar de la negra ingratitud de sus letrados. Cuando sonó la última hora de la dominación española en América, Tacón, Maroto y Espartero volaron de allí a buscar en el viejo mundo una celebridad por mil títulos ruidosa en los anales contemporáneos".

"Privilegiada durante la colonia, sigue siéndolo después de la independencia como capital de la república. ¡Qué sucesos tan memorables los de aquellos dias críticos de la nueva era! Su vecindario fué entonces un cenáculo que concibió, debatió y formuló resoluciones fundamentales y perpétuas. Bolívar, que era estadista y poeta, pugnó contra mil obstáculos por visitarla y la visitó. Entró enemigo de la autonomía y salió jurándola. Cuatro años preciosos de su vida, sus cuatro años de gabinete, consagró allí Sucre en seguida a organizar la existencia futura del Alto Perú".

"Ahí se está sin dar un paso. Envejeciendo, algo de noble se cierne y se posa sobre ella. Parece que cierta vislumbre de lo pasado se levantara como una aureola sobre la masa vetusta de sus edificios. Cesó la bulla de sus aulas, pero queda la vocinglería de las campanas. Bóvedas, torres, cúpulas y obeliscos bizantinos, puer-

tas, ventanas, balcones y aleros como de celdas trapenses. Todavía algunas pompas magestuosas en el rito metropolitano. Ociosidad en las calles. Aquí y allá vestigios de una que otra grandeza señorial. Por donde quiera cierto sello característico, el sello de la antigua corte del Alto Perú, que mantiene indeleble su timbre, timbre de cultura y refinamiento en el trato y costumbres de todos sus habitantes".

Esta página es admirable, no solo por su belleza literaria y por las apreciaciones históricas que contiene, sino porque refleja la esencia psicológica del autor, los sentimientos que animan su espíritu. Ahí se siente flotar la parcialidad simpática por la tierra nativa y el apego al suelo que recuerda sus primeras ilusiones juveniles. Refiriéndose a Chuquisaca, la lira de René-Moreno vibra con armonías plácidas y su paleta tiene colores incomparables. Por eso decíamos en otra página que René-Moreno había tenido tres juventudes, que habían dejado impresiones diversamente gratas en su espíritu: la de Santa Cruz, la de Chuquisaca y la de Santiago de Chile.

Se queja a menudo de la ingratitud de sus compatriotas y en ocasiones con la amargura del despecho.

"Ahí se está, dice refiriéndose a la Chu-

quisaca contemporánea, ahí se está sin dar un paso". Pero torna en seguida a la evocación del pasado y encuentra que algo de alto y de noble se cierne sobre la masa vetusta de sus edificios.

Si las pasiones altas y nobles no inspiraran la palabra del historiador, no sería capaz de fallos generosos y justos.

Refiérese René-Moreno a la circulación de ese libro admirable, *Los últimos Días Coloniales en el Alto Perú*. "El volúmen impreso no por impreso logró trecho ni rato en el banquete de la vida literaria. Nació fuera de lugar, sin el soplo de ocasión, maduro para la muerte Ni el tiempo ni el espacio le soltaron una migaja de su inmensidad para que por ahí rasara con la atención de los vivos. Me consta que los más de los muchos ejemplares o entregados o remitidos ahí se están los pobres, intonsos, barbudos, a la rústica .... Porque el libro es ya tomo quinto sobre Bolivia, por autor solitario de escritos sin lectores en Bolivia misma, escritos desconocidos hasta en la propia ciudad donde se publican .... El copista, señalado perpétuamente en Chile como boliviano, y como achilenado fuera de Chile y sobre todo en Bolivia, tuvo que retirarse mal de su grado y con las carpetas vacías". (Había ido a Buenos Aires en 1896 para tomar co-

pias de los expedientes relativos a la revolución de Chuquisaca y de La Paz en Mayo y Julio de 1809).

En 1907 vió la luz un espeso volúmen titulado *Bolivia y Perú, Nuevas notas históricas y bibliográficas.* Santiago de Chile, Imp. y Lit. del Universo, conteniendo nuevas informaciones y comentarios, tan sabrosos como los que le precedieron, sobre la revolución de Mayo de 1809. En ese tomo de pura investigacion histórica, se desliza un comentario apasionado sobre ciertas publicaciones del diario *La Ley* de Santa Cruz, tanto más amargas para René Moreno, cuanto que procedían de su propia ciudad natal. No hace al caso reproducir esas injurias, ya que están vaciadas en el conocido molde de achilenado y traidor a la patria, argumento favorito de la literatura ramplona de ese tiempo. Lo esencial es conocer el hecho que provocó esas airadas imputaciones. Fué el obsequio que los señores Gabriel René y Arístides Moreno hicieron a la Municipalidad de su ciudad natal de un retrato pasablemente auténtico de Ñuflo de Chávez. Con este motivo, ambos distinguidos ciudadanos y amantes rendidos de Santa Cruz de la Sierra, dirigieron a la mentada Municipalidad el siguiente oficio, fechado en Santiago de Chile, a 8 de Octubre de 1899:

"Después de prolijas investigaciones y cotejos, en Trujillo, de España, se ha podido fijar con toda exactitud, en el lienzo artístico, la imagen del insigne capitán Ñuflo de Chávez, fundador y poblador, en el siglo XVI, de la provincia de Santa Cruz de la Sierra.

"Los suscritos, descendientes del conquistador, amantes hijos de la actual ciudad cabecera de ese antiguo gobierno, hacen dádiva de aquél retrato histórico a la H. Corporación por Ud. dignamente presidida. La hacen con el intento de que él sea colocado en el sitio de honor que le corresponde en la sala de las juntas municipales.

"En este último supuesto y no en otro, envían los suscritos desde ahora el lienzo, y el H. Concejo les comunicará, si lo tiene a bien, la resolución que fuere de su agrado.

"La obra se debe al pincel del concienzudo y valiente pintor don Ernesto Molina, y su ejecución ha valido al artista el aplauso unánime y caluroso de personas muy competentes de esta ciudad.

"Con sentimientos de consideración muy distinguida, saludan al señor Presidente como sus atentos Ss. Ss. *G. René-Moreno, Arístides Moreno*".

El retrato fué colocado, como los donantes solicitaban, pero el periódico *La Ley* se ex-

presó en los términos que hemos recordado, en contra de los sentimientos que hoy día dominan en Santa Cruz, y que tienden a rehabilitar la memoria de aquel cruceño ilustre.

En esa pieza oficinista que hemos trascrito, se trasluce la índole peculiar del temperamento de René-Moreno. En sus críticas literarias, en sus libros didácticos, en sus memorias históricas, se advierte la ironía como rasgo predominante de su estilo. Ha juzgado y en ocasiones condenado severamente a muchos personajes representativos en la historia de Bolivia y los ha fulminado, más que con el acero implacable de la justicia, con el dardo de su ironía picante e incisiva. En el admirable proceso que condensan las *Matanzas de Yáñez* sobre ese hecho luctuoso de nuestra historia política, existen páginas, más que de condenación moral, de hiriente sarcasmo. Desfilan en esa galería de retratos vivientes, Achá, Ruperto Fernández, Yáñez y más tarde Benavente, Morales y otros muchos.

La descripción pintoresca que hace el historiador de los usos y costumbres dominantes en la Chuquisaca colonial, comprende cuadros en cierto modo humorísticos de aquello que se llamaba *vocabularios* y *caramillos*, en la capital almidonada del Alto Perú. En esa sociedad letra-

da y presuntuosa figuraban personajes de supuesta erudición que argumentaban como los antiguos escolásticos. Parece que la llegada de Mojó, con su erudición modernista, puso fuera de moda esos excesos de la vanidad y de la impostura y tiene René-Moreno sobre ese estado de los espíritus páginas magistrales.

Dada su extensa cultura clásica, es posible que René-Moreno se hubiera inspirado en obras de Voltaire, que fué también un maestro de la Historia, o de Rabelais, que lo fué de la sátira y de la ironía. El hecho es que las contrariedades sufridas por René-Moreno en su intervención política de 1879, que defendió en todos los escritos que publicó después, dejaron en su espíritu esa amargura y esa decepción que se han traducido en innumerables explosiones de sus obras históricas.

Al personalizar esos alegatos, perdía el brillo su estro literario y parecía más bien poseído de un estado de ánimo que degeneraba en la diatriba. Cuando esa ironía de su estilo literario se aplicaba a temas netamente históricos, tenía verdaderos destellos de ingenio, tales como los que caracterizan esa pintura admirable de la Chuquisaca de 1809 en su obra famosa *Ultimos dias Coloniales en el Alto Perú*.

En 1908, la Municipalidad de Chuquisaca

inició las gestiones y el Gobierno de Bolivia ejecutó financieramente el plan de adquirir para la ciudad de Mayo, a cuya gloria había poderosamente contribuído René-Moreno, la biblioteca particular que organizó en treinta años de trabajo y que inspiró las más bellas páginas de su obra literaria. La biblioteca existe, anexa a la biblioteca nacional, en la ciudad de Sucre, para estudio y meditación de la juventud universitaria y de los hombres de letras de toda la República. Todos los hechos grandes e incidentes menudos que hemos recordado, demuestran sin lugar a duda que el más hondo y sincero sentimiento de René-Moreno fué el de amor a Bolivia y el más grande pesar de su existencia, que se hubiera dudado de su adhesión filial y de su lealtad cívica.

El Congreso de 1893 inició la acusación contra Daza y Reyes Ortiz, considerándoles responsables de la errada orientación diplomática primero y de la desastrosa dirección de la guerra después. Con motivo de ese debate parlamentario que ha hecho época en nuestros anales políticos, se hicieron esclarecimientos provechosos para las responsabilidades históricas de esos y de otros personajes. Figuraban en primer término René-Moreno y Luis Salinas Vega.

El señor Ismael Montes, que fué después

Presidente de la República durante dos períodos que sumaron nueve años, actuó en ese debate como abogado defensor de Salinas Vega. No podría ese personaje ser tachado de achilenado, especialmente en esa época, en que era conocida la bandera del partído liberal, entre cuyos militantes más activos se encontraba, de modo que sus apreciaciones políticas y sus conclusiones tienen todo el valor de una verdadera sentencia.

He ahí como René-Moreno, achilenado y traidor, en concepto de algunos de sus contemporáneos, ha pasado a mejor vida arrullado por los aires de la patria, no con el hálito de sus montañas, sino con la consagración cariñosa de todos sus conciudadanos, Varias instituciones públicas y fundaciones municipales, en Sucre y en Santa Cruz, llevan su nombre y la biblioteca que organizó con una labor infatigable de toda su existencia está ahí en la ciudad de los cuatro nombres, para recordar su adhesión filial y sus amarguras patrióticas.

Las personas eminentes, las asociaciones doctas y los centros literarios, se disputan el honor y la satisfacción de ofrecer reparaciones justicieras a la memoria de René-Moreno, No solo los ateneos y las bibliotecas son bautizadas con su nombre, sino las calles y plazas en la propia ca-

pital de los Charcas, que fué la cuna de su prestigio literario a la par que el centro volcánico de su fulminación patriótica. En torno a la iglesia, al convento y a la escuela primaria de los Recoletos en Sucre, se ha formado una plazoleta que se trata de adornar con una arborización primorosa. Un nutrido núcleo de la ciudad ha construído viviendas en sus contornos. Esa plazoleta se llama hoy día Plaza René-Moreno.

En los últimos años de su vida, se esmeraba René-Moreno en mantener una comunicación intelectual con los hombres estudiosos de Chuquisaca y nos ha sido dado examinar un volúmen enviado a don Valentín Abecia, uno de los cultores de las tradiciones del Alto Perú, con una dedicatoria autógrafa que dice así:

"Que vuelvan estos viejos papeles a Chuquisaca, de donde salieron. Para el señor Valentín Abecia, *René-Moreno*".

Este ejemplar que contiene manuscritos del siglo XVIII, preciosamente conservados, existe actualmente en la bellísima colección bibliográfica que posee en Sucre el señor Tomás Arana.

Falta ahora que René-Moreno obtenga la absolución de sus conciudadanos en tanto que historiógrafo, cronista y comentador de los sucesos más graves y trascendentales que ocurrieron en el

Alto Perú y que dieron nacimiento a la actual República de Bolivia. No con todas las versiones o aspiraciones de los bolivianos, o alto peruanos como dice René-Moreno, concordó en su labor de memorialista y cabe citar su ahinco por desautorizar la pretensión chuquisaqueña de otros tiempos y de los actuales, de considerar a Monteagudo como nacido en Chuquisaca, como había sido notoriamente estudiante de su Universidad e ingenio sobresaliente en las materias de la filosofía y del derecho. Sobre ese punto de historia Colonial, llama la atención el ardimiento de René-Moreno. Es verdad que había alimentado su erudición sobre historia de la independencia americana con la lectura de libros, con la plática de hombres de letras y con el conocimienlo de la atmósfera literaria del Río de la Plata. Acaso era el mero amor a la verdad el que le impulsaba en esa campaña infatigable, en que tuvo la prolijidad de deshacer uno a uno, los argumentos chuquisaqueños de Valentín Abecia y de Samuel Velascoflor, con apoyo de ciertos documentos que no han demostrado, a la verdad, sino meras presunciones. Los eruditos chuquisaqueños han tallado, entretanto, el pleito a favor de su tesis. Monteagudo fué chuquisaqueño y por lo tanto se ha erigido en la plaza principal de Sucre una estátua de bronce con la efigie del célebre pensador y político.

¿Han tenido razones bastantes para fallar el litigio en esa forma terminante y decisiva?

René-Moreno va a decirlo, con su habitual ironía y con la brevedad de su argumentación contundente.

"Publican en Sucre cada año, a modo de diana o retreta de pitos y tambores, un cuaderno laudatorio, a menudo apologético, rara vez con algo ilustrativo, del 25 de Mayo de Chuquisaca. Es indudable que en sí mismo, este entretenimiento o expansión del localismo no tiene nada de malo. Pero es el caso que en casi todos los cuadernos, entre las alabanzas a Chuquisaca, figura la muy breve y terminante de que allí vió Monteagudo la primera luz. Esto indica que los autores varios de cada uno de esos florilegios cuentan con que con esa traza expeditiva por no decir otra cosa, su clamoreo ha de guiar el creer y no el reir de las gentes que viven tras los montes de la comarca. En casos oscuros o en tela de juicio, son de buena ley la reserva y la abstención, aún cuando se trate meramente de ensalzar y bendecir . . . Pero los chuquisaqueños han llevado por más de media centuria su perentorio dogmatismo, tocante a su hermandad con don Bernardo".

Ha dedicado René-Moreno una gran parte de su prolijidad de investigación al examen de las

pruebas y documentos que de una y otra parte se hacen valer para afirmar que Monteagudo nació en Chuquisaca o en Tucuman y se decide por la legitimidad de las demostraciones en favor de esta última tesis (1).

Don Mariano A. Pelliza, el eminente historiógrafo argentino, se encontraba en 1880 agobiado por dudas y vacilaciones respecto del nacimiento de Monteagudo, cuya biografía se proponía escribir con su habitual competencia y buen criterio.

"El oportuno arribo del doctor G. René-Moreno, dice, nos ha proporcionado, junto con el placer de su estimable relación, copiosísimo manantial de nuevos y no sospechados detalles sobre el sujeto que nos ocupa... De mayor aprecio resulta esta dádiva, por cuanto el doctor René-Moreno, que es un escritor aliñoso y de mucha doctrina, explota estos mismos papeles en diferentes obras que tiene ya empezadas sobre los últimos días del coloniaje en el Alto Perú, de donde es oriundo, y al ofrecernos su preciosa herramienta, cede a impulsos muy superiores a todo egoísmo lite-

---

(1). *Mariano A. Pelliza. Monteagudo, su vida y sus escritos.* Buenos, Aires, 1880, Carlos Casavalle, Editor.

rario, y que dan cumplida razón de su noble carácter".

Por nuestra parte, nos limitamos a consignar esta parte de las tareas de investigación histórica que preocuparon a René-Moreno, y que, junto con la política argentina respecto del Alto Perú en 1823, forman parte del último libro que dió a la estampa. Parece, en efecto, que *Bolivia y Perú. Nuevas notas históricas y bibliográficas*, es la última obra con que ilustró la literatura y la historia de Bolivia. Toda esa serie de disquisiciones y de comentarios, dice a voces con cuanto amor veía René-Moreno todo cuanto tenía relación con la tierra boliviana. En momentos de mal humor ó de decepción, solía dar muestras de enfado o de resentimiento, pero no era sino para volver a la brecha con ese ardor que no se simula ni se improvisa, sino que brota de los más hondos sentimientos del alma, de los recuerdos de la infancia, de los afectos de la juventud, de todo ese conjunto de virtudes y de pasiones que forman lo que se llama el patriotismo.

Cuando llevaba a cabo el arduo trabajo de catalogar la Biblioteca peruana, incurría, podríamos emplear esta expresión, en comentarios que eran generalmente hirientes para Chile, para el país que remuneraba sus esfuerzos y que le había

dado su educación académica. Esas explosiones malhumoradas pasaban sin llamar la atención de las gentes, que conocían su índole, a la vez que el valor irreemplazable de su labor bibliográfica; pero alguna vez un diario que se publicaba en esa época (1899), llamó la atención del departamento respectivo hacia el desenfado con que un funcionario del Gobierno de Chile apreciaba los actos y las intenciones de ese país en sus relaciones internacionales. Los altos jefes de la repartición correspondiente declararon que, dada la calidad de los servicios de René-Moreno a la bibliografía nacional y a la enseñanza pública, era menester *aguantarle y no más* esas expansiones, como él mismo lo decía en el prólogo del Catálogo de la Biblioteca peruana, en cuyas anotaciones figuran muchas que no guardan concordancia con las ideas sustentadas en la política externa de Chile.

De este estudio rápido de las actividades literarias de René-Moreno se desprende un hecho que merece pasar a la historia. Tuvo un gran afecto y una adhesión inquebrantable a la tierra boliviana, a pesar de los sinsabores que hubo de soportar, no solo durante las calamidades de la guerra, sino en el período ulterior de sus consecuencias sociales y políticas. Cualquiera que hu-

biera sido su natural apego al país en que vivía y en que había desenvuelto su labor intelectual, no pudo nunca desprenderse de la corteza alto peruana con que había venido al mundo y a la cual debía su númen intelectual y los caros recuerdos de la primera edad.

La obra literaria e histórica de René-Moreno no solo es grande como dimensiones sino como calidad intrínseca. Puede decirse que ha desenterrado de los archivos y de la información verbal toda la imagen del Alto Perú en los últimos días de la colonia. Al propio tiempo, ha dominado con un juicio crítico singularmente penetrante, las incidencias de la República en los años más característicos de su aprendizaje. En ocasiones severo, ha sido siempre ampliamente documentado. No se ha dejado amedrentar por las vaguedades del juicio público y el general Ballivián, Achá y Belzu, han tenido en él, no apasionadas invectivas, sino cargos perfectamente fundados. Al organizar el proceso de las *Matanzas* de Yañez, ha incurrido en la paradoja de recojer la verdad de las gacetas, aun a sabiendas de que éstas no reflejaban sino las pasiones y los intereses de un determinado momento político. Esa observación es de alto interés para la crítica histórica. La información, en efecto, brota con carac-

teres de evidencia con la mera confrontacion de los papeles de la época.

El relato verbal de los sucesos, grandes y pequeños, relacionados con la revolución del año 1809, tiene detalles preciosos para la dilucidación histórica. Aunque no comulga el historiador con los chuquisaqueños en lo de atribuir a Charcas la cuna de Monteagudo, sostiene, en cambio, con todo el vigor de la evidencia, que los caracteres de la revolución de Mayo fueron de franco movimiento de libertad, con examen de la mentalidad de la época y de las fuentes filosóficas en que bebieron su erudición los unos y las ideas populares en que adquirieron otros sus sentimientos cívicos.

El servicio que ésta dilucidación histórica representa para lo que en otro tiempo fué el Alto Perú, es incalculable y meritorio. Las palabras de don Mariano A. Pelliza, que en otra página hemos citado, demuestran el aprecio que se tenía en el Río de la Plata por la persona y los escritos del que en esa época era todavía el joven René-Moreno. La precosidad de este ingenio es positivamente extraordinaria, pues a los veinte años escribía la biografía de don Daniel Calvo, que es una de las piezas de crítica literaria mejor esculpidas de su tiempo. Posteriormente, su labor in-

telectual ha sido de enormes proporciones y ha creado algo como una escuela como sistema y método de investigación. El tema preferente de toda esa labor gigantesca, por no decir el único, es el servicio de la verdad respecto de los hombres y cosas de Bolivia.

Tienen un alto valor las apreciaciones históricas de René-Moreno, en cuanto se refieren al pasado colonial y al período dramático de la independencia americana. El ha desentrañado de los documentos y de los memoriales de la época la verdadera intervención de Bolívar en la independencia del Alto Perú y severamente le niega el derecho de apellidarse fundador de la República que lleva su nombre. Este concepto de la verdad histórica no amengua en nada los títulos que tiene Bolívar para la admiración de la posteridad, pues concibió y llevó a cabo los planes más audaces que un capitán de su época podía realizar sin exceptuar al hombre del siglo, a Napoleón Bonaparte.

Pero es mayor aún la lucidez del historiador al apreciar ciertas evoluciones políticas en Bolivia que determinaron mudanzas trascendentales en las ideas, en las corrientes de opinión, en el desarrollo mismo de los acontecimientos.

Una página admirable está dedicada al setembrismo, o sea al advenimiento al poder del dictador Linares. En esos hechos descubre René-Moreno la iniciación o fundación de los actuales partidos políticos de Bolivia.

"Si es cierto, como se cuenta, que Ruperto Fernández tenía iluminado el semblante por intenso placer setembrista (dice el relato de René-Moreno en *Las Matanzas de Yáñez*), cuando a media noche corrió a comunicar al presidente Achá en su lecho la noticia de las matanzas, fuerza es reconocer que esa alegría no tuvo razón política de ser en tal momento; pues, con quedar destruído el meollo del belcismo en La Paz, no perecía ni con mucho el partido belcista en Bolivia, y porque lo que a esas horas acababa de perecer sin esperanza era más bien el setembrismo, con la muerte de su caudillo Linares el 6 de octubre en Valparaíso.

"En efecto, casi al mismo tiempo llegaron a Sucre la noticia de esa muerte y la noticia de las matanzas. El 10 de noviembre reapareció enlutado el *Sol de Setiembre*, en la persona de su número 7 y postrero. Fué un pliego en folio mayor de gaceta a cuatro columnas, al cual se siguió días después otro pliego igual de alcance, con la discursería y versería fúnebres de uso allá en día de exequias.

"Salió esta vez tan solo para llorar sinceramente, en todos los tonos de la prosa y del verso, la muerte del amado y admirado caudillo, "el héroe de la historia contemporánea de Bolivia, héroe cuya estátua merece ser colocada al lado de las de Bolívar, de Sucre y de Ballivián, ornada la frente, por los bolivianos todos, con una guirnalda de rosas entretejidas con laurel".

"También sucumbió entonces para siempre el *setembrismo*. De sus ruinas, durante la administración de Achá, iba a nacer, con el concurso de algunos recién venidos y en ausencia de no pocos desertores, el gran partido constitucionalista de Bolivia, que no había de proponerse otra cosa que el bien en abstracto y la moralidad en general; partido político en la acepción legítima y rigurosa de la palabra, pues aspiraba concretamente a ensayar reformas preconcebidas de índole administrativa, dentro de las fórmulas sagradas de una suprema ley común de labor y de combate. De aquí el interés que entraña el estudio de la administración de Achá. Cuando llegó la noticia de la muerte de Linares, el gran debate sobre los actos dictatoriales tocó a su término, arrojando menos apasionados pero más razonados destellos.

"Dije en otra parte que esa dictadura fué esteril para el reposo público y para el régimen

legal, y que con todo eso sus trabajos eran dignos de estudiarse. Eranlo y todavía lo son. La dictadura produjo arbitrariedad para todos y cosechó revolución para todos, y para si propia; pero dejó surcos de labranza para otros que quisieren cruzar con el arado el campo.

"Por más que se empeñen los belcistas en demostrar lo contrario, no hay que desconocer el puñado de buena simiente que el espíritu reformador del setembrismo acertó, durante su gobierno, a arrojar en el terreno administrativo. Estos precedentes, muy luego, no habían de ser inútiles en Bolivia para nuevos arreglos, ni para franquear un poco el paso al establecimiento del régimen constitucional.

"Este último, para que pudiera ser ensayado como palestra de legítimos partidos políticos, había menester como mínimun un cierto aporte de esfuerzos individuales, un agregado indispensable de buenas voluntades; reclamaba el ejercicio de ciertas virtudes republicanas ineludibles, y esas virtudes las desplegaron, contra toda suerte de tentaciones, indivíduos salidos del setembrismo puritano. Esto habla muy alto en favor del antiguo jefe.

"El dictador Linares había declarado guerra a muerte a la corrupción y al abuso

en el desempeño del servicio público. Fué su punto de mira más culminante. Y ciertamente, aunque los resultados no correspondieron al ardor del intento sino a lo adocenado de los medios, es innegable que el sucesor débil cosechó no poco de lo que aquél poder fuerte había conseguido en tres años sembrar.

"Pero a la vuelta de esta límpida página administrativa, ¡qué cúmulo de errores y qué ineficacia de resortes desgastados borronean, con sus tropiezos y caidas, la página política del setembrismo! Y es esta página política indudablemente la ardua página y la página de oro, aquella donde es menester escribir con mayor acierto; porque también es la página credencial del estadista, la que se impone por sí misma luego al punto, y en la que más se miran y cuidan de leer los contemporáneos.

"Sucumbió el setembrismo para siempre. Hasta el nombre aquél *setembrismo* era ya una inconveniencia lógica y moral, en el nuevo estadio político abierto en el año 1861 por los sucesos.

"Esta sublevación (la del 8 de setiembre de 1857 en Oruro) fué una de las bases de la gran revolución de setiembre y uno de los motivos de su nombre.

"La revolución fué ciertamente grandiosa. Se levantaron hasta las piedras. ¡Qué ensueños, qué novelería, qué loco entusiasmo, qué transporte de la nación entera! Nueva era de libertad, de orden y progreso, abierta de un golpe. Inclinarse todos, que ahí pasa el caudillo suspirado, el conspirador implacable de nueve años; inclinarse todos que pasa el estadista trayendo bien meditadas y resueltas, por su talento docto, todas las soluciones del presente y del porvenir, soluciones que el militarismo no ha hecho sino complicar con su sable estúpido. Y llovían como un diluvio sobre la persona de Linares las aclamaciones, las flores y las lágrimas de la veneración agradecida y del patriotismo esperanzado" (1).

Dígasenos que este lenguaje es de un extraño, de un descreido, de un renegado. Están vibrando en todas estas palabras, los sentimientos que animaban un espíritu fuerte y noble, vigorosamente impulsado por la pasión política que es uno de los atributos peculiares del patriotismo.

En el admirable *Estudio Histórico de Bolivia* que lleva la firma ilustre de don Ramón Sotomayor Valdés, se encuentran páginas de vigorosa elocuencia apreciando los sucesos que había

(1). Obra citada

oído referir o que personalmente había presenciado, con un espíritu de justificación que es raro en un extranjero. Generalmente, el que llega de lejos a la tierra boliviana se inclina a condenar todo lo que ve, en su incurable obcecación pesimista. Sotomayor Valdés defendía con calor de boliviano la causa y los hechos que merecían sus simpatías y condenaba con inflexible severidad los abusos y las crueldades de los tiranos. Su pintura de los horrores del sexenio de Melgarejo es digna de la lengua de Tácito. Parecen vibrar en su pluma los sentimientos que sentía agitarse en la sociedad en que vivía.

Entretanto, René-Moreno experimentó las emociones filiales y el amor al suelo natal, a través de todas las contrariedades del destierro y de la injusticia de los hombres. Como único premio para su labor de cincuenta años, aspiró a que se le dejara saborear su condición de ciudadano boliviano. Esa ambición está vibrando en todas las páginas de su inmensa obra literaria. Y la generación actual, mejor inspirada que aquella que le condenó sin oirle, puede acordar a su memoria esa suprema satisfacción de sus instantes postreros.

Conocedores de la obra literaria de René-Moreno, publicada y circulada durante su vida, hemos tratado de inquirir cuales fueron los bo-

rradores o apuntes que dejó para su divulgación póstuma. Era natural pensar que esa labor seria doblemente interesante, ya que condensaba los frutos de su experiencia de historiador y de hombre de letras, así como el resultado de un contingente valioso que, durante muchos años, ofreció la labor de los literatos de América y de Europa misma. Los herederos de René-Moreno, residentes en Cochabamba, poseen en efecto, un espeso legajo de apuntes que dicho escritor dejó inconclusos y aún puede decirse, sin destino determinado. Su método de trabajo era, como el de muchos hombres de letras, de hacer una labor simultánea para varias obras a la vez, permitiéndole así persistir en su trabajo sin interrupción cuando le hicieran falta datos o documentos sobre determinadas incidencias de su narración... Para poner en orden esas hojas incoherentes, sería necesaria una labor a la vez prolija e inteligente, un conocimiento suficiente del estilo y de los métodos del escritor.

Llegará sin duda la oportunidad de llevar a cabo ese trabajo, dado el respeto que los herederos del nombre de René-Moreno profesan al escritor ilustre.

Aparte de la biblioteca que vendió en los últimos años de su vida a su ciudad predilecta, la

antigua Chuquisaca, la sucesión de René-Moreno ha conservado documentos manuscritos e impresos de considerable valor histórico, tales como el libro de sesiones de la Asamblea Deliberante de 1825, y un legajo de documentos oficiales sobre los negocios del Alto Perú. Pocos quedan, que se interesen en la historia de los momentos iniciales de la independencia de Bolivia y menos aún que dediquen a su estudio y comentario las horas de su actividad presente. Ya que no el amor al estudio y el culto a las bellas letras, ojalá inspire a los modernos comentadores el interés de beneficio o de lucro que nuestros editores comienzan a ofrecer a los novicios de la cultura literaria... Pensamos que una reconstitución y publicación de las obras postreras de René-Moreno sería un acontecimiento literario que, si no diera novedades efectivas a la historia de América, entregaría a lo menos al campo de las letras productos sazonados de una intelectualidad sobresaliente y primorosa.

René-Moreno no solo era un lector de papeles viejos y un memorialista, sino un cultor insigne del arte literario, un devoto del clasicismo, en la mejor acepción de la palabra, Era un temperamento contrario a los excesos del modernismo, a esa especie de cubismo literario que ha es-

tragado en las naciones latinas el gusto del arte. Conocía a fondo la literatura propia y cultivaba la pureza del lenguaje, celebrando las bellezas del habla de Cervantes, de Quevedo, de Góngora mismo, sin incurrir en los barbarismos y en las innovaciones de los reformadores. Verdadero preceptor del lenguaje, prescribía las reglas del buen hablar que predicaron con tan amplia competencia Blair y Hermosilla.

La narración de la historia no puede limitarse a un inventario de hechos y de fechas, sino a presentar unos y otras con el atractivo literario que ha sido el adorno de los grandes maestros desde Cicerón y Tito Livio hasta Taine y Renan en nuestros tiempos.

Ese modernismo pedante y grandilocuente que han puesto a la moda algunos innovadores con copias del francés decadente, ha hecho muy poco servicio a nuestro adelanto literario. En lugar de beber nuestra juventud su cultura intelectual en los clásicos latinos, ha venido recogiendo del basurero de los decadentes, los vestigios de su informe cháchara literaria. Algunos pasajes de René-Moreno parecen versiones españolas de Horacio, por su armonía y su precisión clásica. Prefiere, como el común de los cultores del arte, el clavicordio de Beethoven al saxophone de

los *jazz bands* con que han pervertido el buen gusto los importadores de la pacotilla americana.

A fuerza de alambicamiento y de purismo, el estilo de René-Moreno reviste en ocasiones cierto estiramiento que perjudica a la armonía del lenguaje y a la belleza de las imágenes. No escribe seguramente para el vulgo que no comulga con esos refinamientos del arte clásico. Los lectores de René-Moreno, y sus verdaderos críticos tienen que estar cultivados en la buena escuela y conocer las excelencias de los maestros. Aun ciertas chocarrerías que hemos reproducido en estas páginas revisten siempre las galas del purismo literario y la corrección del buen decir.

Nada más difícil que la literatura narrativa, por su inevitable e incorregible aridez, pero los espíritus superiores saben encontrar en esa misma esterilidad del tema, seducciones para descollar en el primor de la forma literaria.

Grande fué, como tenemos dicho, la precocidad intelectual de René-Moreno y bastaría para confirmarlo anotar algunos datos, que hemos podido encontrar en la biblioteca de su nombre instalada en la ciudad de Sucre. Existen allí cartas autógrafas que le dirigieron los poetas Manuel José Tovar y Ricardo J. Bustamante, en contes-

tación a una solicitud de noticias biográficas y de poesías inéditas que les envió a nombre de don Miguel L. Amunátegui, que se proponía editar en Santiago una obra sobre los poetas latino-americanos. Dichas cartas fueron fechadas en el año 1857 y existen otras, igualmente autógrafas, de don Daniel Calvo a partir del 5 de julio de 1858, en que le encomendaba la edición de sus obras con el título de *Rimas*. Dicha edición fué materia de una prolongada correspondencia, ya sea sobre el aspecto pecuniario, ya sobre las condiciones tipográficas y literarias de la obra misma. Todos estos escritores y poetas demuestran en la referida correspondencia el aprecio que tenían por el criterio literario de René-Moreno y aceptaban sin réplica todas sus indicaciones y sugestiones, ya fuese sobre las alteraciones que creía necesitaban las obras mismas, ya sobre la conveniencia de su publicación en aquella oportunidad, en las condiciones señaladas por el señor Amunátegui.

Notorio es que si existe en el campo literario un sentimiento exacerbado de amor propio, es precisamente entre los poetas. Un poeta no admite correcciones de su obra, ni acepta mantener en la penumbra producciones que tengan el sello de sus preferencias. Sin embargo, los poetas que hemos nombrado hubieron de someterse,

sin enojo ni réplica, a la clasificación dictatorial que René-Moreno hizo de sus obras, dignas las unas de figurar en el *Parnaso* y condenadas las otras, de mérito mediocre, a dormir el sueño eterno en el canasto de los papeles inútiles. No tenía René-Moreno en esa época ni siquiera veinte años de edad, mientras Calvo era rector del Colegio Junín de Sucre; Tovar y Bustamante habían figurado más alto aún en la esfera política.

Don Daniel Calvo, en su carta fechada en Sucre el 5 de febrero de 1858, en que encargaba a René-Moreno la edición de sus obras poéticas, le decía:

"Le suplico que tenga usted cuidado y escrupulosidad en la corrección y que trate a mis versos como si fueran hijos suyos".

El apoderado debía ejecutar concienzudamente estas recomendaciones e incluir en el texto de la obra una biografía bien documentada y de considerable erudición literaria. El libro solo apareció el 5 de febrero de 1871, a pesar de que lleva en su portada la fecha de 1870, pues en ese tiempo estaba realmente terminada la mayor parte de la labor tipográfica. De ahí se deduce que el trabajo de esa obra duró exactamente trece años, en los que estaban comprendidas las aventuras del

setembrismo y de la tiranía de Melgarejo, en las que Calvo tuvo una figuración sobresaliente.

Por esa misma época se publicó el *Parnaso Boliviano* por el editor chileno don José Domingo Cortés, en cuya colección figuran algunas de las composiciones que aparecieron en las *Rimas* de don Daniel Calvo, así como otras de los poetas arriba mencianados, don Manuel José Tovar, don Ricardo J. Bustamante y don Mariano Ramallo.

No era precisamente benévolo René-Moreno en sus críticas literarias y la correspondencia citada hace constar que muchas composiciones de aquellos poetas fueron suprimidas de las colecciones mencionadas. No era más indulgente respecto de los escritores en prosa, y vale la pena de hacer constar que se limitó a apreciaciones corteses de don José María Santiváñez, a causa de que invadió los terrenos vedados a los simples escritores, que era el terreno de la crítica histórica. Los únicos hombres de letras que merecieron apreciaciones benévolas de René-Moreno fueron Mariano Ricardo Terrazas como prosador, Néstor Galindo y Daniel Calvo como poetas. Sin embargo, ninguno de los escritores a quienes dirigió expresiones severas de censura, se quejó de la ofensa hecha a su amor propio de hombres de

letras, tanto era el homenaje que rendían a los merecimientos del crítico.

Dentro de su rígida severidad, dedica expresiones complacientes a José María Santiváñez, que ha escrito, más que la historia, la biografía benévola de los personajes de su elección. "No digo con esto, dice René-Moreno, que Santiváñez posea habilidad en el manejo del lenguaje, esa habilidad técnica que suele llevar al literato de ingenio hasta las excelencias de saber que son propias de la pureza castellana. Pero si no posee los recursos ni la destreza de la lengua, no se halla en el caso de esos escritores de su país, que viviendo donde con escaso vocabulario se habla mal, pretenden hacer literatura desoyendo el testimonio de su propia conciencia. Ese testimonio les grita al oído: ¿dónde y cuándo aprendiste gramática castellana? Santiváñez puede ser leído sin desaire en el exterior por personas bien educadas. Representa la suma de corrección que en la medida de lo apetecible, decoroso y aún elegante, se puede hoy obtener en Bolivia a la vuelta de un estudio tardío y solitario del arte gramatical".

Bellas páginas dedicó René-Moreno al escritor brillante que fué Mariano Ricardo Terrazas.

"Se situó en Lima, dice, donde, en la redacción sucesiva de algunos diarios, ejercía el ministerio público de la pluma con la incorruptible independencia que ciertos lances hicieron allí notoria. La nostalgia le acometió por entre las labores del diarismo; no la nostalgia aguda de la tierra, sino la otra, la del refinamiento anhelante, patriótico, la nostalgia del ideal. Horas mortales de desaliento vinieron entonces a visitar el alma de Terrazas, que con todas sus veras habitaba en la patria. Dudó como dudaron tantos otros. Los estadistas de su partido, entre ellos el anciano Frías, habían, a juicio suyo, concertado un sistema de guerra desigual, una política sin hierro y sin astucia contra la brutal perfidia del militarismo".

En esta y en otras páginas que consagró a la memoria de Terrazas, se ve, no solo el elogio técnico al hombre de letras, sino el entusiasmo que provoca su acción política, esforzada y creyente, a pesar del tiempo y de la distancia. Era que ambos comulgaban en el mismo altar del culto cívico y combatían con la pluma por los mismos ideales. Ideales de legalidad, de apego a los doctrinas y a las leyes constitucionales, que

tuvieron en Bolivia su personificación viviente en Frías y Adolfo Ballivián.

"El fuerte abrazo del amigo, continúa, y el golpe eléctrico de la victoria sacudieron hasta en sus últimos resortes el espíritu de Terrazas. Ebrio entonces de entusiasmo, arrojó lejos, para volar a la patria, la pluma que había puesto al servicio de la buena causa en el Perú; esa pluma suya, cortada al filo de las ideas, teñida en el alma, desenvuelta y rápida, discreta en dilucidar los complicados negocios de la administración del Perú, exaltada en las cosas de Bolivia por el fervor de la justicia, implacable y soberbia contra el militarismo".

Estas muestras literarias ponen a la vista la índole del autor y su feroz intransigencia en materias de verdad histórica, de purismo gramatical y buen gusto literario. Como figura histórica, es decir como hombre que ha intervenido en sucesos públicos de cierta importancia, ya se ha hecho, no solo justicia, sino amplia reparación a René-Moreno. Ahí están las calles, plazas e institutos educativos que llevan su nombre. Pero es preciso recoger la lección política que esa reparación de la posteridad encierra. Ella quiere decir que los puntos de vista del personaje eran con-

venientes y justos, o que se armonizaban con deseos o aspiraciones de la opinión boliviana. No cabe glorificar al hombre de letras cuando éste ha pecado gravemente como político. Es evidente que esa reparación póstuma encierra una lección que debe señalarse y aprovecharse.

Luis Navarro

Bajo el número 1330 de la matrícula de abogados de la universidad de San Francisco Javier, fundada en 1623 en la ciudad de los Charcas, figura el nombre de Luis Navarro, recibido como tal en el año 1869. Conforme a ese dato cronológico, Luis Navarro habría tenido, cuando pasó a mejor vida, en 1921, a lo menos setenta y tres años de edad, pudiendo condensar, en su sola biografía personal, la historia de la época más accidentada y tormentosa de la existencia de Bolivia.

Luis Navarro falleció en la ciudad de Buenos Aires en 1921 y allí mismo, tres años antes nos había sido dado visitarle y departir con él sobre recuerdos de la patria ausente y sobre planes de su existencia futura.

El despotismo de Melgarejo dominaba en Bolivia cuando Luis Navarro recibía en la univer-

sidad ilustre las borlas de doctor en derecho. Aquel estado de cosas político determinó la formación de una corriente intelectual y social memorable en los fastos de la república. Las ideas de libertad, enseñadas y propagadas en las aulas, excitaron a los estudiantes de ese tiempo y les impulsaron a engrosar las filas de la revolución contra la tiranía. A esa generación brillante pertenecieron Toribio y José Manuel Gutiérrez, Luis Pablo Rosquellas, Felipe Ipiña, Luis Navarro y otros que figuraron entre los héroes de la Cantería de Potosí o de las barricadas de 1870.

Siempre tuvimos, aun en épocas remotas en que podía faltarnos un criterio justo para apreciar los hombres o los sucesos, una predilección simpática por Luis Navarro, cuya inteligencia superior y bellas prendas de carácter apreciábamos casi instintivamente primero, con pleno discernimiento después. Un recuerdo penetrante, aunque un poco confuso, asociaba la persona de Navarro a nuestras primeras impresiones de la adolescencia.

La noticia de la invasión chilena del litoral boliviano, en febrero de 1879, produjo en el país la excitación patriótica que puede comprenderse, principalmente en los centros más cultivados y en las agrupaciones universitarias. A ese

movimiento obedeció la organización de algunos regimientos de voluntarios, tales como los *Murillos* de La Paz, los *Vanguardias* de Cochabamba y los *Libres del Sud*.

Estos últimos se encontraban formados por jóvenes voluntarios de Sucre, de Potosí, de Tupiza, de Cinti, de Cotagaita y de todas las comarcas de menor importancia de los distritos agrícolas o mineros del sud de Bolivia. La fuerza impulsiva de ese movimiento partió, como era natural, de la ciudad de Sucre, asiento tradicional de la universidad ilustre y centro en aquella época de las fortunas más cuantiosas de la república. Las riquezas de Huanchaca estaban inundando la capital con su prosperidad y todas las minas de Colquechaca, de Ocurí, de Potosí mismo, beneficiaban esas localidades con la opulencia de sus producciones. Arce y Pacheco figuraban ya como personalidades de primera magnitud, entre las viejas eminencias del foro y de la política.

Estamos viendo todavía, en la penumbra de los recuerdos, el día de la partida de los voluntarios para la campaña. Debió ser en el mes de abril y dentro de la cuarentena de la cuaresma. Divisamos aún, con la intensidad de las pri-

meras impresiones, a los jefes Eloy Martinez, Miguel Castro Pinto; a los oficiales Adolfo Siles, José Manuel Gutiérrez, Luis Navarro, que encabezaban esa expedición lastimosa a las campañas del desierto, sin armas, sin elementos, a la cosecha inevitable de vergüenzas y desastres. Luis Navarro era, a la luz de estos recuerdos vagos y confusos de la primera edad, capitán de la segunda compañía de los *Libres del Sud*. Ese pequeño grupo de estudiantes y de voluntarios, fué a recibir en Potosí una acogida simpática para engrosarse allí con el entusiasmo del ejemplo generoso.

¿Para qué intentar la historia de esa campaña lamentable que, con energía y acierto, habría podido tornarse una campaña victoriosa? Todo faltaba para la conquista del éxito: los elementos, los recursos, la confianza que opera prodigios.

Cuando se examina la condición social, la cuantía de las rentas, el grado de adelanto de la educación pública, que Bolivia había alcanzado u obtenido en esa época, puede apenas concebirse que hubiera pactado una alianza política en secreto con el propósito de arrebatar, en consorcio con el Perú, los dominios territoriales de Chile,

Desaparecida ya o en vías de desaparecer la generación chilena que tomó parte o que presenció los sucesos de la guerra del Pacífico, los hombres que han sucedido a aquellos han heredado la convicción de que así pasaron realmente las cosas, que el Perú y Bolivia se confabularon en la sombra para consumar el despojo de su vecino. Tanta ha sido la tenacidad de esa propaganda, tan persistente la prédica que la generación culpable divulgó entre todas las clases sociales, que los chilenos de hoy día, que no tienen otra versación histórica que los textos escolares y los libros de exaltación patriótica, creen tal vez de buena fé que su país salvó por milagro de la agresión peruano-boliviana de 1879. Bastaría agregar a consideraciones históricas de un orden elemental, algunas cifras estadísticas sobre los recursos financieros de Bolivia en aquella época, y la densidad de su población educada y viril, para desechar de plano aserciones fundadas en un falseamiento deliberado de los hechos... Muchas veces, en el curso de nuestros trabajos históricos, hemos traído sobre este aspecto de los sucesos las demostraciones más concluyentes y definitivas...

El aprendizaje de la Historia tiene por objeto marcar a los pueblos los rumbos de su

conducta cívica, sobre la base de las enseñanzas del pasado. Cumple a los contemporáneos, a los que fueron testigos más o menos determinantes de los sucesos, procurar que los hechos sean trasmitidos a la posteridad, tales como ocurrieron, sin sonrojo por las faltas cometidas, ni vanagloria por virtudes que no existieron. Ocurre actualmente ese fenómeno de óptica que nos hace ocultar los errores propios, agrandando las cualidades y los merecimientos. Es honrado reconocer que el esfuerzo militar de Bolivia en la guerra del Pacífico no estuvo a la altura de las necesidades y de los medios. Teníamos en ese tiempo un ejército reducido, pero consciente de sus glorias y de su reputación en todo el continente. Existía una expectación ansiosa de lo que daría de si una fuerza que había obrado prodigios de valor y de entereza en las guerras intestinas. Y sin embargo, en el primer contacto con el enemigo, la disciplina de ese ejército tuvo un desastre trascendente, con influencia poco menos que decisiva en los éxitos de la campaña entera. De acuerdo con los antecedentes históricos que el tiempo ha acumulado, si Daza no hubiera regresado de Camarones, no hubiera ocurrido el desbande lamentable de San Francisco. Pero no existía en este caso una relación inmediata de causa

a efecto; pudo regresar Daza y llenarse al propio tiempo de gloria el ejército en la acción de Dolores. La presencia de ese jefe era un factor meramente sentimental. La conducta de las fuerzas bolivianas en esa jornada dió a Chile una fácil victoria, que debía consolidar su confianza militar y determinar la continuación de una campaña que, en otras condiciones, habría terminado con la acción de Pisagua. La nutrida documentación que el historiador chileno Gonzalo Bulnes ha dado a la estampa y los datos de orígen boliviano que también se han entregado a la publicidad, demuestran que en aquellas horas decisivas de la campaña y en medio del pánico que produjeron en Chile las correrías del *Huascar*, ese país no habría soportado serenamente un desastre en el desierto de Tarapacá. Y ese desastre debió producirse para sus armas, dados los factores militares que se encontraban al frente. La desmoralización se produjo por la retirada de Daza y se hizo evidente con la dispersión de San Francisco, que debe retener la Historia como lección amarga, pero provechosa para el porvenir. Se inculca en nuestras escuelas primarias el respeto y la admiración por las glorias bolivianas en las guerras de la independencia y de la Confederación; pero al propio tiempo debe mostrarse en ellas los errores y de-

bilidades de una época nefasta para los destinos de Bolivia.

Un año después, en los primeros meses de 1880 conocimos a Navarro, de regreso de la campaña de Tacna y como profesor de derecho civil en el curso en que practicábamos los rudimentos del arte Luis Ipiña, José María Linares, Agustín Iturricha, Aniceto Solares y otros que posteriormente han descollado en la magistratura, en la política o en las letras. Atravesábamos esa época de inquietud, de impaciencia, que suele ser el período de transición que define el destino de los hombres, manteniéndolos en la buena senda de la virtud y del trabajo o apartándolos para siempre de sus estímulos. Navarro regentaba la clase con una amenidad, con una sobriedad, con una elocuencia instructiva, de que hemos conservado recuerdo duradero.

En ese contacto intelectual que nace en las aulas universitarias y que crea una relación especial entre profesores y alumnos, va formándose esa otra vinculación, más profunda y duradera, que podríamos llamar cívica, entre ciudadanos de un mismo país, dedicados a asuntos públicos o a labores relacionodas con el interés nacional. Seguimos después con interés, aunque no siempre con plena armonía de ideas o de tenden-

cias políticas, los pasos de ese hombre superior que habíamos mirado en las aulas como el guía de nuestra adolescencia. Navarro tenía el don peculiar de distinguir las cualidades o las aptitudes descollantes de cada indivíduo y de imprimirles cierto movimiento de desarrollo que las hiciera fácilmente aprovechables. De ahí surgían debates y polémicas sobre principios o temas doctrinarios, que ponían a prueba las dotes nacientes de los alumnos, que veían siempre flotar, por encima de sus argumentaciones embrionarias, el reflejo de la experiencia del maestro, abogado de nota ya y versado en las lides del derecho.

Años más tarde, nos fué dado tratar a Navarro en esa otra esfera de las relaciones sociales en que las edades y las categorías se confunden y en que años más o años menos de edad o de merecimientos desaparecen en la comunidad de los esfuerzos cívicos en favor de ideas o de propósitos determinados. Una de las más cálidas luchas electorales, la del año 1884, llegó a dividir hondamente las filas visibles de la juventud boliviana y apenas trascurrida esa reyerta áspera y turbulenta, Navarro se decidió a alejarse del país en busca de otros ideales o de otros horizontes. En ese afán de innovación le encontramos en la ciudad de Buenos Aires hacia los años de 1887 o

1888. Nos informamos de que había ido allí desempeñando un puesto muy inferior a la categoría de sus merecimientos, como adicto o adjunto a la Legación de Bolivia, servida en ese tiempo por el meritorio ciudadano don Santiago Vaca Guzmán.

—¿Como es, le preguntamos, que un hombre como Ud., abogado de primera fila en el foro de Sucre, catedrático de derecho, de un talento prestigioso y descollante, hubiérase allanado a servir el puesto de plumario de oficina, con emolumentos de suprema mediocridad?

Con esa franqueza hidalga que le era peculiar, nos explicó el enigna.

Era un hombre de cuarenta años, amante de los placeres, lleno del optimismo de la vida. Adoraba la música, el baile, los amores y se entregaba ciegamente a todas las expansiones de la mocedad. En tales condiciones, y en el abandono de sus actividades intelectuales, su situación y su prestigio social tenían que sufrir un inevitable detrimento. Presto se dió cuenta de ello y encontró más digno alejarse del teatro de sus hazañas. Ninguna índole más expansiva, más inclinada a las alegrías de la juventud. El centro chuquisaqueño en que vivía era excepcionalmente adecuado para arrastrarle en ese camino. Como ad-

virtiera que esa situación le restaba, no solo prestigios sociales, sino también amistades individuales de la infancia y de la adolescencia, resolvió alejarse del suelo nativo.

Pertenecía a esa categoría de hombres capaces de sacrificar a una hora de placer años enteros de prosperidad y de abundancia. Sus condiciones de familia, la situación de su padre, ventajosamente colocado en el foro y en la magistratura, podían subvenir largamente a todas las necesidades de una situación decorosa. Pero Navarro no se detenía en esas satisfacciones medio cres de una necesidad material; debía hacer frente a compromisos y a caprichos mundanos capaces de devorar fortunas.

Los mejores círculos sociales de la capital se disputaban la compañía de Luis Navarro, conocidas como eran sus bellas prendas de carácter y su trato fino y espiritual. Sin embargo, en el fondo de sus gustos y de sus tendencias, le complacía mostrarse incorregiblemen e plebeyo. Tenía el orgullo de sus aficiones democráticas. Le arrastraba y le seducía ese género de vida de las gentes del pueblo, vida de licencia y de francachela, en que hemos visto sucumbir muchas bellas prendas de la juventud chuquisaqueña. Recordamos todavía, con la intensidad de una imá-

gen persistente, una comida íntima que tuvo lugar en Sucre en los últimos meses del año 1883. La fiesta se desarrolló en el recinto, muy modesto entonces, del Club 25 de Mayo y se encontraban al rededor de una mesa, que el refinamiento de la época había adornado con los mejores atavíos, Mariano Enrique Calvo, Luis Navarro, Eduardo Subieta, Alfredo Herrera, Roberto Suárez, Néstor Villa, Pedro Lazúrtegui, Juan Sanjinés, Adrián Harriague, Rodolfo Urioste, Alfredo Calvo, el que esto escribe y acaso algunos más cuyos nombres se escapan en la sombra del tiempo. Muchos, acaso los más, de esta nómina de concurrentes, han pasado ya las fronteras de la existencia . . . Por primera vez se habían importado al país ciertos vinos extranjeros de envases primorosos y se habían condimentado manjares exóticos hasta entonces desconocidos. Parece que surgió entre los concurrentes el deseo de hacer una exhibición fastuosa de novedades culinarias y al frente de cada asiento se había preparado una docena de copas de tamaños y formas diferentes. Presto desfilaron botellas de todo color y magnitud, vinos rubicundos del Mosela y del Rhin, Borgoñas espumantes, Burdeos blancos y rojos de aromas suavísimos, Champañas color de rosa, que formaban un conjunto de brillantes y cristalinos matices. Navarro,

que se encontraba a nuestro lado, nos dijo discretamente a los postres: Todos estos brebajes no valen lo que una buena chicha de San Roque . . .

Esta opinión tenía un fondo de sinceridad que definía su carácter. Después de todo, había en ella una profunda filosofía moral. Ese hacinamiento informe de elementos sin otra coordinación que su costo excesivo, dados los medios y recursos de la época, no era mejor que una comida campestre, sana y sencilla, dentro de los elementos y gustos de la tierra nativa. Pero pocos hay, en medio del snobismo de nuestro tiempo, que son capaces de esa sinceridad de gustos y de sentimientos, y nosotros mismos, aún compartiendo íntimamente con esas opiniones, estábamos obligados a apartarnos aparentemente de ellas . . .

La tendencia inevitable a buscar una orientación definitiva en la vida doméstica, determinó a Navarro a contraer matrimonio y a amarrarse con los más fuertes vínculos a la existencia de Buenos Aires. En ese preciso momento llegó a la capital argentina don Mariano Baptista, un hombre de inteligencia y de dotes superiores, que debía pesar de manera decisiva en su carrera y en su porvenir. Como ministro que fué de Bolivia de 1890 a 1892, le mantuvo a su lado y ejerció sobre su espíritu una influencia benéfica. Cono-

ciendo la vocación y las prendas peculiares de Navarro, lo llamó al país a tiempo de ser proclamado presidente de la república y le confió el cargo excepcionalmente delicado de fiscal del distrito de Potosí.

Navarro respondió de manera cumplida a la confianza del gobierno: desempeñó el cargo de fiscal con una competencia, con una probidad, con una independencia, de que hasta entonces había habido pocos precedentes en el distrito en que, desenvolvía sus actividades.

Hallábase Navarro en ejercicio de las funciones de Fiscal del Distrito de Potosí, cuando se produjo un suceso de vasta resonancia en la política boliviana. En febrero de 1894 fué asesinado en Uyuni el antiguo Presidente de la República don Hilarión Daza, que regresaba de Europa después de catorce años de ausencia, para ser juzgado por los tribunales de su país. Recibido en la estación de Uyuni por las autoridades de esa localidad, iba a ser entregado a un funcionario especial, acompañado de un piquete de soldados a las órdenes de un oficial superior. Había descendido el general Daza del vagón en que viajó cuando se produjeron manifestaciones hostiles e increpaciones de la multitud. Había caminado pocos pasos, conducido en medio del jefe de la estación

y del administrador de la aduana, cuando resonaron dos o tres tiros de carabina que eran disparados en las espaldas del general. Uno de ellos le hirió en la cabeza y le produjo la muerte.

Las circunstancias de este suceso eran singularmente extraordinarias. Un ataque de la multitud enardecida habría sido explicable en aquél momento político. Pero un tiro de fusil de parte del piquete encargado de custodiar al preso y conducirlo ante las autoridades competentes, daba mucho en que pensar y permitía las más temerarias conjeturas. El hecho de tratarse de soldados regulares, a las órdenes de un jefe superior, daba al suceso todas las apariencias de un crímen premeditado por las mismas autoridades, es decir, de un crímen oficial. El nombre del soldado que hizo uno de los disparos, el que causó la muerte de Daza, era conocido, y podía ejercitarse contra él la sanción legal. Pero ese hombre ¿había procedido por inspiración propia y había obedecido, como se dijo entonces, a un sentimiento de venganza por pasados agravios? Este es el punto que la autoridad judicial omitió esclarecer.

Como era natural y obvio, el Gobierno tenía interés en quitar al atentado toda la sombra de una sugestión oficial. Aparentó un celo sin-

gular por dar actividad al proceso y se llegó a condenar a los autores inmediatos del delito a penas de encarcelamiento más o menos de corta duración. El Fiscal del Distrito de Potosí, que era Luis Navarro, habría llegado seguramente a un esclarecimiento definitivo. El hecho dependía de su jurisdicción y la importancia del suceso habría excitado su celo profesional con el ahinco e inteligencia que todos le reconocían.

Entretanto, el Gobierno, con mal consejo, trasladó a Navarro en esos mismos instantes, de la fiscalía del distrito a la Prefectura de Potosí. Ese cambio intempestivo en las actividades de aquel funcionario, dió motivo a la censura general. Navarro no había sido hasta entonces otra cosa que un abogado eminente y se encontraba en la fiscalía de Potosí en el terreno propio de su competencia profesional. En la Prefectura era apenas una improvisación.

El asesinato de Daza tuvo vastas proyecciones en la política coetánea. El Gobierno se sintió bajo el peso de una acusación popular y aunque el juicio público atribuía a Daza responsabilidades muy graves en su influencia como director de la guerra, no podía ese antecedente disculpar el crímen de Uyuni. Se sostuvo, con ayuda de muchas declaraciones, que se trataba de

un delito privado, determinado por una venganza personal; pero ciertos antecedentes preferentemente manifiestos, demostraban que Daza iba a ser recibido en determinadas localidades, no como un reo, sino como un caudillo victorioso. Estas inconsecuencias en el criterio público son explicables cuando se observa la manera como se habían desenvuelto los acontecimientos. Daza había sido un hombre de baja extracción que surgió del pueblo de Sucre. Tenía en esas esferas populares amigos, condiscípulos y camaradas numerosos. Todos esos hombres que le ayudaron en 1876 para su encumbramiento al poder, habían tornado a congregarse para recibirle con aclamaciones y arcos triunfales. Una ráfaga de pasión política había borrado los recuerdos de la guerra y no se veía sino al compadre regresado después de catorce años, pulido y refinado por la cultura europea. La jurisdicción competente para juzgarlo era la Corte Suprema, de modo que debía ser conducido a Sucre, asiento de esa corporación, a la vez que cuna de Daza y de toda su vasta popularidad de otros tiempos. No puede negarse ni disimularse que el Gobierno veía con inquietud la perspectiva de un regreso triunfal de Daza al propio asiento de sus funciones. Es posible ¡quién pudiera penetrar en las intenciones humanas! que los hom-

bres armados o nó, que fueron enviados a Uyuni para custodiar al preso, se sintieron aguijoneados por un exceso de celo y creyeron servir mejor al Gobierno suprimiendo al reo en vez de pasar por todos los riesgos de una poblada inminente en la ciudad de Sucre. Todo ello es posible, dentro de las humanas conjeturas, pero no es discutible que el suceso creó dificultades a un Gobierno que, por otra parte, no tenía los elementos de una solidez inamovible.

¿Dióse cuenta Navarro de los motivos de su súbita traslación de uno a otro puesto, sin que importara ello un ascenso en su propia carrera, sino el cambio radical de sus actividades públicas?

Conviene recordar, para formar un juicio atinado y completo sobre los acontecimientos que recordamos, los antecedentes que precedieron a la acusación formulada por los poderes públicos contra el general Daza por malversación de fondos fiscales y por traición a la patria. La Convención de 1880, reunida pocos días después de la derrota sufrida por los ejércitos aliados en los campos de Tacna, dictó, con fecha 28 de setiembre de dicho año la siguiente ley:

"Artículo único. El general Hilarión Daza que ha deshonrado las armas nacionales, es

indigno del nombre boliviano; y queda sometido al juicio respectivo por los delitos militares y de peculado que hubiese cometido como general en jefe del ejército boliviano. Es dado, etc. La Paz, 16 de setiembre de 1880. *M. Baptista.—Teodomiro Camacho*, Diputado Secretario.—*Melquiades Loaiza,* Diputado Secretario".

En 5 de setiembre de 1892. se presentó a la Cámara de Diputados la siguiente iniciativa:

"Teniendo en consideración, la ley referida de 28 de setiembre de 1880; la que dictó la misma Convención con fecha 18 de octubre del mismo año, estableciendo que los acusados por aquella ley no podrían invocar a su favor las leyes vigentes, y que la resolución suprema de 16 de marzo de 1881 aprobó un cargo líquido contra el general Daza de 140.000 y tantos bolivianos.

"Acusan al predicho general Hilarión Daza por los delitos siguientes: Primero. Traición a la patria en la guerra nacional con Chile, o sea su complicidad con el enemigo extranjero. Segundo. Violación de las garantías constitucionales en varias y reiteradas ocasiones. Tercero. Malversación de fondos públicos y otros delitos que resultaren del proceso. La Paz, etc. (firmado) *Claudio Q. Barrios. José T. Revollo, G*

Miranda. J. R. Avila. M. Barberí. D. Fernández, L. Trigo. J. P. Ramos. T. Baldivieso".

Esta iniciativa dió lugar a un animado debate, y fué aprobada por 43 votos contra uno en blanco y uno nulo. Concurrieron a la sesión 45 representantes, de modo que puede decirse que la acusación fué iniciada por la unanimidad de la Cámara de Diputados.

Conforme a las prescripciones constitucionales, fué pasada la acusación al Senado Nacional a fin de que organizara los procedimientos establecidos por la ley.

El Senado Nacional, después de un prolongado debate y de escuchar la defensa de los reos, dictó con fecha 10 de noviembre de 1893 el siguiente veredicto (1).

"Oída la acusación de la H. Cámara de Diputados contra el ex Presidente de la República don Hilarión Daza, sus ex ministros de Estado y algunas personas particulares, DECLARA: 1º. Ha lugar a acusación contra el ex-Presidente don Hilarión Daza por el delito de malversación de fondos públicos. Por tanto, se le pone a disposición de la Corte Suprema de Justicia, para que le

---

(1). *Proceso político* contra el ex-Presidente de la República general Hilarión Daza, por Isaac G. Eduardo Luis Ampuero y Bautista Saavedra. La Paz, 1894.

juzgue conforme a las leyes. 2º. Por hallarse prescrita la acción parlamentaria, no ha lugar a la acusación contra el mismo ex-Presidente don Hilarión Daza por las violaciones de garantías constitucionales en que incurrió.. 3º. No ha lugar a la acusación contra dicho ex-Presidente don Hilarión Daza por el delito de traición a la patria cometido como General en jefe del ejército en campaña, delito por el que se instruye proceso por las autoridades judiciales militares... (firmado). *Severo F. Alonso. Ignacio L. de Zapata. Casimiro Corral. Miguel Taborga. Antonio Moreno. Ricardo Chávez. Elías Antelo. Manuel A. Castedo. Antonio Modesto Vásquez*".

Este era el estado jurídico de las cosas, en lo relativo a la persona del General Daza, cuando este personaje obtuvo la autorización del Gobierno para presentarse ante la Corte Suprema de Justicia y formular su defensa. Ya antes de ese tiempo, recién conocido sin duda el tenor de la ley dictada por la Convención Nacional de Bolivia con fecha 28 de setiembre de 1880, el general Daza presentó una solicitud al Gobierno Campero pidiendo se le permitiera venir al país para presentar su defensa y los justificativos de los actos acusados. A esta solicitud cupo la resolución

gubernativa de 1º. de febrero de 1883, cuya parte sustancial dice así:

"Se declara que podrá ingresar al país el ocurrente, luego que estuvieren instaladas las próximas Cámaras". (firmado). *Campero.—Quijarro*".

Circunstancias que podrían llamarse providenciales vinieron produciéndose en la condición personal del general Daza. Se encontraba instalado en París, en un departamento lujoso del Boulevard Haussmann y llevaba allí una existencia que podía llamarse fastuosa, dadas las condiciones de nuestra modesta vida boliviana. Sus banqueros residían en Hamburgo con el nombre de Eduardo Richter, de la propia familia de Otto Richter, harto conocido en la sociedad y en el comercio de La Paz. Era, como se sabe, el rey de la quina, aún antes de que esta clase de realeza se hubiera propagado en nuestros centros productores de América. La fortuna personal y el capital mercantil de ambos parientes, se avaluaba en muchos millones de pesos. Entretanto, la quina, que era un producto exclusivo de Bolivia y del Ecuador, comenzó a ser plantada y propagada en muchas otras regiones de las colonias británicas y de las Antillas danesas. Los precios de ese producto, de suprema utilidad por ser la base de la preparación del febrífugo llamado quinina, comenza-

ron a experimentar un descenso cada día más rápido. Las dos firmas comerciales de entrambos Richter fueron arrastradas al abismo. En 1892, la casa bancaria Eduardo Richter de Hamburgo fué declarada en quiebra. Los depósitos cuantiosos que en ella tenía el general Daza fueron devorados por el desastre. Poco versado en el manejo de negocios bancarios y menos experto aun en el arte de las inversiones, el general Daza se encontró de la noche a la mañana totalmente desprovisto de dinero. Su salvación se encontraba, como la de todos los que van a Europa a pasar una vida de holganza, sin preocupaciones del porvenir, en el regreso a Bolivia. En la tierra nativa poseía aún algunas propiedades y contaba con elementos de un posible resurgimiento económico. Carecía, entretanto, de los medios indispensables para el viaje. El permiso gubernativo había sido ya obtenido (Resolución de 1°. de febrero de 1883) y no era verosímil que se presentaran objeciones para ese propósito. Se trataba, por otra parte, de un sometimiento incondicional a la justicia de su patria. La esencial era adquirir los medios de verificar ese viaje dispendioso, aun en aquellas épocas de precios reducidos y de facilidades múltiples.

No había otro recurso, ante la negativa

de algunos compatriotas con quienes Daza había cultivado relaciones de amistad en París para facilitarle los dineros indispensables, no había otro medio, decíamos, que sacrificar el mobiliario valioso del departamento del Boulevard Haussmann. Un buen día, los diarios mercantiles registraban un aviso ofreciendo en venta el menaje del general Daza. Un curioso que por allí transitaba, en esa eterna *flanerie* de los extranjeros en París, acertó a pasar por el número indicado de esa avenida aristocrática y abierta a iniciativa del célebre barón de Haussmann, famoso bajo el segundo Imperio. Al ver un aviso fijado en la puerta de la casa, penetró en ella, movido por la curiosidad y por la falta de dirección fija para sus paseos matutinos. Se encontró en el vestíbulo con el general Daza en persona. El visitante era de nacionalidad chilena, pero había vivido gran parte de su existencia en el extranjero. Conocía, sin embargo, la nombradía de ese caudillo y la fama de su influencia en las soluciones de la guerra del Pacífico. Le interesaba la persona de ese hombre alto y vigoroso, que vestía como un *gentleman* y que tenía maneras desenvueltas, a pesar del deplorable acento de su español de provincia boliviana. Deseando explicar su visita intempestiva, le manifestó que quería ver el mobiliario ofrecido

en avisos públicos y aún en la entrada del departamento. Entonces el general le expresó que su deseo y su necesidad le decidían a vender todo su menaje, en *bloc*, por un precio muy inferior a su costo en París mismo. Buscó en su gabinete papeles y facturas y le hizo ver que esos muebles confortables y de buen gusto, usados apenas durante unos catorce años, costaron la suma de 150,000 francos netos. El señor Agacio (así se llamaba el supuesto comprador) quedó desconcertado, porque, no solo no necesitaba ni deseaba un mobiliario de ese precio, sino que sus recursos le permitían tan solo hacer una adquisición de poca monta, unos pocos miles de francos. Pero, debía salir del paso y acertó a ofrecer, ya que había penetrado a la casa para hacer una oferta, 25,000 francos en *bloc* (1).

—"¿En qué forma sería hecho el pago? preguntó el general.

---

(1). Don Antonio Agacio estuvo durante muchos años en el servicio diplomático y consular de Chile. Concurrió a las fiestas del centenario de la independencia de Venezuela que se celebraron en Caracas en julio de 1911 con el carácter de secretario de la misión extraordinaria de Chile, a cuya cabeza se encontraba el conocido diplomático don Francisco Herboso y de la que formaban parte el General del Solar y el Almirante Muñoz Hurtado. El señor Agacio desempeñó cargos consulares especialmente en las Repúblicas de la América Central.

—Naturalmente,—contestó Agacio, al contado.

—Los muebles son suyos,—declaró el general Daza.

Grande fué el desconcierto de ese comprador fortuito al encontrarse dueño de un acopio formidable de muebles y enseres que formaban una instalación fastuosa en pleno París; pero su rápida percepción de las cosas le hizo ver que empleando cierta actividad podría realizar esos objetos con una utilidad considerable y en corto espacio de tiempo. Declaró aceptar las condiciones, recogió las facturas que hacían las veces de inventario y se fué a rodar, como negociante de muebles de lujo, por las calles y centros de especulaciones de París. En pocos días más, volvió para entregar la suma convenida, producto de sus negociaciones personales y después de conservar en su poder un pequeño lote de muebles de costo inferior, las carretas de mudanza que se estilaban en esa época en París, dejaron vacía la mansión lujosa donde el general Daza había adormecido catorce años de ocio y de placeres en la gran capital. En un momento, el antiguo caudillo, pesaroso de ver salir tan bellos objetos por tan poco precio, dijo al señor Agacio:

—El negocio está concluído, pero me atrevo a pedirle un favor. Entre estos objetos que Ud. adquiere, hay una estátua de bronce, de motivos militares, que desearía conservar como un recuerdo...

—Puede Ud. conservarla, señor General.

No sabemos qué suerte corrió al andar de los años ese objeto de arte de las predilecciones de Daza. ¡Tantas otras cosas han desaparecido de su lado, incluyendo una maleta que dicen llevaba en la mano en el instante del crímen de Uyuni!

Los diarios de esa época publicaron una nutrida correspondencia entre el general Daza, que venía navegando por el mar de las Antillas y alguno de los representantes del gobierno de entonces. Tal vez nuestro amigo don Luis Paz, y acaso el presidente Baptista mismo. Se trataba de fijar y establecer las condiciones en que Daza debía llegar a Bolivia, su permanencia provisoria en Sorata y su presencia voluntaria ante los estrados de la Corte Suprema en Sucre. No hemos buscado los documentos, porque prolongarían más de lo preciso la presente digresión. No afectan, por otra parte, a la sustancia histórica del relato... En febrero de 1894 llegaba Daza a Uyuni y se

producía el desenlace trágico que ya hemos referido.

Una gran sombra sigue cubriendo el misterio de esa vida. Muchas suposiciones y conjeturas han flotado por encima de su memoria, y en el curso mismo de su existencia accidentada, se habló de traición a la patria, en los propios documentos parlamentarios que minuciosamente hemos citado. Los amigos de Daza, entretanto, sostienen que al llegar a la estación sombría de Uyuni, llevaba una pequeña maleta que él había declarado en muchas ocasiones que contenía papeles de importancia, acaso la justificación y la vindicación plena de su conducta militar y política en la emergencia más grave de la historia de Bolivia. Esa maleta se dice que desapareció y que nunca más tornó a hablarse de documento alguno que hubiera podido figurar en su contenido ignorado y misterioso. El gobierno, por su parte, desorientado por el curso de los acontecimientos, no pudo dirigir su investigación allí donde debió dirigirla, con el fin de explorar, ya no el cerebro eclipsado del presunto culpable, sino los signos postreros de sus últimas horas y de su muerte. Entonces, en esos instantes fúnebres y decisivos, hacía falta un funcionario en desempeño de atribuciones judiciales que fuera capaz de arran-

car a la muerte misma sus misterios. Ese agente de la providencia y del destino pudo y debió ser Luis Navarro, en razón de las funciones que desempeñaba y de su jurisdicción innegable sobre la comarca en que se produjo el crímen.

Ese apartamiento de la línea de sus merecimientos propios, de la magistratura, que era su vocación nativa, no contribuyó a aumentar ni aun a consolidar sus prestigios. Atraído como se sentía por las seducciones de una ciudad populosa y a la que se encontraba vinculado por sus relaciones de familia, se decidió a solicitar el cargo de secretario de la legación boliviana en Buenos Aires cuando se hallaba dirigida por don Julio Méndez. Poco tiempo debía durar en el ejercicio de sus funciones, y en 1896 le vimos regresar nuevamente a Bolivia. Su espíritu se encontraba en lucha entre su inclinación natural e intelectual hacia la patria propia y el interés egoista que le llevaba a complacer la atracción doméstica hacia la nacionalidad argentina, que le brindaba ventajas de un carácter material. Se notaba, sin embargo, la lucha entre ese interés de bienestar y de provecho personal y esa otra atracción, que podríamos llamar romántica, de la patria propia, de la figuración en un centro adecuado para sus actividades individuales. En un momento dado,

acaso en las proximidades del año 1905, esa vacilación acabó por encontrar un término, decidiéndose por la pérdida de la nacionalidad propia, por la renuncia final a todas las expectativas de la notoriedad y la fortuna en el suelo nativo. En torno a esos años, aceptó Navarro una situación oficial en la judicatura argentina y se alejó del centro de actividad de Buenos Aires para dedicarse a una carrera profesional como juez federal del Chubut, en la población de Rawson, Patagonia argentina. El dado estaba echado. Para admitir una posición de esa naturaleza, era forzoso renunciar a la ciudadanía boliviana y solicitar una inscripción en los registros cívicos de la República Argentina. ¿Dió Navarro este paso trascendental en su carrera pública y en su existencia política, sin grandes luchas con sus ideas, con sus convicciones y con sus sentimientos íntimos? No podríamos creerlo. Acaso una perturbación pasajera de sus sentimientos dominantes o una de esas crisis que determinan los grandes pasos o los grandes errores de la existencia, le arrastraron a ese extravío lamentable de su conducta cívica. Nos encontrábamos en el Brasil, en 1906 cuando recibimos una carta de Navarro, que era una imploración suprema en la hora del naufragio decisivo. Decíanos que, a pesar de haber aceptado,

de haber desempeñado algunos años un cargo oficial en la judicatura argentina, se sentía atraído por la tierra nativa, se creía extraño a actividades opuestas a su temperamento y deseaba recibir una ayuda para volver a Bolivia, para reconciliarse, maduro ya de reflexión y de sentimiento, con esa tierra que amaba más a medida que la veía más probada por las pobrezas y por el infortunio. Había fallecido ya su anciano padre y se encontraba desvinculado del país por sus relaciones domésticas y por los intereses que podían ligarle a él, pero sentía ese grito de la patria que tiene una intensidad que no podría definirse. Las voces de su juventud lejana, las melodías de la tierra natal, los recuerdos de la universidad de Sucre, ejercían sobre su alma una presión irresistible.

No nos era dado, por desgracia, ejercer ninguna influencia para volver a la patria a ese hijo pródigo, tierna y sinceramente arrepentido de las faltas de su juventud turbulenta. Privados de influencias políticas, no habríamos podido hacer nada para dar un incentivo práctico a ese movimiento piadoso de reconciliación con la tierra nativa. Nos limitamos a dar al amigo esa ración de los buenos consejos, que no siempre se armonizan con las buenas conveniencias.

Desde entonces, parece que la decisión de Navarro se hizo definitiva y hubo de fortalecerse con el consejo de familia, pués ya había vástagos que sentían e influían con el alma argentina, que podían pesar en sus pensamientos y en sus resoluciones.

Habíamos vivido largos años en playas lejanas a los centros de actividad en que se desenvolvía el espíritu de Luis Navarro y de tarde en tarde tornábamos a pensar en su índole jovial, en su predilección por los amores y por los placeres, en la amenidad de su carácter genuinamente chuquisaqueño, que matizaba los recuerdos animados de su mocedad con anécdotas chispeantes de agudeza y de ingenio. Descubrimos su paradero en Buenos Aires y le buscamos allí en las postrimerías del año 1917. Ese Navarro que vimos allí no se asemejaba al Navarro de los bellos tiempos de Chuquisaca y de Potosí. Había perdido la característica de su fisonomía que era la sonrisa abierta y expansiva. Había adquirido una semejanza impresionante con la fisonomía de su padre, el jurisconsulto don Mariano Navarro, con su expresión severa, la rigidez de su semblante adusto e impasible. Esa bella sonrisa de la juventud, esa jovialidad de su temperamento, que le atraían todas las voluntades, habían desaparecido para for-

mar una máscara de severidad y de indiferencia. Tratamos entonces de abrir nuestro espíritu al encanto de los recuerdos. Evocamos las horas plácidas de la adolescencia en ese centro ameno y chispeante de Sucre, hogar común de nuestras memorias lejanas y de nuestras impresiones primeras. Navarro parecía insensible a esas evocaciones. No le movía ni la emoción, ni la esperanza, ni la ilusión de un posible regreso al centro de nuestros comunes recuerdos. Le advertimos, no solo rebelde a esas invocaciones, sino hostil a cualquiera rememoración de tiempos más felices de ilusión juvenil. En el curso de esa plática en que pugnábamos por interesar la ternura de sus recuerdos, percibimos una frase que debía derribar nuestros empeños. Tenía un hijo, siguió relatando, que se encontraba prestando sus servicios en el ejército argentino; en *nuestro* ejército, recalcó intencionadamente.

Cruzó sin duda por nuestro semblante ese movimiento indefinible de las sorpresas morales, de uno de esos choques del espíritu con hechos inesperados e inexplicados o inexplicables. Posteriormente nos dimos cuenta de que ese movimiento de extrañeza no le había pasado desapercibido, a pesar de que, en el momento mismo, no hubiera demostrado darse cuenta de él. La con-

versación siguió rodando sobre otros temas y sobre otros aspectos de actualidad.

No trascurrieron más de seis meses de los incidentes referidos cuando, de regreso ya al centro de nuestra habitual residencia, recibimos una carta afectuosa, como eran las cartas suyas. Tenía hacia nosotros especiales deferencias y nos brindaba excepcionales muestras de amistad. Presentía seguramente que nos estaba preocupando su situación de espíritu y se daba cuenta del interés que su caso despertaba en nuestro ánimo.

"Deploro verdaderamente, nos decía en esa carta, haber adoptado la ciudadanía argentina y deploro aún más haberle hecho conocer esa decisión en mis últimos días. La naturaleza ha querido castigar cruelmente esta determinación; mi hijo, de quien le hablé con expresiones de satisfacción y de esperanza, está herido de muerte y solo Bolivia podría salvarle la vida. Ya es tarde, por desgracia . . ."

Efectivamente, supimos después que el hijo militar del ejército argentino, del ejército de Navarro, se había ido por ese camino implacable de las tuberculosis prematuras, de esas que cura frecuentemente en nuestra altiplanicie andina la solicitud paternal.

Debía seguir de cerca a esa tumba juvenil, la otra, la del hijo pródigo alejado del suelo nativo e incapaz de haberse aclimatado verdaderamente en tierras extrañas.

Conocemos diferentes alegatos de Navarro, que constituyen valiosas piezas de jurisprudencia y de doctrina, que sus descendientes harían bien en recoger para estudio y aprovechamiento de los profesionales. Su estilo, sin salir de la precisión de esa clase de documentos y de la forma peculiar en que deben estar concebidos, tiene un sabor literario, que hace fácil y atrayente su lectura. Cuando aún existía en Sucre la asociacion simpática que se llamaba *Colmena Literaria*, las producciones de Navarro eran especialmente apreciadas por les entendidos. No salía de la sobriedad de su lenguaje, pero tampoco incurría en la aridez profesional de los abogados. En esa época de inconsciencia juvenil, que precedió a la guerra del Pacífico, todos los que se sentían con alguna aptitud intelectual se hacían poetas. Habían olvidado aquél dictado latino *Nascuntur poetae, fiunt oratores.* Navarro, educado en la escuela de su padre, no tuvo nunca ese género de veleidades. Su carrera estuvo trazada desde la infancia por esa línea de su educación y de sus ingénitas predilecciones.

Político fué, a la manera de las gentes del país, es decir, hombre que dictaminaba sobre la cosa pública y encontraba malos todos los partidos y todos los hombres. Afiliado en 1884 en el partido demócrata, que no debía durar mucho tiempo después de la desaparición de su jefe don Gregorio Pacheco, fué en 1892 partidario de don Mariano Baptista. Tenía por ese hombre eminente especiales predilecciones. No formaba parte del partido, sino que sentía adhesión hacia el hombre. En su vinculación funcionaria de Buenos Aires había aprendido a apreciarle y a dedicarle el culto devoto de sus afecciones. Parece que Baptista le comunicaba su correspondencia personal y le hacía confidente de sus vinculaciones individuales y políticas. Hemos escuchado a Navarro referir muchos incidentes íntimos que demostraban la confianza especial que había merecido de su jefe. Correspondió cumplidamente a esa deferencia en el curso de su carrera y fué propagandista convencido de las virtudes y merecimientos de aquel tribuno, llevado accidentalmente a la figuración diplomática.

Todos estos antecedentes y circunstancias habrían debido obligar a Navarro a permanecer en el servicio de su país y de sus ideales políticos. Entretanto, las influencias del medio en que

vivía, le apartaron desgraciadamente de la línea de sus aptitudes, de sus merecimientos y de sus deberes cívicos.

Y así se fué Navarro para no volver, triste y silenciosamente, en una modesta estancia de casa de pensión. En su tierra, habría merecido distinciones y honores; manos piadosas le habrían cerrado los ojos en la hora postrera. La gratitud y el homenaje de sus conciudadanos habrían endulzado sus últimos instantes. Habría cumplido en la vida su misión y su destino.

Como Navarro, han estado yéndose, así mismo tristemente, otros tantos compatriotas empeñados vanamente en desnaturalizarse, en cambiar su nacionalidad propia, la que Dios les dió, con otras que no correspondían ni a su espíritu ni a su índole personal. Estamos escribiendo para rendir un homenaje de elogio y de simpatía a la memoria de Luis Navarro, en quien encontramos cualidades que no son comunes en nuestro país, y a quien iluminaba esa llama del talento, que no es patrimonio sino de los elegidos. Pero estamos escribiendo también para anatematizar desde el fondo del alma a esos otros tantos compatriotas que vemos cruzar tristemente los caminos de la emigración, poseídos y guiados por la quimera de abrirse campo en la vida extranje-

ra. Esos caminos están cerrados para ellos. Después de cortos meses en que se agotan los recursos con que habían emprendido la aventura, vienen las horas del envilecimiento y de la miseria. Privados de todo estímulo social y de todo apoyo efectivo, cruzan el vado de deshonor y pierden los alientos de la vergüenza. Resignados a pasar por todo, llegan por fin, a hacerse una vida material, es decir, adquirir lo necesario para comer y dormir. Esa situación social que tuvieron un día, ese estímulo de la posición y del apellido, quedan olvidados y perdidos para afrontar la lucha por el pan, la lucha por el sustento cotidiano.

Así hemos visto esterilizarse tantos bellos talentos y tantas cualidades morales que habrían sido útiles para el país y habrían conducídoles a situaciones brillantes y prósperas. Unos cuantos, arrepentidos de su quimera, logran volver al suelo nativo. Una luz nueva les ilumina y pueden darse cuenta de la insensatez de pretender cambiar situaciones propias y honorables, prestigios sociales que no son obra de un día, por la fantasía de un bienestar que no podrían adquirir en suelo extraño y de una fortuna, que aun conquistada, no se acompaña sino en casos excepciona-

les, de las otras condiciones de una situación decorosa.

A parte de la falta de espíritu práctico que demuestran esas tendencias emigratorias y aventureras, aparejan también un falso concepto de moral cívica. Los hombres que llegan a cierta notoriedad pública tienen una misión de la que no podrían sustraerse dignamente ni honorablemente. Es la misión cívica, el deber hacia la patria. Sin ese concepto justo de la misión social, no hay moralidad posible, no hay ni siquiera dignidad individual. Cayado en la mano y saco al hombro vemos a nuestros emigrantes cruzar los caminos de la vida, después de haber perdido, junto con los recursos postreros del patrimonio doméstico, los últimos restos de dignidad y de pundonor personal.

No hace mucho tiempo que hemos visto con emoción abrirse otra tumba, en un ambiente de tristeza y de abandono. Poliandro Moscoso pertenecía a esa mísma generación en que descollaron Navarro, Federico Bueno y muchos otros. Pugnaba por aproximarse a la tierra nativa y después de largos años de comer el pan extranjero comenzaba a servir tímidamente a la patria ausente. Había perdido los atributos para hacerlo debidamente. Habíase desnaturalizado por entero,

penetrado ya de otra mentalidad que ni era argentina, ni era cosmopolita. Agil, despierto, instruido, con instrucción boliviana, intentó hacerse otra vida, sin estímulos y sin ideales generosos. Saboreó todas las amarguras de la miseria y fué a morir cuando había perdido todas las posibilidades de resurgimiento y de rehabilitación.

Podríamos citar otros y otros más. En nuestras excursiones por playas extranjeras, encontramos siempre a esos peregrinos mendicantes, que nos inspiran, no solo la desazón de los dolores íntimos, sino la aversión de los grandes extravíos morales.

Con motivo de las múltiples complicaciones y peripecias que originó la guerra europea, las miradas de la sanción pública se dirigieron sobre una clase social uniformemente vilipendiada. Existían, en la sociedad humana, ciertos individuos que hasta entonces se habían sustraído a todas las censuras, a la sombra de su aparente independencia económica. Esa agrupación de rentistas, apartados de toda actividad y de toda labor eficiente, vivía sin preocuparse del bien común, ni cuidarse del ejercicio verídico de sus deberes cívicos. Eran los *sin patria*, seres perfectamente anormales y abyectos dentro del concepto de la sociedad civilizada. Apenas se fué escarbando en

el suelo social se encontró la afluencia enorme de los *sin patria*. No solo les protegía su situación económica, sino que les amparaban las leyes, les rodeaba de homenajes la consideración social. La fuerza de los acontecimientos y el efecto de cierta propaganda generosa a cuya cabeza figuraban los nombres de Teodoro Roosevelt en América y de Fernando Brunetiére en Europa, descubrieron esa llaga pavorosa. Hasta entonces ser sin patria había sido el ideal de cierto temperamento de egoismo y de vanidad, que se alejaba de las actividades públicas, para vivir ampliamente a la sombra de la indiferencia, si no de la consideración de los demás. No se ha borrado de nuestra memoria ese tiempo en que la ambición de los rentistas mediocres y de los funcionarios de pequeña cuantía, era ser *sin patria*.

Una reacción vigorosa sobre los errores pasados, vino a arrojar la infamia sobre esa clase de indivíduos vacíos y estériles, incapaces de abnegación y de sacrificio. Una ola de execración cayó sobre esos seres desgraciados, renunciantes voluntarios a los ideales generosos.

Pues bien, esos compatriotas nuestros, mendicantes de situaciones prestadas en suelo extraño, no eran ni son otra cosa que sin patrias disfrazados con la piel de la independencia personal y de la lucha por la vida.

Para colmo de desventuras, no solo existe la clase social de los sin patria, diseminados a lo largo de las playas de países vecinos, sino que vegetan, con cierta notoriedad de aquí adentro los sin patria alejados a tierras europeas y sometidos a esa otra humillación mayor, aunque más inconsciente, de ser don Nadie en los grandes centros cosmopolitas.

Esta digresión prolongada nos ha apartado de la materia de los presentes apuntes y nos ha conducido a reflexiones que no estaban en nuestra mente al trazar el plan de estas páginas. Hacía tiempo que deseábamos rendir un homenaje de elogío, de amistad, de justicia, al compatriota y al amigo que había caído, agobiado por los años y las decepciones, en tierra extraña, privado de los honores a que tenía derecho. Hombre de talento y de cultura, Navarro habría podido ser de utilidad máxima en la tierra en que nació, y a la que brindaba el homenaje filial de sus mejores afectos; no pudo ser apreciada ni conocida su preparación intelectual en tierras extrañas, donde su consagración mental era aceptada como otorgándole un favor. La suerte quiso conducirle a esas comarcas amigas, pero extrañas, donde los extranjeros cruzan los campos de la actividad pública, no con el derecho soberano de su

propio albedrío, sino como solicitantes rendidos del favor de los pueblos o de las autoridades o de los gobiernos.

Perdida por una vez la altivez individual, domado ese sentimiento de la dignidad patriótica que puede conducir a todos los heroísmos, llega el momento del renunciamiento y de la complacencia y llega también el olvido del deber que impone el culto a la patria y a su decoro en tierras extrañas.

Habríamos querido tener los medios necesarios para apartar a Navarro de esa tentación malsana y atraerle de nuevo al culto noble y viril de la patria propia. Tuvo él vacilaciones antes del naufragio final. Trató en varias ocasiones de apartarse del abismo. Múltiples circunstancias, personales y sociales, contribuyeron a arrastrarle a esa situación de tristeza y de abandono en que le vimos al finalizar el año 1917.

El ejemplo suyo, puede ser útil para apartar a otros del mal camino y para trazarles el sendero del deber cívico. Hoy día, el concepto de patriotismo es más amplio y más obligatorio que en tiempos pasados; tiene una comprensión más extensa y un alcance más vigoroso y obligatorio.

Acaso podría repetirse de Navarro lo propio que René-Moreno decía de Mariano Ricardo Terrazas, a propósito de su expatriación forzosa y poco menos que definitiva:

"Llevando como llevaba, vida puramente intelectual, hasta para ganar el sustento, y ajeno del todo al afán equilibrante que reclaman las materialidades lucrativas, él era también, él, de los que saben paladear a sorbos esa cortés indiferencia hospitalaria que circunda al asilado oprimiéndole lentamente el alma . . ."

Recordaremos siempre, con ternura y con gratitud, todo lo que personalmente debimos a Luis Navarro, como maestro y como amigo. Escuchamos todavía, con la repercusión del recuerdo, sus enseñanzas prácticas y provechosas, así como los preceptos de moral positiva que diseminaba en sus lecciones. Tarde después, cuando los años habían igualado nuestras posiciones y cuando no había entre ambos otro vínculo que el de una amistosa simpatía, fué pródigo en distinciones y elogios, que acogíamos con predilección. Mostrábase interesado en cualquiera de esas páginas volantes que solíamos dar para la prensa como expresión de estudios especiales o anhelos patrióticos y a menudo hubo de confundir sus sentimientos cívicos con los nuestros y coincidir en

ideas de moral política que eran fuertes y vigorosas en su ánimo. Lo que principalmente nos cautivaba en su trato individual era la jovialidad de su temperamento. Parecía poseído de un amplio sentimiento de optimismo, y que la idea de las escaséces y de las miserias materiales provocaba en su espíritu un movimiento de indiferencia y de desdén para dar lugar a esa fruición incomparable de los que saborean las dulzuras de la existencia. Cuando años más tarde le encontramos privados de aquellos atributos característicos de su juventud, cuando le vimos en Buenos Aires en 1917, con la fisonomía adusta y severa que recordaba a su padre desaparecido, dijimos interiormente: este hombre se acabó; no es más que un espectro de la imágen radiante de otros tiempos.

Y cumplimos, con íntima tristeza, el deber de poner sobre su tumba esta corona de siempreviva, homenaje de nuestro afecto de discípulo y de amigo.

Lord Curzon

Todas las grandes capitales tienen algún rasgo dominante y característico con que las ha marcado el transcurso de los siglos o el artificio de los hombres. Solo Londres carece de ese atributo peculiar, porque resume todas las excelencias de las demás ciudades, ya sean germanas, eslavas o latinas. En Londres están concentradas las tradiciones de todas las épocas y los estilos de todas las arquitecturas. En su area inmensa caben barrios que son poblaciones enteras y que no se asemejan los unos a los otros. Los recintos aristocráticos de Mayfair, no se parecen ni a los edificios comerciales de la City, ni a los palacios mediovales de South Kensington. El East End y los Docks son aspectos del Londres-puerto, mientras que las avenidas primorosas de Hyde Park representan el Londres opulento y aristocrático. Piccadilly y Pall Mall concentran la acti-

vidad de los Clubs, la sociabilidad deslumbradora de sus eminencias nobiliarias o mundanas. Toda esa inmensa aglomeración humana, está a menudo cubierta por un manto tenue de bruma, que en ciertos meses del año asume la categoría de *fog*. El *fog* de Londres es característico y único porque no se parece a las neblinas triviales que envuelven durante el invierno muchos puertos marítimos y muchas regiones del océano. El *fog* no es esa bruma blanquecina que estorba la vista y en ocasiones impide el tráfico marítimo. El *fog* es un fluído flotante de una densidad capaz de cubrir y ocultar todos los horizontes. Se siente a su contacto la influencia de un algo indefinido que oprime los órganos respiratorios y paraliza los sentidos de percepción externa. El hombre se siente indefenso, más aún que el que padece de ofuscación de la vista, ante esa plaga indefinible y angustiosa. Los focos eléctricos de extraordinaria potencia que alumbran las calles, son presto encendidos cuando se anuncia un *fog* inminente. La vista percibe como a lo lejos unas luces tenues; a mayor distancia no percibe nada. Los vehículos dejan sentir sus señales estridentes, pero ello no impide el peligro de los choques desastrosos de camiones y automóviles. La policía está obligada a moderar a su mínimun la velocidad de los

rodados y la circulación de los peatones se hace difícil y penosa. Hay veces que este fenómeno extraño de la naturaleza, don exclusivo de la capital británica y acaso símbolo de los caracteres sombríos y concentrados de sus habitantes, dura varias horas y hemos presenciado en cierta ocasión que ha persistido tres días enteros, lo que equivale a una larga noche de 72 horas. No podría describirse el desconcierto que este accidente produce en el tráfico febril de la metrópoli. En vano la iluminación urbana enciende sus focos más intensos, inútilmente mozos ambulantes intentan proteger a los transeuntes con antorchas de resina: todo eso no importa sino paliativos para hacer más patente y más desoladora la acción del *fog*. Este huesped invernal no es, por otra parte, inocente en sus resultados. Dicen las gentes que su acción irritante penetra en los bronquios y origina inflamaciones peligrosas. Este punto es inseguro o a lo menos discutible, pero lo que no deja lugar a duda es el efecto de su acción grasosa sobre las ropas y sobre los objetos de uso, que quedan luego impregnados de un hollín penetrante.

La ciudad monstruosa no tiene un instante de reposo y se traslada en la noche de Poultry en la City a las avenidas de Whitehall. Su

gran arteria fluvial, el Támesis, no parece un río urbano sino un brazo de mar, navegable por grandes vapores oceánicos. Sus curvas forman perspectivas admirables que dejan en el fondo las Casas del Parlamento con sus torres góticas y sus dentellones de piedra. Cada una de esas perspectivas es peculiar y no se asemeja a otras de la misma población. Las inmensas vías comerciales y mundanas que se llaman Oxford Street y Regent Street tienen su fisonomía característica y sus peculiaridades intrínsecas. Colocándose en un punto dominante de la gran ciudad, se descubre donde quiera paisajes de una impresionante magnificencia. No es la fisonomía banal de las ciudades activas y populosas, que se parecen las unas a las otras. En Londres no pueden encontrarse analogías, porque cada cosa es igual a si propia, y ni Regent Street se parece a Hyde Park, ni Trafalgar Square tiene un semejante en Portman o en Manchester Square. Parece que los arquitectos que concibieron esta extraña creación de antítesis se hubieran empeñado en hacer lujo de contrastes, de extravagancias y de contradicciones. Todo ello dentro del marco de una majestad, de una grandiosidad, que impresionan fuertemente el espíritu.

Todos saben que el tráfico londinense es ordenado y puede decirse rítmico, bajo los aus-

picios de esos agentes de policía que parecen poseídos de la manía del reglamento y de la cadencia. Para ser divisados desde lejos, a pesar de la bruma y del *fog*, usan mangas de tela blanca, que hacen resaltar sus figuras atléticas sobre el fondo sombrío del paisaje urbano. El famoso sitio metropolitano que se llama Hyde Park Corner ve desfilar diariamente más de sesenta mil vehículos de todo género, en medio del hacinamiento humano más activo y atareado que sea dable imaginar.

Pocos pasos más por esa vía y se ingresa a Brompton Road, que asume otros aspectos arquitectónicos y abre al paseante nuevas perspectivas.

En esa región de la ciudad se repiten los espectáculos que ya hemos visto en Oxford Street, el desfile de mujeres al frente de las vitrinas iluminadas, el agolpamiento de paseantes en ese contínuo reflujo de las multitudes, en medio de un silencio que es peculiar de la flema británica.

Ello ocurre frecuentemente en Londres. Los paisajes se repiten y se reproducen como si se circulara por ciudades distintas y los parques con su espesa arboleda se suceden como se suceden también las calles comerciales con sus almacenes invadidos por la multitud. Estamos fami-

liarizados en América con el nombre de los almacenes parisienses del Louvre o del *Bon Marché*, pero no concebimos fácilmente lo que es un gran almacen de Londres, que encierra secciones tan diversas y tan completas que hacen frente a todas las necesidades humanas. En Harrods o en Whiteley, o en Selfridge se encuentran no solo las telas de seda y las confecciones de lujo, sino las carnes y las legumbres, los animales vivos y las joyas de precio. Oficinas bancarias y agencias de viaje se encuentran dentro de sus instalaciones. Parece que se tratara de museos o conservatorios de las mil industrias de la actividad humana, a la vez que de productos alimenticios tales como han sido recogidos de los huertos o de las granjas del vasto imperio colonial de la Gran Bretaña.

"Es en las calles, dice Henri de Regnier en un estudio ameno sobre Londres, que el viajero que no hace en la gran ciudad vida social, puede adivinar mejor las costumbres y las almas inglesas. Las fisonomías y los ademanes permiten ciertas interpretaciones. Los almacenes y los anuncios revelan a su manera los gustos y las necesidades del público. Son estas impresiones las que he buscado en las calles de Londres. Experiencias necesariamente limitadas, pues no he podido recorrer sino muy pocas arterias de la ciu-

dad inmensa y sin embargo, ¿no basta haber seguido Strand y Fleet Street, haber frecuentado Piccadilly y Oxford Street para darse cuenta de la fuerte y brutal intensidad de vida que allí se agita? Se respira tan solo una atmósfera utilitaria y práctica. Algo de materialmente prodigioso se elabora delante de esas fachadas cubiertas de anuncios sobre esa multitud presurosa y taciturna. Todo revela un esfuerzo gigantesco de voluntad humana. En otros barrios, Londres produce muy diversa impresión. Caminemos en los barrios llamados aristocráticos de Mayfair o de Belgravia, en los alrededores de Eaton Square o de Berkeley Square, cerca de Kensington Gardens. Casas alineadas, de poca elevación, con sus pórticos de columnas, sus ventanas estrechas. Se prolongan con invariable monotonía por largas calles, espaciosas avenidas. Algunas veces residencias más vastas y más decorativas, unas pocas verdaderamente suntuosas, que revelan existencias de confort y de dignidad. Esas regiones son las de la fortuna adquirida y de las situaciones sociales sólidamente establecidas, pero allí ¡cuántos letreros de venta o de arriendo! Se ve que la guerra ha dejado su huella. Las contribuciones aumentadas, las rentas disminuidas por el impuesto exigen sacrificios y los letreros se suceden unos a otros.

"Esos dos aspectos de Londres, la ciudad de los grandes negocios y la de las amplias comodidades, son los que se presentan más a menudo al viajero, pero ¡cuántos otros aspectos presenta la enorme ciudad! Al Londres aristocrático, al Londres bancario, se sucede un Londres obrero, un Londres marítimo, diez Londres que tienen cada uno su sello especial y que no se puede sino entrever con rapidez".

En el área inmensa de esa ciudad gigantesca se encierran instituciones, prácticas sociales, costumbres seculares, que se amoldan y se armonizancon las dimensiones del ambiente. Todo cuanto se halla en pié en ese conjunto monumental evoca la historia de un pasado de muchos siglos y sucesos históricos que han perdurado en la memoria de los hombres.

Todo está en armonía con esos monumentos del pasado. El Banco de Inglaterra, el Lloyd Marítimo, el Almirantazgo, la casa de los Lores, y esos dos departamentos clásicos que comienzan en la entrada de Whitehall a Downing Street. El uno es la casa del primer Ministro y el otro el *Foreign Office*. La tendencia conservadora del espíritu británico no ha querido ni siquiera tocar esos monumentos tradicionales. El Banco de Inglaterra, a mérito del desenvolvimien-

to gradual de sus especulaciones, necesitaba ampliar sus departamentos y sus oficinas, pero la fachada quedará intacta, asímismo añeja con el hollín de los siglos y asímismo ennegrecida por el paso de muchas generaciones. Es así como Londres mantiene las líneas de su fisonomía primitiva, de la que le han marcado las épocas de su desenvolvimiento y en que las pequeñas ciudades o aldeas han venido fusionándose para formar la gran capital que es hoy día, el centro poblado más grande y más rico del mundo.

Aparte de las instituciones tutelares del Imperio, Londres alberga en su seno todo el aparato fastuoso de una corte y toda la majestad de la realeza. Ni un punto han variado sus fórmulas y tradiciones. El cetro real es el mismo que un día empuñara Carlos I, y la corona está formada con las piedras preciosas de más valor desde que los yacimientos de diamantes de Sud Africa obedecen a las leyes del Imperio.

Quien quiera que intente estudiar y observar de una manera objetiva las leyes, las instituciones y las costumbres del Imperio Británico, deberá visitar la Casa de los Lores el día clásico de la apertura del Parlamento (1), la ceremonia más

(1). El Parlamento británico, como es sabido, está formado por la Cámara de los Lores y la Cámara de

brillante y fastuosa que se celebra en los reales dominios y acaso en toda la redondez del planeta. El escenario de esa ceremonia es digno de la grandeza del acto y de su significado simbólico. Parece que cuando se edificaron las Casas del Parlamento a principios del siglo XIX, se tuvo en mira la adaptación del estilo gótico a planos modernos y adecuados para las necesidades y exigencias actuales. De ahí resulta que no es el estilo gótico genuino, como ocurre en Nuestra Señora de París y en otros edificios de Londres mismo, sino una adaptación de ese viejo molde de la Edad Media a los gustos modernos y a los recursos actuales del arte. Ese cuadro, decíamos,

---

los Comunes. La primera consta de los Pares del Reino, o sean los príncipes reales, los duques, los marqueses, los arzobispos, los condes, vizcondes, obispos y barones; además los pares irlandeses y escoceses. La Cámara de los Lores consta en conjunto de cerca de 740 miembros, de los cuales solo una mitad ejerce una concurrencia efectiva. Existen actualmente 'más de 30 señoras,' que son *peeresses* con derecho propio. La Cámara de los Lores tiene una facultad limitada de veto en la sanción de las leyes.

La actual Cámara de los Comunes fué elegida el 29 de octubre 1924 y consta de 615 miembros, de los cuales Inglaterra tiene 492 miembros; Gales 36; Escocia, 74; Irlanda del norte, 13. En ideas políticas se encuentran repartidos como sigue: Conservadores, 412; Laboristas, 152; Liberales, 42; Independientes, 6 y Constitucionalistas, 3.

hace resaltar primorosamente aquella ceremonia de la realeza, que se produce en alguna mañana del principio del invierno, en medio de esa húmeda neblina que da singular realce a los árboles de Hyde Park y a la larga avenida de St. James 's Park en que forman las tropas que harán los honores a los soberanos. Cualquiera que sea el concepto que se forme del ejército británico como factor efectivo en las grandes acciones militares, será siempre verdad que la presentación de sus tropas es realmente magnífica. Altas estaturas, complexión vigorosa y atlética, equipo superior y perfección en las maniobras de conjunto. Es cuanto el público quiere ver en una parada militar. Los *Horse Guards* y los *Life Guards* de Londres serán siempre admirados por la muchedumbre, por sus bellos uniformes, por su equipo pintoresco y por su presentación atlética.

Con todos esos atractivos, que apasionan a las muchedumbres en todos los países, las masas populares de Londres se dan el lujo de estacionarse dos horas en los alrededores de Buckingham Palace para presenciar el alineamiento superior de esas tropas de elección y el paso, entre la doble fila de granaderos de la guardia, de la carroza que conduce a los dos Soberanos de su palacio a las Casas del Parlamento. Apenas re-

suenan los clarines que señalan la salida del real cortejo, esa multitud se agita como para asistir a un espectáculo desconocido. Sin embargo, la mayor parte de esas gentes que se estacionan con avidez a lo largo de St. James 's Park a despecho de la nieve y de la lluvia, han visto muchas veces a los Soberanos en las calles de Londres o en los espectáculos públicos como el Concurso Hipico del Olimpia o en las carreras de Ascott. El súbdito inglés se siente, sin embargo, insaciable en el placer de ver a sus Soberanos redeados de toda la pompa de la realeza, porque en sus entrañas de contribuyente vibra algo como una satisfacción, al decir dentro de sí mismo: "Esa pompa, ese lujo, esa carroza, esos uniformes, todo eso lo pago yo".

Porque todo lo paga, en efecto, el contribuyente británico y lo paga con sacrificio de sus comodidades y de la holgura en que en otro tiempo vivía. A medida que se elevaba el costo de la vida, subían también los inpuestos directos y subían a la vez los subsidios inevitables para los dispendios de la Corona.

En esa hora matinal y entre la doble fila de tropas magníficamente equipadas, avanza la real comitiva en medio de los aplausos de la muchedumbre, más que aplausos, muestras de sim-

patía y de afecto, acaso más que a las personas reales, a la institución misma de la monarquía, institución que se encuentra profundamente arraigada en los sentimientos del pueblo. No es que consideren la excelencia de ese sistema de gobierno, puesto que se ha llevado a la práctica el principio de que el Rey reina pero no gobierna, sino que la monarquía es un adorno de la sociedad y un lujo de la metrópoli. Lujo dispendioso sin duda, pero que halaga la fantasía popular y confiere a las altas clases la satisfacción de acercarse al sol, ya que el monarca es como el sol, el centro de aquel vasto sistema planetario.

La real carroza, arrastrada por ocho caballos blancos, es una maravilla de arte y no hay ningún detalle que no haya sido contemplado, sin economía de gastos y con sobra de suntuosidad y de magnificencia. La carroza, un monumento artístico de siglos pasados, no solo está bellamente tallada y esculpida, sino que tiene en los *panneaux* de las portezuelas, pinturas antiguas de reputados artistas, que son un primor de ornamentación. En el fondo del vehículo, y a través de los vidrios de las portezuelas, se descubre la figura sonriente de la Reina y a su derecha, signo de que a él corresponde la realeza, el Rey con su perfil de medalla antigua y su clásico uniforme color es-

carlata, de Mariscal de campo del Imperio. Minutos más tarde, ese uniforme tradicional, con la larga fila de condecoraciones, será cubierto con el manto real, así como el busto maravillosamente enjoyado de la Reina.

Seis o siete carruajes preceden a la carroza, al mismo tiempo que los ayudantes de campo galopan a caballo haciéndoles escolta y dando mayor realce al conjunto del desfile.

Cinco minutos antes de la hora fijada para la ceremonia, penetran los Soberanos al parlamento, donde se encuentran preparados los atavíos de su real investidura.

Hasta ese momento, la gran sala de sesiones de la casa de los Lores ha permanecido en una semi-oscuridad que se armoniza con la temperatura fría y nebulosa del ambiente. Esa rápida espera, para fijar las colocaciones con arreglo al protocolo, es empleada en la cháchara ruidosa que caracteriza las reuniones en que toma parte el elemento femenino.

Las esposas de los Lores o las *peeresses* con derecho propio, duquesas o marquesas hereditarias, tienen asiento en el recinto y concurren a la ceremonia en esa mañana de invierno, con trajes de noche, con el atavío de lujo de las grandes fiestas mundanas. Un despliegue colosal de

joyas valiosas y resplandecientes caracteriza ese atavío de gala para honrar al propio tiempo que a los Soberanos, el significado de ese acto ante la Constitución y las leyes británicas. En él está simbolizado, en efecto, el vínculo que liga al Gobierno con la monarquía, vínculo que, como se ve, es meramente decorativo y en homenaje a las tradiciones del Imperio. Todo cuanto se presenta en ese escenario verdaderamente teatral, es significativo y simbólico. Todas las tradiciones reviven, todas las prácticas medioevales renacen en su fausto primitivo y con los caracteres propios de su institución. Un clarín resuena en las afueras del palacio y la iluminación de la sala se hace brillante y resplandeciente, como en el aparato mágico de las escenas de teatro. Penetran los *gold sticks* con sus uniformes rojos bordados de oro, caminando hacia atrás como ocurre en algunas ceremonias litúrgicas del rito católico. Después de un largo desfile de personajes brillantemente ataviados, aparecen el Rey y la Reina con mantos reales y ciñendo la corona de su suprema investidura. Joyas de inmenso valor, que se guardan después en la torre de Londres y que suelen exhibirse en vitrinas guardadas por un recio destacamento de *beef eaters* en ese monumento clásico que conserva los recuerdos de la historia británica. Entrambos per-

sonajes, el uno con la majestad propia de su oficio y la otra con la sonrisa complaciente que no abandona en ninguna de sus apariciones públicas, se dan la mano y hacen una reverencia circular. La concurrencia entera se ha puesto de pié, como movida por un solo resorte y se inclina profundamente en un movimiento rítmico que hace recordar de nuevo las exhibiciones teatrales. Un silencio solemne domina en el recinto. Los lores con sus togas rojas, los jueces con sus pelucas blancas, los arzobispos con sus largas túnicas, las *peeresses* con todo el lujo resplandeciente de sus atavíos y de sus pedrerías, los diplomáticos en gran uniforme, brillantes de bordados y de condecoraciones: todo forma un conjunto único que impresiona fuertemente el espíritu. A eso se agrega la armonía y cadencia, puede decirse, de todos los movimientos, las reverencias clásicas de las damas o los saludos discretos de los hombres, revestidos de uniformes característicos de sus funciones. Porque es severamente prohibido el ingreso a ese sitio de personas que no invistan un carácter oficial, en una u otra esfera de las actividades públicas. Los miembros mismos de la Cámara de los Comunes solo tienen ingreso como invitados a una galería alta que hace frente al trono. Esa masa inmensa de público que ha aclamado a

los Soberanos durante el trayecto de Buckingham Palace al Parlamento, se detiene al frente de este edificio para renovar sus manifestaciones a la salida.

Decíamos que todo es tradicional y simbólico en el curso de esta ceremonia. El *Master of the Household* penetra a las bóvedas del palacio para visitar los rincones del subsuelo y persuadirse de que no ha sido ocultada allí una máquina infernal. Cuando ha podido convencerse de que las personas reales se encuentran en seguridad, regresa cerca del trono, se arrodilla ante el Soberano y le entrega el discurso de la corona.

Ese discurso no es otro que el programa de gobierno del Ministerio y refleja las ideas y sentimientos del primer Ministro y de los miembros del gabinete, documento que ha sido maduramente meditado y estudiado muchos días antes de leído. El Rey no hace sino articular sus frases y sus conclusiones. Es el programa del Gobierno pero no es el programa del Rey, porque la Constitución prohibe a este formular opiniones propias. Está obligado a pronunciar las mismas palabras que sus Ministros han redactado y convenido. Ello no obsta para que el Rey articule su discurso con recia entonación y gran pureza académica. Terminada la lectura, el monarca extiende su ma-

no izquierda a la Reina y ambos se ponen de pié para abandonar el recinto. Una nueva reverencia circular y una nueva salutación de los lores, de las duquesas, de los arzobispos ,de los magistrados, de los diplomáticos y los Soberanos abandonan la sala. Para facilitar el desfile, las personas concurrentes deben permanecer un cuarto de hora más en el recinto hasta que la comitiva real se organice, los Reyes se despojen de sus vestimentas imperiales y la dorada carroza comience entre un centenar de ayudantes y de palafreneros, el mismo desfile que se produjo para el ingreso al local del Parlamento.

A la cabeza de todo ese personal de lores, de consejeros, de ayudantes de campo, de *equerries in waiting*, *de grooms in waiting*, que acompaña al Soberano, se encuentra la figura decorativa y política del Lord Chamberlain. Es interesante anotar brevemente cual es el papel de este funcionario en la monarquía y en la política del Imperio Británico. El Lord Chamberlain es el sexto oficial (*officer*) de la Corona, o como podría decirse en español, el sexto empleado del Reino. Sus funciones aparentemente decorativas, son en el fondo de trascendencia política. Obligado por su cargo a vivir en la intimidad del Rey, se supone que debe haber ganado su voluntad y su simpatía, a pe-

sar de que no es nombrado por él y muchas veces lo es a pesar de él. Cada vez que se produce una alteración en el personal del Ministerio y especialmente del primer Ministro o una modificación en los rumbos de la política, se cambia también la persona del Lord Chamberlain, que debe salir de las filas del Gobierno imperante para servir de vínculo entre el Gobierno y el Rey. He ahí como esa figura resplandeciente, uniformada de rojo como los grandes oficiales de la corona y brillante de bordados y condecoraciones, que lleva el gran bastón (*gold stick*) delante del Rey en las ceremonias oficiales y mundanas, no solo es un cortesano, sino sobre todo un político. Hemos conocido en ese cargo al Conde Cromer, persona de gran familia, de alta educación y de exquisitas prendas de cortesano y de hombre de mundo. Pertenece a los grandes clubs aristocráticos y posee una fortuna que le permite hacer honor al nombre que lleva. Ocupa una sección de oficinas en St James' Palace, y tiene una legión de funcionarios bajo sus órdenes. El organiza las grandes líneas de las fiestas oficiales y sportivas, ya sea una *Levée* del Rey, una *Corte* en Buckingham Palace, o la concurrencia a las tribunas de honor en el Derby de Epson o en el Hipódromo de Ascott. Las disposiciones supremas

del Lord Chamberlain son comunicadas a la oficina del Ceremonial, que ocupa otra sección de St, James' Palace llamada Ambassadors Court, y se encuentra ahora dirigida por el General Sir John Hanbury Williams, amigo estrecho de la familia real y que ha desempeñado comisiones memorables ante el infortunado Czar de Rusia, sobre cuya persona ha escrito un libro ameno de recuerdos individuales. En la oficina del General existe también una serie de empleados subalternos que colaboran a la obra superior. Allí está instalado el poder ejecutivo del Lord Chamberlain. Si ha sido acordada una *Levée* por el Rey, el Lord Chamberlain lo comunica al Ceremonial, el que se encarga de enviar las invitaciones y notificaciones del caso. Si un diplomático desea conocer el traje de rigor para que los funcionarios o sus esposas concurran a una u otra ceremonia oficial, allí se encuentran los dibujos detallados de los trajes que la etiqueta de la Corte exije para presentarse en las recepciones reales. Existe un hábito, una tradición, una preocupación inveterada de que una dama que ingresa a la vida social y que tiene títulos para figurar en los altos círculos, debe ser presentada a los Reyes en alguna de las *Cortes* que estos ofrecen en la primavera, al comienzo de la *season.* Las solicitudes llegan por

millares a la oficina del Lord Chamberlain quien, después de un maduro examen de los antecedentes de las personas o de las familias, acuerda o rehusa la solicitud respectiva. Fácil es imaginar la ansiosa espectativa que precede en las familias solicitantes a la resolución del Lord Chamberlain y fácil es también comprender que una demanda es aceptada entre ciento que son implacablemente rehusadas.

Son interminables las tradiciones y anécdotas que quedan de la persona y de la época de la reina Victoria, período que abarca 64 años de la historia británica, condensando acaso el tiempo en que se ha forjado la civilización del Imperio, impulsando a la vez la cultura de las demás naciones de Europa. El reinado de Jorge III caracterizó la decadencia británica, con la pérdida de sus colonias en América (1776), a la par que el reinado de Victoria señala el período de florecimiento mayor en las industrias, en las artes y en las instituciones.

Cuéntase, a propósito de las funciones del Lord Chamberlain en la monarquía inglesa, que todas las veces en que, como consecuencia de un cambio en la dirección del Gobierno, ese personaje era retirado de sus labores para reemplazarlo por otro que correspondiera a la nueva situación política

la reina protestaba con vehemencia por ese atentado contra su autoridad, de la cual hacía uso en ocasiones con una arbitrariedad propia de su sexo. En ese punto, empero, los políticos eran inflexibles, el Lord Chamberlain debía salir de las filas o de las inspiraciones del Ministerio gobernante. Producíase el fenómeno explicable de que el Lord Chamberlain, elegido como siempre entre los hombres más cultos y sagaces de la sociedad metropolitana, ganaba en los varios años de su investidura, las simpatías y el afecto de la reina. Las crisis políticas no son frecuentes en aquél país, de modo que al cabo de algunos años, retirar a ese funcionario, que había penetrado en las confidencias e intimidades reales para dejar entrar a un extraño, acaso a un desconocido, era violento para el carácter voluntarioso de la soberana.

Esa práctica es un símbolo del sistema constitucional que rige en el Imperio británico. El Rey reina y no gobierna, pero se le acuerda la ventaja de conocer, con más o menos detalles, los negocios del Imperio. Ocasiones ha habido en que el Rey, como ocurrió en el caso de Eduardo VII, tiene ideas y procedimientos propios en política externa, hace viajes y contrae compromisos que, aunque consultados y sugeridos por el pri-

mer ministro de la corona, importan sin embargo el ejercicio práctico de la realeza. Entretanto, el precepto fundamental consiste en la división de los dos poderes, el ministerio que gobierna y el Rey que es cortesmente informado de los negocios públicos. Para dar a esta situación apariencias más decorosas, se ha creado lo que se llama el *Privy Council*, que es un comité político presidido por el Rey, en el que toma parte uno de los miembros del gabinete, una persona de la familia real y uno o dos personajes de la aristocracia británica, colocados en las proximidades de la corona. Este consejo delibera sobre promociones a pares, o a lores, y la asignación de títulos nobiliarios, de ascensos y condecoraciones. Todos estos últimos actos de la monarquía son consultados con el gabinete o con el primer ministro y contemplan necesidades políticas y aún maniobras parlamentarias.

La única ocasión en que el partido laborista de Inglaterra fué incumbido de las responsabilidades del Gobierno, es muy reciente para que sea necesario recordarla. Las dificultades de un partido que no tenía adherentes en la aristocracia hacía imposible el desenvolvimiento de ciertas prácticas y la implantación de ciertos preceptos legales. Careciendo de partidarios en la Casa de

los Lores, no había una persona que en la alta Cámara expusiera las ideas y representara las necesidades del Gobierno. Fué necesario crear Lores nuevos para el efecto; pero era más difícil crear un Lord Chamberlain. No se comprendía que del partido laborista, democrático por excelencia, saliera un hombre provisto de las cualidades mundanas que ese cargo requiere. Fué acordado entonces, por consenso de los partidos y con anuencia del Rey, que el antiguo Lord Chamberlain, que era entonces y sigue siendo actualmente, el Conde Cromer, continuara en el ejercicio de sus funciones. No tornará a producirse, en muchos años más, una dificultad de esa índole dentro de las prácticas del Gobierno británico, porque aunque siga creciendo el partido laborista y siga conquistando adeptos el ideal democrático, las costumbres del Imperio son contrarias a toda innovación que tienda a alterar las prácticas actuales como sistema de Gobierno. Este estará regido por la acción electoral del pueblo, pero el Rey, mientras su institución subsista, seguirá siendo hereditario, con sus prácticas, sus ritos nobiliarios, sus prebendas suntuosas y sus exhibiciones. Ahí está basado el orgullo característico del pueblo británico, de estar bien gobernado de acuerdo con la mayoría de la Nación y de poseer una Corte fastuosa y es-

pléndida para realzar el rol preponderante del país en las corrientes de la civilización europea.

Ninguna satisfacción más grande para una jóven debutante y para su familia. que la de ser presentada a la Corte y ello constituye algo como un título nobiliario que, por otra parte, no está exento de obligaciones. Una dama que ha sido presentada una vez a la Corte debe renovar su visita a lo menos cada dos años, formando así un vínculo de fidelidad y de sumisión a la corona.

Lo mas singular en estas recepciones de la Corte Británica, es que concurren a ellas únicamente las damas, quedando totalmente excluído el elemento masculino. La sala del trono en Buc kingham Palace se encuentra, media hora antes de la citada para la ceremonia, poblada de guardias de uniforme carmesí y cascos resplandecientes, verdaderas estátuas de inmobilidad y de corrección militar. Los Reyes penetran al recinto a la hora exacta de la invitación, o sea a las diez de la noche, en cuyo instante resuenan los acordes de la marcha real. Rodean a los Soberanos los *gold sticks*, el Lord Chamberlain y los funcionarios del ceremonial. Como elemento masculino concurren tan solo los miembros del Cuerpo Diplomático y, del lado de las damas, las esposas

e hijas de los embajadores y ministros, con los trajes que han sido comunicados por la etiqueta de la Corte y que cambian todos los años conforme a las exigencias de la moda o los caprichos de la familia real o de los funcionarios encargados de la etiqueta palaciega. En suma, figura un centenar de caballeros para presenciar el desfile de un millar de damas, singularmente satisfechas de haber obtenido el honor de ser admitidas en presencia de los Soberanos. Abren el desfile las esposas de los diplomáticos, sigue el cuerpo masculino de embajadores y ministros y cuando éste ha transcurrido, los Soberanos toman asiento en las amplias butacas del trono, y mantienen durante dos horas la misma actitud, con el mismo movimiento rítmico de la cabeza y la misma sonrisa complaciente, aunque un poco fatigada, al paso de las damas ataviadas con los trajes reglamentarios, cola de tres yardas, velo flotante y tres plumas en la cabeza, como en el distintivo heráldico del Príncipe de Gales. Cada una de las damas avanza pausadamente y al llegar al frente de los Soberanos se detiene y hace una profunda reverencia, una inclinación que es casi un arrodillamiento. La dificultad de hacer este movimiento con distinción, requiere largos ensayos previos, con el concurso de profesoras especiales. Existe

el riesgo de enredarse en la larga cola o dejar caer el ramo de flores o el abanico, o hacer con poco donaire el movimiento de los brazos. Las miradas de todos los príncipes de la casa real y de todos los personajes de la *household* están fijas en cada uno de los movimientos de las personas que han sido admitidas al desfile. A pesar de los esfuerzos del Lord Chamberlain para reducir el número de las damas admitidas a la Corte, rara vez son menos de ochocientas, lo cual requiere, dada la lentitud aparatosa de todos los movimientos y el anuncio del nombre y títulos de cada una por el referido funcionario, un espacio no menor de dos horas. En los últimos minutos, las actitudes de los Soberanos revelan una invencible fatiga, la sonrisa de los primeros momentos se torna forzada y displicente. No hay resistencia humana capaz de vencer esas resistencias del ser físico, a pesar de las reales inmunidades.

Cada una de las damas que ha desfilado frente a los Soberanos se detiene en la puerta de llegada, donde lacayos de brillante librea se ocupan exclusivamente de recoger las colas flotantes y de colocarlas al brazo de su propietaria, quien busca después un asiento para reparar su emoción. He ahí satisfecha una de las ambiciones más altas de una mujer, casada o soltera, en la

sociedad de Londres. Puede decirse que ha adquirido o ha confirmado un título poco menos que nobiliario para ser reconocida digna de figurar en las grandes reuniones mundanas. Puede aspirar con ese precedente ilustre a concurrir a la *Royal Enclosure* en el Hipódromo de Ascott y ha adquirido a la vez el derecho de ser invitada al *Garden Party* ofrecido por los Soberanos en Buckingham Palace para cerrar la temporada brillante de la *season*.

Después del prolongado desfile que hemos descrito, los diplomáticos *escoltan*, como se dice en el lenguaje convencional (*escort*) a las damas que les han sido designadas por el departamento respectivo y concurren a un *buffet* exclusivo, en el que se beben refrescos y champaña. Los Reyes habían hecho ya la reverencia circular que es de práctica y retirádose a sus departamentos. Mientras tanto las ochocientas o más damas admitidas a la Corte, se reunen en otro *buffet* donde pueden comunicarse a placer las emociones de la jornada. La velada no puede estar concluída, especialmente para las debutantes o personas admitidas por primera vez en presencia de los Soberanos, sin una visita al fotógrafo. A esa hora tardía de la noche, más o menos la una de la madrugada, las fotografías de Old Bond Street o

de Piccadilly se encuentran invadidas por las damas que han concurrido a la Corte, ya acompañadas facultativamente de los esposos que fueron excluídos de Bukingham Palace. Se hacen las fotografías que fijan y perpetúan el recuerdo de esa noche inolvidable. Años más tarde, cuando las jóvenes debutantes de hoy son *Dowager Ladies*, revisan con complacencia ese recuerdo de las primeras ilusiones.

Como es natural, la etiqueta de las Cortes ha evolucionado, lo mismo que las modas y las costumbres. Las colas que en tiempos de la Reina Victoria medían seis o siete yardas, han quedado reducidas a su mínimun actual y las tres plumas clásicas, que coronaban peinados monumentales, se limitan a adornar hoy día las cabelleras cortas, con una gracia seductora, como son seductoras las modas del día.

Las reglas a que deben sujetarse las presentaciones que hacen los diplomáticos extranjeros a los Soberanos en las Cortes y *Leveés*, se encuentran prolijamente enumeradas en un cuaderno de instrucciones, fruto de la experiencia de los funcionarios del Ceremonial, bajo la alta inspiración del Lord Chamberlain. Dichos representantes diplomáticos de países extranjeros, tienen, efectivamente, el derecho de presentar a una da-

ma o a un caballero de su país o de otro país amigo, ya sea en las Cortes o en las *Leveés* de la temporada; pero es un punto que se deja al tacto de dicho diplomático apreciar si las personas por presentarse son o nó acreedoras a esa distinción. La oficina del Lord Chamberlain tiene los elementos de información suficientes para apreciar si las personas extranjeras para quienes un agente diplomático solicita una presentación, poseen o no en su país la situación social o funcionaria que la haga digna de ese privilegio. Como norma de criterio, el cuaderno de instrucciones comunicado por la oficina del Ceremonial dice lo siguiente:

"El privilegio y el permiso de presentar al Soberano en el círculo diplomático extranjero está limitado a la presentación de personas de distinción o consideración en su respectivo país; y no se extiende a personas que en sus respectivos países no serían admitidas en las solemnidades, o ceremonias públicas".

De estas prescripciones se deriva la gran responsabilidad de los agentes diplomáticos para apreciar si las personas de su nacionalidad que solicitan ser presentadas a las Cortes o a las *Levées* cuentan con las condiciones que exige el ceremonial y que son de su mera apreciación. El Em-

bajador de los Estados Unidos en Londres se encuentra al comienzo de la *season* al frente de numerosas solicitudes de personajes y de damas de la sociedad americana, que solicitan ser presentadas a los Soberanos en las indicadas solemnidades. No sería posible aceptar ni rechazar todas las solicitudes. Tampoco puede abusarse indefinidamente de ese privilegio diplomático; es forzoso hacer una selección que lastima a la personas no incluídas en ese favor oficial.

En menor escala, esa misma dificultad se presenta para las demás legaciones extranjeras, las que tienen que ceñirse a ese criterio que le marcan las instrucciones del ceremonial. Ver si las personas solicitantes serían dignas, en su propio país, de concurrir a solemnidades de análoga naturaleza.

Las *Cortes* y *Leveés* que ofrecen los Soberanos, no son reuniones sociales de esparcimiento o de etiqueta; son verdaderas instituciones públicas que forman parte del organismo constitucional del Imperio. Es así como en el caso de un duelo de la Corte, por fallecimiento de un Soberano extranjero emparentado con la Casa Real Británica, o de una persona de dicha familia puede aplazarse o diferirse una solemnidad determinada, pero no podría ser cancelada. Las per-

sonas que han hecho gestiones ante el Lord Chamberlain para ser presentadas a los Soberanos, tienen derechos adquiridos para ese efecto y la presentación tiene que efectuarse, como si se tratara de una función administrativa propiamente dicha.

Nos ha correspondido presenciar un caso de esta naturaleza, cuando ocurrió en 1923 el fallecimiento de la princesa Christian, hermana del Rey Eduardo y tía del actual Soberano. La recepción ya invitada se postergó por unos cuatro días, pero tuvo lugar después de ese plazo. La Corte se encontraba de estricto duelo, pero ninguna persona de la familia real llevaba signos visibles de luto. El duelo se encontraba sin duda en los corazones. El único detalle que fué suprimido de las solemnidades usuales, fué el de la orquesta que ordinariamente ejecuta un programa musical durante el desfile interminable de las damas que obtuvieron el privilegio de ser presentadas a los Soberanos. En ese silencio sepulcral, en que no se escuchaba sino la voz del Lord Chamberlain al indicar los nombres y títulos de las personas invitadas, se experimentaba efectivamente la sensación de un gran duelo público y la ceremonia, que se caracteriza siempre por su monotonía, tenía esta vez las apariencias de una solemnidaa funeraria.

Entre tanto, el título estaba discernido y los derechos de las debutantes para declararse incorporadas a la alta sociedad de la metrópoli quedaba definitivamente consagrado.

El desquite del elemento masculino, es la concurrencia a las *Levées* del Rey, que se verifican unas tres o cuatro veces al año, en St. James Palace. Allí tiene que dar el Soberano una prueba mayor aun de resistencia física. Una sala especial está reservada para los diplomáticos y algunos otros funcionarios, como los arzobispos de York y de Canterbury, los generales más notorios del Ejército y algunos lores del Parlamento. Esa sala de espera tiene una grande importancia política, pues ofrece una oportunidad a los diplomáticos extranjeros para encontrarse con personalidades a las que no podrían ver fácilmente de otra manera y cuyas ideas o impresiones les es útil conocer sobre determinada materia. Los diplomáticos mismos, a pesar de que forman una corporación virtual, no se encuentran sino de tarde en tarde en reuniones sociales. La antesala de la *Levée* les sirve para comunicarse, sin ademan de citarse, para asuntos determinados. Ha dado la hora fijada y un llamado de los ujieres invita al silencio. Es que el Rey con su comitiva han en-

trado a la sala del trono. Cada una de las Embajadas y Legaciones agrupa su personal y comienza el desfile por orden de precedencia. Antes de penetrar a la sala del trono, los funcionarios del ceremonial y del *Foreign Oficce* examinen prolijamente si los uniformss de los diplomáticos que van a ser introducidos a la presencia del Rey se encuentran en armonía con los reglamentos vigentes y si las precedencias han sido rigurosamente observadas. A la primera *levée* de cada año pueden concurrir todas las personas adscritas a una Embajada o Legación, pero a las siguientes reuniones solo puede concurrir un funcionario de cada corporactón diplomática. Los mismos guardianes gigantescos y resplandecientes en sus uniformes rojo y oro, se encuentran a la entrada para organizar el desfile. Apenas ha sido pronunciado por el Lord Chamberlain el nombre del país a que cada cual representa, el Embajador o Ministro pasa al frente del Soberano, rodeado de personss de la familia real, y le hace el saludo reglamentario, al mismo tiempo que pronuncia los nombres de las personas de su séquito. Cuando el Cuerpo Diplomático ha pasado por entero, lo que importa el desfile de unas doscientas personas, comienza la recepción de los altos dignatarios del Estado, arzobispos, ministros,

de la Corona, Lores del Parlamento, generales, almirantes y centenares de oficiales de todas las armas y marinos de todas las flotas, coloniales, hindúes y africanos. El Rey permanece de pié y corresponde a cada uno la reverencia que le dirige. Mientras este interminable desfile se verifica, los diplomáticos son invitados a permanecer en la sala del trono, siempre de pié, y no queda otro recurso que recrear la vista con la contemplación de las bellezas del recinto, hermosas molduras del Renacimiento y pinturas admirables de Reynolds y Winterhaller, representando las figuras de Jorge IV, de Eduardo VII, del príncipe consorte Alberto de Saxe Coburgo Gotha. Varios siglos de historia británica desfilan también ante la memoria, al propio tiempo que desfilan los representantes actuales de la política, del ejército, de la marina gloriosa del Imperio.

Las salas vecinas se encuentran pobladas de guardias de *beef eaters* que facilitan la entrada y la salida señalando la ruta conveniente para el caso. Sin ese auxilio, sería fácil extraviarse en ese dédalo interminable de salones, siempre lujosamente ataviados, que constituyen lo que se lama St. James' Palace, uno de los sitios más dignos de ser visitados por el turista y que se se-

ñala como una de las curiosidades de la gran metrópoli.

Si es una satisfacción social y mundana para las damas el ser recibidas por la Corte en la forma reglamentaria que hemos descrito, es igualmente causa de legítima vanagloria para un hombre político o para un oficial del ejército o de la marina, asistir en las condiciones enunciadas a una de las *Levées* del Rey. El sentimiento de sumisión y de acatamiento a la monarquía se encuentra en el fondo del carácter británico. Pueden variar las opiniones políticas y pueden cambiar los matices del liberalismo o del socialismo, pero nadie se atreve a atentar contra el principio monárquico que se encuentra en la esencia misma de la nacionalidad. Lo que condensa los sentimientos políticos y forma el alma de las instituciones británicas es el principio sucesoral como base de todas las organizaciones sociales. La monarquía hereditaria sirve de precedente y de norma a todas las demás instituciones igualmente hereditarias: los títulos de la nobleza, los bancos parlamentarios en la Cámara de los Lores y en el hecho las posiciones oficiales más brillantes y representatívas. El título de miembro del *Carlton Club*, que constituye algo como un diploma de nobleza, la inscripción en las escuelas uni-

versalmente famosas de Eton y de Harrow, aparte de la facultad de ingreso a la Universidad de Oxford, están organizadas sobre una base hereditaria.

Las patentes de la nobleza influyen de manera trascendental en la suerte y en la carrera de los hombres de sociedad y fuera de los diplomas obtenidos en las grandes Universidades, son los títulos nobiliarios los que convidan a las más altas posiciones,

El sistema sucesoral contribuye en grande escala para perpetuar los privilegios de la nobleza rodeándola de las ventajas de la fortuna, cuya división y dispersión se evita por medio de la herencia en la cabeza del primogénito varón de las grandes familias. Esta ley injusta para nuestro criterio latino e igualitario, asegura la cohesión de las grandes fortunas y evita la subdivisión de la propiedad territorial.

Un soplo democrático ha traído la reforma en la organización de la Cámara de los Lores, donde pueden tener sitio, título y distinción nobiliaria aun indivíduos bajamente plebeyos, cuando han adquirido títulos de distinción en las grandes Universidades o en el Parlamento. Es una ráfaga igualitaria que ha permitido esperar que indivíduos de grandes aptitudes o de grandes opor-

tunidades, sean elevados a la dignidad de caballeros primero, de *baronets* en seguida y de Lores en último término; la distinción más alta a que puede aspirar un súbdito de Su Majestad Británica. Conocidos son los casos de Lord Balfour, de Lord Asquith y de Lord Birkenhead que han llevado a dichos ciudadanos ilustres a la Casa de los Lores. Muchos observadores han encontrado en la organización y en la índole del pueblo británico una verdadera democracia. Nosotros podríamos agregar, una democracia aristocrática. Existe, en efecto, un doble aspecto en el organismo social británico. La diferencia de clases se produce en todas las sociedades civilizadas. Pero en Inglaterra esa distinción tiene caracteres considerablemente más pronunciados, así como se encuentran a menudo las más grandes fortunas al frente de las condiciones más míseras de las clases trabajadoras. Actualmente, por efecto de factores económicos que son de todos conocidos, existe en el Reino Unido más de un millón de hombres sin trabajo. El envilecimiento de la moneda en otros países, como Francia e Italia, ha hecho más baratos los salarios y ha determinado una reducción proporcional de la mano de obra, originando los elementos de una competencia formidable a la producción británica. De ahí ha sur-

gido la falta de demanda extranjera para las fabricaciones inglesas y por ende la disminución del trabajo. Clausuradas o reducidas numerosas empresas fabriles, han quedado esos miles de obreros sin ocupación y mantenidos a costa del Labour Departament, es decir, asalariados por el tesoro británico. Esta situación determina una crisis moral a la par que una crisis económica. Los hábitos laboriosos del pueblo se corrompen y se pervierten y esas gentes hábiles y habituadas al trabajo encuentran más cómoda la prebenda fiscal de que se encuentran aprovechando.

Largo sería y extraño a la índole de estos apuntes dar mayores detalles sobre los factores de la actual crisis de la producción y del trabajo en Inglaterra. Baste dejar sentado que dentro de las condiciones de riqueza, de aptitud industrial y de iniciativa de ese gran Imperio, existen dolencias penosas que se manifiestan con síntomas de profunda enfermedad social.

Como medio de defensa contra la crisis de los desocupados, el Gobierno Británico ha recurrido a un arbitrio que se encuentra en oposición a los principios tradicionales del Imperio. Es la restricción de la inmigración, a fin de evitar que los elementos extranjeros, habituados a los salarios baratos, empeñen una competencia ruino-

sa contra los obreros británicos. Las medidas de este orden han llegado a las más extremas restricciones. Un extranjero que puede penetrar, a pesar de las trabas reglamentarias, al territorio británico, solo puede residir en él por el espacio de seis meses, después de cuyo término debe salir del país, aun cuando viva de sus rentas, aun cuando posea eficaces recomendaciones. El año último culminó esta crisis con la expulsión de Londres de algunos centenares de cocineros y mozos de hotel, de nacionalidad francesa o italiana. Los gerentes de hoteles y restaurants empeñaron todos los esfuerzos posibles para evitar que se les privara de ese trabajo competente y exclusivo, aunque sin ningún resultado. Lo más que obtuvieron fué que se les permitiera, conforme a la ley común, mantener por los antedichos seis meses a esos empleados, para cambiarlos después por otros. Es notorio que los obreros británicos, muy competentes para la mecánica y para las artes industriales, carecen de aptitudes para dirigir una cocina o para servir en un restaurant. Sin embargo, ante la formal prohibición de la ley escrita y ante la determinación decidida del Gobierno para ejecutarla, no queda sino el recurso de comenzar, sin probabilidades de éxito, un aprendizaje pa-

ra el cual los obreros ingleses no han revelado jamás aptitudes recomendables.

Por otra parte, el consumidor inglés es poco exigente. La gran parte de la clientela de los hoteles y restaurants es netamente británica, así como en Francia e Italia es inglesa o americana; en general, extranjera. Siendo eso así, los clientes ingleses se avienen a la cocina tradicional de su país, que no exige ningún refinamiento del arte. El inglés come para alimentarse, así como el francés o el italiano comen para satisfacer uno de los placeres del cuerpo y del espíritu. Se comprende con tal antecedente que la cocina sea una rama principal de las artes y del progreso social.

Londres continúa siendo el centro financiero de los negocios y la metrópoli del comercio y de la industria. La City atrae irresistiblemente a los hombres de negocios del mundo entero, pero no atrae la capital británica a los turistas y gentes que viajan por placer. Aquellos pueden privarse y se privarán de los placeres de la mesa, durante las rápidas residencias que están obligados a hacer en Londres, mientras que los turistas y desocupados buscan otras orientaciones para sus viajes. Londres ha sido antes, pero ha dejado de ser, un centro de turismo, para convertirse en la metrópoli de las especulaciones sin atractivos

especiales para los varios millones de hombres y mujeres que abandonan cada año su residencia habitual para buscar las emociones de lo desconocido en las grandes capitales de Europa.

Diferentes rasgos peculiares caracterizan la índole británica. Un buen inglés es sobrio de palabras, fiel en sus tratos, consecuente en sus deberes, puntual en sus citas y asíduo en el cumplimiento de sus compromisos. Pero no más allá. Un inglés de buena raza no hace sino aquello a que le obligan sus reglamentos o sus compromisos; es esclavo de la división del trabajo. Dada la aptitud que también le distingue para la industria y el comercio, un inglés que sea capaz de hacer más que lo que le fijan sus obligaciones propias tendrá que sobresalir y hacer fortuna. Son los casos excepcionales en la vida de los ncgocios y aun de la política.

Por encima de estas cualidades de puntualidad y de exactitud para el cumplimiento de sus deberes, existe un gran atractivo y una gran pasión en el temperamento británico. Es la pasión del *sport*. Será vano que pretendamos traducir esa palabra con neologismos de pálida e incompleta significación. El *sport* es únicamente inglés porque es una pasión, un hábito, una seducción esencialmente británica. Marca los rumbos de la

deucación pública y señala la frontera de los deberes comerciales. Los deberes y los compromisos cesan allí donde comienza el culto al *sport*. Este término genérico abarca muchas ramas de la actividad atlética. Comprende los ejercicios hípicos, los juegos corporales, los torneos musculares de destreza y de fuerza. Abarca todo cuanto en el órden físico puede desenvolverse y realizarse al aire libre, *outdoor*, como se dice en su propio lenguaje. La educación británica está basada primordialmente en la educación física. Antes de que un alumno de la escuela primaria conozca las letras del alfabeto, sabrá seguramente los rudimentos del *tennis* o del *football*. Los premios más altos y más codiciados de las escuelas y de las universidades, son los que son ganados por alguno de esos ejercicios físicos, que denota la fuerza corporal y la serenidad del espíritu. El cultivo de las letras y de las ciencias vendrá después, cuando el jóven haya demostrado suficientemente ser físicamente fuerte. *Mens sana in corpore sano*. Un *Meeting* en Hyde Park es imponente por sus proporciones cuando está determinado por razones de órden social; pero es una pálida manifestación colectiva si se le compara con las grandes funciones sportivas. Parece inverosímil que en las finales de Wimbledon concurran cien mil perso-

nas y que al *Derby* de Epson asista un millón de espectadores Quien ha visitado Londres y ha asistido a un *meeting* laborista, a una apertura del Parlamento o a una función de gala en Covent Garden, puede decir que ha conocido bajo diferentes aspectos las manifestaciones colectivas de la actividad británica. Pero todo eso es pálido y sin vida al frente de una función sportiva, como las carreras de Ascott o los *matchs* sensacionales que se verifican en Wimbledon, en Roehampton en Lords entre las escuelas de Eton y de Harrow, o las regatas de Henley. Allí se refleja el verdadero temperamento británico, se muestra la índole de la raza y se exhibe un aspecto del carácter nacional que no ha variado a través de los siglos. Donde quiera que un inglés planta su tienda, ya sea en la India o en las Antillas, implantará también sus prácticas sportivas, sin las cuales no comprende la humana existencia. Ancianos hay, muchos que se aproximan a la ochentena, que si no juegan materialmente el *golf* o el *tennis*, muestran la pasión de ese juego y no faltan a los grandes desafíos interescolares o internacionales. Ahí está Lord Balfour siguiendo con ojo de entendido las peripecias de un *match* de *tennis* en Wimbledon y puede decirse que una gran mayoría de los Lo-

res en ejercicio son jugadores apasionados de *golf*, el *sport* de la edad madura.

La pasión del *sport* es esencialmente comunicativa y así se comprende que los ingleses hayan propagado su afición favorita por todos los ángulos del mundo civilizado, implantando no solo el tecnicismo de sus prácticas, sino su peculiar nomenclatura y el entusiasmo desenfrenado que provocan.

Los ingleses han tratado de conservar la pureza de sus prácticas *sportivas*, evitando que se adulteren con el ejercicio legal de las apuestas y del juego. En todas partes se ha tratado de explotar las carreras de caballos y las apuestas que provocan reglamentando el juego y haciéndolo servir para fines de especulación fiscal o de beneficencia. En Inglaterra la institución de las carreras ha quedado exenta de esas impurezas. Puede cada cual apostar según sus cálculos o preferencias, pero no con la sanción legal. Acaso es un cálculo errado, pero no importa, dadas las consideraciones de la moral británica. El juego es inmoral, luego debe ser prohibido, aunque pudiera servir para fines de beneficencia y para proteger los intereses de las gentes de buena fé, que apuestan por medio de *bookmakers*, pero que son defraudadas por esa raza de especuladores sin con-

ciencia. El que juega contraviene a la ley, de modo que está condenado a sufrir las consecuencias.

Un hombre de mundo, un verdadero *clubman* de Londres, debe saber donde hay que ir en determinados días del año, a qué fiestas es aristocrático concurrir y en qué traje riguroso y obligatorio. Hay solemnidades públicas que no están cerradas para nadie y que sin embargo son herméticamente exclusivas. Para concurrir a la *Royal Enclosure* en las carreras de Ascott es claro que se necesita una tarjeta de introducción y un traje reglamentario; pero la *Church Parade* de *Hyde Park* no está cerrada para nadie y sin embargo asiste a ella tan solo una élite aristocrática y mundana. Sabido es que, a pesar de la pasión proverbial de los ingleses por las carreras de caballos, esos espectáculos no se verifican jamás en día domingo. Ese día está consagrado a las plegarias religiosas. Pues bien, la *Church Parade* tiene lugar el domingo inmediatamente posterior a la gran semana de Ascott. Sin duda se llama así porque tiene lugar a la hora en que todo buen inglés sale del templo después de haber cumplido su deber cristiano. El paseo tiene lugar en un sitio determinado de Hyde Park y consiste en un rápido desfile de hombres y de damas, vestidos tan elegantemente como les es posible y con arreglo

a los preceptos de la moda londinense, que tiene peculiaridades características. Sería un desacato que un hombre bien nacido se presentara en la *Church Parade*, si no en *morning coat* y con sombrero de copa. Por mucho que este atavío, obligatorio para la etiqueta británica, haya perdido sus prestigios en todos los demás países, en Londres es de un rigor ineludible y no se concebiría que un caballero digno de ese título se presentara de otra manera en las carreras de Ascott, o en el match interescolar de Lords, o en la *Church Parade* de Hyde Park.

En medio de la invasión de las costumbres democráticas en los grandes centros y del decaimiento de la etiqueta masculina aun en fiestas sociales que fueron ceremoniosas en otros tiempos hace agradable impresión este formulismo inglés en la sociedad de Londres, que mantiene el prestigio tradicional de la elegancia masculina, como atributo casi exclusivo de la gran metrópoli. Dura todavía y se ha perpetuado la influencia de la casa real de Windsor en la elegancia masculina, de que dió ejemplos tradicionales el Rey Eduardo, verdadero *gentleman* y hombre de mundo, modelo clásico de las buenas maneras y del impecable vestir.

Dentro de esas condiciones peculiares que

hemos reconocido a la colectividad británica de fidelidad a la Corona, de respeto a las leyes, de profundo apego a sus tradiciones, debería pensarse que es un pueblo disciplinado y por lo tanto fácilmente gobernable. Ocurre precisamente lo contrario. Es el país donde se presentan los problemas sociales más arduos y en que es más irreductible la resistencia a las innovaciones. El sindicalismo, las *Trade Unions*, todas esas corporaciones obreras de propaganda y de acción constituyen obstáculos pavorosos para los hombres de gobierno. Al amparo de las libertades públicas que otorga la ley, se producen con toda frecuencia en Hyde Park y en otros sitios centrales de Londres, *meetings* tumultuosos en que se predica la revolución social. Todos esos desbordes podrían ser reprimidos, pero a trueque de escándalos y de violencias. La autoridad prefiere dejar hacer y dejar hablar, siempre que no sean atropellados los derechos de terceros. Entonces la policía interviene con toda la severidad de que es capaz y con todo el vigor de sus hombres atléticos.

Las multitudes de Londres no son como las de cualquiera otra gran capital. Son multitudes de una densidad, de una persistencia, de una capacidad de sufrir las intemperies que no encuentran en otras partes casos comparables. No solo

en Londres, sino en ciudades de Escocia, considerablemente más inclementes, se producen esas aglomeraciones sediciosas, que desafían todos los elementos a fin de dejar vibrar sus reivindicaciones.

Todos recuerdan la persistencia indomable con que Irlanda reclamó y obtuvo su autonomía y la intensidad de la campaña sufragista que ha acabado por hacer triunfar sus reclamaciones. El pueblo británico es disciplinado, posee lo que allí se llama el *self control*, pero tiene desbordes incontenibles, que hacen meditar y vacilar a los hombres de gobierno ante el poder formidable del espíritu de asociación y la intensidad incomparable con que plantea y defiende sus intereses.

Uno de los problemas más inquietantes de la política europea ha sido, desde los orígenes de la actual civilización, el problema irlandés. Ese pueblo altivo e indómito, dotado de condiciones singulares de energía, de persistencia y de valor moral, ha pretendido en todo tiempo el derecho de gobernarse a sí mismo y no ser colonia sujeta a la tiranía de la isla vecina, autoritaria y absorbente. De ahí surgió la lucha secular e incesante entre Erin y Albion, el pueblo oprimido y el poder opresor.

Tradicionalmente hemos oído hablar del

Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda; esa supuesta unión no era sino una palabra. Era la opresión del uno sobre la debilidad material del otro, por grandes que fueran la energía moral de este último y su estupenda fortaleza de ánimo. En las penumbras de la historia, divisamos la Irlanda invadida por la primera expedición anglonormanda en 1169 y subyugada por ella. Los irlandeses eran celtas y heredaron las energías indomables de su raza. Lucharon sin tregua para arrojar a los ingleses de su suelo, siendo a la postre dominados, sometidos por los Tudors primero y por los Estuardos y por Cromwell en seguida.

Durante todo el siglo XIX se mantuvo la lucha incesante de Irlanda contra Inglaterra, con alternativas más o menos sangrientas. Todavía en los veinte primeros años del siglo actual, la rebelión se mantuvo, tenaz e implacable, al frente de las represiones feroces de la madre patria. En los momentos de estallar la guerra europea, dos grandes insurrecciones ponían en peligro la estabilidad del Imperio; la campaña sufragista de las mujeres, ávidas hasta el fanatismo por obtener derechos políticos y la eterna insurrección irlandesa.

Finalmante, y después de la contemplación serena de los acontecimientos y del *debe* y *haber* de los elementos y de las probabilidades, el go-

bierno británico adquiere la conciencia plena de su incapacidad para dominar una rebelión que había dado durante ocho siglos muestra de su pertinacia y de su espíritu de sacrificio. El 6 de junio de 1921 el primer ministro de la corona británica Mr. Lloyd George dirigió una carta pública a los *leaders* de la rebelión Mr. de Valera por los irlandeses del sud y J. Craig por los seis condados del noroeste del Ulster, invitándoles para concurrir a una conferencia en Downing Street, para tratar de potencia a potencia sobre las condiciones de la autonomía de Erin.

Ya la *Dail* de Dublin había declarado la independencia de Irlanda el 21 de enero de 1919. Los ingleses, según esa proclamación, no son en la verde Erin, sino extranjeros sin derechos, verdaderos opresores; tienen que abandonar el campo. No había ya cuestión de Irlanda, sino de la ocupación ilegal y de la evacuación necesaria de la isla por los ingleses.

Después de múltiples conferencias y de todas las alternativas de una lucha de colosos, los irlandeses se ven obligados a abandonar sus reivindicaciones teóricas y se allanan a suscribír el pacto de transacción en la noche del 5 al 6 de setiembre de 1921. Conquistaban la indepen-

dencia y la autonomía política, pero quedaban aprisionados en un compromiso de lealtad y de sumisión a la corona británica.

Desde ese instante, parece abandonada para siempre la quimera de la república irlandesa en cambio de la realidad tangible de un estado libre, un *Saorstat*, como dicen ellos mismos en su dialecto gaélico.

A pesar de esta solución, que aparentemente resolvía el problema secular de la rebelión irlandesa contra el poder de la corona británica, quedaban en pié otras múltiples cuestiones subsidiarias; límites del Ulster, intransigencia republicana, fanatismo extremista, bandidaje que quedó de las épocas sombrías del terrorismo. Mucho distan todavía las condiciones de la paz irlandesa del ideal soñado por los *leaders* políticos de la verde Erin. ¡Manes de O' Connell, de Parnell, de Griffith, todavía de Mac Sweeny, el famoso alcalde de Cork! La causa santa, la cruzada de apóstoles, convertida a la postre en bandidaje sin freno, en exhibición de bajas pasiones de vandalismo y de destrucción. Los sucesos del 28 de junio de 1923 pasman y asombran una vez más al mundo. Esa semana de rebelión costó 65 muertos y 270 heridos en las calles de Dublin.

Inglaterra por su parte, puede decir ya,

como en otro tiempo Lord Palmerston, que los irlandeses se arreglen como puedan dentro de su isla y se ha limitado a ejecutar puntualmente las cláusulas del tratado; amnistía general, retiro de las guarniciones inglesas, que habían custodiado allí durante siete siglos los privilegios de la corona. Lo que era antes lucha entre los irlandeses y el Rey de Inglaterra por la libertad o por la república, se ha convertido ahora en querella de irlandeses contra irlandeses entre sí o entre ellos y el Ulster disidente. Pero la paz social, la paz definitiva, se ve todavía lejana.

Sería vano y sobre todo estéril buscar las causas o las explicaciones etnológicas de este fenómeno singular, de esta condición nativa de la educación o de la raza, que impulsa a ese pueblo inteligente y vivaz, a todos los extremos de la violencia. Comparado un inglés de la otra isla con un hijo de la verde Erin, se encuentra divergencias capitales, a pesar de la analogía aparente de su complexión o de sus accidentes externos. Reconcentrado y calculador aquél, dueño de sí mismo, hace contraste con este último, dominado por todos los arrebatos tumultuosos de la pasión.

El estado libre de Irlanda, dirigido ahora por el presidente Cosgrave, ha votado una constitución democrática, después de organizar en con-

formidad con sus principios políticos el Senado y la Cámara de Representantes. Nada falta para que ese cuerpo social y político se mueva sobre los resortes de la legalidad y la paz. Votada la autonomía, reconocido por naciones extranjeras el estado libre de Irlanda, posee representaciones propias en la Liga de las Naciones y agentes diplomáticos en los Estados Unidos y el Dominio del Canadá. (1)

---

(1). En los *White Papers* que publica el Foreign Office, *(United States, 2)* de 1924 figura el texto de una comunicación dirigida con fecha 24 de junio de 1924 por el Embajador Británico en Washington, Sir Esme Howard, al Departamento de Estado, en la que se encuentran los siguientes conceptos:

"El Gobierno de Su Majestad ha llegado al convencimiento de que es conveniente que el manejo de las cuestiones que afectan exclusivamente al Estado Libre de Irlanda, sea efectuado por un Ministro Plenipotenciario, que se presentaría con credenciales de Su Majestad. El será el vehículo de comunicación del Estado Libre de Irlanda con el Gobierno de los Estados Unidos en lo referente a esas cuestiones. Los asuntos que tienen relación con el Imperio y afectan intereses de otros dominios, continuarán a cargo de la Embajada. Esta reforma propuesta por el Gobierno de Su Majestad no importa ninguna modificación del principio de la unidad diplomática del Imperio".

El Secretario de Estado americano, Mr. Charles E. Hughes, respondió con fecha 28 de junio de 1924 lo siguiente;

Sin embargo, la paz social está lejos de ser una realidad. El nuevo gobierno, en su calidad de tal, posee la misma entereza y la misma ferocidad que cuando desempeñaba el papel de insurgente. Los revolucionarios, los violentos, los que practican el vandalismo y el asalto a mano armada, son implacablemente fusilados. A nadie impresiona el número de los cadalsos y de las víctimas. En nombre del *salux populi* se ejerce de manera inflexible la venganza de la ley.

Y sin embargo, esa verde Erin así agitada por las pasiones tumultuosas, es el rebaño manso del credo católico, la tierra en que nacieron doctores de la Iglesia, mártires de la fé y santos numerosos canonizados por su piedad y sus virtudes. Esos contrastes de la raza impresionan el espíritu del observador, que tiene que contemplar y reconocer los hechos, en vez de perderse en inducciones para explicarlos.

Al lado de estos conflictos domésticos, existen los grandes problemas coloniales, que sacuden frecuentemente los cimientos mismos de su

---

"Tengo el honor y el placer de informar a V. E. que el Presidente, siempre deseoso de satisfacer los deseos del Gobierno de Su Majestad, tendrá mucho gusto de aceptar un Ministro Plenipotenciario debídamente acreditado del Estado Libre de Irlanda, en las condiciones que V. E. indica".

poder político en los continentes del Asia y del Africa, que parecen oscurecer con nubes de tormenta todo el esplendor de sus adelantos materiales.

Quien quiera que visita la Corte británica tendrá que contemplar con extrañeza la parte preferente que se da en las ceremonias oficiales y mundanas a los jefes y caudillos de los distritos de la India Asiática.

Personajes de tez cobriza y turbantes multicolores, figuran en las Cortes y *Levées* al lado de los miembros de la familia real. Llevan sobre sus túnicas de seda los preciados diamantes de Golconda y las perlas del Indostán. No parecen muy seguros del papel complaciente que se les hace jugar en esas ceremonias. Se ve que preferirían disponer de su libertad para buscar distracciones propias de su gusto oriental. Pero tienen que desempeñar su rol representativo de fidelidad del Imperio de la India, cuatro veces más grande que su metrópoli. Junto con ellos aparecen las damas de ojos negros y largas cabelleras de ébano, luciendo los trajes nativos, de túnicas flotantes y joyas resplandecientes. Joyas en todas partes, en sus personas, en sus vestidos, incrustadas en sus mejillas o en sus brazos desnudos, verdaderas constelaciones de diamantes y de rubíes. Esos súbdi-

tos del Emperador y Rey, no son, como parece, sumisos y fieles a la autoridad y al cetro británico. El fermento de la revolución se encuentra en su cerebro y en el alma de sus multitudes. Día llegará en que la sublevación asuma los caracteres y las proporciones de una verdadera catástrofe y entonces, llegada la hora de las concesiones. acaso será tarde para que revistan la eficacia que han tenido en Irlanda.

En ese centro de población que se llama Londres se agitan, pues, los problemas y los conflictos más árduos que conoce la civilización europea y en ese pequeño trayecto que separa Whitehall de Downing Street se manejan los intereses del más vasto imperio de la tierra, que tiene conexiones con la mitad del planeta que habitamos.

Cuando los jóvenes de Eton salen de las aulas jugando *cricket* conforme al rito británico, van a Oxford a estudiar la estructura del imperio y sus hondas dolencias sociales. Después de las frivolidades de la adolescencia, irán allí a contemplar de cerca los problemas de la vida. La juventud comienza tarde en Inglaterra, casi en la edad que aquí calificamos de madura y en la que se saborean ya entre nosotros las decepciones. Esa adolescencia prolongada ha durado en su inconsciencia tanto como la juventud entera en

nuestros países meridionales. Pero esa juventud tardía, es seguramente mas vigorosa y más intensa, mejor dotada que la nuestra para las luchas de la vida. Muchos hombres, apenas salidos de Oxford, han ingresado plenamente a las más altas situaciones del Imperio. Los oscuros jugadores de *Foot-ball* en Roehampton o los remadores en Henley, se convierten a menudo en los pares del Reino y en los ministros omnipotentes de la Corona.

Oxford es una pequeña ciudad de Inglaterra, apenas con unos 45,000 habitantes, que condensa, sin embargo, las más nobles tradiciones de su pasado y del desarrollo intelectual del Imperio. En esa ciudad de las más bellas y pintorescas perspectivas, se halla instalada la célebre universidad, acaso la más famosa del mundo entero. Domina en todo ese conjunto de edificios el estilo gótico, acusando los orígenes remotos de esa población universitaria. Todas las actividades de la ciudad están dedicadas a esa institución educativa, de donde surgen las más grandes eminencias del Imperio. Es una especie de almácigo, donde se cultivan las aptitudes oratorias y administrativas de la Gran Bretaña. Es un regalo para el turista la visita de esos parajes en los que se halla cristalizada la tradición de tiempos lejanos y el

desarrollo gradual de una Universidad que condensa la actividad intelectual de muchos siglos. Toda piedra y todo muro de la vieja población pertenecen a siglos remotos, a épocas lejanas, próximas a la Edad Media, con todo el atavío característico de las construcciones de ese tiempo. Los monumentos, las flechas, los obeliscos forman un conjunto que recordaría los estilos musulmanes si no fuera tan característica su fisonomía gótica, de neta estructura sajona.

La Universidad no es un monumento único, sino una serie de edificios dedicados a diferentes actividades docentes. En el siglo XII la universidad de Oxford era ya famosa por su instituto de teología. Sabido es que los religiosos fueron en cierta manera los fundadores de la educación académica y que antes que las artes y las letras se dedicó la enseñanza a las ciencias teológicas. Las guerras religiosas y las divisiones políticas de los siglos siguientes, produjeron grandes conmociones en la existencia universitaria, pero la institución conservaba su prestigio y su nombradía y sobrevivió a todas las crisis sociales y políticas.

La Universidad, en tanto que institución pública, está formada por un personal numeroso e ilustre. A la cabeza de ese gremio se encuentra el *Chancellor* que es elegido por vida y que

es el título más codiciado en las corporaciones letradas del Imperio. Luego viene la población inmensa de los profesores y de los estudiantes. A aquellos incumbe la misión de designar, en caso de vacancia, al *Chancellor* de la Universidad y forman una corporación de más o menos un millar de indivíduos, preparados en todos los ramos del saber humano.

La Universidad propiamente dicha, forma un grupo de construcciones en el que se distingue una biblioteca famosa, no solo por sus colecciones antiguas de impresos y de manuscritos, sino por la galería de cuadros que se encuentra anexa a sus instalaciones. Las revoluciones que conmovieron el continente en las proximidades del siglo XVI llevaron a las islas británicas un gran número de telas del Renacimiento italiano y de las escuelas flamencas y es por ello que se encuentra en Inglaterra un caudal tan vasto y precioso de pinturas primorosas de todas las escuelas de esa época.

Bajo la égida de esa región central de la Universidad, se encuentran los diferentes colegios que forman algo como una federación estudiosa, de donde irradian las luces a todos los ámbitos del país. Ahí están *All Souls College*, *Balliol College*, fundado en 1263 y frente a sus edificios fueron

quemados en el siglo XVI Ridley, Latimer y Cranmer, los obispos reformistas que perecieron víctimas del fanatismo de esa época tormentosa.

Sería largo enumerar los otros colegios que sucesivamente, en el transcurso de los años, han venido enriqueciendo el prestigio y la nombradía de la Universidad.

No son institutos públicos, a los que tiene acceso toda clase de personas; son establecimientos exclusivos de la alta clase social, donde llegan las personas inscritas desde su nacimiento por padres educados a su vez en los colegios famosos. Generalmente llegan a Oxford los estudiantes que salen del colegio de Eton, dedicado también a la educación de las clases nobles y distinguidas. De ahí resulta un grande y singular privilegio haber frecuentado los colegios de Oxford porque se encuentran congregados en ellos individuos surgidos de las clases más eminentes de la sociedad y de los círculos intelectuales y políticos.

Ya hemos visto de como la educación inglesa, especialmente la de las altas clases sociales, comienza prácticamente en la edad en que después de un período de desarrollo físico se encuentran habilitados los alumnos para los estudios durables y profesionales. Este sistema obedece a

un examen prolijo de las aptitudes de la niñez, incapaz, antes de los catorce años, de asimilar y retener estudios profundos de ciencias y de letras. Aun pasada esa edad, los programas de la enseñanza comprenden rudimentos generales y solo tienden a profundizar los estudios de una determinada carrera literaria o científica. Así se comprende como un graduado de Oxford es generalmente ignorante en la historia y en la geografía de otras naciones y se encuentra instruído tan solo en aquellas materias que forman la esencia de su capacidad profesional. Este rasgo puede decirse que es general en las aptitudes británicas. Carecen allí de la capacidad de generalización. Tienden a concentrar su actividad intelectual en determinada línea de conocimientos y de estudios, de donde resulta que un estudiante inglés es muy competente en cierta materia, pero carece de versación general. Esta observación trasciende a todas las esferas de actividad social. Un obrero es experto en un oficio determinado, pero no podría pasar de una a otra actividad, sin defraudar sus propias espectativas.

El fenómeno descollante que se ha producido en el órden social, como efecto de los acontecimientos de la guerra europea, ha sido la exacerbación del sentimiento nacionalista, no solo

en los países que fueron actores en ese duelo gigantesco, sino en todas las demás comarcas del mundo civilizado. Hasta aquella época, una de las manifestaciones del liberalismo como doctrina y como norma de política, fué la inmigración libre, la acogida amplia a todos los elementos sanos o útiles de todos los países, la recepción sin restricciones de extranjeros en las fábricas, en las universidades, en las empresas comerciales e industriales. La guerra demostró con elocuencia abrumadora que esos excesos de hospitalidad crearon peligros y males de grave consecuencia. Se ha producido un movimiento opuesto al que dominaba antes de la guerra. Hoy día cada país se gobierna con sus propios elementos y permite o rehusa la entrada de extranjeros según su peculiar criterio o con arreglo a una legislación que ha dictado después de aquellos acontecimientos.

En esta evolución visible está envuelto el problema arduo de la nacionalidad. Se puede, en efecto, burlar todas las previsiones legales por medio de esa maniobra de la nacionalización, que casi en todos los países se facilita mediante procedimientos perfectamente simples y de rápida tramitación. Por ese medio, no hay ley nacionalista que subsista. Los elementos extranjeros, aun

los más perniciosos, tienen la puerta abierta de la ciudadanía.

Haría falta, para definir y prevenir esta situación, hacer en nuestras leyes y en nuestras prácticas la distinción entre nacionalidad y ciudadanía La primera tiene deberes y derechos y no puede surgir sino de hechos realmente producidos. Según nuestro código fundamental, es boliviano de nacimiento el que nace en territorio boliviano, o el hijo de boliviano nacido en el extranjero en condiciones determinadas. Práctica consagración del principio de *jus soli* en la legislación positiva. La ciudadanía puede adquirirse, sin que imprima carácter, sin que trasmita la índole nacional, que se obtiene con el nacimiento, con la educación, con el conjunto de sentimientos y de afectos que forman eso que se llama nacionalidad y que no podría forjarse por ninguna ficción administrativa. En buena hora, que vengan elementos extranjeros que nos traigan sus luces, su destreza industrial, su práctica fabril, todo lo que condensa el progreso y el adelanto de otros países. Pero esos elementos no deben hacernos desviar del concepto que tenemos de la nacionalidad, que no se adquiere, que no se suplanta, que es un sentimiento y una cualidad nativa que

ni siquiera una residencia prolongada y afectos intensos pueden crear artificialmente.

Se puede renunciar a la ciudadanía: puede perderse ese título en virtud de hechos o de circunstancias que la Constitución determina, pero no puede renunciarse ni perderse la nacionalidad, que es inherente al ser humano, en la relación natural y jurídica del hombre con el suelo en que ha nacido.

Esta larga digresión tiende a establecer la justicia de la tendencia nacionalista que ha venido como consecuencia de la guerra mundial y que responde a los sentimientos más respetables de la sociedad, para mantener la unidad, la pureza, el vigor de la nacionalidad y los medios de su defensa.

No es preciso recordar las dificultades prácticas que creó, durante la guerra mundial, la existencia de extensas colectividades del país enemigo en algunas de las potencias beligerantes. No está aun liquidada esa situación en lo que respecta a los negocios e intereses de dichas agrupaciones. Pero los gobiernos se esfuerzan en armonizar los intereses económicos de cada país con las precauciones inmigratorias al frente de la salud pública, de la tranquilidad social y de la defensa exterior en caso de guerra o de conflicto.

A este mismo movimiento de opinión obedece la política exclusiva y excluyente de la Gran Bretaña con relación a los elementos extranjeros. El ideal que persigue en la práctica, es vivir con sus propios elementos regnícolas, tolerando extranjeros como factores de tránsito, sin facultad para establecerse fijamente en el suelo británico. No podría Francia proceder con análoga política, porque su población es insuficiente para el trabajo que requiere y para la producción que le impone la demanda creciente del extranjero. Los dos o tres millones de extranjeros que residen en Francia son necesarios para el desarrollo de su actividad fabril o industrial y solo ejerce su actividad excluyente con relación a los elementos de la propaganda comunista que preferentemente le envían los centros gubernativos de Rusia o revolucionarios de Italia y de España. En general, una nueva doctrina ha surgido como efecto de los acontecimientos que hemos recordado; la libertad de cada país de aceptar o rechazar los elementos inmigratorios de otras naciones.

El conjunto de monumentos que se encuentra al pasar el puente de Westminster, es seguramente el más interesante de Londres, no solo por su mérito arquitéctonico y por los recuerdos históricos que evoca, sino porque ahí, en ese re-

cinto, se desenvuelven las actividades más fecundas de la intelectualidad británica. Las casas del Parlamento ocupan el sitio que fué en otra época el Palacio de Westminster y su reedificación con el destino actual solo data del año 1840, como consecuencia del incendio que destruyó el palacio en 1834. Allí mismo se encuentra la célebre Abadía de Westminster y la catedral católica del mismo nombre. Sería difícil encontrar en otra gran capital europea y en un solo recinto un conjunto de monumentos de tan singular magnificencia. La Abadía de Westminster, celebrada y visitada preferentemente por los turistas, concentra, puede decirse, junto con la torre de Londres, los recuerdos más lejanos de la metrópoli y las fases más dramáticas de su historia.

La Abadía de Westminster, más que un templo anglicano, es un cementerio en que se glorifica la memoria de los hombres ilustres. En sus vastas capillas adyacentes se encuentran sepultados los hombres que han sobresalido en la literatura y en la política. En la capilla de Enrique VII, que concentra los recuerdos de arte más primorosos del siglo XV, existe una estátua de ese monarca, obra maestra del Renacimiento italiano. Hay una sección especial dedicada a la

glorificación de los poetas y allí se conservan bustos y monumentos de variado mérito artístico. En ese sitio denominado *Poets Corner* se encuentran sepultados Chaucer, Spencer, Dryden, Addison, Campbell, Sheridan, Johnson, Macaulay, Dickens, Tennyson y otros más, lumbreras de la literatura y del arte.

El efecto que produce, entretanto, una visita a la Abadía de Westminster es de una evocación del pasado, de una meditación filosófica sobre la vanidad de las cosas de este mundo; en suma, un intenso sentimiento religioso. En ese recinto se celebran todas las solemnidades en que es de práctica invocar la ayuda del Altísismo para los actos y los hechos de los hombres. Para concretarnos a la época de estos recuerdos, allí se celebró el matrimonio del Duque de York y allí también tuvieron lugar los funerales de dos hombres ilustres: Mr. Bonar Law y el Marqués de Curzon.

Aunque no puede existir analogía entre esas dos ceremonias, hay el punto de contacto de su índole religiosa y de la celebración de los mismos ritos de la Iglesia anglicana. La belleza de ese recinto, la sillería primorosamente tallada, en que están distribuídos los asientos de honor y el esplendor con que se celebran los ritos re-

ligiosos, dejan una impresión durable en el espíritu. La presencia en casos semejantes, de las personalidades más ilustres y representativas del Imperio, el lujo vistoso de los uniformes, la armonía de los cantos religiosos y de las músicas sagradas, prestan a esos espectáculos un esplendor que no podría ser igualado en ninguna de las capitales del orbe. Queda aún, como recuerdo de sucesos inolvidables de la historia, el *hall* de Westminster que formó parte del antiguo palacio, y en cuyo recinto fué condenado Carlos I, y Cromwell saludado como Lord Protector. Allí también se realizaba, antes de esa época, la coronación de los reyes de Inglaterra. Asímismo se conserva hoy día, con su vieja estructura de la Edad Media y sirve de vestíbulo para las casas del Parlamento.

En vista de ese conjunto de títulos y recuerdos, parece natural detenerse en ese recinto de evocación histórica.

Es fama que la índole británica es reservada y recóndita. Sin embargo, suele ser colectivamente comunicativa. En ningún otro país se advierte más clara y elocuentemente las simpatías o las aversiones populares. En torno de tumbas ilustres, hemos visto reflejarse los sentimientos de la multitud y en ese propio recinto de la Abadia

de Westminster, hemos presenciado glorificaciones populares, al mismo tiempo que esa condenación tácita que importan la abstención y el silencio. Con pocos meses de distancia fallecieron en Londres dos hombres singularmente representativos, Mr. Bonar Law. que organizó la oposición que debía derribar el Ministerio férreamente asentado de Lloyd George, y el Marqués de Curzon, que fué Secretario de Estado de Relaciones Exteriores y poseía títulos nobiliarios y políticos que habrían podido conducirlo a aquella misma alta situación del Estado. Bonar Law tenía el respeto y el afecto del pueblo, por sus servicios, por su benevolencia, por su modestia, haciendo contraste con la altanería de Lord Curzon, que le alejaba las simpatías populares. Esos sentimientos contradictorios se reflejaban en los honores fúnebres celebrados en la Abadía de Westminster. El servicio religioso de Bonar Law tuvo el concurso espontáneo del pueblo y podía verse el fervor de su consternación y de su duelo. Lord Curzon tuvo solo honores oficiales, desfile de condecoraciones y homenaje de las corporaciones gubernativas y parlamentarias. El pueblo estaba ausente, el pueblo que sabe en Londres tributar su homenaje a los que son acreedores a la gratitud pública.

Por grandes que sean los títulos de la ciu-

dad de Londres como centro político e intelectual del Imperio Británico, y por mucho que sea el lustre que le adjudica el hecho de ser asiento de una Corte de prestigios seculares, esas excelencias de su condición urbana palidecen al frente del título singular de ser centro reconocido de las finanzas universales. Con motivo de los sucesos de la guerra europea, tuvo por la fuerza de las cosas que trasladarse a América esa influencia directriz y por un instante el mercado de Nueva York monopolizó la dirección de los negocios y del crédito. Pasada la crisis mundial, ha vuelto a Londres el cetro de la supremacia financiera, encontrándose hoy día más que nunca concentrada en la City de Londres la dirección superior de las industrias, del comercio y del crédito en toda la redondez del planeta. Al rededor del Banco de Inglaterra y del Royal Exchange se encuentra radicado el mecanismo que hace mover los negocios del mundo. En ese centro, relativamente reducido, despoblado en la noche y de una actividad febril en las horas del día, se encuentran oficinas de bancos, de seguros, cuyos nombres son familiares en todas las comarcas. Ningún banco ni institución de crédito, ya sea de Australia, de la China o de América deja de tener sucursales u oficinas principales en Londres. Con el pasmoso

desarrollo de los negocios y de los capitales, los Bancos, que se hallaban radicados en sus oficinas de la City, han tenido que establecer sucursales en todos los barrios de la metrópoli y a este propósito, los datos del célebre Almanaque de Whitaker contienen cifras elocuentísimas. Existen en Londres 273 Bancos con 1182 sucursales. (1)

Al frente de ese número fantástico de instituciones de crédito, puede suponerse que hay grandes y pequeños Bancos y aún pretendidos Bancos que giran con pequeño capital y no son acreedores a la confianza pública. Hablar de Bancos en Londres es emplear una expresión genérica que no significa como entre nosotros capital y crédito. Es por ello que en el mundo de los negocios, hablar de Banco en el sentido de gran capital y crédito reconocido, es hablar de uno de los cinco grandes Bancos de la metrópoli, los *big five*, como se dice en el estilo convencional. Estos *big five* son el Lloyd, el Westminister, el London and Provincial, el Barclay y el Midland. El conjunto de estas cinco organizaciones colosales puede cubrir las necesidades financieras del mundo entero, y no hay operación de mediana impor-

---

(1). Whitaker 's Almanak 1926.

tancia que no sea registrada en sus oficinas, con el concurso más o menos directo de sus capitales.

Esta preeminencia del mercado de Londres sobre cualquiera otro del mundo civilizado, no obedece a la casualidad o al capricho de los hombres o a la acumulación de capitales en su centro directivo. Obedece a otras causas más permanentes y justificadas. La índole del negociante británico, aparte de su innegable inteligencia, se distingue por la honestidad y por la liberalidad. Las ideas de usura y de fraude no se encuentran entre las posibilidades mercantiles. La buena fé se presume en las grandes y en las pequeñas transacciones y a nadie le ocurre observar el pago con cheques, que es la forma habitual de los grandes y de los pequeños negocios. Al favor de esas dos cualidades fundamentales, se ha levantado el edificio de la supremacia británica en el mundo comercial.

En ninguna parte como en Londres existe la posibilidad de toda suerte de especulaciones, a la condición de que sean honestas. Un tranvía en Indo China, una mina en Alaska o un yacimiento de petróleo en Bolivia encuentran siempre personas interesadas. Lo esencial es buscar el grupo a que cada negociación pertenece y una vez encontrado el derrotero de las gentes que es-

peculan en el ramo, el éxito es seguro, siempre que sea honorablemente presentado. Hay ocasiodes en que el capital es caro y otras en que a causa de su abundancia es liberal y barato. Esta es cuestión de paciencia y de observación El dinero existirá siempre; pero las facilidades financieras varían con las circunstancias del mercado. Los pánicos son de considerable frecuencia, pero generalmente no en sentido de la baja de los valores, sino del alza febril que perturba otra línea de especulaciones.

Estas observaciones se justifican con un hecho innegable. La conversión de empréstitos extranjeros se verifica más a menudo en Londres que en cualquier otro mercado, lo que demuestra que operaciones efectuadas en Nueva York o en Berlín, son reemplazadas en Londres por otras menos dispendiosas.

Después de la paralización que determinó la guerra, la actividad de la plaza de Londres se ha incrementado en proporciones inverosímiles. La actividad de los negocios y de las transacciones bancarias excede todo cuanto pudo imaginarse y así como Nueva York acaparó un instante los negocios del mundo, hoy día Londres comienza a liquidarlos con ventaja para los deudores, Estados, corporaciones o municipalidades.

La administración y el gobierno de esa inmensa aglomeración humana se encuentran concentradas en las manos de la Municipalidad y sobre todo en las del Lord Mayor de Londres. Lo están especialmen e en lo que se refiere a la City y a ese recinto especial en que se encuentran ubicados los Bancos y todos los organismos de la especulación y del crédito. El Lord Mayor es una personalidad que tiene privilegios similares a los de la Corona. Su influencia es considerable en los contratos y obras públicas y tiene la iniciativa de todos los mejoramientos que los cuerpos técnicos pueden aconsejar en la metrópoli. Sus funciones duran un año y siendo elegido a fines de Setiembre, toma posesión del cargo el 9 de Noviembre, en cuya oportunidad se celebra la procesión más característica que pueda presenciarse en los barrios de Londres. Comienza el desfile por una cabalgata de la policía, de carros alegóricos, de indivíduos que visten uniformes de épocas lejanas, simbolizando determinados episodios de la historia y de los progresos de la gran capital. Esta procesión recorre los barrios más centrales de la City: partiendo de Westminster pasa por Trafalgar Square llegando a Guildhall, palacio de la Municipalidad.

Al término de la comitiva, se exhibe el

nuevo Lord Mayor en su dorada carroza y vestido con el uniforme de su cargo, que poco ha variado, como poco varían las prácticas inglesas, desde los tiempos de Eduardo VI y de Jorge IV. La preeminencia del Lord Mayor en todas las grandes solemnidades de la Corona, es superior a la que pueden tener los propios secretarios de Estado. Tiene el derecho de recibir en su palacio de Mansion House a los príncipes de la casa real y los más altos funcionarios de la Corona concurren a su mesa, servida con el esplendor de las más brillantes funciones de la realeza.

Se encuentra en todos los detalles de la vida británica el apego a la tradición; se observa sin discrepancia esa tendencia a mantener las prácticas y los simbolismos de otros tiempos, principalmente en los usos establecidos para las funciones oficiales. El funcionario que desempeña el cargo de Lord Mayor se encuentra con el derecho de ser nombrado *Baronet*, y por lo tanto con el de colocar antes de su nombre la sílaba *Sir*, en pos de cuya regalía se desencadenan las ambiciones y los anhelos de todos los ciudadanos de la Gran Bretaña. Es fama que éste, como otros títulos, suele ser materia de influencias cerca de la Corona o del primer Ministro, o del Lord Chamberlain, que puede pagarse con dinero,

como tantas otras cosas en este mundo. Un proceso sensacional reveló hace poco tiempo estos manejos indecorosos de las influencias para conquistar mediante su abuso un título de *knight* o de *baronet* de la Corte británica.

El 11 de Noviembre, en los propios días en que tiene efecto la procesión histórica y pintoresca que se llama *Lord Mayor Show*, se realiza también en una hora temprana, otra ceremonia de institución moderna y que tiene caracteres tan interesantes como la primera. Es el homenaje que rinden el Rey y los príncpes de la Casa Real en el Cenotafio que se encuentra erigido en Whitehall a la memoria de las víctimas de la guerra. Numerosas y lamentables víctimas, salidas de todas las esferas sociales, dejando vacíos en todos los hogares del Imperio. Familias hay, en los círculos de la nobleza, en que cayeron dos y tres jóvenes en plena floración de su existencia. El homenaje consiste en guardar, en un momento dado, dos minutos de silencio. El silencio británico, como todas las cosas de aquél país, no es un silencio común, un silencio relativo. Es preciso un gran esfuerzo y un gran hábito de disciplina para conseguir en una agrupación de doscientas o trescientas mil almas como las que se congregan en torno del Cenotafio, un silencio matemático y abso-

luto, en medio de los mil ruidos de la actividad comercial y mundana de la metrópoli. Se obtiene ese milagro haciendo enmudecer por esos dos minutos todos los motores de fábricas, todas las máquinas de generación de fuerza, todos los automóviles, todos los pasos de los transeuntes, todas las vibraciones impalpables de la vida callejera. En ese instante de supremo recogimiento, se oiría volar una mosca, como se dice en una expresión trivial. Haciendo un esfuerzo para escuchar en medio de ese silencio impresionante algún ruido lejano, llegamos a percibir, como único vestigio de vida de una población de ocho millones, tenues gritos infantiles, único ruido inevitable, porque es efecto de la inconsciencia de la humanidad en su edad primitiva.

Desde 1919, esta conmemoración del armisticio, el *Armistice Day*, es una de las ceremonias más impresionantes de la vida metropolitana y refleja, mejor que otra alguna, el espíritu de disciplina que domina esa raza. En Paris, en Roma, en otras capitales, se conmemora también el día del armisticio, pero el silencio es relativo, es un silencio de raza latina, poblado de los mil ruidos de la actividad y la indisciplina congénita.

Estaba en las tradiciones del Imperio que la mano gubernativa de la Gran Bretaña debía ser

mano de hierro. Inmensas crisis y conflictos memorables tuvo que dominar y resolver en su vasta historia insular y colonial. Siempre cortó el nudo de los problemas domésticos o internacionales con la espada de Alejandro. Nadie ha olvidado la acción británica en Sud Africa a fines del otro siglo, que tuvo por término la anexión de esas repúblicas rebeldes a la corona británica, cueste lo que costare y costó ingentes sumas de libras esterlinas y un reguero de sangre humana. Con la misma energía implacable pretendió zanjar otras querellas dentro o fuera de las fronteras insulares. El problema palpitante, puede decirse durante un siglo entero, fué el problema irlandés.

Acaso en tiempo de Gladstone, que patrocinó el *Home Rule* para Irlanda, ese temperamento habría satisfecho las reivindicaciones irlandesas; mas tarde llegó a ser insuficiente. Al propio tiempo que se debatía la rebelión irlandesa, brotaba en la propia metrópoli del Imperio la campaña sufragista, que arrojó cientos de miles de mujeres a la arena de los debates públicos y a las barricadas de la rebelión. Con igual dureza el León británico dominó esas explosiones populares en los momentos en que estalló la guerra europea.

Tenemos la convicción, formada en vista de la correspondencia telegráfica que precedió al conflicto, de que el temperamento británico fué en gran parte responsable de la catástrofe. Si en esos momentos de crisis hubiera habido otro hombre a la cabeza del *Foreign Office*, no ciertamente Lord Curzon, pero tal vez Mr. Balfour, es decir una diplomacia ductil a la vez que decidida, el conflicto habría podido ser evitado. El que era entonces Sir Edward Gray, que es actualmente Par del Reino, careció de las dotes que exigía una crisis de tan espantables proporciones. (1) Le perdió el egoísmo característico de la raza británica. Un inglés en la vida normal, es contrario a las solidaridades gravosas que en política son arbitrios salvadores. El hecho es que los intereses y los deseos del Gobierno Británico estaban en el

---

(1). *Outbreak of the World War,* Documents collected by *Karl Schuking.*— New York, Oxford University Press— 1924.

Viscount Grey of Fallodon. Twenty five years (1892 — 1916). En esta última obra, publicada en 1925, se esfuerza el autor en demostrar que la guerra no habria podido ser evitada por medios diplomáticos. Un capítulo entero (*Could war have been prevented?*) dedica a esa investigación, sin llegar a demostrar otra cosa que sus propias inquietudes y temores íntimos de que no fué desplegada en aquella circunstancia memorable toda la tradicional habilidad y eficencia de la política británica.

sentido de evitar la guerra, pero sus actos diplomáticos olvidaron y se apartaron de ese objetivo, por no amparar o adoptar solidaridades políticas que estaban impuestas por los acontecimientos.

Inglaterra tiene una doctrina fundamental de derecho penal; cree en la condición incorregible del delincuente: de modo que todas sus predilecciones son por la pena de muerte. Es más fácil, más sumaria, más definitiva. Hemos presenciado, puede decirse, pues nos hemos encontrado en el suelo británico cuando se han ejecutado numerosas sentencias de muerte. Hemos recorrido atentamente los procesos y no siempre existía la prueba plena del crímen; sin embargo, la pena de muerte se decretaba y se ejecutaba. Ocasiones ha habido en que millares de firmas de personalidades conocidas y con posición social espectable pedían la gracia para el delincuente. Jamás el Ministro del Interior (*Home Minister*) ha sido movido por ninguna influencia. Las sentencias se han ejecutado en la forma tradicional: la horca. Procedimiento rápido y sin efusión de sangre; treinta segundos para colocar al reo en una báscula y para dejarlo caer con una cuerda al cuello en el vacío...

Estos procedimientos draconianos no siempre han tenido buenos resultados y toda la san-

gre derramada para someter a Irlanda ha sido estéril para ese fín. Ante la amenaza de una guerra civil desastrosa y que habría provocado otros conflictos, la corona ha tenido que ceder y capitular. Ha sido creado el Estado Libre de Irlanda con todas las prerrogativas de la independencia, inclusive las de tener representaciones diplomáticas en el extranjero y voto propio en la Liga de las Naciones. Parlamento, Gobierno, Ejército mismo, son netamente irlandeses, perfectamente autónomos.

Otro tanto ha ocurrido con la campaña sufragista que se inició y se planteó con un vigor extraordinario y para cuyo sometimiento habría sido preciso derramar sangre de mujeres, con horror de la humanidad civilizada. Con pretexto o con ocasión de la guerra europea, ha sido consagrado el derecho electoral femenino que ejerce ya una influencia poderosa en la organización de los poderes públicos.

Con motivo del asesinato del Sirdar de Egipto, que era un general británico, el Gobierno inglés dirigió un ultimatum al Gobierno egipcio, que pocos meses antes había sido reconocido como independiente y soberano, imponiendo una indemnización de £ 500,000 y el castigo de los culpables. Como el proceso se verificó bajo la vi-

gilancia e influencia del Gobierno inglés, varios estudiantes de Cairo fueron condenados a muerte. La sentencia fué ejecutada con todo el aparato de intimidación y de escarmiento. Entretanto, sigue hirviendo en Egipto, lo mismo que en todas las comarcas en que domina la fé musulmana, el rencor y la rebelión contra la Gran Bretaña.

Así poco a poco se van aflojando los hilos que amarraban las colonias británicas a la metrópoli, y Australia con su gran extensión territorial y su avanzada cultura, Canadá con su espíritu americano y su educación liberal, se han desprendido de la Madre Patria, sino en la forma de su organización política, en el hecho de sus actividades autónomas.

¿Qué ocurrirá un día, cuando el vasto Imperio de la India se sienta maduro para la Independencia y para la lucha? Las obras de Lord Curzon sobre la política rusa en el extremo oriente y las influencias de Persia y Afganistan en aquella opulenta colonia, demuestran la gravedad de esos problemas y la necesidad de afrontarlos con valentía y decisión. Pero acaso es tarde ya para detener la infiltración de las ideas modernas en los centros intelectuales de la India, y en el caso de esta porción del Imperio británico, no se podría

intentar ficciones de soberanía, como las que hanse hecho en Irlanda, en Canadá y en Australia. Por otra parte, la gravedad de los conflictos internos de la Gran Bretaña la colocan en la imposibilidad de llevar sus esfuerzos a otras comarcas lejanas, a donde llegaría notoriamente amenguada la energía proverbial del Imperio.

El orgullo británico consiste en imponer sus prácticas y sus ideas, a la vez que competir con los demás países en todos los inventos y perfeccionamientos humanos. Efectivamente, la humanidad debe al ingenio británico muchos inventos que han mejorado los procedimientos industriales y especialmente el sistema de locomoción y de comunicación. Puede decirse que Inglaterra es la reina de los transportes. De sus usinas manufactureras salieron antes las mejores locomotoras, los aeroplanos más perfeccionados, los tranvías de tracción eléctrica más perfectos. Ese antiguo monopolio o supremacia industrial han desaparecido para dar paso a las iniciativas de naciones nuevas, que antiguamente no podían competir con la fabricación inglesa, dueña del *record* mundial a través de los siglos. La industria de los automóviles ha pasado en su supremacia directiva de Inglaterra a los Estados Unidos, a Francia y a Italia, y la de los aeroplanos se encuentra monopo-

lizada por otros países del continente, como Francia, Italia, Holanda. Desaparecidos los factores de competencia que eran en otra hora Alemania y Rusia, la iniciativa de los adelantos industriales queda en manos de naciones latinas.

Inglaterra ha intentado siempre sobresalir en todas las manifestaciones del arte y del ingenio. Era un tiempo tributaria de Francia o de su propio arte clásico. Recientemente se ha producido un esfuerzo formidable para difundir la educación artística, para enviar estudiantes a los centros clásicos de Italia y de España. El resultado ha sido mejorar considerablemente la producción musical y teatral netamente inglesa, como puede comprobarse por los inmensos conciertos de Albert Hall y por los innumerables *recitals* de las salas especiales de Londres. Ese esfuerzo educativo y esa propaganda por el arte ha producido resultados apreciables, de modo que los teatros de la gran capital no son lo que fueron durante muchos años, imitaciones serviles de las chocarrerías del continente. Este adelanto es tanto más digno de aprecio, cuanto que las disposiciones nativas de la raza británica no se inclinan precisamente hacia el cultivo del arte.

El siglo XVIII fué propicio para el arte británico y su verdadero apogeo tuvo lugar en

esa época, en que descollaron Hogarth, Reynolds y Gainsborough, que crearon una verdadera escuela pictórica nacional. Después de esa ráfaga fugaz en la supremacia de las bellas artes, se ha producido un adelanto relativo en la música y sobre todo en el arte teatral. Las salas de espectáculo de Londres son acaso las más atrayentes de Europa, por sus condiciones de belleza y de confort, a la vez que por el esmero incomparable de la presentación escénica. En ninguna ciudad pueden superarse esas condiciones de comodidad, a la vez que ese brillo de presentación de operetas importadas del continente, pero exhibidas con un lujo incomparable, lo cual es otra de las manifestaciones del progreso artístico de la gran capital.

Es realmente circunspecto y reflexivo el temperamento británico, pero no deja de ser arrastrado por la pasión en los torneos políticos. Los oradores comunistas y demoledores de Hyde Park llegan a veces a todos los extremos de la acritud y de la intemperancia; pero las gentes que figuran en esas manifestaciones al aire libre, sea en invierno o en verano, son salidas de los más bajos fondos sociales. No sería cuerdo exigirles cortesía o compostura. Es preciso, para tener la medida del temperamento dominante, penetrar en el

recinto de la Cámara de los Comunes, que es la condensación del verdadero parlamentarismo inglés. Allí está representado el pueblo británico por sus más genuinos delegados; se encuentra la aristocracia de ambos sexos, el mercantilismo de la City y la esencia de las clases letradas, instruídas en Oxford o en Cambridge, a la vez que la crema del laborismo. por medio de sus representantes más caracterizados y genuinos. En el inmenso recinto de esa sala rectangular (1) existe colocación para unas seiscientas personas, resaltando en el fondo la figura severa del Speaker, con todos sus accesorios y vestimenta medioevales. Esa severidad del escenario no impide que el recinto se encuentre en el más prodigioso desórden y el piso cubierto de fragmentos de papeles como en un recinto de elecciones populares. Dada la extensión del local y suma la acústica, es menester elevar poderosamente la voz para hacerse escuchar y dominar el tumulto y la algazara de representantes de opuestas opiniones y matices. Donde los unos aplauden, los otros censuran y vituperan. Las aclamaciones de simpatía de los unos son acalladas por las rechiflas de los contrarios. El re-

(1) La Cámara de los Comunes, en su sala de sesiones, mide 75 por 45 piés y 41 piés de alto Tiene 12 ventanas con preciosos vidrios de colores.

sultado es la algarabía más completa que hayamos presenciado en un cuerpo parlamentario. En esos momentos existían, entre ese aluvión incoherente de personalidades combativas, seis o siete damas ataviadas tan masculinamente como les era posible, entre las que descuella la figura serena y aristocrática de la duquesa de Atholl, la fina fisonomía de Lady Terrington y la vivacidad nerviosa de Lady Astor. No son extrañas, estas representantes del feminismo político y parlamentario, a las excitaciones de aquel inmenso grupo de exaltados; intervienen con sus discursos, con sus interrupciones violentas, con sus gritos destemplados. Cerca de ellas, hay otras damas que representan el feminismo socialista y el feminismo obrero. Todas siguen la corriente marcada por sus *leaders* políticos y sus contrarios no se preocupan de los privilegios de su sexo para concederles mayor cortesía o un grado mayor de miramiento o de compostura. Edades y sexos se confunden en esa lucha de ideas o de intereses, en esa apuesta de éxito que se mide y se avalúa con el criterio tiránico de las votaciones. ¡Solución fatal de las democracias, que no tienen otro criterio de éxito que el número aplastante y decisivo!

Las voces altas, las declamaciones sonoras, las rechiflas agudas y la risas sarcásticas re-

suenan en ese enorme recinto. cerrado por muros y columnas ojivales como un templo de la Edad Media. En las galerías altas, severamente clasificadas, existen colocaciones para la prensa, para los lores, para los diplomáticos, para los miembros de la familia real, para los huéspedes ilustres de la ciudad de Londres, presentados y recomendados por sus embajadores y ministros. Todas esas personas, obligadas a una actitud discreta y silenciosa, deben guardar la compostura de sus actitudes y evitar ponerse de pié, salvo para entrar y salir de sus instalaciones.

Raras veces, en ese local en que juegan tantas influencias y pasiones, puede conseguirse el silencio para un discurso de trascendentales alcances y consecuencias políticas. El orador puede estar seguro de ser frecuentemente interrumpido y los aplausos de los unos contrastan con las censuras e increpaciones de los otros.

Ahí, en ese parlamento de tradiciones históricas y venerables, han hecho sus primeras armas todos los hombres ilustres de la Gran Bretaña y muchos, acaso los más, han llegado al término de su existencia sin haber salido del recinto de la Cámara de los Comunes. Las cuestiones más graves y trascendentales, que han afectado durante varios siglos los intereses y la prosperidad de In-

glaterra, han sido debatidas allí en medio de esa batahola de pasiones e intereses en pugna. Allí ha erguido durante muchos años su figura severa Mr. Canning, proclamando con voz profética el futuro de las naciones nuevas de América. Allí mismo fué anunciada al orbe la emancipación de las colonias inglesas del nuevo mundo, abriendo los horizontes de una civilización flamante, llena de promesas. Allí también, ha resonado durante años enteros la voz serena y persuasiva de Gladstone, que no creyó digno de su majestad parlamentaria descender a figurar en una Cámara aristocrática como la Cámara de los Lores. Prefirió ser el "Great Commoner" que fué hasta el fín de sus días.

Ahora, en esos mismos bancos en que se sentaron Gladstone y Disraeli, ha llegado la corriente nueva del sindicalismo, con sus preceptos concretos en decenas de años de luchas infatigables y de triunfos *resonantes y repercutientes*.

En este escenario de proporciones grandiosas vivió y murió George Nathaniel, Marqués Curzon de Kedleston, una de las figuras representativas de la sociedad británica, digna de estudio por que simbolizaba en su personalidad descollante los caracteres peculiares de su pueblo. Lord Curzon era, en efecto, la esencia del temperamento inglés con sus cualidades morales y sus defectos,

con sus virtudes y sus debilidades. George Curzon lo llamaban todavía los que le conocieron en su juventud y le vieron ascender todos los escalones de la fortuna con una rapidez de que no se tenía otro ejemplo en la vida contemporánea. Había sido educado en Eton y pasó por la Universidad de Oxford recogiendo todos los laureles del éxito. No tenía veinticinco años cuando fué representante en la Cámara de los Comunes y poco después secretario particular de Lord Salisbury.

En ese tiempo heredó el título de vizconde. Todas las situaciones políticas de mayor relieve se le fueron brindando después: Subsecretario de Relaciones Exteriores, Subsecretrio de la India. Su situación social y su fortuna le facilitaron un viaje al oriente, donde hizo observaciones y obtuvo experiencias que le valieron a poco andar ser nombrado Virrey en la India. No había cumplido Lord Curzon cuarenta años. Esa posición era adecuada para su carácter, para su arrogancia, para su experiencia oriental recogida en sus viajes y en sus estudios.

Los éxitos políticos del noble Lord, habían estado aparejados por sus triunfos mundanos. En plena mocedad se casó con Miss Leiter de los Estados Unidos, heredera de una grande fortuna y celebrada por sus gracias y por su belleza. Era

necesario ese atavío para hacer descollar más aun la personalidad ilustre de Lord Curzon, que en plena juventud había alcanzado las posiciones más altas del Imperio, aparejando los éxitos de la suerte con los triunfos del talento. Hombre de letras preclaro, había escrito obras bien meditadas sobre los problemas de oriente y principalmente sobre la influencia de Rusia en los negocios de la India Británica. Desde entonces, se tuvo por averiguado que Lord Curzon seguía, tanto en sus cargos políticos de Londres, como en sus labores de Virrey de la India, una política de franco antagonismo con la Rusia de los Czares, así como ha seguido implantándola contra la Rusia de los Soviets, en calidad de Secretario de Relaciones Exteriores.

Era un hombre de elevada estatura, de finos modales y de una altanería olímpica en sus actos, en sus ademanes, en sus palabras.

No podía pasar desapercibido en las reuniones sociales y donde quiera que se encontraba, no solo descollaba su figura alta y representativa, sino que atraía las atenciones de los circunstantes. Valía la pena de ver a Lord Curzon, en gran uniforme de Corte y constelado el pecho de condecoraciones de las ordenes del Imperio, así como de otras Naciones orientales y occidentales. Esa notoriedad de su persona, que tambien reflejaba su

carácter y su presunción proverbial, se hacia más manifiesta si se encontraba acompañado de su segunda esposa, americana como la primera y que tenía como aquella los prestigios de la belleza y de la fortuna, Esta hermosa dama entendemos que nació en Rio Janeiro, siendo hija de un Ministro de los Estados Unidos en el Brasil. Casóse en primeras nupcias con un rico negociante inglés que residió en Buenos Aires. De esa circunstancia proviene que la marquesa de Curzon, habla corrientemente el idioma español y posee intereses cuantiosos en la República Argentina, relacionados con su primer esposo y con los hijos que tuvo de ese primer matrimonio.

La marquesa de Curzon, o más corrientemente, Lady Curzon, era y es hoy día mismo, una de las figuras más bellas de la sociedad de Londres y uno de los títulos para la justa vanagloria del marqués difunto.

Nunca pensó Lord Curzon, en lisonjear la popularidad. En su arrogancia ominisciente creía no necesitar de ese factor del éxito. Durante su carrera política todo se le había facilitado, merced a sus méritos precoces, a sus triunfos literarios y a su inmensa fortuna. Al caudal que pudo atesorar con la herencia paterna, que aparejó para él el título de vizconde, llegó a agregar el patrimonio

cuantioso de su primera esposa, verdadera princesa de los dollars. Sus viajes al oriente le dotaron de toda la experiencia que hacía falta a sus estudios universitarios y muy pronto (1898) tuvo méritos bastantes para ser nombrado virrey de la India. Antes había mostrado su versación en las cuestiones asiáticas publicando en 1889 *Russia in Central Asia and the Anglo Russian question*. Algunos años después en 1892 publicó *Persia and the Persian question*. I finalmente en 1899 dió a la estampa *Problems of the far east.--Japan, China Corea*- Sabido es que los ingleses tienen predilección especial por los viajes y que un ciudadano británico bien nacido debe hacer su primera experiencia en excursiones lejanas por comarcas generalmente desconocidas para los europeos. Es así como se encuentra viajeros ingleses, muchos de los cuales tienen títulos nobiliarios, en todas las comarcas del globo, ya sea en las Antillas o en Afganistan. Las mismas personas de la familia real están obligadas a esta clase de experiencias y es notorio que el duque de Connaught, como su hermano Eduardo VII, ha viajado en los cinco continentes y ejercido funciones oficiales tanto en la India como en Gibraltar,

Para completar su obra literaria, Lord Curzon, publicó en 1923 *Tales of Travel* que afirmó una vez más sus prestigios y su notoriedad.

Esta obra inscribe en su carátula los títulos del autor, especialmente el que importaba para él un motivo mayor de vanagloria; el de presidente de la Real Sociedad de Geografia de Londres. Decía Lord Curzon, que todas sus demás prerrogativas nobiliarias y políticas eran de condición secundaria al lado de esa distinción suprema otorgada por el instituto mejor calificado para discernir honores a la competencia y al talento. En efecto, los viajes de Lord Curzon forman una verdadera leyenda de interés científico y literario, a la par que una lección de experiencia política que le creó títulos suficientes para ser antes de los cuarenta años virrey de la India y secretario, después, del *Foreign Office*. Las lecciones recogidas en esos viajes novelescos no bastaron, sin embargo, para facilitar a Lord Curzon, una victoria al pactarse el tratado de Lausanne. Un oscuro musulman, sin títulos académicos, ni medallas de oro de la Real Sociedad Geográfica, Ismet Pachá, tuvo en esa emergencia memorable todos los laureles de la victoria.

"Siéntome casi sorprendido, dice en el libro citado, al recordar que soy yo, el hombre de estado maduro y sedentario, quien hace treinta años cazaba verracos en el Pamir; quién hubo de perecer en un tifón en las costas de Annam y a quién se supuso asesinado en el fondo de Afganistan

Me parece ayer que era yo el jóven nómade lapidado por el furor español en los muelles de Valencia; escalando de noche con tres piés de nieve el cráter del Etna, para contemplar el despuntar de la aurora en el trayecto de Sicilia al mar Tirreno; que ha visto en otra aurora el pico de Adan proyectando su sombra cónica sobre las masas de vapor que se elevan del fondo de los valles de Ceilan; que fué el húesped del Emir Abdur Rhaman, en su capital de Kabul, así como del Mehtar de Chitral, asesinado pocos meses después; que un buen día tomó preso al bonzo de un convento de Corea, que le robaba el reloj y la bolsa, y que otro día se encontraba preso él mismo cómo espía en Wakhlan; que naufragó en la costa dálmaa y reconoció las nacientes del Oxus; autor de relatos de viajes que todavía encuentran lectores, y que son tal vez más buscados que en otro tiempo; y que, finalmente, estudiante en Oxford, concurrente a un concurso literario, redactaba su memoria sobre el puente del vapor que surca las aguas del Nilo."

Esa rememoración melancólica de las hazañas de su mocedad gloriosa, le hacía pensar en la fugacidad de las humans celebridades. Después de haber consumado esas pruebas de fortaleza física y de serenidad moral, no le había sido dado

colmar la más vehemente de sus aspiraciones. No ambicionaba Lord Curzon los honores ni los títulos; había alcanzado todos los que puede obtener un súbdito de Su Majestad Británica. Lo que él ambicionaba era el poder. Su aspiración suprema y puede decirse definitiva, habría sido la de ser designado primer Ministro en 1924, lo cual habría importado la cúspide de las grandezas y de las influencias. Mr. Stanley Baldwin no podía igualar sus títulos académicos, ni sus viajes novelescos, ni su versación literaria; pero le aventajaba en esas dotes del buen sentido práctico, del don de gentes, que son el mérito supremo para la omnipotencia política. Lejos de tratar de imponer su opinión y de hacer prevalecer sus propios puntos de vista, Mr. Baldwin, prefiere eclipsar su personalidad y escuchar complacientemente las opiniones ajenas. Aun poseyendo condiciones de parlamentario y de hombre de negocios, no ha tratado de anonadar a los demás con el brillo de su propia omnisciencia. El temperamento de Lord Curzon no le habría permitido seguir esa regla de conducta y habría fracasado presto en su condición de *Premier* británico, por las mismas causas que fracasó en su Gobierno omnipotente de la India.

Entre las numerosas incidencias que refiere en su libro pintoresco *Tales of Travel*,

acaso ninguna es más interesante que la reseña de su residencia como huésped del Emir de Afganistan en su capital y en su palacio de Kabul. El célebre Emir Abur-Rhaman, tenía la reputación de ser el más feroz y sanguinario de los monarcas. Merced a sus actos de crueldad y de barbarie, alcanzó a crear en su estado la verdadera paz, en que no se escuchaba ni un rumor que no fuera de sumisión y de renunciamiento. Era fama que jamás un extranjero se había atrevido a aproximarse al monarca, ni a cambiar palabras con ese hombre de instintos sanguinarios. Sin embargo, Lord Curzon, en plena juventud, fué el huésped de ese monarca en 1894 y obtuvo de él demostraciones de benevolencia y de cortesía. Duró quince días la permanencia de Lord Curzon en el palacio del terrible monarca. Su aproximación a ese hombre inaccesible se explicaba por la lucha tradicional entre las influencias de Inglaterra y de Rusia en el lejano oriente. En ese instante, Inglaterra tenía todas las ventajas de una influencia preponderante. Lord Curzon había sido encargado, acaso oficialmente, de preparar el ceremonial de una visita del viejo Emir de Afganistan a la reina Victoria en Londres. Refiere el noble Lord, las objeciones propuestas por aquél monarca a todos los detalles del protocolo. Debía

ser recibido en aquella corte como jamás lo fué príncipe alguno, ni siquiera en las *Incomparables Peregrinaciones de Simbad el Marino*, en los cuentos de las *Mil y una noches*. A fuerza de extremar las exigencias de esa recepción suntuosa que el feroz Emir ambicionaba, tuvo que ser desautorizada la gestión de Lord Curzon, instruído oportunamente para restituirse a la capital del Imperio.

Los relatos del noble Lord, no solo tienen el colorido de sus visiones orientales, sino cierto *humour* inglés que les dá un atractivo intenso. Hemos leído, por nuestra parte, las impresiones de Loti y Barrés, en las comarcas orientales y hemos podido experimentar las sensaciones que inspira su numen poético. Pero, como relato accidentado y novelesco, como *humour* e ironía penetrante, puede atribuirse a la obra de Lord Curzon una superioridad, más narrativa que literaria. El exotismo es, en los escritores franceses, un accidente excepcional de su carrera, mientras que un ciudadano inglés ha nacido y vive dentro de ese temperamento fabuloso, que trasmite al lector las más inesperadas sensaciones. El realismo inglés, por otra parte, ese realismo penetrante y sincero, que respira en las novelas de Dickens, tiene una influencia poderosa sobre el espíritu. En la frase

inglesa se siente siempre la sinceridad más que la fantasía y ese realismo comunicativo da un encanto especial a los escritos de origen británico.

"Contemplar, dice Lord Curzon, los más bellos espectáculos de la naturaleza, las grandes reliquias del pasado; tratar de instruirme en las cosas del Oriente, y comprender así los deberes y el porvenir de Inglaterra en el mundo, fué desde mi primera juventud el doble objeto de mi existencia."

Es con ese propósito ilustrativo que recorre la China y la Persia y escribe obras de gran observación sobre la influencia de Rusia en las comarcas asiáticas que circundan el vasto Imperio de la India. Para dar reposo a esos estudios trascendentales, combina sus reflexiones de estadista con anécdotas de viajero y de hombre de mundo.

Un buen día relata su llegada a Kairouan en Tunez, casualmente el mismo día que el general Boulanger, y se ocurrió al noble Lord hacerse pasar como hijo del general, héroe de aquel momento histórico. Facilitaba las fantasías de Lord Curzon, su cuantiosa fortuna, que le permitía estas y muchas otras excentricidades que el común de los exploradores no pueden gastar, en su eterna escasez de dinero.

Los diferentes relatos de viajes que contienen los libros diversos que publicó sobre los problemas de oriente, fueron títulos bastantes para hacerle acreedor a la medalla de oro de la Real Sociedad Geográfica de Londres, que tan altamente le enorgullecía. El cargo de *Chancellor* de la Universidad de Oxford, se asociaba admirablemente a aquella dignidad ambicionada. No faltaban, pues, a Lord Curzon, las distinciones y honores académicos; pero la muerte le arrebató del mundo antes de que pudiera realizar sus sueños de poder y preponderancia política.

Deduce Lord Curzon lecciones de experiencia y de *savoir vivre* de todas sus relaciones de viaje. En una de ellas consigna una observación trascendental. "Cuando realice un viaje, dice, a Tombuctú o al Polo Norte, no dejaré de llevar a uno y otro punto, un frac negro. Este uniforme está reconocido en el mundo entero como la enseña y el pasaporte de la *respectability*, y será título suficiente para obtener una audiencia de cualquier potentado".

Hemos descubierto, como éste, otros rasgos de *humour* en la literatura narrativa de Lord Curzon, pero no le acompañaba esa cualidad en su oratoria política, sobre todo en su oratoria de sobremesa. Esta última es un don peculiar de

la vida social británica. Un hombre que no conoce los secretos del éxito en la oratoria de los banquetes, no es un estadista completo, ni un perfecto hombre de mundo. Para obtener ese éxito deseado, no es bastante expresar con elegancia y fluidez ideas correctas y en armonía con las circunstancias, sino provocar el buen humor y la hilaridad de los concurrentes. Un discurso, un *toast*, como se llaman esas arengas en los postres de una comida numerosa, debe contener conceptos capaces de poner a los oyentes en buen estado de espíritu y obligarles a una risa espontánea y comunicativa. El propio Lord Grey, que es la solemnidad misma, posee el secreto de poner de buen humor a su auditorio. Nada decimos de Mr. Baldwin, que tiene el *record* en ese campo de actividad oratoria. Cuando Stanley Baldwin se pone de pié en los postres de un banquete; antes aún, cuando el *usher* anuncia su nombre, la sala estalla en una risa homérica. Y sin embargo, Mr. Baldwin es nada menos que el Primer Ministro de la Corona, el primer ciudadano británico después del Rey. Esa hilaridad no tiene nada de ofensiva: importa más bien un elogio y un aplauso; es un signo de aprobación y de simpatía. No siempre Mr. Baldwin, dice cosas graciosas o festivas, pero el público le acompaña con su regocijo y con su aplauso. El aplau-

so no puede ser conmovido o solemne: es preciso que esté impregnado de regocijo y satisfacción. Esa ventaja fundamental del Premier de la Gran Bretaña le ha asegurado su éxito en 1923 al frente de la candidatura política de Lord Curzon.

La nota dominante en sus libros sobre el *far east*, es la oposición implacable a la política rusa, que hacía sentir en las regiones vecinas de la India sus anhelos de expansión. Sabido es que la lucha tradicional en la política europea fué la de Inglaterra y Rusia, llamada la lucha de la ballena y el elefante. Los sucesos que se han desarrollado desde 1914, han quitado al elefante gran parte de su fuerza, pero es así mismo un factor digno de tomarse en cuenta en las grandes soluciones europeas. Ya no amenaza el águila rusa con su agresión militar a los dominios de la ballena, pero le inquieta con su propaganda comunista que amenaza la tranquilidad y las instituciones seculares de la Gran Bretaña.

Los libros de Lord Curzon que hemos citado, que respondían a una corriente de opinion bien definida, le valieron el acrecentamiento de su notoriedad, ya que no de su popularidad en el Imperio. En la época en que tales libros se publicaron, la controversia anglo - rusa apasionaba a los altos círculos y se divisaba como el peligro inmediato

para la seguridad de la monarquía, la amenaza rusa en las fronteras de la India.

En dos ocasiones diferentes (1899 a 1904 y 1904 a 1905) empuñó Lord Curzon el cetro de la autoridad semisoberana en la gran colonia del Indostan. Todas las ramas del gobierno recibieron su intervención y su influencia: las obras de irrigación, los ferrocarriles, las universidades, los bancos agrícolas. Fueron definidos los límites de Aden con Persia y Afganistan. Una misión especial fué enviada al Tibet, obteniendo un tratado ventajoso para el Imperio. Realizó importantes reformas en el ejército, de acuerdo con Lord Kitchener, que había sido nombrado comandante en jefe en 1902, pero se produjeron desacuerdos con este personaje, y a falta de apoyo del *Home Ministry*, Lord Curzon, tuvo que dimitir el cargo de Virrey en agosto de 1905. Le sucedió en esas augustas funciones Lord Minto, durante cuyo gobierno el actual rey Jorge, entonces príncipe de Gales, hizo un viaje memorable a la gran colonia asiática.

En 1911 fué el nuevo rey Jorge V a hacerse coronar emperador en la capital del Indostan; acababa de ejercer sus funciones semi soberanas Lord Curzon of Kedleston con todo el brillo externo de su aparatosa arrogancia. Habituado a

las prácticas y maneras de gran señor, hacía los honores de la hospitalidad real con todo el boato propio de su índole y de su personalidad representativa. Figura en la primera página de su obra póstuma, *The British Government in India* (1925) una fotografía del Virrey en esa época esplendorosa de su apogeo, poco menos que imperial. Reviste un uniforme de Corte británica, cubierto con la púrpura real, con el cuello de armiño y recamados de oro. Hace recuerdo al retrato de Napoleón por David, que existe en el palacio de Versalles.

En esa misma circunstancia de la coronación de Jorge V, se tomó la medida trascendental de trasladar a Delhi la capital del Imperio Indostánico, que anteriormente se encontraba en Calcutta. Sin duda fué iniciativa de Lord Curzon y medida política de grandes alcances. Cada uno de estos pasos administrativos, en un Imperio de tan difícil gobierno como la India, requiere lentas preparaciones en la opinión y en el interés de los reinos secundarios que se hallan incrustados en la gran Colonia.

Como efecto de los precedentes establecidos y de las reglas del ceremonial, el vizconde George Nathaniel Curzon, fué creado en dicha circunstancia Conde y par del Reino, con derechos hereditarios.

La entrada de Lord Curzon, como par del Reino a la Cámara de los Lores, marcó una época en los anales parlamentarios Este personaje no encontraba simpatías, pero existía aprecio por su labor intelectual y reconocimiento por su carrera brillantísima. En los debates de los Lores mostró siempre una competencia superior, una bella palabra y una experiencia amplia en los problemas orientales, a pesar de que revelaba en todas sus palabras una omnisciencia arrogante y presuntuosa, propia de su temperamento personal y de sus actos públicos.

Llamado Lord Curzon a desempeñar la secretaría de Relaciones Exteriores en el Ministerio de Lloyd George, no fué de gran lucimiento su labor diplomática en aquellas circunstancias memorables. Lloyd George, tenía demasiado dominio y poseía un temperamento demasiado absorbente para dejar a los demás iniciativas de trascendencia. Es así como la figuración de Lord Curzon fué en cierto modo secundaria y pasiva mientras duró el célebre Ministerio de concentración de Lloyd George, justificado por las necesidades de la guerra. Entre tanto, la índole de Lord Curzon no se avenía a ese eclipse obligado de su personalidad y de su influencia, y a fines de 1921, pretextó una enfermedad, que realmente padecía, y se fué a to-

mar las aguas en Bagnoles de l' Orne, (Francia) dejando el despacho de Relaciones Exteriores en las manos competentísimas de Lord Balfour.

Todo conspiraba para que el Ministerio de Lloyd George, tuviera larga duración; su éxito en la guerra, su composición mixta y formada de eminencias políticas; pero las cosas deben tener su término y cansados los conservadores con el despotismo del primer Ministro, le prepararon una emboscada en el Carlton Club. Valía decir que la aristocracia, en su sede tradicional, conspiraba contra los elementos democráticos agrupados en torno de Lloyd George.

Este personaje estaba afiliado nominalmente al partido liberal o *tory* a pesar de que su temperamento poco disciplinado le tornaba inhábil para la lucha de los partidos. Retirado el apoyo de los conservadores, el Ministerio debía caer sin remedio.

Lord Curzon, que no había sido un adherente convencido de Lloyd George, quedó a flote y permaneció formando parte del Ministerio de Bonar Law. (25 de Octubre de 1922)

En esta ocasión recuperaba su libertad de acción, después del acaparamiento de sus funciones que había efectuado el *leader* liberal. Poco tiempo debía durar Mr. Bonar Law en el Gobier-

no, pues el estado de su salud no le permitía realizar las labores de su cargo. Por consejo de los médicos presentó su dimisión en el mes de Mayo de 1923 y falleció conforme al pronóstico de la ciencia, pocos meses después.

En ese momento se jugaba la suerte de Lord Curzon, pues tenía esperanzas o acaso títulos para aspirar a suceder a Bonar Law en la dirección del Ministerio. Después de su brillante carrera en las letras y en el parlamento, después de su figuración resplandeciente en los Imperios orientales, poseía plena confianza en que su estrella no se había eclipsado. Sin embargo, había motivos políticos suficientes para apartarle de esa situación preponderante. Un primer ministro es de práctica que no sea un miembro de la Cámara de los Lores porque a este título no podría concurrir a los debates de los Comunes. Fuera de eso, los procedimientos de Lord Curzon en su gobierno de la India demostraron sobradamente que no era un político, en el sentido genuino de esta expresión. Carecía de esas dotes de ductilidad, de oportunidad, de dominio de sí mismo, que se requieren para contemplar todas las opiniones y para atraer las adhesiones de grupos representativos.

El Rey resolvió la crisis nombrando primer Ministro a Mr. Stanley Baldwin, un personaje

sin títulos literarios ni académicos, pero con suficiente experiencia en el manejo de los negocios y en el trato de los hombres.

En esos momentos se debatían problemas espinosos en la política europea y Lord Curzon debía volver a tener la influencia que perdió con Lloyd George para orientarlos y resolverlos. Dos grandes entidades del planeta debían ser protagonistas en ese debate trascendental: el imperio turco y la república rusa de los Soviets. Hemos dicho deliberadamente imperio turco, porque el estado turco, presidido por Mustafá Kemal y que tiene por capital a Angora, no es sino una ramificación del gran imperio turco, el imperio de Mahomet, el que en otro tiempo dominó media Europa, el norte africano, y todo el Asia; la guerra europea, que terminó con las estipulaciones del tratado de Versalles, había planteado modificaciones radicales en la política del continente y se había hablado ya en los círculos diplomáticos de la conveniencia de usurpar a Turquía todos sus dominios europeos. Pero esa solución volvía otra vez a plantear el conflicto tradicional entre Inglaterra y Rusia. Como sería la Gran Bretaña, en virtud de la necesidad de sus comunicaciones con el oriente, quién reclamaría la soberanía o la posesión precaria de Constantinopla, esa solución no podría ser

admitida ni por Rusia ni por otras naciones europeas que poseían dominios coloniales en el Asia, de modo que Constantinopla debería quedar en manos de los turcos, a fuer de tradición y de conservación histórica. En esas circunstancias se produjo el conflicto bélico turco - griego, apoyado por algunas potencias occidentales, pero que debía terminar con la derrota que hubo de ser desastrosa para el ejército heleno.

Quedaba así planteado un conflicto que afectaba a la política europea y que comprometía los intereses del equilibrio continental. Las grandes Potencias celebraron la conferencia de Lausanne, en la cual debía firmarse la paz entre los beligerantes.

En esos debates, a los que concurrió Lord Curzon en representación de la Gran Bretaña, hizo este personaje gala de su versación en la historia y en las necesidades económicas del extremo oriente, a la vez que de las exigencias de la política europea. Larga duración tuvieron los debates, en los que los turcos exhibieron su ambición tradicional con la fuerza que debían a su admirable ejército, formado en las grandes campañas con Rusia y con Inglaterra misma, en Plevna y en los Dardanelos.

El estado turco, que debía ser borrado del mapa europeo, resultó reconquistando Adrinópolis

y manteniendo a perpetuidad la soberanía de Constantinopla. Inglaterra y Francia habían deseado abrir paso a las ambiciones de los griegos, pero la actitud irreductible de los turcos impuso una solución que el mundo europeo no habría sospechado seis meses antes.

Lord Curzon pretendía que había ganado una victoria al conseguir que fuera firmada la paz, pero no es posible desconocer que los intereses británicos, entregados a su salvaguardia celosa y omnisciente, no fueron debidamente contemplados.

El Imperio turco, deciamos, no es el estado de Mustafá Kemal. El Imperio turco representa las vastas comarcas europeas y asiáticas donde se profesa la fé musulmana. Turcas son la Arabia y la Palestina, Egipto y Marruecos, las fronteras de Rusia, de Persia, de Afganistan, de la India misma. Hay turcos en la Mongolia y turcos en el corazón de la China. Vano sería negar que los dominios franceses de Tunez y de Argelia, son turcos en la esencia de su población, en su fé musulmana y en sus adhesiones tradicionales. La pequeña mancha que aparece en el mapa europeo como dominio del estado turco, no es sino la figuración política de ese gobierno, mientras que sus adherencias étnicas se encuentran incrustadas en todos los países de los Balkanes y en to-

das las comarcas donde flameó en otro tiempo la bandera de la media luna.

Pues bien, después de la derrota de los Imperios centrales en la guerra europea, ese Imperio turco salió una vez más victorioso y se encuentra más que nunca consolidado en Angora y en Constantinopla, pero principalmente en los vastos dominios en que se practica la fé musulmana y se recuerdan las tradiciones gloriosas del islamismo. La asombrosa vitalidad de la doctrina mahometana sobrevive a todas las catástrofes y mantiene bajo el dominio de la media luna, regiones que políticamente han sido anexadas a otras soberanías.

Para justificar esta aserción. convendrá tomar nota de la impresión producida por el tratado de Lausanne en el sentimiento público del pueblo otomano. Un testigo presencial de los sucesos (1), refiere en la forma siguiente las manifestaciones públicas que precedieron a la ratificación de ese pacto por la Asamblea de Angora.

"No se esperaba, dice el relato de M. Pernot, sino la llegada de Ismet Pachá. para abordar la discusión del tratado. El vencedor de Lausanne se había detenido en Constantinopla, donde se prepararon grandes fiestas en honor suyo. La

(1) *Maurice Pernot.— La nouvelle Turquie.* Paris, 1924.

acogida de Angora fué más sencilla, pero muy conmovedora. El público, formado principalmente de soldados y aldeanos, había invadido la estación y hasta la plataforma del ferrocarril. Los techos de los vagones estaban atestados de gente. No se había preparado ningún servicio de policía; Mustafá Kemal, su mujer, los ministros, los diputados, estaban confundidos en una muchedumbre entusiasta, y sin embargo discreta. Se escuchaban cantos lentos y solemnes como plegarias. Se confundieron en un clamor inmenso cuando, muy despacio, como si tratara de abrirse paso en medio de una multitud ebria de regocijo, entró el tren en la estación. Bajó del último vagón con rapidez un hombrecillo sonriente, que las gentes se pasaban de uno a otro brazo. Los que no podian estrecharle la mano, le tocaban el hombro y el rostro mismo; las mujeres, riendo y llorando al mismo tiempo, levantaban a sus pequeños niños a la altura de su cabeza para que pudieran ver al que allá, en Europa había hecho prevalecer la voluntad de Turquía. Desde la estación hasta el local de la Asamblea, las tropas de la guarnición de Angora en traje de campaña formaban una doble fila; Ismet Pachá y Mustafá Kemal subieron lentamente y a pié la avenida inundada de sol y de polvo. Agrupada sobre la plaza y sobre las dos

aceras de la calle, la muchedumbre los veía pasar y aplaudía. La discusión del tratado de Lausanne ocupó tan solo tres sesiones. Después de escuchar las explicaciones de Ismet Pachá, la comision informante había pedido la ratificación: en un día y una noche había terminado la redacción de su informe, que depositó el 21 de agosto sobre la mesa de la Asamblea... El viejo Abdurrhaman Cherif, con la autoridad paternal de un profesor que habla a sus discípulos, dijo; "Hace cincuenta años que estudio la política o que me encuentro mezclado en ella. De todos los acontecimientos a que he asistido, ninguno me parece que ha dado a Turquia tanta gloria y tanto provecho como el que nos ocupa en este momento. Suponed que os encontrais delante de una mesa abundantemente servida, pero notais en otra mesa vecina algunos platos que os tientan. Debeis detener vuestros deseos y moderar vuestro apetito; no seais como esos glotones que querrían devorar todo cuanto ven sus ojos". Estas palabras son acogidas con risas y con aplausos. El tercer día, al abrirse la sesión, Ismet Pachá subia a la tribuna, para explicar y defender su obra. Mientras hablaba, yo miraba a ese hombre diminuto. No tenía nada de un tribuno o de un orador de plaza. El tono de su voz era familiar, sencillo y

uniforme; sus ademanes sobrios. De Ismet, mi mirada se dirigía a Mustafá Kemal, sentado en primera fila, la cabeza alta, los brazos cruzados, los ojos fijos sobre el orador con una ardiente obstinación. "¿Habríais querido continuar la guerra? exclamaba Ismet Pachá. ¿Sabeis lo que es la guerra? Yo si que lo sé y antes de pediros sacrificar en aras de la patria a vuestros hijos de veinticinco años, he buscado lenta y apasionadamente cuál era el verdadero interés nacional. No bastaba ir a Constantinopla, era preciso llegar hasta Grecia. ¿Y pensais que en Atenas nuestros soldados hubiesen encontrado un cofre lleno de oro para pagar nuestras reparaciones? Yo sabía que el cofre estaba vacío y el ejemplo de estas naciones me enseña lo que valen las promesas de pago aplazadas". El 23 de agosto, a las seis de la tarde, el tratado de Lausanne era ratificado por 213 votos sobre 227 votantes. Una impresión domina todas las que he observado durante el gran debate: en los discursos, en las conversaciones de los pasillos, en las actitudes y en las miradas, donde quiera estallaba el orgullo. La conclusión del tratado de Lausanne ha dado al pueblo turco una idea grandiosa del lugar que ocupa en el mundo; ha estrechado su unidad y exaltado su patriotismo."

Lord Curzon perdió, pues, en Lausanne, (24 de julio de 1923) el pleito contra los turcos, pero le quedaba, como desquite, aniquilar y humillar a los Soviets, en cambio de la campaña rusa de otros tiempos para aproximarse a Persia y Afganistan, a fín de amagar las fronteras de la India. Penetrado de todos los problemas que tenían relación con la gran colonia británica del Asia, trató de atraer a los rusos *bolcheviks* para hacerse representar en Londres. ¡Eran tantos y tan cuantiosos los intereses comerciales que ligaban a los dos Imperios! Efectivamente, llegó a la gran capital una delegación diplomática a cuya cabeza se encontraba un Encargado de Negocios, C. G. Rakowski. Se iniciaron las negociaciones, y Lord Curzon hizo notar al representante de los Soviets que todo convenio era imposible con gentes que estaban subvencionando a los comunistas de la Gran Bretaña y haciendo una propaganda infatigable para derribar las instituciones tutelares del Imperio; la réplica del enviado de los Soviets provocó de parte de Lord Curzon un ultimatum formulado con fecha 8 de mayo de 1923.

El emisario ruso puso unos y otros reparos (13 de mayo) y terminó eludiendo hábilmente el *ultimatum* de Lord Curzon, para cuya notificación olvidó éste la regla elemental de que una

medida de esa especie, debe estar acompañada de los elementos bélicos que le den toda la eficacia que ha obtenido en circunstancias parecidas el Premier italiano Mussolini.

Otro paso diplomático mal aconsejado por su temperamento altanero y malhumorado fué la nota al Ministerio de M. Poncairé (11 de agosto de 1923) que provocó hirientes comentarios en los círculos franceses. Ni turcos, ni rusos, ni franceses, gozaban de las simpatías de Lord Curzon, de modo que su política europea conducía a un desastre inevitable y funesto para los intereses de la Gran Bretaña. En tal coyuntura se produjo la elección general de Diciembre de 1923, que originó la victoria del partido laborista y el derrumbamiento de ese Ministerio conservador que nació de la maniobra tenebrosa del Carlton Club. Lord Curzon cayó de ese Ministerio para no volver más a las actividades del Gobierno. Se redujo a su labor parlamentaria, que era brillante en la Cámara de los Lores. Colocado en el puesto de oposición, durante la corta duración del Ministerio laborista, y auxiliado por la facilidad de su palabra persuasiva, hacía exhibición del conocimiento profundo que poseía de los problemas del cercano y del lejano oriente. Esa época de su actuación parlamentaria fué acaso la

más brillante de su carrera, pues da lustre singular a la oratoria el rol irresponsable de la oposición. Por otra parte, el Ministro de Relaciones Exteriores del nuevo gabinete era al mismo tiempo el primer Ministro de la Corona, Mr. Ramsay Mac Donald, (22 de enero de 1924) cosa que rara vez había ocurrido en los anales de la Gran Bretaña. Podía, pues, combatirse al propio tiempo al gerente de la política interna y al gestor de los negocios internacionales.

En las vacaciones de ese año de gobierno laborista, se dirigió Lord Curzon a Francia a las aguas de Bagnoles de l'Orme, a pesar de que era considerado más que nunca, después de su nota a M. Poincaré de agosto de 1923, como enemigo declarado de aquél país. Lo era, en efecto, como lo son velada o francamente todos los ciudadanos ingleses, siguiendo las tradiciones de la política y las enseñanzas de la historia. Los hombres de uno y otro país han nacido y se han educado en las ideas de ese antagonismo secular que viene de la lejana ocupación de los normandos y de las guerras de treinta años y del primer Imperio. Por otra parte, la diferencia esencial que existe entre las ideas y los métodos de los dos paises, ha conducido a sus gestores políticos a conflictos peligrosos en la larga

historia de sus querellas. Lord Curzon, como elemento genuinamente representativo de la raza, de las ideas y los sentimientos de la Gran Bretaña, no podía menos que seguir esa norma de las tradiciones de su patria. La diferencia entre sus métodos y los de otros estadistas del Imperio era que su antagonismo era franco y abierto, era de hostilidad declarada y sin disimulo. Demasiado lo sabían al otro lado del Canal y le correspondían con su antipatia y su recelo. Cuéntase que un día, mientras hacía Lord Curzon su *villegiatura* en Bagnoles, pasó cerca de él un jóven ciclista que parecía singularmente afanoso por dar velocidad a su aparato.

—¿A dónde va usted tan de prisa? preguntó el noble Lord inglés ¿probablemente va usted a Berlin?

Este rudo sarcasmo venía precisamente en los momentos en que el Ministerio Poincaré preparaba y realizaba la ocupación del Ruhr, que debía levantar tanta polvareda en los círculos políticos de Londres.

En esa interrogación irónica se encuentra retratado el temperamento de Lord Curzon. No era raro, con tales antecedentes, que así letrado y omnisciente como era, careciese de eso que vale más que los éxitos universitarios y los esplendo-

res del virreinato de la India: el afecto de su pueblo. Por eso hemos recordado en otra página la diferencia resaltante entre los honores fúnebres que se tributaron a su muerte con los que pocos meses antes se habían dedicado a ese hombre recto y justo que se llamó Bonar Law.

Uno de los títulos que mayormente enorgullecía a Lord Curzon era el de *Chancellor* de la Universidad de Oxford, que se confiere a los hombres de letras que han prestado mayores servicios a la institución o al progreso intelectual del Imperio. Por otra parte, ese nombramiento no es discernido por las influencias políticas o por el favor oficial. Es resultado de una votación de todas las personalidades representativas de la gran universidad y no se necesita menos de seiscientos o setecientos votos para ser elegido. Votos conscientes si los hay, pues representan la voluntad de profesores, conferencistas, hombres de letras y de ciencia que contribuyen al lustre de la Universidad. Lord Curzon conservó ese cargo eminentísimo hasta su muerte, y después de él fueron vanos los esfuerzos de Lord Birkenhead para sucederle. Lord Birkenhead es una de las inteligencias mejor nutridas del imperio, ha sido Lord Chancellor, que es cuanto hay que ser, después de Dios, en el Imperio Británico. Pero carecía ese

varón ilustre de algunos de los títulos que hacen a un hombre acreedor a aquella suprema distinción. El título de Lord no basta: es preciso serlo de nacimiento, a título hereditario. Existen, en efecto, Lores con derecho propio y Lores hechos en virtud de un título real. Lord Curzon no había heredado de su padre sino el titulo de vizconde, siendo admitido como Par del Reino merced al título de conde que le otorgó el Rey en 1911 con motivo de su coronación en la India. Pero todo en Lord Curzon respiraba nobleza, nobleza británica. Su persona, su apostura, sus accidentes exteriores, revelaban al hombre bien nacido, que tuvo al tiempo de venir al mundo los halagos de la fortuna y el trato con las gentes de buen vivir. Por eso fué singular y descollante su figuración en Oxford y después de sus viajes al Oriente, viajes de jóven inglés de buena cuna, parecía ungido con todos los títulos para ser Virrey de la India.

Todos los actos y palabras de Lord Curzon revelaban en él al *scholar* en la mejor acepción de la palabra.

En marzo de 1925 fué Lord Curzon a Oxford para concurrir a un banquete. Se encontraba ya vestido para la circunstancia cuando sintió un malestar súbito que degeneró en un sín-

cope cardiaco. Llamados los médicos, declararon que era indispensable una intervención quirúrgica. Conducido a Londres, fué operado por los mejores cirujanos del Reino. Pero el noble Lord comprendió la gravedad del momento y se dispuso a morir como había vivido, como gran señor, como verdadero Marqués Curzon de Kedleston. Mandó llamar al librero que iba a editar su obra postrera sobre el Gobierno inglés en la India y corrigió las últimas pruebas del volúmen. Como le hiciera a la vez algunas otras recomendaciones agregó:

—*If any thing wrong should happen with me* (Si algo malo me ocurriera)...

Dictó al propio tiempo su testamento. En este punto no era un inglés de verdad, porque todo súbdito de Su Majestad debe tener hechas sus disposiciones aun en plena juventud. Lord Curzon no las tenía y comprendió que le tocaba dictar un testamento que debía inmortalizar su nombre, que había de ser digno de su persona y de su carrera gloriosa.

Sentimos no tener esa pieza literaria a la vista, pues se publicó en las gacetas con motivo de la muerte de Lord Curzon. Es un documento interesante, porque retrata a su autor de cuerpo entero. La misma arrogancia, el mismo ademán

grandilocuente que usó en todas las circunstancias de su vida. Declara que sus hijas no recibirán nada de su fortuna personal, porque ya fueron debidamente arregladas su situación y su porvenir por su abuelo materno, el americano millonario de Nueva York. Su viuda, la que quedó siendo Marquesa de Curzon, recibiría su casa de Londres y una pensión digna de su rango nobiliario. Agregaba, con un gesto de vanagloria de hombre de mundo:

"Ella me dió las satisfacciones de la vida y el amor . . .

Dejaba al propio tiempo el domicilio histórico del castillo de Kedleston al Gobierno británico a fin de que lo mantuviera para solaz y estudio de los inteligentes.

Una vez firmado este documento, tan solemne como todos los actos de su vida, entregó su alma a Dios.

Sería inexacto decir que su muerte produjo consternación en el ánimo de su pueblo. Produjo esa sensación penosa que origina la pérdida de hombres útiles y meritorios. El estado se declaró de duelo y le fueron dedicados suntuosos honores fúnebres en la Abadía de Westminster.

Personalmente conocimos y tratamos a Lord Curzon, por incumbencias del cargo que desempeñábamos y constantemente nos interesó su individualidad representativa. No era solo un hombre descollante en la sociedad de Londres y en la política del Imperio; era un símbolo, era la condensación viviente de lo que es, en sus virtudes y en sus defectos, la raza británica. A ese título, lo mismo que a otros muchos, su persona era un tema de estudio, era la revelación de lo que los ingleses tienen de recóndito y de encubierto con las galas del disimulo. El rasgo distintivo y característico de Lord Curzon era la altanería de su temperamento y el desdén de su presunción olímpica. Cuando hacía una exposición en la Cámara de los Lores, entendía dictar conclusiones en una cátedra de derecho público. Tenía la suficiencia del *magister* y en política la arrogancia de quien no busca, ni desea, ni acepta popularidades.

Por ello, porque el pueblo sentía el peso de ese desdén aplastante y dominador que los honores fúnebres fueron reducidos al elemento oficial. Solemne como todas las ceremonias religiosas en la célebre Abadía, no tenía el aspecto fúnebre de nuestros ritos católicos. Nada en el recinto de aquél homenaje traía a la memoria un

suceso luctuoso. Precedido de los oficiantes y de los coros del templo, iba el ataud conducido en hombros de ocho portadores vigorosos. Nada que recuerde el luto o la muerte. Cubría el cuerpo difunto una bandera británica y los colores de la armería del noble marqués. Todo era blanco, o azul o rojo. Ninguna de esas enseñas sombrías de nuestras ceremonias de difuntos. Tras del féretro se divisaba, sin embargo, una figura rigurosamente negra. Era la silueta de la viuda, de la noble marquesa Curzon de Kedleston. Llevaba un collar de perlas y un velo negro le cubría el semblante. No había decaído con el dolor o con el duelo su belleza radiante de otros tiempos, esa que se exhibía en las cortes de Buckingham Palace con un esplendor que todo lo eclipsaba. La mente recordaba las palabras del noble Lord en su testamento memorable: "Me dió todas las satisfacciones de la vida y... el amor".

Ese desfile de las armerías heráldicas, del ataud conducido en hombros humanos, esos *pall bearers* que eran Lores, o Ministros, o generales o almirantes, junto a esa mujer solitaria con el severo luto de su viudez, traía una grave preocupación al espíritu. Pero no se sentía flotar el dolor colectivo, sino algo como el aparato escénico de una ficción teatral.

Eso también era un símbolo. Después de muerto, Lord Curzon vivía aún. Se sentía flotar la enseña del Virrey de la India, se veía su uniforme resplandeciente y su manto de púrpura semejante al que lleva el Rey mismo en las grandes solemnidades. Para terminar la existencia rumbosa del Marqués de Curzon, ahí está su testamento, pieza literaria y representativa de su carácter. Y en el continente, como recuerdo de su punzante ironía, ahí está el ciclista de Bagnoles de l'Orme que debía dirigirse a Berlín... otro símbolo de la ambición impotente de Francia, que no supo aprovechar su hora histórica.

La literatura inglesa se ha enriquecido con las obras que Lord Curzon publicó desde 1889 hasta su libro póstumo, cuyas últimas pruebas corrigió en su lecho de agonía, sobre el *Gobierno Británico en la India*. Pero su libro más representativo es seguramente *Tales of Travel* publicado en 1923. (1) En él se encuentra reflejada su mentalidad peculiar y el temperamento dominante del pueblo británico.

Su obra política más trascendental ha sido el tratado de Lausanne. No representa, como

---

(1). Tales of Travels, by the Marquess Curzon of Kedleston, gold medalist (1895) and President (1911 1915) of the Royal Geographical Society. London, Hodder and Stoughton. 1923.

hemos visto ya, un triunfo diplomático ni para él ni para el Gobierno de Su Majestad. Es la victoria de un gran imperio que otra vez dominó el mundo por sus condiciones de disciplina, de sumisión a la autoridad y su entereza militar hasta el sacrificio. Esas virtudes del mundo musulman no provienen de su educación cívica, sino de su fé religiosa. No habría poderes modernos capaces de vencer esos elementos nativos de la raza.

Por lo demás, los discursos de Lord Curzon en la Cámara de los Lores constituyen lecciones de política y de historia que muchos gobernantes futuros aprovecharán y que citarán en sus arengas y en sus declaraciones electorales. Y en cuanto al Gobierno de la India, sus obras constituyen la enseñanza más elocuente sobre esos problemas palpitantes. A cada momento surgen en esa vasta colonia asiática cuestiones de entidad extraordinaria, que requieren, no solo la ductilidad de los políticos, sino la experiencia de los hombres que han vivido esa existencia y que han respirado el aire de esas comarcas poseídas de la fé budhista y del fanatismo musulman. Inmensas colectividades, mercantilizadas por el progreso, pueblan las ciudades colosales de Calcutta y de Bombay, sin mencionar la capital histórica de Delhi, que reu-

ne las tradiciones enteras del Indostan, de la Mongolia, de todas esas tierras de misterio.

Lord Curzon falleció, como tenemos dicho, el viernes 20 de marzo de 1925, en los momentos en que su persona y su actuación política eran más contradictoriamente discutidas, no solo al frente de la crisis inglesa que acababa de excluirle del gabinete, sino de las complicaciones internacionales que se estaban produciendo en el continente europeo y en sus fronteras del Asia. René Pinon, al hacer en Francia la crónica de los sucesos políticos, se refiere detenidamente a la persona de Lord Curzon y a su desaparición prematura e inesperada de la escena de la vida.

"Lord Curzon, dice, pertenecía a una generación política de que era el último y el más eminente representante. Altanero en sus ademanes, llevaba la cabeza alta y la mirada lejos. Obstinado en sus propósitos, sin que le importasen los medios para realizarlos, era la encarnacion viviente del Imperio Británico y del imperialismo absorbente y conquistador... Había sido desde 1899 hasta 1905 virrey de la India. Esas elevadas funciones, ese gobierno absoluto sobre 300 millones de hombres, marcaron con una huella indeleble la inteligencia política y el carácter individual de Lord Curzon. El Imperio Británico le parecía un

enorme edificio mundial cuyo centro era la India, siendo sus avenidas el Egipto y Constantinopla, el Mediterráneo y la Europa continental. Traspasó las "fronteras científicas" de la India para extender el Imperio por Birbania y el Tibet hacia Siam y la China, por Persia hacia el mar Caspio y sus petróleos, por el golfo pérsico hacia Bagdad y el Mediterráneo; persiguió siempre la conjunción continental de la India y el Egipto. No busquemos en otra parte el secreto de sus planes; no nos preguntemos si fué o no un amigo de Francia; sabemos que le gustaba su clima y su cultura, pero las consideraciones sentimentales no entraban para nada en su política. Durante la guerra, dedicó todas sus actividades en contra de Alemania, sin perder de vista la paz, que trataría de que fuera fructífera para la Gran Bretaña. Después de la guerra, impregnado de las viejas tradiciones del Foreign Office, ha combatido por todos los medios los intereses franceses en el Cercano Oriente. Creía que toda la herencia del Imperio Otomano correspondía solamente a Inglaterra. En la detestable política que condujo al ejército griego a Esmirna para hacer de él el "soldado continental" del Imperio Británico en Anatolia, y que dió a los turcos la ocasión de

sus victorias de 1922, le corresponde una parte considerable de responsabilidades".

No incurriremos en el error de M. Pinon de atribuir la conducta diplomática y los procedimientos políticos de Lord Curzon a una pasión estrecha y a un sentimiento de hostilidad hacia Francia. Hombre eminentemente representativo, si los hay, de las ideas y sentimientos de su pueblo, no podía sustraerse a esa corriente tradicional que coloca a los dos países, simbólicos de la cultura moderna, en una pugna que ha perdurado a través de todas las mudanzas históricas. Así como Lord Curzon era opuesto a las ventajas que Francia pretendió obtener después de la guerra, había sido también tradicionalmente contrario a las ambiciones rusas en el Asia, y a los manejos bolcheviks después de la revolución. Era, por lo tanto, su persona un símbolo viviente del egoismo británico, que es, cualquiera que fuese su calificativo sentimental, la base de la grandeza y de la prosperidad de ese gran Imperio. Lord Curzon había sido, como el propio escritor francés lo demuestra de manera concluyente, una persona representativa de las cualidades de su raza y de las aspiraciones e ideas de su pueblo. Todas las circunstancias habían contribuido a reunir en su persona los accidentes externos, así como las ideas

que representaban la cultura británica y sus tendencias políticas y es precisamente a ese título y en virtud de la índole simbólica de su carácter, que le hemos dedicado un estudio preferente y concienzudo en las presentes páginas. Hemos pretendido así trazar un resúmen de las ideas dominantes y las condiciones sociales de la Gran Bretaña.

Para encontrar actualmente la condensación individual de todas esas condiciones de la intelectualidad y del temperamento político de aquel Imperio, sería menester buscar muchas personalidades asimismo representativas, pero sería difícil reunir en una sola individualidad las cualidades y acaso los defectos de esa vasta entidad social y política, preponderante todavía en los destinos de la civilización.

Lord Curzon veía, con su penetración de estadista, el eclipse próximo de esa inmensa preponderancia, y veía también que esa decadencia inevitable, en el flujo y reflujo de las humanas grandezas, tenía que venir del oriente, de ese vasto imperio de la India, al que había dedicado todas las energías de su edad madura.

El General Mangin

En agosto de 1921 hizo una visita a la ciudad de La Paz el General Mangin, que había sido enviado por el Gobierno de Francia en calidad de Embajador Extraordinario ante el Gobierno del Perú, con motivo de la celebración del centenario de la independencia de esa República. No habían transcurrido hasta ese momento sino tres años desde que se firmó el armisticio que puso término a la guerra europea y desde que se suscribió el célebre tratado de Versalles. Tres años, en ese galope de los tiempos, son como un instante en la vida de los pueblos. Podía decirse por lo tanto,, que los sucesos de la guerra estaban vibrando todavía en el recuerdo de los contemporáneos. A las incidencias más dramáticas de la batalla de Verdún, se encontraba íntimamente vinculado el nombre del general Mangin. Así

se explica como un militar de tan lejanas tierras hubiera sido acogido en Bolivia con tan singulares muestras de curiosidad y de simpatía.

El Gobierno de Bolivia se asoció calurosamente a ese homenaje espontáneo del pueblo a la persona del general Mangin. El Presidente de la República le acogió como huésped de la Nación y le ofreció un banquete en la casa de Gobierno. En esa ocasión, el que ésto escribe, en desempeño de funciones oficiales, tuvo la complacencia de dirigirle un brindis de simpatía y de bienvenida.

Estos antecedentes explican el presente comentario y bastarían para justificarlo si no concordaran con ellos otros hechos memorables y significativos. A su vuelta a Francia, el general Mangin quiso fijar en el libro el recuerdo de su excursión a América a bordo del crucero *Jules Michelet*, después de recorrer una gran parte del continente meridional y de ser acogido en todas partes con la simpatía que inspiraban su bravura militar y sus virtudes cívicas.

El relato de viaje del general Mangin vió por primera vez la luz en la *Revue des Deux Mondes* en el año 1923 y fué posteriormente editado en volúmen con el título de *Autour du continent Latin*.

Nos encontrábamos en esos momentos en Francia y pudimos observar, respecto de la obra meritoria del general Mangin, no solo la indiferencia pública que rodea a los temas latino-americanos, sino la que se dirigía a la propia persona de ese militar ilustre. En medio de la glorificación sin medida que se dispensó a los generales Joffre, Foch y Petain, la figura del general Mangin parecía como olvidada o eclipsada con el brillo de los grandes mariscales de la República. Pensábamos interiormente en la injusticia de los hombres y de los pueblos, que niega sus aplausos y sus honores a los que tienen el doble mérito del heroísmo y de la modestia. El general Mangin era un hombre modesto por excelencia, apesar de que en las filas pasaba por voluntarioso y autoritario. Tenía el temperamento democrático y no buscaba la figuración decorativa. De pronto, sin que hubiera precedido el anuncio de dolencias o de alternativas en su estado físico, los diarios hacen saber, en la mañana del 14 de mayo de 1925, que el general Mangin acababa de morir. Era jóven aún y vigoroso, no había cumplido los sesenta años. Al recibir esa noticia sorpresiva, el pueblo francés se dió cuenta de que había estado consumando, durante largos cuatro años, un olvido culpable y una injusticia mani-

fiesta. Unos y otros funcionarios, unas y otras autoridades, se pusieron afanosamente a corregir esos errores del pasado y trataron de colocar sobre el cadáver del general Mangin el bastón de mariscal de Francia. Debieron ver en la expresión rígida de ese soldado, algo como una protesta contra ese conato de desagravio. Otros pensaron, sin mejor consejo, otorgarle el título póstumo de miembro de la Academia francesa. Tampoco fué adoptado este temperamento, ya que el general Mangin no habría querido otra cosa en su vida que honores militares. La Academia estaba bien para los que, como el general Lyautey, no habían hecho en persona la campaña en las trincheras de Flandes.

Entonces se ideó un homenaje que era, sin duda, el que habría conmovido en más alto grado los sentimientos del general difunto. Se inició una suscripción popular para educar a los hijos del general Mangin y esa iniciativa, fervorosamente apoyada por el pueblo, tuvo el éxito de reunir cerca de un millón de francos para el objeto a que estaba destinada. El general Mangin era pobre y había muerto pobre, dejando una familia numerosa, como cumple a un buen ciudadano de Francia. El pueblo, que había acumulado injusticias durante la vida del general, se ha-

cía generosamente cargo de la educación de los hijos del vencedor de Verdún en la forma decorosa que corresponde a su carrera brillante en servicio de la República.

Todos estos incidentes pasaron a nuestra vista y pudimos sentir las palpitaciones de la congoja popular cuando se conducían los restos del militar ilustre a su última morada.

Con este motivo, todos estos recuerdos se agolparon a nuestra memoria: la llegada del general Mangin a La Paz, el banquete, la aclamación popular al héroe de Verdún, la reseña de viaje del *Michelet*, la muerte súbita del gran soldado en medio de la congoja de su pueblo.

Por ese mismo tiempo, nos tocó en suerte tener a nuestro lado, en un banquete oficial, al representante de los Soviets en Londres, a C. G. Rakowski, aquel mismo a quien fué dirigido el *ultimatum* de Lord Curzon en 1923. En el curso de la conversación, demostró un conocimiento de Bolívia tan completo, como es posible esperar y exigir de un europeo, casi de un asiático. Habiéndole manifestado nuestra extrañeza por tan completa versación, dijo el diplomático *bolchevik* que conocía esos detalles y esas noticias minuciosas por la lectura que había hecho de los recuerdos de viaje del general Mangin. Este escrito ha

sido, como puede verse, la más amplia y valiosa propaganda sobre Bolivia en el continente europeo. Para darle mayor notoriedad todavía, algunas apreciaciones del escrito del militar francés sobre la guerra del Pacífico, provocaron rectificaciones y aclaraciones de la Legación de Chile en París y otras tantos comentarios del agente diplomático del Perú. No se necesitaba más para dar a los recuerdos del general Mangin una repercusión excepcional en las letras europeas.

Estos antecedentes y estos recuerdos justifican la presente anotación bibliográfica, aun cuando no existieran esos otros motivos personales que hemos puesto en evidencia.

El general Mangin, en su obra citada, revela la influencia que ejercieron en su espíritu los veinte o más días que permaneció en Lima, y que llegaron a cautivar sus mejores sentimientos, así como su convicción de militar y de político sobre los incidentes de la guerra, que había estudiado con toda la predilección del técnico y del hombre de letras. Es fama que la hospitalidad limeña cautiva a los extranjeros que residen en su suelo, por su cultura, por su encanto peculiar y por el hechizo de sus mujeres. He ahí como el general Mangin, en su corta permanencia en la ciudad de

los Reyes, adquirió hondas simpatías hacia el Perú hasta merecer reproches de origen chileno.

Al contar sus impresiones de Bolivia, que son muy breves, como breve fué su visita a La Paz, relata su viaje de Guaqui a dicha ciudad a través de las planicies andinas y al frente del panorama magnífico de la gran cordillera.

Refiere las emociones de su travesía del lago Titicaca y describe esos paisajes abruptos, impregnados de grandeza.

"Al amanecer, dice, nos encontramos en el golfo cerrado que se llama el lago de Vinamarca. Una ligera neblina cubre las montañas. Solo se divisa una costa baja, con colinas suavemente onduladas, que nos llaman la atención después de haber visto los paisajes de formas escarpadas, a que los Andes habían comenzado a habituarnos. Numerosas embarcaciones flotan en esas aguas; son barcas planas, que tienen la proa y la popa un poco elevadas, hechas de juncos, como velas, que les permiten navegar lentamente; ese junco, la *totora*, es una planta acuática que parece especial de aquella región. Presta los mismos servicios que el *ambatch* en el Africa central, en el Tchad y en el Bahr el Chazal, y permite a los indígenas pescar y transportar cargas muy pesadas, apesar de que no existen maderas de construcción.

"A las ocho de la mañana llegamos a Guaqui, puerto boliviano y cabecera del ferrocarril que nos conduce a La Paz. Almorzamos en el casino de los oficiales de la guarnición, donde se nos dispensa la más cordial acogida. Hacia la una y media, tomamos nuestro tren especial y en ese instante, el cielo se ha descubierto y su azul claro tiene una limpidez cristalina. Podemos ver la parte más elevada y la más hermosa de la cordillera oriental, magnífica muralla de nieve que eleva sus altas cimas a 6,000 metros de altura en una extensión de 200 kilómetros. Los picos más septentrionales, los del Illampu, exceden de 6,700 metros; el más meridional, el Illimani, que se eleva a 6,400 metros, domina la ciudad de La Paz y nos dirigimos hacia él.

"Menos de una legua más adelante, nos detenemos en la estación de Tiahuanaco, donde vamos a visitar ruinas imponentes y misteriosas, las más antiguas de América y acaso del mundo entero.

"El lago Titicaca bañaba en otro tiempo el templo del Sol y es el que ha hecho posible el transporte de esos bloques enormes; la cantera de donde provienen se encuentra en la misma latitud, a 80 kilómetros más adelante. Ha sido preciso un sacudimiento formidable para vaciar sus aguas

a lo menos en sus dos terceras partes. Las plantas tropicales que allí se encuentran, degeneradas y contraidas, pero fácilmente reconocibles, no han podido nacer de gérmenes traídos desde lejos por los vientos dominantes; proceden de esa tierra, en otro tiempo de un clima tórrido, y que un sacudimiento colosal ha elevado a una altura en que el clima es apenas templado. ¿Y cómo imaginar que las multitudes de gentes necesarias para tales obras se hayan reunido para esfuerzos imposibles en esas alturas? En la edad terciaria, parece que el último de los sacudimientos que han transtornado el mundo, hizo nacer la cordillera de los Andes. Después, en el periodo cuaternario, un nuevo cataclismo ha destruido una humanidad que había llegado a un grado de civilización hasta entonces desconocido en el resto del mundo. Esta raza parece haber dominado en toda la actual altiplanicie y se vuelve a encontrar las mismas construcciones a lo largo del Desaguadero, que recibe las aguas del Titicaca hacia el sud y por el norte en el Cuzco, donde la última dinastía de los Incas edificó, encima de las construcciones del tipo Tiahuanaco, pero mediante procedimientos totalmente diferentes". (1)

(1). Como en gran número de viajeros que visitan la región de Tiahuanaco, se reconoce en los conceptos del general Mangin la influencia de las hipótesis fantasistas y pintorescas del señor Posnanski.

Se ve, por el pasaje que hemos trascrito y que pierde en la traducción su colorido original, que el general Mangin era un espíritu cultivado y accesible a las emociones sentimentales. Hasta entonces, había pasado por ser un soldado rudo, con todas las asperezas de un verdadero colonial. Su vida en el Sudan africano y su tenacidad férrea dentro de los muros de Verdún le habían dado una reputación de dureza que la obra que comentamos ha modificado en forma radical y concluyente.

Continúa su relato pintoresco refiriendo sus impresiones al divisar desde el Alto la ciudad de La Paz, animada, colorida y populosa. Declara que esa impresión se cuenta entre las más gratas y extraordinarias en el curso de sus viajes. Recuerda, finalmente, su visita al Presidente Saavedra y su presencia en el banquete que esa misma noche le ofreció el Gobierno en el Palacio Nacional.

"El Ministro de Relaciones Exteriores, dice, habló en nombre del Presidente de la República, conforme al protocolo local, y me dirigió las siguientes palabras:

"Señores: El gobierno de la república y el pueblo boliviano se honran y se regocijan al recibir la visita del señor general Mangin, que acaba

de desempeñar una embajada diplomática de cordialidad internacional y que representa las glorias militares de la Francia.

"No hay ningún concepto humano que despierte entre nosotros mayor exaltación cívica que la gloria militar, que consiste, no solo en los atributos del valor, de la abnegación y del ingenio, sino en los más altos del derecho y de la justicia. Cuando comprendimos en una hora aciaga para la paz del mundo que eran esas las enseñas que flameaban en vuestros estandartes, pasamos por encima de los convencionalismos de la neutralidad para hacer causa común con los defensores de esos principios tutelares de la civilización. Este recuerdo da una singular intensidad a nuestro homenaje y lleva fácilmente a los labios lo que está vibrando en los corazones. La epopeya, reciente todavía. del Marne y de Verdún provoca en estas altas mesetas andinas, los mismos entusiasmos que nos hicieron luchar en otro tiempo para conquistar la independencia política; comprendimos que se encontraba en peligro el principio de las autonomías.

"Las armas de la Francia conjuraron ese peligro gigantesco y os debemos por ello tanta gratitud como por lo que el genio francés hizo por nuestra independencia. En estas soledades

abruptas nació la idea y se hizo práctica la obra trascendental de la libertad de América y fuísteis vosotros, y los pensadores de Francia, los que inspiraron a nuestros jóvenes letrados las ideas de libertad, embebidos que estuvieron en las enseñanzas de Rousseau y de los enciclopedistas. Y conquistada la independencia, fueron siempre vuestros códigos, vuestras ideas, vuestra poesía inmortal los que guiaron nuestro desenvolvimiento social y político.

"Sabemos, señor general, que en vuestra carrera gloriosa habeis recorrido todas las zonas del planeta y habeis conocido de cerca las comarcas tórridas del Tonkin y de Sudan. No habreis visto, sin duda, como en estas latitudes, un mar interior que se extiende a 4,000 metros de altura y cadenas de montañas gigantescas que forman el panorama más imponente de la creación. Nos halaga la idea de que ese cuadro magnífico ha sido digno de vuestra persona y que habeis llegado acaso por primera vez cerca de los nidos de los cóndores, donde la mente adquiere lucideces transparentes y palpitan aceleradamente los corazones. A falta de otro homenaje más valioso, aceptad, señor Embajador, ese que os brinda la naturaleza de nuestra altiplanicie andina, donde vibran las grandes simpatías de un pueblo por vues-

tra patria gloriosa y por los ideales que ha sustentado en las letras y en los campos de batalla: el derecho y la justicia.

"Profundamente agradecidos por el honor de vuestra visita, hemos querido congregarnos un instante para rendir nuestro homenaje a las glorias de la Francia y a los generosos ideales que sustenta, tanto en la propaganda de sus grandes pensadores, como en los sentimientos de un pueblo que en las horas de prueba no puso límites a la abnegación humana.

"Señores, yo brindo por Su Excelencia el Presidente de la República Francesa, representado en este momento por el ilustre general Mangin y por la prosperidad y engrandecimiento de la Francia".

"Contesté en los términos siguientes:

"Señor Presidente de la República.—Es para mí un placer, al mismo tiempo que un honor, el traer el saludo de Francia al gobierno y pueblo bolivianos. En ninguna región del mundo la naturaleza ofrece a los hombres un espectáculo más imponente y grandioso. En tales alturas, el corazón palpita más aceleradamente y la visión es más clara, como Vuestra Excelencia acaba de hacerlo notar. Es natural, por lo tanto, que Bolivia haya sido la primera, entre las Re-

públicas libres de la América meridional, en romper la neutralidad y colocarse, en una hora solemne, al lado de los defensores de la civilización amenazada. Ya algunos de sus hijos, sin escuchar sino la generosidad de su corazón, habían derramado su sangre en las filas francesas y he tenido el placer de estrechar la mano a varios de mis compañeros de armas. En el calor de la lucha, las máscaras habían caído y vosotros habeis percibido la verdadera fisonomía de los que ya se creían dueños del mundo. La manera como practicaban la guerra os mostraba las reglas que iban a inspirar su hegemonía y habeis sentido que estaba amenazada la independencia de todas las patrias.

"Me siento profundamente agradecido al ver que la gratitud hacia mi patria no se refiere únicamente al papel que ha desempeñado en la victoria de ayer, sino que se dirige también a la inteligencia francesa, a nuestros filósofos del siglo XVIII, que encendieron la gran antorcha de la libertad. La fuerza material, el poder mismo del espíritu no fundan nada duradero sin la grandeza moral; he ahí la verdad resplandeciente que la gran guerra viene a confirmar una vez más. Bolivia, hermana latina de Francia, no lo ha olvidado en ningún momento.

"Levanto mi copa en honor de Su Excelencia el señor Presidente de la República y del Gobierno boliviano; por el desarrollo y prosperidad del pueblo boliviano".

Un incidente poco conocido, o acaso desconocido entre nosotros, se produjo con motivo de la llegada del general Mangin a Bolivia en momentos en que ejercía el general Kundt el cargo de Jefe de Estado Mayor del ejército boliviano. Dejemos al mismo general referirlo a su manera.

Al hacer la enumeración de los funcionarios del Estado que concurrieron a hacerle los honores de la hospitalidad boliviana, dice el relato que venimos comentando:

"Faltaba, evidentemente, la persona del Jefe de Estado Mayor del ejército, el general Kundt, que tenía en 1914 el comando de la misión militar alemana, cuando regresó a Europa para servir en el frente ruso, hasta 1918. Como el tratado de Versalles prohibió a Alemania el envío de misiones militares al extranjero, el general Kundt tuvo que adoptar la nacionalidad boliviana para reasumir sus antiguas funciones, una vez firmada la paz. Un oficial de su estado mayor vino a manifestarme su sentimiento por tener que ausen-

tarse de la ciudad en el momento de mi llegada, pero que no había podido aplazar una inspección urgente. Contesté que participaba de ese sentimiento, pero que comprendía las razones de servicio que le alejaban en aquel instante de La Paz. La prensa comentó sin benevolencia ese viaje intempestivo y aparentando ignorar la ley Delbruck, preguntó una vez más si el general Kundt era boliviano o alemán. Cualquiera que haya sido entonces su nacionalidad, era preferible que no hubiera asistido a ese banquete, en el que se cambiaron brindis que habría escuchado sin ninguna complacencia".

"A media noche, continua el relato de nuestro héroe, después de habernos despedido lamentando que nuestra permanencia fuera tan corta, nos encontramos en la estación del ferrocarril, donde algunos grupos de indios nos ofrecieron una serenata acompañada de danzas nacionales. Son exhibiciones satíricas que datan de la época española, en que se ve a las autoridades cubiertas de vestimentas grotescas de estilo Luis XV, con apariencias suficientemente ridículas, aunque no odiosas. Nos embarcamos, colmados de atenciones amables, lamentando muy sinceramente separarnos tan pronto".

"Al amanecer nos encontramos en Guaqui,

sobre el puente de nuestro pequeño vapor que parte en seguida y el sol disipa rápidamente la bruma. Volvemos a divisar la imponente Cordillera Real, ese macizo formidable de 200 kilómetros de largo que cierra el horizonte con su blanca barrera de nieve, con alturas de 6,000 metros".

"Después de visitar la isla del Sol, tomamos de nuevo nuestro vapor y nos encontramos pronto en medio del lago, cuyas orillas desaparecen en el horizonte. Pero siguen siendo visibles las montañas y gracias a la transparencia del aire, pueden observarse sus menores detalles, dando al panorama una extensión mayor que a la partida. El Monte Blanco es muy bello, visto del lago de Ginebra, pero es una masa aislada, que no puede compararse con estas grandezas. Luego, el Léman tiene 70 kilómetros de largo por 12 de ancho, mientras que el Titicaca mide 200 kilómetros por 60.

"Aquí tenemos 4,000 metros de altura y allí 375 . . . . El cielo de los trópicos ilumina el paisaje. Se comprende que los pueblos de los Andes hayan adorado este astro. Mientras el cielo permanece de un azul gris pálido y profundo, de súbito las nubes se acumulan hacia el este entre dos masas blanquecinas; se hacen más espesas, se oscurecen, llegan a ennegrecerse y estalla

el rayo; es el drama de la tempestad que casi todos los días anima ese espectáculo gigantesco, de una subyugadora belleza. El sol poniente viene a arrojar matices nuevos y contemplamos de golpe, como en un espectáculo de magia, todo ese horizonte cuya base es color de rosa y cuya cima es de un rojo resplandeciente La agitación del lago, que nos ha dado un movimiento muy acentuado, se calma súbitamente. El sol de fuego desaparece en el horizonte. Las nubes se disipan y bajo una luz cenicienta, aparecen como fantasmas blancos . . ."

A pesar de la vasta cultura intelectual que demuestra en el general Mangin su estudio sobre el continente latino, y a pesar de sus hazañas memorables en la defensa de Verdún, no pudo o no quiso ser otra cosa que un colonial. Ese había sido el escenario de su actividad y esa su existencia en los años fecundos de sus primeras campañas; campañas coloniales, pero no por eso menos esforzadas y meritorias.

Los primeros días de la guerra mundial presenciaron una verdadera transformación en los métodos militares de Francia. Una larga serie de oficiales superiores, teóricos de gabinete, embebidos en las ideas pasadas, fueron fracasando uno a uno en las pruebas de la gran batalla. Era di-

fícil, en el fragor mismo del combate, ir reemplazando con ventaja esos elementos deficientes ante la magnitud de la responsabilidad que el país afrontaba. El gobierno pensó en abandonar sus posesiones coloniales, comenzando por Marruecos; necesitaba en los frentes de la batalla la integridad de sus recursos y de sus hombres, Circunstancias diversas y entre ellas la intervención de Italia en la guerra y la obstinación patriótica del general Lyautey, determinaron la conservación de las guarniciones coloniales. Pero los jefes de esa vasta armazón en el mundo musulman que Francia gobernaba, fueron llamados bajo las banderas. Entre ellos estaba el entonces coronel Mangin.

Hemos observado, al reproducir algunas páginas de su viaje en el *Jules Michelet*, la predilección de aquel soldado colonial por los países y los horizontes exóticos, que sabía mirar y apreciar con su criterio experimentado de militar y de hombre de letras. Se ve el espíritu del general Mangin realmente embelesado en la contemplación de las bellezas de la naturaleza y lleno de emoción al recordar el pasado de razas primitivas que fundaron en América una civilización impregnada de dulzura, de disciplima y de sentimiento democrático.

Desde Prescott y Malte Brun, los centros intelectuales de Europa estaban llenos de las narraciones incáicas. La leyenda de Atahuallpa se hallaba difundida en todos los centros universitarios, pero no se había publicado aun una obra de viajes que presentara un cuadro actual, viviente y palpitante, de esas agrupaciones indígenas que han sucedido a los hijos del Sol. Escépticos y desconfiados, los hombres de ciencia aseguraban que la vida humana a los 4,000 metros de altura sobre el nivel del mar no podía ser sino una existencia imperfecta, moralmente embrutecida por la agitación inmoderada del sistema circulatorio.

El libro del general Mangin era una revelación, porque su palabra era digna de confianza y de crédito, porque era un documento irrecusable y definitivo. No solo la existencia humana en su plena robustez era posible a 4,000 metros de altura, sino que era una existencia vivaz, inteligente y capaz de todas las concepciones y de todas las iniciativas de la cultura moderna.

Es preciso leer, a través de las páginas vivientes de la obra del general Mangin, la descripción de la ciudad del Cuzco y las reminiscencias de su grandeza primitiva, el boato imperial de la dominación incáica, el trono de oro macizo del soberano, la quietud apacible de su pue-

blo, disciplinado y sumiso. El colonial que había sido el general Mangin hace gala, en esas pinturas descriptivas, de toda la inspiración del especialista, del técnico en materias de civilización incipiente. Es por ello que su palabra dejó una huella durable en el espiritu popular, no solo en Francia, sino en todos los países capaces de comprender y de apreciar la grandiosidad y la belleza.

"Nos encontramos, dice su relato, en uno de los sitios más antiguamente habitados, donde se encuentra el esqueleto del hombre terciario, fuera de despojos que parecen anteriores a la civilización de Tiahuanaco. El segundo período de esta última está representado por edificios importantes; una gran torre se eleva en el templo del Sol y sus cimientos, de una docena de metros, redondeados, forman una superficie cónica completamente lisa, que ha requerido un tallado especial para cada piedra, que se junta estrechamente con sus vecinas. Sobre esta base se eleva la construcción de la época incáica, del estilo de la piedra incrustada, de superficie irregular y cuyas junturas solas son lisas. En fin, el claustro de Santo Domingo lo domina todo con una columnata de tres arcadas sobrepuestas con un piso cubierto por un alero de tejas. El convento de San-

to Domingo se encuentra en el templo mismo y utiliza las antiguas murallas, en las que se ve todavía la huella de los garfios que sostenían una armazón de oro y de plata.

"Esta construcción parece un símbolo de las tres civilizaciones que han dominado en el país.

"Toda la ciudad moderna está edificada sobre las ruinas incáicas y se advierte el plan de la antigua capital, con su muralla exterior de varios kilómetros, sus calles estrechas, cortadas en ángulos rectos y su plaza central de la cual partían las cuatro vías principales del Imperio. Las murallas son enormes; sus piedras muestran una superficie poligonal irregular de cuatro a doce costados; las más grandes, 6 a 8 metros en cada dimensión, tienen salientes en las que se encajan sus vecinas; todas las superficies interiores son completamente planas y bien adheridas, hasta el punto que la hoja de un cuchillo no puede introducirse entre ellas; el conjunto es notable por su magnitud, así como por su adherencia, como en las construcciones ciclópeas.

"Del pueblo que levantó esos monumentos, sabemos todo lo que vieron y comprendieron los conquistadores españoles. Ni un punto mas, ni un punto menos. En efecto, los descu-

brimientos modernos no nos han traido casi nada como esclarecimiento. Muchos de entre aquellos han escrito, y entre ellos honorables legistas y santos sacerdotes se han indignado del tratamiento que se daba a los indios y su voz se ha levantado hasta el pié del trono; obtuvieron ordenanzas reales, cuyas intenciones estaban llenas de espíritu humanitario y órdenes reiteradas para hacer cesar los abusos. Muy a menudo los virreyes y altos dignatarios de Lima han tratado de seguir esas intrucciones; pero nunca esas órdenes han podido ser ejecutadas. Los escritos de esos primeros conquistadores revelan una gran admiración por los vencidos, a quienes trataban de comprender y en ese empeño se encuentran preciosos documentos de consulta. Merced a ellos conocemos tradiciones que, a falta de toda especie de escritura, se trasmitían de generación en generación, sobre las creencias, las instituciones, la condición material y moral de las poblaciones.

"Respecto de la última dinastía inca, venida con Manco Capac de las orillas del lago Titicaca, nos encontramos bien informados, pero nada sabemos de aquellas que le han precedido y muy poca cosa sobre la civilización de Tiahuanaco.

"Los españoles encontraron en los Andes

un pueblo tranquilo, civilizado, contento de su suerte, sometido a una autoridad perfectamente regular, en el que el crímen, casi siempre castigado con la pena de muerte, era apenas una rara excepción. Gracias a las sabias precauciones de los gobernantes, el hambre, que era una calamidad muy general en esa época en el mundo entero, era allí desconocida. Una autoridad tutelar fijaba el trabajo de cada uno y cada uno recibía la cantidad de riqueza de todo género que le era necesaria. En todo el imperio, las habitaciones son del mismo estilo y parecen representar la suma de solidez y de comodidad que era posible en esa época, pues muchas todavía prevalecen. Todos los bienes eran comunes y el pauperismo no existía. El socialismo moderno podría ver ahí la aplicación de sus principios fundamentales. "De cada uno según sus facultades, a cada uno según sus necesidades". En consecuencia, no existía moneda, pues la aplicación de esos principios hacía inútil toda especie de intercambio. La agricultura es una ciencia que permite la cultura de las tierras más áridas, gracias a grandes canales que tienen a veces más de cincuenta leguas de largo; las menos fértiles merced al empleo del guano que es traído de la costa y sobre las pendientes mas abruptas en que murallas especiales forman

planicies extensas. Caminos bien construídos cruzan las calzadas, los pantanos y los barrancos. Por todas partes se levantan construcciones consistentes que, a falta de los elementos europeos, revelan la labor de gran número de obreros y trabajos continuados con persistencia durante muchas generaciones. El oro y la plata son esparcidos con admirable prodigalidad sobre las murallas de los templos y de los palacios, embelleciendo los aparatos de uso familiar. A falta de hierro, se da al cobre un temple especial, cuyo secreto. ya desaparecido, le presta una dureza comparable a la del acero. Sirve para tallar las rocas más duras y aun las piedras preciosas como la esmeralda y la turquesa. El arte del tejido fabrica las telas necesarias para todas las circunstancias de la vida, los vestidos de trabajo y los de gran lujo, gracias al empleo común de todos los esfuerzos. En cada terreno dedicado a la cacería, cada dos o tres años, siete u ocho mil indios aprisionan muchos miles de vicuñas, que son esquiladas y puestas después en libertad; su lana es entregada a las tejedoras que fabrican las telas, y las telas a los sastres que confeccionan los vestidos. Cada indivíduo recibe en seguida los trajes que corresponden a su condición personal y a su género de vida.

"Estos resultados extraordinarios de una organización tan perfectamente establecida, no son conseguidos sino mediante el ejercicio de una disciplina social minuciosamente observada. Este comunismo está fundado en la más pura teocracia. El jefe supremo, el Inca, no sólo es el representante del cielo, es el hijo del Sol, que es Dios mismo, y la más pequeña desobediencia a sus órdenes es considerada como un sacrilegio, castigado con la muerte. Los depositarios de su autoridad son los príncipes de su familia, revestidos como él de un caracter sagrado. No hay poder humano fuera del Inca, pues el papel de los sacerdotes está reducido a la celebración del culto y no existe otra ley que su voluntad suprema, que está rodeada de un aparato majestuoso y de una fuerza imponente.

"El Imperio, en efecto, es necesariamente conquistador y se propone engrandecerse sin cesar para hacer participar a las poblaciones, cada día más numerosas, de los beneficios de la religión solar y de su perfecta organización. El primer Inca Manco Capac ha sido el primero en establecerse en el Cuzco; sus sucesores no han cesado de engrandecer el Imperio. El décimo tercer Inca extendió su poder hasta Quito en el Ecuador, hasta 2,500 kilómetros al norte, y el dé-

cimo cuarto sobre todo Chile a 1,000 kilómetros al sud. El décimo quinto Inca, Atahuallpa, cuyo Imperio está actualmente dividido entre las cuatro Repúblicas del Perú, de Bolivia, del Ecuador y de Chile, fué traidoramente victimado por los españoles.

"De tal manera, la política y la guerra no cesaban de extender sus fronteras. Los pueblos de anexión reciente eran gobernados con prudencia y humanidad; sus dioses tenían lugar en el Panteón del Cuzco y podían seguir adorándolos, reconociendo al mismo tiempo la divina soberanía del Sol. Para propagar la lengua y el espíritu de la raza dominante, los esposos eran invitados a vivir durante algunos años en el Cuzco y hacer educar allí a sus hijos. Poblaciones enteras eran así transportadas en las mismas condiciones de clima, cambiando, sin observación, sus tierras y sus bienes. De esta manera se establecían núcleos fieles en las regiones nuevamente conquistadas y las tribus de fidelidad dudosa, trasladadas al territorio propiamente nacional, eran colocadas en la imposibilidad de hacer daño. Así se establecía la unidad de creencias, de lengua y de raza, creándose una gran nación bajo la dominación del Inca. A tiempo de la llegada de los españoles, podía calcularse su población en 15 mi-

llones de habitantes, de los cuales 8 estaban establecidos en el territorio actual del Perú.

"El aislamiento de este Imperio explica su formación y su institución. Parece que la civilización de los Incas en los Andes no tenga ninguna relación con las que se desarrollaron entre los Aztecas de Méjico, y anteriormente entre los Toltecas de la misma región, lo mismo que entre los Maias de la América central. Estos pueblos se desconocían y la falta de navegación los tenía aislados del resto del mundo. Este aislamiento, que parece era absoluto, explica muchas anomalías; metalurgistas competentes y experimentados, los Incas no supieron extraer el hierro, cuyo mineral existía en abundancia en los Andes. Esos arquitectos superiores ignoraban las bóvedas; sus palacios, con murallas laminadas de oro, eran techados con paja y los departamentos de habitación estaban ventilados tan solo por la puerta de entrada, pues no conocían las ventanas. Grandes constructores de caminos, no sabían hacer puentes, sino solamente calzadas en las que los torrentes se habían abierto un paso. El arado era desconocido para esos sabios agricultores y abrían el surco por medio de una pesada viga, que arrastraban seis u ocho hombres.

"Ese aislamiento produjo consecuencias

más graves en el dominio espiritual. Las únicas comparaciones posibles son con las poblaciones primitivas cuya inferioridad manifiesta impresiona al pueblo de los Incas. El origen divino de sus instituciones, sostenidas por una fuerza invencible, no provoca ningún examen, ninguna tentativa de escepticismo. El Inca mismo cree en su propia divinidad; su única regla moral es el respeto de esa divinidad y de las tradiciones de sus abuelos. Es por eso que no siente el vértigo de las alturas, cuya atmósfera le es habitual. Su conducta no recuerda en nada la que ha empañado a casi todos los Césares de la decadencia, esos improvisados; ni tampoco ese desequilibrio mental de que son víctimas algunos contemporáneos que llegan demasiado pronto, desde el momento que se sienten libres de toda vigilancia. El Estado es el mismo y su benevolencia universal no es sino un egoismo a la medida de su grandeza. La paz en el interior es la guerra en las fronteras, pero una guerra bien organizada, con una intendencia previsora y suficientes reservas y cuyas hostilidades no duran nunca bastante tiempo para cansar a los pueblos. Hay que detenerse un instante para contemplar ese magnífico equilibrio del soberano y de la nación.

"Pero cuando de las riberas del océano

misterioso surgen hombres blancos que se han hecho invulnerables, llevando en las manos el trueno y montados sobre animales extraños, la fé se desvanece, que era la base del edificio y se desploma de golpe; nada queda hoy día, ni tradición, ni fé religiosa o moral, ni artes, ni letras, nada más que las ruinas imponentes que admiramos aquí.

"¡Cuántos recuerdos se evocan en esta gran plaza del Cuzco, que habla de la fundación del Imperio, de las ceremonias triunfales, de su poderío siempre creciente, el golpe mortal que recibió a la llegada de Pizarro, y las últimas convulsiones de su agonía!

"Allí desfilaron durante siglos enteros los batallones del Inca, con su uniforme propio y su bandera provincial, la guardia con el estandarte arco-iris del soberano y el Inca mismo, con sus ornamentos hieráticos, sobre su litera de oro macizo... Luego la entrada de Pizarro y los viejos luchadores de Italia y de Flandes, con sus armaduras, sus arcabuces y sus caballos, objeto de un estupor indecible. Aquí fué decapitado el cadáver del viejo Almagro, después que el compañero de armas y el rival de Pizarro fué estrangulado en su prision. Decapitado también el hermano de Pizarro, después de su rebelión contra la Corona,

"Sobre todo, evoco la imágen de la ejecución del último Inca Tupac Amara. (1) Cuando se alza la cuchilla del verdugo, un murmullo tal de horror domina la multitud que el Obispo del Cuzco y sus canónigos se dirigen al virrey para pedir la gracia del condenado. Se mantiene la sentencia inflexible y la cabeza del Inca cae, para ser en seguida exhibida sobre el cadalso. Y en la noche, un caballero español, en el propio balcón en que me encuentro en este instante, puede

---

(1). Hemos conservado sin alteración esa manera de escribir el nombre del que llamamos en América Tupac Amaru. En punto a la ortografía de ese nombre, cabe citar la carta memorable que Juan Bautista Tupamaro escribió con fecha 15 de mayo de 1822 al Libertador Bolívar, en la que le dice: «He sido conservado hasta la edad de ochenta y seis años, en medio de los mayores trabajos y peligros de perder mi existencia, para ver consumada la obra grande y siempre justa que nos pondría en el goce de nuestros derechos y nuestra libertad; a ella propendió Don José Gabriel Tupamaro, mi tierno y venerado hermano, mártir del Imperio peruano, cuya sangre fué el riego que había preparado aquella tierra para fructificar los mejores frutos que el Gran Bolívar había de recoger con su mano valerosa y llena de la mayor generosidad». (*Memorias* de O'Leary).

Ignorando la fuente de donde sacó el general Mangin esta ortografía, Tupac Amara, la hemos conservado tal como está en el texto de su obra.

contemplar la plaza llena de una multitud de indios arrodillados, que lloran en silencio contemplando el rostro del último de sus príncipes . . . Pero cerca de doscientos años más tarde, esta misma plaza presenció una escena más espantosa aun; un descendiente remoto de la noble raza, educado en un convento del Cuzco, hecho marqués por el rey de España, se compadeció de su pueblo y trató de arrancar'o de la opresión que pesaba sobre él. Siendo inútiles sus lamentaciones y sus protestas, recobró el nombre de Tupac Amara, y acudió a las armas, no contra la autoridad del rey, que no cesó de acatar, sino contra las exacciones de sus agentes. Vencido en una lucha desigual, traicionado por uno de los suyos, fué entregado a los españoles. En virtud de una sentencia dictada con todas las formalidades legales por el juez José Antonio de Areche, vió traer a su presencia su tío, su yerno y su esposa; el verdugo les cortó la lengua y los sometió a la tortura; él mismo fué condenado a tener cortada la lengua y fué descuartizado por cuatro caballos; su cabeza y sus miembros dispersos fueron exhibidos en las aldeas que se sublevaron con él. Estos horrores encendieron de nuevo la insurrección bajo el comando del mestizo Andrés, sobrino de Tupac Amara y durante varios años se multiplicaron los com-

bates, las matanzas y los suplicios, con igual ferocidad de ambas partes. No tuvo fin la rebelión sino con la sumisión de Andrés que fué, por otra parte, asesinado. Pero la dominación española llegaba a su término y no había sido salvada sino por la fidelidad de los españoles nacidos en América, los criollos, que debían después sublevarse y proclamar su independencia".

No pretendemos ocultar ni disimular que el general Mangin estaba lejos de ser un hombre de mundo, en el sentido ordinario de la palabra, es decir, un hombre de cultura social y un favorito de los salones. Ni era ese su papel, ni cabía exigirlo en un verdadero soldado colonial, tostado por las arenas del desierto, endurecido por los soles abrasadores del Sudan africano. Sus modales y su conversación le conducían siempre al escenario de sus actividades pretéritas. Sus temas favoritos eran las comarcas lejanas del Tonkin, de Sudan y de Marruecos. El asunto palpitante de actualidad, en los momentos de su visita a Bolivia, era el problema de antes y de siempre en el norte africano, el problema marroquí. Profundamente preocupado se sentía en esos instantes con las noticias que llegaban de la guerra de Africa y de los desastres que los españoles acababan de sufrir en esa comarca. El militar fran-

cés era muy versado en materias coloniales; había sido durante la mejor parte de su vida un colonial. Censuraba, con su criterio de profesional, las evoluciones tácticas del ejército español y veía con toda la suficiencia de la victoria y del éxito, una serie de errores en la campaña realizada. No habría pensado entonces que pocos años más tarde vendrían a su turno los desastres para el ejército francés y que entrambos debían coordinar su acción para dominar esa campaña musulmana, sostenida por la fuerza del fanatismo y por la energía indomable del Islam. En el general Mangin se veía el hombre apasionado de su arte y que mostraba signos de vasta suficiencia, vencedor como había sido en las batallas del Marne y de Verdún. Era el tipo del soldado de raza, pequeño de estatura y cuadrado de hombros, de una conformación angulosa de la cabeza, que daba al conjunto de su fisonomía una expresión de firmeza y de persistencia.

Era esa su reputación como colonial y como jefe de ejército. Uno de los oficiales de su intimidad ha publicado sus recuerdos personales sobre los diferentes episodios en que pudo observar la tenacidad y la fuerza de carácter del general Mangin. Refiere que aquella imputación es exagerada. Era hombre capaz de acoger indicacio-

nes y consejos, pero tenía la rapidez de las resoluciones. En un jefe de ejército que tiene sobre si tan grandes responsabilidades, esa cualidad es singularmente preciosa. Las dificultades se presentaban a menudo súbitas, requerían decisiones rápidas, y Mangin tenía aptitudes extraordinarias para hacer frente a esa clase de situaciones.

Hasta el momento de su viaje a América, el general Mangin carecía de notoriedad en el mundo de las letras. La publicación de su estudio *Autour du Continent Latin* lo sustrajo de esa penumbra en el horizonte literario de Francia. Esa obra hizo, por lo tanto, una propaganda doblemente eficaz para las Repúblicas latinas que visitó, por cuanto sus apreciaciones partían de un espíritu que se había impuesto recientemente en los círculos intelectuales de la gran capital.

Este antecedente da el mérito de la oportunidad a las referidas apreciaciones, especialmente aquellas que tenían relación con el conflicto internacional de 1879 y que merecieron las rectificaciones de la Legación de Chile que anteriormente hemos recordado. Debemos manifestar que esas opiniones tienen a nuestro juicio más mérito por su sinceridad que por el brillo de su forma literaria.

El general relata sus impresiones con mo-

tivo de la revista militar que se realizó, en cumplimiento del programa de los festejos del centenario, en el hipódromo de Santa Beatriz de Lima el día 2 de agosto de 1921. Manifiesta sus sentimientos de simpatía hacia aquel ejército, que había recibido la educación francesa y contaba, para su mejoramiento futuro, con las lecciones de brillantes oficiales del ejército francés, bajo la dirección del general Vassal. No puede el general Mangin sustraerse a esa corriente de camaradería y al orgullo de llevar la influencia de Francia a las comarcas más lejanas del planeta.

"Según la tradición militar, dice, invité al día siguiente a comer a los oficiales superiores que habían tomado parte en la revista. Los oficiales de la misión francesa habían sido recibidos por sus camaradas peruanos; los oficiales generales me habían invitado a mi mismo. De modo que la jornada del 2 de agosto ha creado entre los cuadros del ejército peruano y yo, un vinculo que se fortalece cada día más. Todo el mundo se hace con nosotros expansivo, tocando a la misión francesa contribuir al éxito de los festejos. Puedo comprobar que el ejército trabaja silenciosamente y empieza a comprender la necesidad de mantenerse alejado de la política. El forma parte de la Nación y participa de sus espe-

ranzas. En la situación actual es siempre la misma cuestión que vibra en todos los labios y que se resume en dos palabras: Tacna y Arica. El Perú, vencido por Chile, aceptó un tratado de paz excesivamente oneroso y le dió cumplimiento; pero una cláusula de este tratado prescribía que la población de dos de las provincias ocupadas sería consultada respecto de su anexión a Chile y los vencedores se han resistido siempre a la ejecución de ese compromiso. En el estado actual del mundo, tal situación no puede prolongarse y traerá seguramente una nueva guerra entre las dos naciones".

Esta profecía pesimista demuestra hasta qué punto el general Mangin se encontró impresionado por el ambiente que respiraba. Tales sentimientos no fueron atenuados con su visita ulterior a Chile y con su contacto con personalidades prestigiosas de esa República, en cuyo suelo debía escuchar otro género de previsiones. Entretanto, los conceptos que hemos traducido, tan fielmente como ha sido posible, demuestran la espontaneidad de carácter que era uno de los rasgos simpáticos de su personalidad, contribuyendo á realzar su persona ante el juicio de la Francia conmovida, no solo por la desaparición del jefe que defendió con éxito su bandera dentro de los

muros de Verdún, sino por la injusticicia con que sus contemporóneos juzgaron y apreciaron su conducta.

"Mangin fué, dice M. Hanotaux, (1) un hombre de guerra. Ha llegado un tiempo en que los pueblos tienen que soportar los grandes sacrificios. No se puede siempre elegir la paz cuando los demás han elegido la guerra. Si la guerra se produce, la fórmula justa es: proceder pronto y a fondo. Una guerra que dura es la más mortífera, la mas abrumadora de todas. Para una guerra rápida, se necesita disciplina e iniciativa. Y para la aplicación de ambas, la facultad viril por excelencia, es decir el carácter. Mangin fué un carácter. El quería lo que se necesitaba. Su inteligencia, su actividad, sus dotes que se emplearon con éxito producían esa acción eficaz y justa que no es sino el resultado de una voluntad fuerte y bien equilibrada. La gran guerra, en que Mangin prestó sus servicios, lo encontró listo y lo reveló en todas sus facultades. Había servido ya en Africa, en Asia, en todas partes. Es propio de esa clase de hombres no buscar la tarea; ella los busca. Siendo superiores, son indispen-

---

(1). G. Hanotaux. Le général Mangin. París, 1925.

sables, en cualquier época en que aparezcan. Las multitudes saben adivinar y aclamar a sus salvadores!... El pueblo necesita, de tiempo en tiempo, un hombre y que ese hombre salga de sus filas. Mangin fué uno de esos hombres".

Nos corresponde, después de mostrar el lado personal y la influencia militar del general Mangin, antes y durante la guerra europea, examinar sus opiniones sobre los problemas políticos y sobre los hechos ocurridos en América con motivo del conflicto del Pacífico. Sus datos no siempre son rigurosamente exactos, pero se ve el golpe de vista sereno y certero con que aprecia las condiciones sociales y políticas de los países en pugna y las incidencias principales de la guerra. Se complace en ese examen y en esa crítica histórica, porque ha adquirido la suficiencia del éxito y de la victoria. Se le puede creer, porque posee la mirada certera que se impuso a viejos prejuicios de sus conciudadanos y que prevaleció con sus métodos militares en la acción militar de Verdún.

Muchos vieron en la misión de Mangin a América una forma para alejar ese elemento innovador de las filas del ejército francés. Es notorio que no tenía ambiente entre los poderosos. Por su parte, esa excursión, en que llevaba en alto la bandera francesa, cuadraba a sus gustos y a

sus aptitudes. Así lo demuestra desde el principio de su largo viaje de circunnavegación.

Es preciso, para darse cuenta de las impresiones del general Mangin al frente de los problemas del Pacífico, escucharle el relato de su viaje en la República de Chile.

"A la Escuela Naval de Valparaiso, dice, se encuentra anexo un museo marítimo muy interesante y lleno de recuerdos gloriosos. Ahí está la flota chilena en los tiempos de la guerra de la Independencia. Bajo el mando de Lord Cochrane, audaz corsario que vino del Mediterráneo, conquistó el dominio del mar y transportó el ejército de San Martín que dió la independencia al Perú".

"La guerra naval de 1879 entre Chile y el Perú es evocada también. Primero el combate de Iquique, con el sacrificio magnífico del comandante Arturo Prat, cuya estátua acabo de saludar en la plaza principal de Valparaiso. Por último, he aquí la torre del *Huascar*, acribillada de proyectiles que la abrieron de todos lados. Me incliné delante de esos gloriosos despojos, que recuerdan el heroísmo desplegado por el almirante Grau y los cuatro oficiales que fueron sacrificados sucesivamente después de reemplazarlo en el comando. Feliz el pueblo que puede exhibir esos re-

cuerdos de gloria y educar a sus hijos en medio de ellos! Otros cuadros representan los combates librados por el ejército chileno en la misma guerra; pude notar que las tropas llevaban en aquella época el uniforme francés, casaca azul, kepí y pantalón rojo. El almirante Nef me dice que después de esa guerra, Chile pidió a Francia la misión militar que necesitaba para la instrucción moderna de su ejército; pero el ministerio de la guerra francés estimó que después de sus derrotas se imponía cierto recogimiento. Es entonces que Chile se dirigió a los oficiales alemanes, que dieron a las tropas chilenas un uniforme y ademanes netamente germánicos".

Refiere en segida su entrevista con el Presidente Alessandri, quien le hizo preguntas sobre su viaje y sobre el estado político de Francia. Desviando súbitamente la conversación, conversó largamente sobre Gustavo Le Bon y su obra sobre la *Psicología de las multitudes*...

Se ve fácilmente la intención con que este incidente está relatado y es uno de los síntomas del estado de su espíritu.

"Si Chile ha permanecido neutral durante la guerra, concluye el general Mangin, ha celebrado sinceramente nuestra victoria y ha encontrado en mi paso una oportunidad feliz para de-

mostrarlo. Sería, pues, mezquino guardar rencor a ese pueblo altivo, justamente susceptible, llamado a un gran porvenir".

Después de examinar los antecedentes históricos de la organización política del Perú y de Chile, dice lo siguiente:

"Entre ambas Repúblicas se extendía el territorio de Bolivia, cuyo suelo montañoso estaba separado del mar por un largo desierto; en la costa existía un puerto y una región rica en nitratos, alejada del centro del país y cuya explotación se encontraba en manos de empresas chilenas. Los conquistadores españoles de Bolivia se mezclaron considerablemente con los Indios Aymaráes, raza enérgica y fuerte; y a pesar de esa circunstancia favorable bajo cierto punto de vista, esa República es el Estado más turbulento del universo, pues ha visto más de sesenta revoluciones y seis presidentes asesinados en el curso del siglo XIX. Esa instabilidad constante repercutia en las finanzas, en la organización y armamento de las tropas y principalmente en la política extranjera".

Se ve cuánto camino han andado las leyendas forjadas, sobre todo en los países vecinos, sobre la índole turbulenta de Bolivia y sobre sus sesenta revoluciones. Esa novela ha sido

tan difundida por los cronistas y explotadores de lo inverosimil, que en muchos Magazines europeos y americanos se ha hecho sustancia la existencia borrascosa de los bolivianos y la borradura del Mapa por el Gobierno de la Gran Bretaña...

"Chile, agrega la crónica del general Mangin, que había contribuído a la emancipación del Perú, cuando la acción de los argentinos hubo asegurado su independencia con San Martín, se había unido al Perú cuanda España ocupó las islas Chinchas en 1864; una vez restablecida la paz con el Perú, España se volvió contra Chile, que había pagado su intervención en la querella con el bombardeo inícuo de Valparaiso; pero el Perú tomó de nuevo y espontáneamente las armas y rechazó a la escuadra española en el Callao. Ese desastre español fué una revancha del bombardeo de Valparaiso. Parecía que esa acción militar contra un enemigo común debía recordar a los dos pueblos la comunidad de su orígen y de su historia, y también otros intereses inmediatos; pero al propio tiempo, en la costa meridional del Perú y en el pequeño litoral boliviano, el descubrimiento de ricos yacimientos de nitrato y de guano abrió una era agitada en que las fronteras, el régimen de explotación y los

derechos de salida, eran materia de discusiones y de querellas incesantes".

"Los primeros descubrimientos de salitre en la provincia boliviana de Atacama habían sido realizados en 1842, y poco tiempo después, el parlamento chileno los había declarado de "propiedad nacional". El gobierno boliviano protestó inmediatamente, pero el número de obreros chilenos aumentaba constantemente y el Gobierno eludía toda respuesta. De este modo creaba cada día nuevos títulos para su posesión de hecho. En 1863 el parlamento boliviano dictó una ley concebida en los siguientes términos: "Se autoriza al Poder Ejecutivo para declarar la guerra al Gobierno de Chile en caso de que, agotados los medios de conciliación, por la vía diplomática, no consiga la devolución del territorio usurpado, o a lo menos una solución compatible con el honor nacional". Este acto insólito hacía más difícil la discusión. Entretanto, en 1866 Bolivia cayó en manos de un tirano desequilibrado y sanguinario, Belgarejo (sic), que firmó con Chile un tratado entregando la mitad del territorio disputado, y partiendo por mitad también sus productos y los derechos de aduana, en una administración común que sería una nueva fuente de desavenencias. Nuevas gestiones vinieron a perturbar a Bolivia; Chi-

le pedía en ellas la totalidad de su territorio marítimo, ofreciendo su ayuda para encontrar una compensación en las provincias meridionales del Perú. Se agregaban a los yacimientos de guano los depósitos de nitrato, cada día más importantes y acababa de descubrirse además una mina de plata; las empresas chilenas se multiplicaban en toda esa región, atrayendo capitales y trabajadores de ese país. Numerosos documentos revelaban la gran inquietud del gobierno boliviano, que la hacía conocer al ministro de los Estados Unidos en La Paz, al mismo tiempo que al Gobierno del Perú. El 8 de noviembre de 1872, el parlamento boliviano votaba una ley que decía: "El Poder Ejecutivo negociará un tratado de alianza defensiva con el Perú para contrarrestar cualquier agresión extranjera". Las gestiones iniciadas en Lima en cumplimiento de esta ley, son acogidas con gran prudencia, con el temor de que Bolivia, sintiéndose fuerte con el apoyo que solicitaba, llevara muy lejos sus exigencias, aumentando así las probabilidades de guerra "entre países que deben, a causa de sus intereses recíprocos, mantenerse unidos en la paz", según la expresión del ministro de relaciones exteriores del Perú a su ministro en Bolivia.

"Pero la situación siguió agravándose y

llegó a firmarse un tratado de alianza defensiva entre el Perú y Bolivia y fueron iniciadas gestiones en Buenos Aires para hacer entrar a la Argentina en ese pacto. En dicho país, la cámara de diputados aprobó el texto propuesto, pero el senado lo aplazó. El gobierno del Perú esperaba ingénuamente que el tratado permanecería secreto, a pesar de las discusiones parlamentarias a que dió lugar; pero él llegó a conocimiento de Chile, como lo demuestra este telegrama de la Cancillería chilena a su ministro en Buenos Aires; "Marzo de 1874. La supuesta alianza entre el Perú y Bolivia, a que se refieren sus despachos confidenciales de 12 de enero, 22 y 26 de febrero últimos, llegó a conocimiento de mi gobierno por diferentes conductos y acaba de ser confirmada confidencialmente por el honorable representante del Brasil en esta capital"

"Parece resultar de publicaciones recientes que el Perú desempeñó, durante el período de estas negociaciones, un rol conciliador en el conflicto surgido entre los dos estados, moderando así las reclamaciones de Bolivia. El 6 de agosto de 1874 llegó a firmarse un tratado que, aunque dejaba en poder de Chile el territorio que Bolivia le había cedido en 1866, hacía desaparecer varios de los motivos de disputa. Establecía que

"las personas, industrias y capitales chilenos no estarán sujetos a ninguna contribución de cualquier especie, fuera de las existentes y esto durante el espacio de veinticinco años". Por otra parte, toda dificultad que surgiera, debía ser sometida al arbitraje".

"Un incidente de mínima importancia vino a precipitar los acontecimientos. El dictador Belgarejo (sic) había dado a sociedades chilenas importantes concesiones para la explotación de nitratos. y el nuevo gobierno, después de haber negado la validez de esos títulos, había consentido en una transacción con la compañía, mediante una participación de 10 por ciento en los beneficios de la explotación. El parlamento boliviano aprobó el tenor general de esta transacción, pero sustituyendo a esta última cláusula un derecho de 10 centavos por quintal de salitre exportado. En esta forma, la ley de 14 de febrero de 1878 era contraria al tratado de 1874, que establecía que las industrias chilenas no podrían ser gravadas con ninguna contribución nueva".

"En vista de la protesta del ministro chileno en La Paz. el gobierno de Bolivia suspendió primero los efectos de la ley, pero a fines de 1878 reclamó bruscamente de la compañía el pa-

go de 90,000 pesos, como importe de los derechos que habría debido pagar desde la promulgación de la ley. El tono de la controversia entre las dos cancillerías se hizo cada día más violento; el Ministro de Chile en La Paz recibió instrucciones para denunciar el tratado de 1874 en el caso de que la ley fuera aplicada y de reivindicar todos los derechos que Chile obtuvo del tratado de 1866. El gobierno boliviano suspendió todas las medidas adoptadas, pero dictó otra mucho más grave, anulando la concesión de la compañía, título que emanaba de un verdadero contrato, y anunciaba la venta pública de todas las propiedades y del material de la compañía para el 14 de febrero de 1879.

"Pero el 14 de febrero de 1879, desembarcaba en Antofagasta un cuerpo de quinientos soldados chilenos. La guerra comenzaba así entre Chile y Bolivia".

Hemos reproducido textualmente la versión del general Mangin sobre las causas determinantes de la guerra del Pacífico, para mostrar la manera como los observadores europeos explican los acontecimientos militares o políticos. Sigue a este resúmen del conflicto diplomático, una reseña de los hechos de la guerra, tan exacta y detallada como puede exigirse de un oficial de la

moderna escuela y que contempla los acontecimientos desde la distancia de cerca de medio siglo.

En su carácter de jefe de ejército, el general Mangin debía dedicarse preferentemente al estudio de los elementos y de los recursos de los dos combatientes. No solo debía examinar las condiciones étnicas de sus poblaciones, sino sus armamentos y su preparación militar.

"Las fuerzas que se encontraron al frente, continua su relato, no correspondían de ninguna manera al estado de tensión política y a la importancia relativa de los beligerantes. Se cree generalmente que las probabilidades de la guerra aumentan según el número de soldados alistados bajo las banderas. En el caso actual, examinada la condición de los dos países en conflicto, el efectivo del ejército había disminuído de una manera sensible en Chile y resaltante en el Perú. Con una población de 2.500,000 habitantes, Chile no tenía en 1879 sino un ejército de 2,500 hombres, cuando pocos años antes había tenido 3,300 hombres sobre las armas. Pero la guardia nacional de 25,000 hombres podía ser elevada a 55,000 hombres en pié de guerra. La composición de las tropas chilenas es muy homogénea; los indios araucanos tienen poca diferencia con los mestizos y conservan las cualidades gue-

rreras de sus antepasados. El ejército chileno se encontraba preparado por las expediciones al sur, contra sus tribus todavía rebeldes y estaba bien instruído, ya que su comando se conservaba fuera de la política. Su armamento era excelente. La infantería estaba armada con el fusil francés modelo 74 (fusil Gras) y con el fusil Comblain; la artillería tenía el cañón Krupp, aparte de algunas piezas pesadas de Armstrong. La caballería era superior. El Perú, mientras tanto, que había tenido 12,000 hombres de ejército, no contaba ya sino con 4,500 para una población de tres millones de habitantes. Los indios quichuas, que formaban la infantería, eran de una raza guerrera en otro tiempo, después muy sumisa, pero que recobra sus antiguas condiciones una vez educada. El quichua es sobrio, persistente, tenaz, valeroso, muy adicto al jefe que sabe estimarlo. Con buena dirección, resulta en poco tiempo un excelente soldado.

"El armamento, entretanto, se resentía del estado de las finanzas y de la confianza que inspiraba al Gobierno la alianza de 1874, a la cual esperaba que se adheriría la República Argentina, empeñada a la sazón en un conflicto con Chile por la posesión de la Patagonia. Los fusiles de la infantería eran de modelos incoherentes y va-

riaban casi por cada regimiento. Esta diversidad complicaba la provisión de municiones, que se efectuaba de manera insuficiente al principio de la campaña. La artillería estaba armada de cañones de bronce fundidos en Lima. En el combate, los artilleros, en su mayor parte, preferían su carabina a la pieza que servían. Los negros constituían un buen contingente para la caballería que era pequeña y deplorablemente equipada.

"El efectivo de las tropas bolivianas era en tiempo de paz de 2,200 hombres, pero tenían por todo armamento 1.500 fusiles Remington y viejos fusiles de chispa. En sus tropas pretorianas había desaparecido la influencia de Santa Cruz; hacían y dehacían presidentes de la República y en ellas la política dominaba por encima de la instrucción militar. Sin embargo, los aymarás que formaban la base de los dos millones de súbditos bolivianos pueden competir con los quichuas del Perú y esos rudos montañeses recobran en la campaña sus condiciones de resistencia, de sobriedad y de estóico valor militar".

Después de hacer un inventario de los elementos navales de Chile y el Perú y de poner en evidencia la importancia que tenía en esa guerra el dominio del mar, agrega:

"Bolivia no poseía ningún barco de gue-

rra; Chile, por su parte, tenía un número de buques doble del de los aliados, y comparando las unidades de combate en los dos campos, Chile tenía una superioridad considerable en tonelaje, en velocidad, en artillería y en protección".

Continua después el relato detallando prolijamente las diferentes operaciones de la guerra. Lo hace como profesional, con toda la competencia y pasión de un hombre del oficio. Las tres campañas principales, la de Iquique, la de Tacna, y la de Lima, encuentran en su relato un crítico avisado y seguramente imparcial, por mucho que sus informaciones sean en varios puntos deficientes. Pero sus deducciones son en grandes líneas que en el momento del conflicto bélico, ni el Perú ni Bolivia se encontraban en condiciones de abordar un choque armado y que Chile mismo, aunque superiormente preparado, carecía de los elementos numéricos que antes había poseído. Tal estado militar permitía rechazar la idea de que el tratado de alianza perú-boliviano hubiera tenido propósitos agresivos. El Perú consideraba, conforme al relato del general Mangin, que la influencia moral de dicho tratado bastaría para evitar la guerra:

Abandonando sus puntos de vista militares, el general Mangin pasa a apreciar las conse-

cuencias políticas del conflicto, el tratado de Ancón y los orígenes del llamado problema del Pacífico, hasta llegar a las conferencias de Washington y al protocolo de arbitraje de julio de 1922.

Como dijimos anteriormente, las apreciaciones del general francés sobre las causas de la guerra, sobre el desarrollo del conflicto y sobre sus consecuencias políticas, han dado lugar a rectificaciones vehementes que dió a la prensa, en su debida oportunidad, la Legación de Chile en París y acaso otros comentarios de la misma índole en la prensa de Santiago.

Nosotros también podríamos agregar algunas rectificaciones de detalle; pero el concepto sustancial del general Mangin es que el Perú y Bolivia fueron a la guerra sin la preparación necesaria y en posesión de todas las condiciones de inferioridad militar. No podrían, por lo tanto, culpar al destino por los resultados de ese conflicto bélico, ya que fluían necesariamente de los elementos y recursos con que los beligerantes fueron a los campos de batalla. Adquirida esta convicción, perfectamente documentada, el general Mangin emprendió su viaje de regreso a Francia, visitando Bolivia, Chile, Argentina y Uruguay, países a los cuales dedica apreciaciones y conceptos tan justificados e imparcfales como los que le ins-

piró su visita al Perú, objeto fundamental de su misión a los países latinos de América.

Gabriel Hanotaux, que es un historiador y un hombre de letras eminente, era un amigo del general Mangin. No podía hacer, para enaltecer su memoria, otra cosa mejor que relatar sus hazañas memorables, después de recordar sus campañas del Sudan, su influencia preponderante y decisiva en la consolidación del imperio colonial de Francia en Asia, en Africa, en todas partes donde hubiera poblaciones primitivas que civilizar.

"La primera vez, dice, que vi a Mangin durante la guerra fué en el mes de diciembre de 1914, inmediatamentete después de la batalla del Marne; comandaba en Roucy, sobre el Aisne, la división que acababa de libertar todo el pais, desde Courgivaux y Montmirail hasta la encarpada ribera de Beaurieux. Posteriormente, no lo ví más hasta Verdún. Era en mayo de 1916. A la caída de la tarde, el cañoneo parecía calmarse, los dactilos de la gobernación comenzaban a imprimir excelentes comunicados. Todos sonreian, pero no estaba dicha la última palabra. De pronto, saliendo de la bruma, un auto militar, tan lleno de fango como el campo de batalla mismo, se detuvo en el vestíbulo y Mangin avanzó con su paso nervioso, las facciones contraidas, pero con

el júbilo en la mirada. Todos se agruparon en torno suyo, le estrechaban las manos, le felicitaban. Al reconocerme, se arrojó en mis brazos. Fué uno de los instantes más felices de mi vida. Hemos recobrado Douaumont, exclamó. El general Petain arrastró a Mangin, entre los otros generales, a la sala de la gobernación en que estaba instalada la oficina del estado mayor. Había algo camo una confusión ordenada, un regocijo reprimido, una curiosidad discreta; todos querían saber, pero ninguno se atrevía a interrogar. Mangin, pálido y dominador, había aparecido como el dueño de la situación. Del corredor se oía su voz clara, que resonaba adentro, explicando, sin buscar efectos oratorios, esa cosa tan sencilla consumada en la hora y el minuto previsto, la toma de Douaumont. Los prisioneros seguían pasando delante de la casa y solo el ritmo de sus pasos interrumpía la voz aguda, que el rumor del cañón acompañaba en el silencio de la noche".

No siempre acompañó la fortuna al general Mangin. Poco tiempo después, en 1917 fué a la ofensiva del Somme y Mangin se encontraba en Fismes.

"¡Fismes! exclama Hanotaux. Hacia dos mil años que César, habiendo establecido su campamento en Fismes, había avanzado sobre el Aisne

y había descendido esas mismas colinas para rechazar las multitudes venidas del norte. Era pues, renovándose, el eterno drama de la civilización francesa. Yo evocaba este recuerdo en presencia de Mangin, que sonreía bajo su bigote negro. En aquella ocasión, la victoria le fué esquiva. Fué conducido ante un consejo de investigación. El consejo, presidido por el general Brugére le dió completamente la razón. Entonces comienza la parte más hermosa de la carrera de Mangin. Parecía que esa gran fuerza, que palpitaba entre sus anchas espaldas, se ha exaltado más aun con la injusticia. Nadie ignora que era el jefe llamado para las ejecuciones definitivas. Siempre que hay un sitio decisivo que tomar, una maniobra que concebir o que preparar, un frente vacilante que sostener, se llama a Mangin. No necesito recordar las páginas de Compiegne, de Villers-Cotterets; están relatadas en mi *Historia de la guerra*, lo mismo que las hazañas de Verdún, según las mismas notas del héroe. El mariscal Petain las ha esculpido para la Historia en su discurso lapidario de los Inválidos, la verdad sobre una tumba. El gran soldado de pié, dirigiéndose al gran soldado tendido delante de él, no ha omitido los rasgos legendarios que adornan con un penacho

caballeresco la vida de un jefe que sabía también manejar el fusil".

El ilustre académico se refiere después a la última etapa de la actividad prodigiosa del general Mangin, a su actividad intelectual. Se había criticado y censurado su obra, se había encontrado demasiada osadía en sus actitudes y en sus soluciones. Entonces recogió la provocación dirigida a sus mejores actos, a sus más sabias resoluciones y publicó, terminada la guerra, sus libros *Como terminó la guerra; Miradas sobre la Francia de Africa; Hombres y hechos.* De esa época data su viaje de circunnavegación y su estudio magisiral *Alrededor del Continente Latino.*

"Un hombre, termina M. Hanotaux, nacido en Lorena, ha ejecutado en cincuenta y ocho años, hazañas memorables. Ha recorrido el universo, llevando a todos los climas el servicio de la Francia. De una salud de hierro, la ha derrochado en forma de fiebre de acción, hasta llegar a esta muerte prematura. De carácter independiente, sin preocupación personal, sin necesidades, fué ardiente tan solo en favor de las causas nobles, sirviendo el culto de su familia, de su patria y de Dios. Muere pobre, dejando tras si esa bella tropa de niños que su mujer valerosa, hija de los Cavaignac, conducía de la mano, en

el cortejo fúnebre, en medio del recogimiento de París, hasta la morada común. El pueblo de París, que siente por la Francia entera, ha demostrado en su actitud que comprendía lo que este hombre era para su patria. El silencio de los pueblos es la lección de los grandes. Mangin fué con sus camaradas de Africa, uno de los grandes expansionistas franceses. Guillermo el Conquistador, Godofredo de Bouillon, Champlain, Lesseps, todos los que han dejado sobre este planeta la huella de sus garras, son de esa misma estirpe".

Otro escritor. conocedor íntimo de la persona del general Mangin, Alfred Guignard, nos revela en la *Revue des Deux Mondes* del 15 de julio de 1925, las condiciones de su carácter y los motivos por los cuales su obra militar fué mal apreciada y mal comprendida por los contemporáneos. Verdadero colonial y conocedor, por lo tanto, de los elementos de esas poblaciones de raza diferente, luchó siempre por incorporar los efectivos de las colonias al ejército eficiente de Francia, durante y después de la guerra. Esa innovación chocaba el espíritu francés, mas que por prejuicio que por estudio detenido de los hechos. Conocido es el ascendiente personal del general Mangin sobre esos soldados y sobre esas pobla-

ciones. Fuera de su labor profesional para educarlas y para prepararlas, tenía el afecto que le inspiraban y la adhesión que encontraba en ellas. Habiendo ganado la convicción de diferentes hombres políticos, pudo presentar en abril de 1917 al Presidente de la República y al Ministro de la Guerra un ejército de 45,000 hombres, negros, somalis o indochinos, perfectamente preparados, que fueron incorporados al VI ejército.

"En todas partes, escribe M. Guignard, cualesquiera que fuesen sus tropas, columnas, divisiones o ejércitos. el general Mangin seguía siendo un jefe colonial. Se aferraba a ese título, a esa función. Su popularidad militar era inmensa a causa de su esmero para penetrar en los deseos y necesidades aun de los más humildes de sus compañeros de armas. Sus visitas a las líneas más avanzadas, eran proverbiales por su osadía y por su temeridad. Sabían sus soldados que tomaba parte en sus penas y en sus sufrimientos tomando él mismo el fusil en las manos, marchando a pié cuando la ruta era escarpada, como ocurrió en Bélgica, en Escardes y en la primera batalla del Marne".

Estaba escrito que la justicia nacional para el general Mangin sería póstuma. Ese discurso del mariscal Petain en los Inválidos al frente

de sus despojos inertes, es un símbolo. El pueblo mismo, desorientado y confuso, no debía comprender sino demasiado tarde cuales fueron las virtudes cívicas, la pujanza militar y la iniciativa colonial del general Mangin, y esa suscripción popular para la educación de los hijos huérfanos, era una débil reparación para su memoria, pero lo único que, en su gallarda altivez de soldado, habría aceptado como recompensa de sus esfuerzos.

El general Mangin era un fervoroso del latinismo, es decir de las excelencias y virtudes de la raza latina. Comprende que el espíritu de tenacidad y de perseverancia, que alcanza en la práctica los grandes resultados, se encuentra del lado de la raza sajona; pero todos los encantos de la idealidad y del sentimentalismo, son atributos de la raza latina. No incurre en el error de creer que la mezcla de españoles y de indígenas en la América del Sur ha pervertido las cualidades de la raza conquistadora, para crear un hibridismo que no se armoniza con las condiciones originales de aquél factor étnico en el continente europeo. Así mismo mezcladas con los elementos aborígenes, las poblaciones sud americanas son eminentemente latinas, como si surgieran del Lacio mismo. En esa condición social encuentra

el secreto de la influencia de la civilización y de la cultura francesa en este continente.

Advierte el general Mangin que en la sociedad de las Naciones, que es el organismo más universal que exista en la hora presente, la América latina tiene 17 votos, mientras que la Europa latina no tiene sino 6, formando un total de 23 votos latinos sobre un total de 44.

"Estos latinos, agrega, se reconocen entre si por la analogía de su lengua, por su comprensión rápida de las cosas y por sus comunes sentimientos; son movidos por las mismas formas de la elocuencia, experimentan idénticas reacciones; tienen la misma fé y las mismas negaciones, pues han adorado siempre los mismos dioses. La osadía del pensamiento se acompaña a menudo de cierto desdén por el hecho material y su lógica inflexible busca lo absoluto, la aplicación inmediata de principios teóricos.

"Las mismas luchas intestinas los dividen y en ocasiones los desgarran, pues contribuyen frecuentemente en sus disensiones políticas con la misma intolerancia que sus antepasados en las querellas religiosas. Las cualidades mas raras entre esos pueblos, y que deberían esforzarse en adquirir, son las del sentiminnto práctico, del trabajo paciente, del órden y del método que distin-

guen a otros países. Las dotes de la inteligencia y de la sensibilidad dominan en ellos las condiciones del carácter. La cultura greco-latina, el derecho romano, la herencia católica y la filosofía del siglo XVIII les ha dado un ideal común, cuya evocación provoca esos arrebatos generosos y desinteresados que son la nobleza de las naciones y aseguran a menudo la grandeza de su porvenir. Reconocer, mantener y estrechar los vínculos de la latinidad, es una tarea cuya importancia debe ser accesible a todas las inteligencias".

Arrebatado a la vida en pleno vigor de sus facultades y de su actividad intelectual, el general Mangin no habría sido nunca en Francia una figura sobresaliente del ejército, ni un caudillo. Era necesario que su muerte hiciera apreciar la magnitud de sus cualidades. Este mismo estudio que estamos comentando sobre el viaje interoceánico del *Jules Michelet* habría quedado mal apreciado o ignorado por los lectores franceses. Son temas de un exotismo que no provoca la curiosidad de las multitudes. Unos pocos eruditos se preocupan de investigar cuales son las condiciones de la civilización en este continente apartado de la cultura europea, y muy raros se sienten interesados en los orígenes remotos de una civilización que no se explican, en su compren-

sión deficiente de la historia de otros tiempos. Como hemos hecho notar en otra página, el estudio paciente y erudito del general Mangin sobre la civilización de los Incas, hace honor, no solo a la cultura de su espíritu, sino a sus sentimientos humanitarios y generosos.

Desaparecido el general Mangin de la escena de la vida, sus conciudadanos han comprendido la injusticia con que esa generación que hizo la guerra trató a ese hombre de condiciones excepcionales y superiores, que fué uno de los factores de la victoria. No solo tenía el tecnicismo de su arte, sino la fé en los éxitos de la justicia. Era no solo un soldado colonial, sino un romántico de los grandes ideales humanos. Lo están diciendo a voces esas páginas tan primorosas y tan fuertemente sentidas que consigna en su libro inmortal sobre el continente latino.

No sólo llegó a penetrarse de la historia de la civilización incáica, sino que comprendió la mentalidad dominante en estos pueblos, con una intuición maravillosa. Esa cualidad de su espíritu debe atribuirse a su práctica colonial, al criterio superior con que apreciaba otras razas y otras civilizaciones.

Hemos podido leer relatos de viajes de

hombres mayormente experimentados en el estudio sociológico de las tierras exóticas, pero ninguno ha sabido penetrar con mayor profundidad los secretos de civilizaciones desaparecidas que el libro del general Mangin sobre el continente latino.

No sabían sus conciudadanos que dentro de la corteza áspera de ese soldado endurecido por los soles del Sudán, existieran todas las delicadezas de un alma abierta a las grandes emociones de la naturaleza y capaz de comprender la mentalidad de razas extinguidas para siempre.

Memorias de König

Al comenzar el primer capítulo de las presentes apuntaciones, hacíamos notar cuan incompletas son hasta ahora las revelaciones de la historia boliviana, aun tratándose de sucesos recientes y de controversias palpitantes. Muchos acontecimientos de importancia manifiesta se encuentran todavía cubiertos con el ropaje de comentarios contradictorios. Es un alto deber moral y cívico contribuir a la dilucidación de incidentes pasados, ya que solo la verdad histórica presta base para una enseñanza provechosa y señala un derrotero fijo para las orientaciones de los estadistas.

Creíamos oportuno poner término a estas ya prolongadas disquisiciones históricas y literarias, cuando nos llega un documento de fuente inesperada que viene a arrojar una luz nueva sobre sucesos ocurridos en tierra boliviana en los primeros instantes del presente siglo.

A fines del mes de octubre del presente año, llegó a nuestras manos la *Revista Chilena*, número correspondiente a Agosto último, en el que aparece una mención valiosa sobre incidentes políticos o diplomáticos en que nos correspondió cierta participación secundaria, pero asimismo interesante en nuestros fastos internacionales.

La *Revista* citada hace referencia, a propósito de un incidente de actualidad chileno-boliviana, a la nota de König de 1900 y a las memorias que ese personaje chileno ha dejado sobre su misión en Bolivia y que el señor Fanor Velasco V., pariente suyo, ofrece dar prontamente a la estampa. Esta *Revista Chilena* no es aquella que dirigían Amunátegui y Barros Arana en 1878 y en la que escribió René-Moreno sus informaciones verbales sobre los sucesos de mayo de 1809 en Chuquisaca. Esta es homónima suya, pero menos linajuda y presuntuosa que aquella.

El artículo que ha llamado por muchos motivos nuestra atención se refiere a una persona que hemos conocido y tratado con cierta proximidad en tiempos muy alejados del momento actual, a principios del presente siglo. Es por ello que el recuerdo que hacemos de esa época no

puede menos que ser melancólico; un cuarto de siglo más en la vida de un hombre . . .

El señor Fanor Velasco, hijo sin duda de aquél competente funcionario que conocimos como Subsecretario de Relaciones Exteriores en la época de Santa María, hace un rápido comentario sobre un incidente diplomático recientísimo, al mismo tiempo que nos da la noticia, desconocida para nosotros, de que el señor Abraham König falleció hace poco más de un año y ha dejado, no solo papeles de índole política muy interesante, sino sus propias *Memorias* personales, un verdadero Diario de su Vida, mientras residió en la ciudad de La Paz. ¡Qué tesoro para la crónica de este país, para el conocimiento de sus vicisitudes sociales y políticas de ese tiempo y para la verdad histórica! Algunas líneas breves que copia de esas Memorias dan la medida de su interés palpitante. Por fortuna, no se limita el señor Velasco a anticipar esas muestras del ingenio de su autor desaparecido, sino que adelanta la promesa de entregarlas íntegramente a la publicidad.

El comentarista avanza una apreciación sobre las incidencias ocurridas y declara que el único que supo hablar a Bolivia el lenguaje de la verdad y el que convenía a su difícil compren-

sión intelectual, fué el señor König y que por ello le deben acatamiento y gratitud, no solo sus conciudadanos, sino que también los bolivianos mismos. Entra en seguida a juzgar y analizar la célebre nota dirigida por aquel personaje a la Cancillería de Bolivia con fecha 13 de agosto de 1900 y que produjo, no sólo escándalo y extrañeza en todo el continente sud americano, sino también una explicable sorpresa en países más alejados de nuestra actividad latina.

"La lectura de este documento, dice, (la nota König de 13 de agosto) por los gobernantes bolivianos, significó para Chile, en un minuto, la conquista de lo que nunca había podido conseguir en el transcurso de veinte años, o sea que el pueblo boliviano adquiriera la conciencia de la magnitud de sus responsabilidades consecuenciales de la derrota".

"Digo que esa nota, agrega más adelante, no produjo en el ánimo de los dirigentes bolivianos, ni en el pueblo, la impresión de *caballazo* que han querido atribuirle después de 26 años los periodistas y políticos paceños. Muy lejos de eso. Las relaciones personales del señor König con el presidente Pando se mantuvieron en el mismo o mejor pié de cordialidad que antes tenían, como lo demuestra la circunstancia de que el 16

de agosto, tres días después de enviada la nota al Gobierno de Bolivia, el Presidente, en una comida que daba en su casa a los senadores, sentara a su mesa, como personajes de intimidad, tan solo a Lisboa, ministro del Brasil y a König, ministro de Chile".

Causa extrañeza, en efecto, que el Presidente Pando no hubiera medido los alcances de la nota König y la gravedad que se desprendía de su lenguaje insólito, para dar al ministro chileno esas muestras inoportunas de deferencia y de cordialidad. Pero la explicación nos parece obvia, dentro de las prácticas burocráticas de ese tiempo y en cierto modo de los actuales. La nota fechada el 13 debió ser entregada el 14 y ser conocida por el Presidente el 15, fecha en la cual la invitación a la comida del general Pando no podía ser correctamente cancelada.

Pasaremos por alto, para tomarlas en cuenta después, cuando venga la integridad de las Memorias de König, la reseña pintoresca que consigna el Diario de su vida paceña, sobre desinteligencias más o menos acentuadas entre el Ministro Villazón, cuya personalidad representativa era tan prestigiosa entonces como lo es el día de hoy, con el Ministro de Gobierno don Carlos V. Romero, que le reemplazó con carácter interino du-

rante la rápida crisis ministerial que se produjo y que se solucionó con el nombramiento de Don Federico Díez de Medina para la cartera de Relaciones Exteriores. Volveremos a la materia sustancial de estos apuntes, es decir, a que el señor König nos hizo entender lo que no habíamos entendido hasta entonces, respecto de las consecuencias y responsabilidades de la guerra.

Ocupaba el que estas líneas escribe, a la llegada a Bolivia del señor König, el cargo de Oficial Mayor de Relaciones Exteriores, durante los Ministerios del señor Guachalla, primero, y del señor Villazón, después.

Al conocer el nombramiento del señor König como Ministro en Bolivia, evocamos el recuerdo de nuestras recientes experiencias en Chile y pensamos que el presidente Errázuriz, al hacer esa designación, no había incurrido, como lo decía el diario *La Unión* de Valparaiso, que cita el señor Velasco, "en la mejor de sus humoradas", sino que eligió un hombre del mayor volúmen político e intelectual que había venido de Chile a la altiplanicie. Había pertenecido al partido radical de ese país, que hizo en compañía de Mac Iver y de Castellón, la campaña electoral de 1896, una de las más cálidas que recuerde la República. Personalmente, nunca habíamos cono-

cido al señor König, pero teníamos noticia de sus rasgos oratorios y sus brotes de oportunidad y de ingenio. Había ido a Chiloé para dirigir la campaña en favor de don Vicente Reyes en 1896 y al regresar, después de una derrota desoladora, dijo en un manifiesto memorable, "Vengo del infierno . . ."

Victorioso el presidente Errázuriz de los esfuerzos de esos campeones épicos que acompañaron a Reyes en su campaña por la presidencia, se dedicó a desarmar o a suavizar a sus enemigos. Les daba, según su peculiar lenguaje de bromista político, *la baba del loro.* Recordamos, como si fuera ayer, la irritación de aquellos políticos que no admitían resignación con su derrota. Les movía toda la intransigencia del despecho.

König se encontraba entre aquéllos empecinados contra el éxito. Arranques memorables tuvo su oratoria cáustica e incisiva.

Apenas ungido el presidente Errázuriz con el óleo del poder, que había sido árduo para él conquistar, dedicóse a la agradable tarea de recompensar los servicios políticos que sus amigos le habían prestado.

Muchas personalidades de la prensa pasaron, como por ensalmo, a la diplomacia. El diario *La Unión* de Valparaiso había sido uno de

los batalladores de vanguardia en la lucha política de 1896. Su gerente don Wenceslao Vial ,Solar pasó a ser secretario de la Legación en Francia y su colaborador semanal, don Rafael Egaña, fué invitado para la Plenipotencia en Bolivia. Este escritor atildado y correcto, era a la vez cáustico e incisivo en las crónicas semanales que publicaba con el seudónimo de Jacobo Eden, y uno de sus temas predilectos era denigración a Bolivia, ya sea en el tono doctoral de sus comentarios políticos, ya en la forma aguda y sarcástica que era peculiar de su temperamento y de su ingenio.

Un buen día, al mismo tiempo que se publicaba el nombramiento del señor Egaña, se daba en la propia *Unión* noticia de una comida de despedida que sus parientes y amigos le ofrecieron en un hotel de Viña del Mar. Como homenaje al viaje próximo del nuevo diplomático, se dejó descansar la nota cómica para conceder a Bolivia algunas alusiones complacientes. Pero algún ratón de biblioteca había encontrado los medios de hacer llegar a dicho país una compilación de los escritos sarcásticos de Jacobo Eden y tuvieron efecto tan considerable en el juicio de personalidades dirigentes de Bolivia, que determinaron una objeción fundada y documentada sobre la persona del señor Egaña. Este incidente, ge-

neralmente ignorado, contribuyó a que la representación diplomática de Chile en Bolivia quedara acéfala hasta la llegada del señor König, omitiendo hacer mención de una rápida aparición de don Joaquin Godoy en aquel horizonte político.

Entretanto, si Chile carecía de representación oficial en la altiplanicie, Bolivia figuraba, al despuntar el siglo nuevo, con una representación muy autorizada, y estamos a punto de decir que con dos: el doctor Emeterio Cano, y el caudillo que acababa de ser derrocado el 9 de abril de 1899 doctor don Severo Fernández Alonso, quien tuvo una residencia prolongada, aunque extra-oficial en Chile.

La asociación de ideas pugna por arrastrarnos a otro tema de comentarios políticos y diplomáticos, de manera que será cuerdo que volvamos a nuestro tema inicial, las *Memorias* de don Abraham König.

Dos años después venía König a Bolivia. Tuvimos la curiosidad natural de conocerle de cerca. Su trato afable, su jovialidad y su franqueza nos hicieron la mejor impresión. Al acercarnos a él creimos servir prácticamente un posible entendimiento chileno-boliviano, dado el puesto oficial que ocupábamos. Con motivo de la presentación de sus credenciales, con un discurso de

cordialidad y de cortesía perfectas, le ofrecimos una pequeña comida, pequeña como dimensiones. pero significativa como calidad personal. Estaban presentes, como tiene a bien recordarlo él mismo en sus Memorias citadas por el señor Velasco, los señores Heriberto Gutiérrez, Ignacio Calderón, Federico Díez de Medina, Fernando E. Guachalla, Benedicto Goytia, Carlos Torrico y algunos más. Al ofrecerle esa manifestación de simpatía a su país, expresamos que conservábamos recuerdos gratos de nuestra permanencia en Chile. En respuesta, el señor König manifestó su deseo de aproximar a los dos países en una amistad duradera y expresó los conceptos amables que son de uso en tales circunstancias. Habíamos invitado también a esa comida al señor Villazón, pero se excusó expresando que era él quien debía haberla ofrecido.

Estos incidentes ocurrieron probablemente en el curso del mes de junio de 1900, y recordamos que el 14 de julio emprendimos viaje con el señor Guachalla con dirección a los Estados Unidos, a donde iba él como Ministro de Bolivia, y el que esto escribe como secretario de la Legación.

En Washington, a donde llegamos a fines de setiembre, recibimos el texto de la nota célebre de König y de la respuesta del señor Villazón.

Nos corresponde aquí relatar, por primera vez, incidentes que no son precisamente secretos, pero que solo han llegado a la noticia de personas muy versadas en la política internacional de esa época, o muy estudiosas de aquellas materias. No solo no son secretos, sino que han sido referidos en letras de molde en la forma que va a leerse.

El señor Guachalla recibió instrucciones del Gobierno de Bolivia para hacer conocer por el departamento de estado de Washington el tenor de aquella famosa correspondencia y para solicitar, en vista de la situación que ella creaba, una mediación del Gobierno de los Estados Unidos. En la primera conferencia con el secretario John Hay, a la cual tuvimos el honor de acompañar al señor Guachalla, dicho personaje nos pidió que le hiciéramos conocer, en una traducción inglesa, la aludida correspondencia. Sugerimos al señor Guachalla la conveniencia de hacer una edición especial de esos documentos, con su texto español y su traducción inglesa, que publicamos en un pequeño folleto con el título de *Bolivia and Chile*. Después de recibir la primera copia del folleto, el departamento de Estado nos hizo pedir otras mas, dos o tres, lo que demostraba por lo menos el interés o la extrañeza que tales documentos habían producido en ese despacho.

En nuestro sentir, era un indicio favorable para la gestión y así lo manifestamos al señor Guachalla, a quien nos ligaba, más que un vínculo oficial, el de una amistad antigua y afectuosa. El señor Guachalla, que era un hombre espontáneo y expansivo, hizo confidencia de sus gestiones y de sus esperanzas a sus amigos los ministros de la República Argentina y del Perú, señores Eduardo Wilde y Manuel Alvarez Calderón. Existía en pié en esa época la cuestión de límites entre Chile y la Argentina, que puso tantas veces en peligro la paz del continente y persistía también vigente el litigio de Tacna y Arica que veintiseis años después se mantiene como en las primeras horas de este siglo. Natural era, por lo tanto, el interés de solidaridad de ambos diplomáticos y su oferta espontánea a Guachalla de apoyar la gestión de mediación en la forma mas eficaz que les fuera posible. Ignoramos si para proceder en esa forma obtuvieron instrucciones especiales de sus respectivos Gobiernos, pero apoyaron por escrito y en forma calurosa la gestión boliviana ante el Departamento de Estado. Más adelante lo probará con suficiente elocuencia un documento irrecusable.

Después de la primera conferencia con Mr. Hay, en que se limitó a solicitar copias tra-

ducidas de la correspondencia en cuestión, fué nuevamente citado el señor Guachalla y nuevamente nos cupo acompañarle en su visita. En esa ocasión formuló netamente su gestión de buenos oficios o mediación, acentuando, con pruebas en la mano, las dificultades de llegar a un avenimiento directo con un país que empleaba tan violentos procederes diplomáticos, como los que había adoptado el señor König. A mayor abundamiento, puso en manos del secretario de Estado un Memorándum conciso que había llevado preparado para la circunstancia.

Mr. Hay, que era un hombre sereno y benévolo, lleno de suavidad y de cortesía, dijo que encontraba el asunto muy digno de estudio y que le dedicaría, en consulta con el presidente Mac Kinley, su esmerada atención. Podríamos decir ahora mismo en qué términos se encontraba redactado el Memorándum aludido y qué fecha llevaba; pero hemos decidido escribir estas líneas sin el auxilio de los archivos oficiales y con uso tan solo de nuestros recuerdos personales y de los papeles que personalmente también nos pertenecen. El incidente debió ocurrir en los primeros días de Diciembre de 1900 y el 15 de ese mes a una hora muy matinal vimos entrar a nuestro aposento al mismo doctor Guachalla, abru-

mado de confusión y de sorpresa. Nos refirió que había recibido por correo una comunicación del Departamento de Estado, impresa y aparentemente divulgada a los cuatro vientos, en que se rehusaba la gestión de mediación, produciéndose así un escándalo diplomático de que tenía que ser él la víctima y que tendría resultados irreparables para la suerte de Bolivia. Concordamos con la impresión penosa que sentía el señor Guachalla y procedimos a alistarnos para salir a la calle en busca de un temperamento de solución. Se ocurría a Guachalla ir en busca de sus confidentes los ministros de la Argentina y del Perú, para solicitar un consejo de su experiencia diplomática.

No transcurrió más de media hora en que cambiábamos nuestras impresiones de decepción y de desencanto, cuando se anunció, sucesivamente, la visita de los señores Wilde y Alvarez Calderón, a esa hora matinal y con recomendaciones de urgencia.

Todos tres pudieron exhibir, como en la zarzuela de *Campanone*, sus hojas impresas con el mismo texto sobrio y correcto suscrito por el secretario Hay y escrito con caracteres tipográficos que excluían toda idea de secreto o de reserva, No era para descrita la alarma y la sorpresa de aquellos personajes, pues aunque Guachalla

sufría una contrariedad más o menos prevista entre las contingencias de la gestión misma, los otros se sentían descubiertos en una intriga o en una maniobra que, si estaba autorizada por sus gobiernos, contribuía a revelar que habían faltado a la imparcialidad en un asunto extraño a sus actividades privativas. No habían transcurrido en ese instante sino siete años de las vicisitudes de la guerra y cualquier incidente enojoso podría sacudir otra vez la estabilidad de una paz precaria y vacilante.

Después de media hora, no de recriminaciones, sino de lamentaciones estériles, adquirimos el convencimiento de que aquellos hombres de primera fila, verdaderas eminencias de la diplomacia, no llegarían a acordar nada que fuera fruto de la serenidad y del raciocinio. Se nos ocurrió sugerir la idea de que el Secretario de Legación allí presente se dirigiera al Departamento de Estado, para hablar *informalmente* como allí se dice, con el *First Assistant Secretary*, que nos había distinguido en otras ocasiones con su amabilidad y con su benevolencia, que era a la sazón Mr. David Jayne Hill, un hombre de sesenta años, muy ceremonioso, lleno de afabilidad y de buenas maneras. El sabría decir, a qué res-

pondía la publicidad aparente que había tenido la nota y cual iba a ser el alcance y las proporciones de esa notoriedad. Acaso en algo podía ser evitada o contenida la divulgación producida con tanto daño para los intereses y para el amor propio de los tres países, en presencia misma de una Legación chilena, inconscientemente victoriosa en una incidencia diplomática de carácter continental. La idea fué aceptada y convinieron los tres diplomáticos en esperar allí mismo, en el salon del Hotel Gordon, que todavía existe en la calle 16 de la ciudad de Washington, el regreso del emisario con el resultado de su misión.

Jamás hasta ese momento habíamos tenido en nuestras manos una comisión tan difícil y espinosa, en un centro extraño para nuestra experiencia personal, con un conocimiento deficiente del idioma inglés y con dotes oratorias y diplomáticas muy limitadas. Pero nos alentaba la amabilidad atrayente de aquel hombre cultísimo, sobre cuyas prendas personales no nos engañábamos, pues apenas un año después llegó a ser Embajador de los Estados Unidos ante la Corte más altiva y exigente del orbe entero, la del Emperador Guillermo II de Alemania, Rey de Prusia.

Hicimos una explicación del asunto al doctor Hill, quien se enteró de los detalles de la mate-

ria y nos ofreció una respuesta pronta por escrito, con la seguridad de que haría cuanto fuera posible por no comprometer los intereses de los tres países, a los cuales no se había tratado de herir o de perjudicar, sino antes de bien de favorecer con sentimientos de simpatía y de benevolencia. "Puede usted estar seguro, agregó, que si aun se puede detener la publicidad de este asunto, se detendrá, o se limitará, aun cuando para eso sea menester hacer vibrar el cable telegráfico para los cuatro puntos cardinales del continente . . . "

No podemos decir que los embajadores quedaron satisfechos del resultado, pero muy tranquilizados si. Y sobre todo, cuando las palabras referidas obtuvieron, en la tarde de ese mismo día la confirmación y ampliación de una esquela gentilísima del doctor Hill, cuyo texto hemos conservado a través de estos veintiseis años, como un documento precioso de historia diplomática.

Dice así, en su texto inglés y en su traducción española:

Personal.

Department of State.

Washington, December 14, 1900

Dear Mr. Secretary.

Referring to our conversation of this morning, I find that the note, of which you showed

me printed copies, has not been given to the press and is not intended to be, and will not be sent to the foreign officers of other States with the exception of the Argentine Republic and Peru, which have made representations upon the subject, and to whose communications the circular may serve as an answer. It will be sent only to the legations of the United States in those countries of South America which are interested in the question of which the note treats.

Hoping this statemet will prove a sufficient answer to your questions and that the disposition to be made of the printed copies has the approbation of His Excellency the Minister of Bolivia, I am, with assurances of highest regard,

Sincerely yours,

(signed) *David J. Hill.*

Mr. Alberto Gutiérrez.

Secretary of the Legation of Bolivia.

Washington, D. C.

Traducción

"Estimado señor Secretario.

"Refiriéndome a nuestra conversación de esta mañana, encuentro que la nota, de la cual

me mostró Ud. copias impresas, no ha sido entregada a la prensa y no existe la intención de hacerlo, y no será enviada a funcionarios extranjeros de otros países, con excepción de la República Argentina y el Perú, que hicieron representaciones sobre este asunto y a cuyas comunicaciones servirá dicha circular de respuesta. Será remitida únicamente a las Legaciones de los Estados Unidos en aquellos países de Sud América que están interesados en la cuestión de que la nota trata.

"Esperando que esta declaración servirá de respuesta suficiente a sus preguntas y que la distribución hecha de los ejemplares impresos tendrá la aprobación de Su Excelencia el Ministro de Bolivia, me suscribo, etc".

En cuanto al tenor de la respuesta del Gobierno de los Estados Unidos a la demanda boliviana, apoyada por los representantes de la Argentina y del Perú, para ejercer una mediación eficaz en la solución de las diferencias emergentes de la guerra del Pacífico, he aquí el tenor de aquél documento que sembró el desconcierto en el ánimo de nuestros diplomáticos y acaso en sus gobiernos respectivos:

"Con referencia al memorándum sin fecha ni firma que usted me dejó, más o menos el 1°,

de mayo último, respecto de las cuestiones que se han discutido entre Chile de una parte y el Perú y Bolivia de otra, resultantes de la ocupación de Tacna y Arica, y en atención al deseo que Ud. me ha manifestado de que la actitud imparcial y amistosa del Gobierno de los Estados Unidos, que le ha sido manifestada verbalmente en diferentes ocasiones, fuera ejercitada en una forma más permanente, especialmente en el caso de que las sugestiones de este gobierno respecto de una solución arbitral, tomaran una forma tangible, tengo el gusto de confirmar a Ud. lo que anteriormente le había manifestado.

"Respecto da las controversias entre los estados de este hemisferio, la actitud de los Estados Unidos ha sido definida repetidamente. Deseamos mantener iguales amistosas relaciones con todos. Deploramos cualesquiera disidencias entre ellos que pudieran perturbar su común desarrollo. Nuestro consejo y nuestro ejemplo están ante ellos para inducirlos a la armonia y buena voluntad en sus mútuas relaciones, pero siempre dentro de los límites de la más absoluta imparcialidad. Aunque nuestros buenos oficios están siempre a la disposición de las repúblicas del continente para resolver y reconciliar sus querellas, sostenemos que nuestra misión no es intervenir en el

arreglo de diferencias que pudieran afectar sus derechos soberanos en las relaciones de las unas con las otras. Aun cuando nos cumple deplorar cualquier motivo de división que pueda surgir entre ellas, nos abstenemos de apreciar los méritos de la divergencia, o amparar la causa de un estado contendiente en contra del otro, pues al hacerlo faltaríamos a la franca imparcialidad con la que nos mantenemos dispuestos para prestar nuestra ayuda amistosa en favor de un arreglo, siempre que tengamos la seguridad de que nuestros consejos o nuestros servicios han de ser gratos y aceptables por las partes contendientes.

"El Gobierno de los Estados Unidos ha expresado en todo tiempo su firme deseo de que la paz y la armonía dominen entre los países con los que mantiene relaciones amistosas, y especialmente entre las repúblicas de los continentes americanos, cuyos sistemas de gobierno están fundados en una misma base y cuyos intereses materiales son conexos y solidarios. Ha aprovechado de oportunidades diferentes para abogar en favor del recurso al arbitraje para el arreglo de las disputas que no son susceptibles de solución por los recursos ordinarios de acuerdo, y él mismo ha dado el ejemplo recurriendo a ese procedimiento internacional justo y humano. En una oca-

sión memorable prestó sus consejos y sus buenos oficios para efectuar el arbitraje respecto de los límites entre un estado hispano americano y una potencia europea, haciendolo así en cumplimiento de la política nacional formulada hace cerca de ochenta años." (1)

Podrá pensarse que esta comunicación, que condensa las ideas políticas dominantes en el gobierno de los Estados Unidos y que han constituído la norma de sus procedimientos diplomáticos con relación a la América Latina, ha sido

---

(1) Mr. Hay, secretario de estado, a Mr. Vicuña (Carlos Morla Vicuña) ministro de Chile, No. 40, enero 3, 1901.

Vease sobre el mismo asunto, Mr. Hay, Secretario de Estado, a Mr. Guachalla, Ministro de Bolivia, 11 diciembre de 1900.

Como la nota americana se refiere a un memorándum presentado mas o menos en el mes de mayo de 1900 y el de Guachalla lo fué en diciembre, es evidente que se trata de una gestión análoga, pero que obtenía idénticas declaraciones del departamento de estado americano. Tenían sin duda ese padrón preparado y listo para las emergencias de esa misma naturaleza, que debieron ser, como han sido posteriormente, harto frecuentes para la política influyente de ese gran estado.

No fué otro el lenguaje que, con aplauso de toda América, empleó después Mr. Root en su memorable visita al Brasil en 1906, que algún día ha de ser objeto de un comentario del autor de estas líneas, si Dios le concede salud y vida.

extraída de algún archivo secreto. No tal; pertenece plenamente al público lector, pues ha sido publicada en el tomo VI pág. 603 de la obra monumental que se llama *A Digest of International Law* por John Bassett Moore, Washington, 1906, que es un repertorio colosal de información y de enseñanza para todos aquellos que se interesan en esa rama del derecho.

Ya es tiempo de que volvamos a la materia principal de estos apuntes, a la persona y a las Memorias del señor König. El crudo lenguaje de este diplomático tuvo realmente la virtud, no de hacernos entender lo que hasta entonces no habíamos entendido, sino de impulsarnos a buscar todos los recursos honorables para conseguir el reconocimiento de los derechos y la satisfacción de las aspiraciones de Bolivia.

Que el Gobierno de Chile recogería su palabra empeñada en el tratado de 1895 y en los protocolos complementarios respectivos, no era un misterio para el Gobierno ni para la opinión pública de Bolivia. Era casi un deseo corregir esa negociación defectuosa. Sin embargo, durante el espacio de tiempo que trasncurrió entre la revolución liberal de 1899 y la llegada de König a Bolivia, habíase producido entre ambos países algo como un entredicho diplomático.

El señor König llegó a La Paz en compañía de un secretario, un hombre provecto, de tanta o mayor edad que él mismo, con quien se trataba de *tu* y a quien dispensaba entera confianza. Ese personaje era don Manuel J. Vega, que posteriormente fué ministro a su vez y que merece un párrafo de recuerdo. Había sido secretario de Legación en Bogotá, mientras fué ministro el señor Soffia y posteriormente en Lima. Allí conoció y trató al señor Guachalla, que en los momentos de nuestra referencia era el hombre de la situación, el más influyente y prestigioso de Bolivia. A sus condiciones de sagacidad y de inteligencia agregaba los titulos de haber sido el agente eficaz de la revolución liberal y secretario general omnipotente de la Junta de Gobierno. Antes de él no había mas que el general Pando, el caudillo victorioso, después de quince años de incesantes agitaciones políticas. Pues bien, ser amigo o a lo menos conocido de Guachalla era ya un título para ser algo como consejero de la Legación de König. Pocos días después de su llegada a La Paz, don Manuel Vega hizo una visita a Guachalla, en nombre de su jefe inmediato y le habló con toda la franqueza a que le daban derecho sus recuerdos de Lima y todo su compañerismo de otros tiempos. Díjole que Bolivia te-

nía que renunciar a su quimera de puerto propio. No tenía Chile puerto que darle. Guachalla se fué, pues, a Washington, debidamente notificado de los propósitos de la misión König y la nota de 13 de Agosto, si pudo extrañarle por su forma, no era una sorpresa en su sustancia diplomática. Otras cosas, más bien, fueron una sorpresa. Llegaron a Washington las gacetas bolivianas correspondientes al 6 de Agosto, la fiesta nacional y sobre todo al 18 de setiembre, fiesta de aniversario chileno. Para celebrar esta última fecha, el señor König ofreció una comida diplomática, poco más de un mes después de la nota del 13 de agosto, a la que concurrió el general Pando en persona. No sabríamos decir si también el señor Villazón, pero seguramente el señor Carlos Torrico, que había sido nombrado en reemplazo nuestro, Oficial Mayor de Relaciones Exteriores. Es de advertir que Torrico, como todos los liberales de ese tiempo y como muchos cochabambinos coetáneos, era un anti-chileno, perfectamente calificado y reconocido. Grande fué la sorpresa de Guachalla con estas inconsecuencias tan contrarias a lo que después se ha dado en llamar el protocolo y por nuestra parte, no pudimos resistir a la tentación de trasmitir esas mismas sorpresas a nuestro colega y amigo Carlos Torrico.

Mas tarde nos escribió este funcionario que había sido un sacrificio consentido en servicio de las necesidades internacionales . . .

Pero esas gacetas habían callado sobre otro incidente, relativo a las festividades del 6 de agosto, que las Memorias de König ponen por primera vez en descubierto. Será mejor dejar el relato de los hechos al mismo representante chileno, por boca de su pariente señor Velasco:

"Pocos días antes de la apertura del Congreso, en conmemoración de una fecha histórica, hubo divertimientos en la plaza principal de La Paz. Con este motivo, se organizó una manifestación popular con banderas argentinas y peruanas, y en la cual, junto con vivarse con grande entusiasmo a ambos países, fueron también abundantes los ¡mueras! a Chile. Constituída la columna frente a la Legación de nuestro país, bandas militares, de tropas de la guarnición, cooperaron al mejor éxito de la protesta contra Chile.

—¿Esta manifestación fué oficial? preguntó König al Ministro Villazón.

—No.

—¿Fué municipal?

—Tampoco.

"—¿Y qué hacían entonces, mezcladas entre las turbas, la tropa del ejército y las bandas militares?

"—Se dejaron arrastrar inconscientemente.

"König pidió entonces el inmediato castigo de los oficiales y una hora más tarde, después de conferenciar con el Presidente, el Ministro Villazón viene a la Legación de Chile, explica de cualquier manera la intromisión de la fuerza armada en el tumulto, y expresa que han sido arrestados los culpables. Lamenta lo ocurrido y da satisfacciones a nombre del Gobierno".

Resulta del relato de las Memorias de König que el general Pando, no solo había invitado a comer al ministro de Chile tres dias después de la nota, sino que había concurrido en persona a la comida del 18 de setiembre y el señor Villazón había dado explicaciones por la fiesta popular de los primeros días de agosto. Queda demostrado que poco más de un mes más tarde, se encontraban entabladas las negociaciones diplomáticas en toda forma entre König y el general Pando, como se desprende del tenor de los siguientes telegramas trasmitidos por el ministro de Chile a su Gobierno:

"*30 de Octubre* (*1900*).

"Presidente de la República, decidido a firmar Tratado de Paz. Tan pronto como llegue Ministro Relaciones Exteriores, Gobierno se presentará a la Cámara de Senadores primero y des-

pués a la de Diputados, a exponer largamente la situación de Bolivia y las consecuencias de arreglarse con Chile".

"*10 de Noviembre.*

"Presidente me propone las siguientes bases: 1ª Pronta demarcación de fronteras a fin de terminar toda cuestión pendiente. Tiene vivo interés por las borateras de Chilcaya, que cree son de Bolivia. 2ª. 10 millones de pesos oro que se destinarán a la construcción del ferrocarril de La Paz a regiones gomales del Oriente, 3ª. Las demás bases acordadas por ambos Gobiernos. Ferrocarril Tacna La Paz cree que lo harán los particulares con la garantía gobiernos. Le contesté que 10 millones era muy excesivo y que consultaría. En tal caso, cantidad propuesta debía pagarse en cinco años".

"*16 de Nov.*

"Hoy mismo someterá Presidente a la decisión del Gabinete proposiciones de paz redactadas a última hora, de acuerdo con Ministro de Relaciones Exteriores, y que me leyó. Respuesta tendré en dos días. Presidente me dice que Gabinete aceptará y me dió seguridades de inmediato arreglo".

"*20 de Nov.*

"He tenido conferencia de 5 horas con el Presidente y con el señor Villazón. Gabinete aceptó bases propuestas por el Presidente, pero Gobierno quiere antes sondear opinión Congreso, cuya comisión de relaciones es en su mayoría desfavorable. Por consecuencia, aplazará negociación hasta consultar Congreso Pleno que se reunirá Miércoles. Presidente y Ministro Relaciones prometen influir con los miembros del Congreso. Presidente Pando muestra confianza, pero no Ministro Relaciones. En ambos hay buen propósito.

"*23 de Nov.*

"Informe minoría comisión relaciones dice en resúmen; Congreso verá con agrado que se llegue a tratado de paz en condiciones favorables a Bolivia. Gobierno pide su aprobación. Es un voto anticipado para tratar. Ayer 22 sesión borrascosa de 12 horas. El Ministro de Relaciones ha hablado con energía y entereza.

"*24 de Nov.*

"Desagradado el Ministro de Relaciones por sesión del 22, renunció ayer y se le aceptó inme-

diatamente. Congreso se cierra el 28 y después Presidente formará nuevo Ministerio, eligiendo a hombres que sigan la política de acercamiento a Chile. Presidente dice que tratado de paz se hará en tiempo más o menos próximo, necesario para formar opinión".

El inventario de estos hechos, concordando con otros incidentes concomitantes, revela que existía una falta notoria de coordinación entre las declaraciones y procedimientos del General Pando y los actos de su ministro el doctor Villazón. Así advertimos que el 15 de octubre de ese propio año de 1900 el jefe de la Cancillería de Bolivia daba respuesta a la nota König de 13 de agosto en términos que parecían excluir toda idea de una solución tan inmediata como la que dejaban presumir las telegramas de 23 y 24 de Noviembre arriba trascritos.

Mientras tanto, los dirigentes bolivianos debían estar a la espera del resultado de las gestiones diplomáticas que habían encomendado al señor Guachalla y que tuvieron el 15 de Diciembre el resultado que ya hemos relatado, el que debió ser conocido pocos días después por medio del cable. En ese instante, se encontraba ya a la cabeza de la Cancilleria boliviana el doctor Federico Diez de Medina.

Aunque todas estas son incidencias de ayer, encierran grandes lecciones morales e históricas. El partido liberal había luchado durante quince años por adueñarse del poder en Bolivia y nos contábamos entre los fervorosos creyentes de sus dogmas políticos. Este era el primer año de Gobierno liberal y justo será reconocer que no tenían sus hombres motivos para enorgullecerse de ese estreno político. Las Memorias de König revelan muy claramente que ese primer Ministerio del general Pando, ni tenía conexiones útiles con su jefe ni poseía homogeneidad en su propia composición personal.

"El 29 de Noviembre, dice König, tuve una larga conversación con el ministro Romero (don Carlos V. Romero, antiguo *leader* liberal en Cinti). Villazón dijo, es un hombre lleno de contradicciones; después de dos horas, uno no sabe a qué atenerse sobre sus opiniones. El fué quien insistió en ir al Congreso, en contra del voto del Presidente y Ministros. Yo le decía que iba a hacerse fusilar. Ustedes son unos cobardes, respondió Villazón. Resultó lo que yo había predicho. En el Congreso, Villazón no fué enteramente franco; allí dijo: hay tres soluciones, el statu-quo, el puerto y sin puerto. Nosotros (el Gobierno) estamos por lo último, después de formar opinión.

Se contradice, le gritaron, porque quiere tratar inmediatamente y también formar opinión".

Por otra parte, después de esta conversación, König apunta:

"El manifiesto de Villazón es hipócrita; da a entender que las modificaciones son de Chile. Según Romero, el Congreso es de lo más atrasado, y ruin, lo más malo que cabe. Cree que el Ministerio no podrá entenderse con él y que será aplastado".

Con el deseo de atenuar la crudeza de las declaraciones de König en su nota famosa, el Gobierno de Chile dirigió a sus Legaciones en el extranjero la circular de 30 de setiembre, que fué conocida en Bolivia en momentos que Villazón dejaba la cartera de Relaciones Exteriores. Tocó a don Federico Díez de Medina refutar o contestar ese documento diplomático. Lo hizo en una circular extensa fechada el 25 de enero de 1901, en la que encontramos los siguientes conceptos informativos:

"Se dió lugar, dice, a un franco y amistoso cambio de ideas entre el señor Presidente de la República y el señor König en busca de una solución posible.

"Tal cantidad, continúa, refiriéndose a la de Libras 2.000,000 que había propuesto, fue se-

ñalada, no como suma de dinero que hubiera de recibirse en pago de los territorios cedidos, sino como un medio de reemplazar la falta de puerto con el establecimiento de necesarias vias de comunicación, como compensación de un elemento de progreso que se suprimiría, por otro que podría ser proporcionado . . . El señor Villazón puso esto (la aceptación del señor König) en conocimiento del Congreso. Como este rehusara pronunciarse sobre el particular, el señor König resolvió volver a Chile".

Pocos meses mas tarde, llegaba don Félix A. Aramayo a Bolivia y aceptaba la comisión, en abril de 1902, de explorar los propósitos del Gobierno de Chile sobre un posible tratado *sin puerto*.

El lector se encargará de llenar las lagunas que quedan en este relato hasta llegar a las incidencias del laudo argentino en julio de 1909.

En esa oportunidad nos correspondió aceptar nuevamente la representación de Bolivia en Santiago de Chile, a cuya ciudad llegamos en la mañana del 5 de agosto de 1909. Omitiremos esta vez los detalles de la complicación diplomática que se produjo con motivo de la ruptura de relaciones de Bolivia con la República Argentina, en el mes de julio de dicho año. A fin de contraernos a la materia de que tratan las presentes

páginas, recordaremos que en los primeros días de nuestra residencia en Santiago, tuvimos una larga conversación con don Abraham König, que se encontraba lejos de las actividades políticas y se dedicaba con singular éxito a sus tareas de abogado.

No sabíamos, no creíamos que ese hombre hubiera podido conservar recuerdos gratos o ingratos de nuestro país o de nuestra persona; lo cierto es que nos manifestó, en esa hora solemne y en esa circunstancia memorable, una simpatía que no habíamos sospechado. No le movía ningún interés privado ni político; era un hombre que vivía amplia y puede decirse opulentamente a la sombra de sus labores profesionales; pero quiso brindarnos una espontaneidad que no hemos olvidado y que en otra ocasión comentamos con vivo reconocimiento. El sentimiento público de Chile fué en aquel momento de calurosa simpatía en favor de Bolivia. Llegó un instante en que el Gobierno se sintió comprometido en su neutralidad por esas manifestaciones y trató de evitarlas o de quitarles su espontaneidad y su franqueza. Muchos funcionarios públicos fueron obligados a la retractación y al silencio; pero König quería saborear las ventajas de su independencia personal. Quiero, nos dijo, ayudar a Bolivia y a

los bolivianos en esta emergencia, y lo haré, pese a quien pesare.

Andando el tiempo, no pudimos guardar en silencio esa espontaneidad simpática y escribimos las líneas que el señor Fanor Velasco ha copiado al hacer el comentario de las Memorias de König. En la página 267 del libro que publicamos en 1920 con el título de *La Guerra de 1879, Nuevos esclarecimientos*, dijimos lo siguiente:

"El señor König declaró públicamente que sentía vivas simpatías por la causa de Bolivia y que, en vista de que ese país se encontraba desarmado, había puesto sus influencias para conseguir que obtuviera las armas que necesitaba. Este rasgo de franqueza, hace honor al señor König y explica la rudeza de sus declaraciones de 1900". En esta última frase las palabras no tradujeron fielmente el pensamiento. Debimos decir, no explica, que hay cosas que no se explican, sino *atenúa*.

Sentimos tentaciones para continuar esta rememoración melancólica que acaso otros hombres utilizarán más tarde; pero debemos detenernos ahí mismo donde el comentador de las Me-

morias de König se ha detenido. Promete entregar más tarde ese documento a la publicidad y al comentario de estos países. No nos corresponde sino esperar esa revelación que puede agregar elementos nuevos a la historia de las relaciones diplomáticas chileno-bolivianas . . .

ERRATAS NOTABLES

Pagina	Linea	Dice	Lease
VII	1	*europeas*	*europea es*
"	2	*futiles, entre-tenimientos*	*futiles entre-tenimientos*
"	3	*delas*	*de las*
"	26	alienun	alienum
4	26	brindabanafec	brindaban afec-
4	26	tuosas	tuosas
16	6	consecusión	consecución
21	1	eclesiásica	eclesiástica
22	4	presentados	presentadas
27	9	mima	Lima
31	20	diletaniismo	dilatantismo
36	9	psra	para
38	19	eu	en
48	24	despojarse	desprenderse
67	23	precosidad	precocidad
81	8	mencianados	mencionados
96	14	enigna	enigma
107	15	Fste	Este
109	23	La esencial	Lo esencial
133	14	mediovales	medioevales
140	13	nizancon	nizan con
144	21	inpuestos	impuestos
152	20	exije	exige
153	27	politica	política,
161	4	Bukingham	Buckingham

Pagina	Linea	Dice	Lease
163	13	le	les
164	27	solemnidaa	solemnidad
166	5	*Oficee*	*Office*
"	6	uniformss	uniformes
"	14	corporactón	corporación
"	21	personss	personas
167	13	Winterhaller	Winterhalter
"	24	llujosamente	lujosamente
"	25	lama	llama
171	6	Departament	Department
175	1	deucación	educación
204	20	Westminister	Westminster
209	12	príncpes	príncipes
212	10	Gray	Grey
"	29	eficencia	eficiencia
215	13	sino	si no
219	18	suma la	su mala
250	13	Orme	Orne
258	10	Orme	Orne
"	25	*Travels*	*Travel*
"	26	*medalist*	*medallist*
261	5	Birbania	Birmania
270	1	HOMBES	HOMBRES
271	27	apesar	a pesar
284	2	intelectuaies	intelectuales
307	11	cuanda	cuando
313	25	chiienas	chilenas
319	9	çamo	como

INDICE

Prólogo	V
René-Moreno	1
Luis Navarro	87
Lord Curzon	133
El General Mangin	265
Memorias de König	329
Erratas Notables	365

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 122952655